

mitos

Elisa Ramírez Castañeda

mitos

Elisa Ramírez Castañeda

pluralia
2014

Sistema de clasificación Melvil Dewey

398.209

R527

2014

Ramírez Castañeda, Elisa

Mitos / Elisa Ramírez Castañeda; ilus. Jerónimo López Ramírez, "Dr. Lakra". — México : Pluralia Ediciones, 2014. 260 p. : il.

ISBN: 978-607-7655-25-1

1. Literatura indígena mexicana. 2. Indios de México — Mitos. I. López Ramírez, Jerónimo "Dr. Lakra", il. III. t.



ESTA OBRA SE REALIZÓ CON APOYO DEL ESTÍMULO A LA PRODUCCIÓN DE LIBROS DERIVADO DEL ARTÍCULO TRANSITORIO 42° DEL PRESUPUESTO DE EGRESOS DE LA FEDERACIÓN 2012

Diseño de Álvaro Figueroa

© por el texto: Elisa Ramírez Castañeda, 2014

© por las ilustraciones de portada: Jerónimo López Ramírez, "Dr. Lakra", 2014

Primera edición Pluralia Ediciones e Impresiones, 2014

D.R. © Pluralia Ediciones e Impresiones, S.A. de C.V., 2014
San Francisco Figuraco 20-7, Colonia Villa Coyoacán,
04000, México, D.F.
www.pluralia.com.mx

ISBN: 978-607-7655-25-1 Pluralia Ediciones e Impresiones

Prohibida su reproducción por cualquier medio mecánico, digital o electrónico sin la autorización escrita de los editores.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

9	NOTA INICIAL
19	INTRODUCCIÓN
23	CREACIÓN DEL MUNDO Y DEL HOMBRE
23	Djivut Maka crea el mundo. <i>Pima</i>
24	Nuestra Madre bendice el mundo. <i>Cora</i>
26	Caos, creación y mundos anteriores. <i>Teenek, huichol, tarahumara</i>
27	Ríos, cañadas, laderas. <i>Mazateco, tzeltal, tarahumara</i>
29	Meltí ipá jalá crea el mundo. <i>Kiliwa</i>
32	Una historia de las primeras personas. <i>Tzotzil</i>
36	K'akoch hizo la tierra. <i>Lacandón</i>
38	Meltí ipá jalá siguió su obra. <i>Kiliwa</i>
41	Hant Caaí hizo crecer el primer árbol. <i>Seri</i>
42	Primeros hombres y sus compañeras. <i>Tepehua, kiliwa, lacandón, pima, mixe, zapoteco</i>
49	ROBO DEL FUEGO
	<i>Mazateco, cora, huichol, teenek, náhuatl, chatino, seri, yaqui, tepehua</i>
61	NACIMIENTO DEL SOL Y LA LUNA
62	K'akoch coloca el sol en el centro del cielo. <i>Lacandón</i>
62	NACIMIENTO DE NUESTRO PADRE SOL. <i>Huichol, cora, teenek, tarahumara</i>
67	El sol en el inframundo. <i>Huichol, lacandón</i>
68	Bautizo del sol y del maíz. <i>Huasteco, huichol, mexicano, tepehuano, yaqui</i>
72	Altura y calor del sol. <i>Huichol, cora</i>
73	Cuento del sol. <i>Otomí</i>

- 75** LOS GEMELOS SOL Y LUNA
- 76** Nacimiento de sol y luna y muerte del venado. *Chatino, mixe, triqui, chinanteco, ojiteco, mixteco, náhuatl, cuicateco*
- 93** Invención del temascal. *Nahuatl, chatino*
- 95** Andanzas de sol y luna. *Ojiteco, chinanteco, chatino, náhuatl*
- 98** Sol y luna. *Mazateco*
- 102** El ascenso del sol y la luna. *Chinanteco, chatino, mazateco, mixteco, triqui, cuicateco, ojiteco*
- 114** Sol y Luna. *Mixe*
- 120** Sus Ley. *Zapoteco*
- 123** EL XUT. *Tzeltal, tsotsil*
- 131** DOS CUENTOS MÁS SOBRE EL SOL. *Tepehua*
- 132** OTROS ACONTECIMIENTOS DEL CIELO
- 132** Eclipses. *Tojolabal, tarahumara, lacandón, huave*
- 134** Cometa. *Cakchiquel*
- 135** Las hijas del tecolote. *Kiliwa*
- 136** Las Pléyades. *Tarahumara, kiliwa*
- 137** Estrella de la mañana. *Cora*
- 138** Chamán de la Tierra hace el mundo. *Pápagó*
- 141** LA APARICIÓN DEL MAÍZ
- 142** EL MAÍZ COMO DON. *Cuicateco, lacandón, tarahumara, teenek, chatino*
- 145** Cómo fue sacado el maíz de donde estaba oculto. *Chontal, teenek, cuicateco, mazateco, chatino, maya*
- 150** EL NIÑO-MAÍZ
- 150** Homshuk. *Popoluca*
- 155** Niño-maíz. *Zoque-popoluca, náhuatl, totonaco*
- 160** Sentiopil. *Náhuatl*
- 161** El Santo del maíz. *Zoque-popoluca*
- 166** Otros niños maíces. *Náhuatl, téenek, tepehua*
- 171** LA MUCHACHA-MAÍZ
- 171** El nacimiento del maíz. *Huichol, cora*
- 174** La Madre del maíz. *Tzeltal*
- 176** Virgen madre del maíz. *Chinanteco*
- 176** El Pájaro-flojo y la iguana. *Cora*
- 180** El yerno flojo. *Mixteco*

186	CÓMO SE PERDIÓ EL MAÍZ. <i>Náhuatl, huave, triqui, cakchiquel</i>
188	Las ardillas que existen. <i>Tzeltal</i>
192	Condo y María. <i>Mixe</i>
195	DIVERSAS DESGRACIAS
195	EL DILUVIO
196	El aviso y la lluvia. <i>Mixe, náhuatl, huichol, tepehuano</i>
200	Durante la inundación. <i>Téenek</i>
201	Descenso a la tierra, perrita que echa tortillas. <i>Cora, tarahumara, huave, huichol</i>
205	Sobrevivientes: metamorfosis. <i>Náhuatl, huave, triqui, tepehua, tojolabal, totonaco</i>
209	Mito del diluvio. <i>Tojolabal</i>
211	Hermano Mayor destruye el mundo. <i>Pima</i>
216	OTRAS TRAGEDIAS Y PÉRDIDAS
216	Ya no vemos lejos. <i>Lacandón, huasteco</i>
218	La Luna es el diablo. <i>Tepehua</i>
218	Los baatsik'. <i>Teenek</i>
220	Los de arriba y los de abajo. <i>Tarahumara</i>
221	Diferencias entre indígenas y no indígenas. <i>Lacandón, cora</i>
222	Tierras altas y bajas. <i>Mixe</i>
223	Pobres y ricos. <i>Tepecano</i>
224	El cacalote trae la tierra. <i>Mixe</i>
225	Aparición de las enfermedades y separación de los dioses. <i>Huichol, lacandón</i>
227	LA MUERTE
227	Origen de la muerte, imposibilidad de regresar a la vida y primer velorio. <i>Kiliwa, pima, tarahumara, tepehua, cora, huichol</i>
232	Muerte de Conejo. <i>Pima</i>
233	Muerte de Meltí. <i>Kiliwa</i>
236	Mensajero. <i>Cora</i>
238	NOTAS
250	BIBLIOGRAFÍA
254	GLOSARIO

Boas escribió *Notes on Mexican Folklore* en 1912. Llegó a la conclusión de que en nuestro país no había cuentos autóctonos puros. Las historias de animales, pícaros y compadres recopilados en Oaxaca le convencieron de que había apenas resabios mínimos de temas nativos en los relatos. Los indígenas estaban completamente colonizados —incluso narrativamente. Boas fue profesor y director de la recién fundada Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americana de la ciudad de México entre 1910 y 1914.

Otras recopilaciones de ese periodo, como la colección *Folklore de Oaxaca*, de Paul Radin y Aurelio M. Espinosa, de 1917, le dan la razón; Espinosa explica en el prólogo, apologético y abochornado que es lo único que lograron encontrar. Procede a traducir —a regañadientes— del inglés al español.

Poco más de un siglo después, la abundante recopilación, la escritura de los textos y su interpretación han sufrido profundas modificaciones en la tradición oral; sin embargo, a partir de entonces y durante casi medio siglo, el estudio de la narrativa indígena estuvo permeado por la polémica entre quienes declaraban que no existía y quienes consideraron que la hay y riquísima. La discusión ha derivado en hipótesis sobre largos procesos de aculturación y sincretismo; en los polos extremos se ha tratado como nativo lo ajeno o como ajeno lo autóctono. Durante décadas, los investigadores apoyaron o refutaron al “Padre de la Etnología” y, en este contexto se han reinterpretado y rescatado también materiales anteriores al lapidario dictamen, de características completamente diferentes.

La llegada del Instituto Lingüístico de Verano, el arranque de la Dirección de Educación Indígena y el levantamiento zapatista marcan cambios significativos en el devenir de la investigación etnográfica y lingüística, en las metodologías para la recopilación y escritura de los textos y en la tradición oral indígena misma.

Esta antología está conformada a partir de los textos de la tradición oral en lenguas indígenas mexicanas recopilados desde las postrimerías del siglo XIX —Bandelier visitó la frontera mexicana y vivió con los pápago o'odam en 1882-83; Lumholtz viajó por primera vez en 1892 y publicó *El México desconocido* (en español) en 1904; Preuss vino a México hacia 1905. Reúne materiales recopilados por antropólogos, viajeros, lingüistas, folkloristas y demás a partir de entonces. No incluye fuentes coloniales —ni visuales ni escritas— aunque puede constatar su presencia en algunos textos. Tampoco tenemos versiones escritas por historiadores y literatos decimonónicos o coloniales. Los conocedores, sin embargo, no tendrán la menor dificultad en rastrear continuidades históricas; como tampoco lo tendrán en encontrar elementos llegados desde Europa —religiosos o de la cultura popular, presentes también en comunidades rurales hispanohablantes de nuestro país.

La cualidad y el carácter de los relatos depende no solamente de quién narra sino de dónde, cuándo, cómo, por qué, a quién; del traductor, de la finalidad o destino del texto: dónde se publica, quién los lee. ¿Por qué se eligen ciertos materiales y se excluyen otros —sea en la comunidad misma, el ámbito académico o para su difusión más amplia? ¿Cómo se escribieron, para quién? ¿Qué se seleccionó, y dónde fue publicado? Todo esto determina el carácter de cualquier antología —incluida ésta, por supuesto.

Los primeros investigadores usan un método más o menos uniforme: graban, transcriben, traducen en versiones transliteradas, y luego proporcionan una versión libre de la más diversa información. Para nuestros fines, estas versiones son las más útiles; permiten la reescritura partiendo directamente del texto oral. El apego absoluto a una traducción palabra por palabra de la lengua indígena al español o la mera transcripción de oralidad son contrarias al respeto pregonado por tan meticuloso método. Solamente recalca una distancia: ignora el estilo y riqueza de la lengua al parcelarla en palabras, o bien es fiel a un español herido y colonizado; no considera las diferentes estrategias narrativas ni las distancias existentes entre el lenguaje oral y el escrito.

Los estudiosos más recientes, en cambio, prestan su lengua, conocimiento, empatía y conciencia a los indígenas de forma tan enfática que los textos mismos pasan a segundo término —los análisis y de-construcciones posmodernas, las ediciones y la relectura e interpretación nos permiten entender mejor el significado de los textos, pero nos alejan del relato original.

Todo texto es la combinatoria de quien narra y quien escucha —y de la historia particular de ambos y las circunstancias generales interétnicas en las cuales se encuentran. Además de la sensibilidad del investigador, su habilidad para relacionarse y entender una cultura distinta a la suya, tenemos al indígena que tiene una historia de relaciones asimétricas con el exterior, y que marcan su disponibilidad y deseo de contar o el privilegio y mandato de callar. Si bien se trabaja con distintos narradores, cada investigador tiene un informante privilegiado, que narra con don propio o con conocimiento personal una tradición compartida, pero que él personaliza. Aquí procuramos recalcar tanto aquello que es común a una tradición cultural como las especificidades de cada una de las versiones.

La habilidad y complejidad de las maneras de relatar, la memoria o atención sobre aspectos específicos de las culturas convierte a muchas de las etnografías en lo que se ha dado en llamar “libro oral de autoría indígena”, donde el investigador edita, traduce o escribe apenas. De allí a los libros escritos por los propios hablantes de lenguas —sobre los más diversos temas— hay apenas un paso.

Usé un mínimo de antologías, mis fuentes fueron los estudios por etnia o lengua. Resalta la uniformidad de motivos en diferentes lenguas, la existencia de núcleos narrativos comunes y fijos alrededor de los cuales abundan infinidad de versiones, anécdotas, combinaciones o simplificaciones.

Es evidente que es distinto participar como creyente que como pagano, como lector que como escucha, como público que como relator. Un texto es completamente distinto también cuando tenemos el rostro de quien relata, canta o dice ante nosotros: de allí que incluya muchos textos que involucran mi memoria directa.

Independientemente de la particularidad de los individuos —relator, recopilador— cada etnia o cada región tiene peculiaridades: formalidad diminutiva del náhuatl, religiosidad solemne y ceremonial de huicholes y coras, truculencia y violencia del sur de Veracruz, cuentos maravillosos perfectamente nativizados en mixteco, zapoteco y otomí; picardías y humor de Chiapas; epopeyas guerreras en kiliwa; adivinanzas y onomatopeyas en maya.

Influye, además, que las comunidades hayan sido más o menos estudiadas; recopilados sus relatos y mitos; indagados otros temas dejando de lado o como apéndice la narrativa —durante años fue lo más común. Además del tema o interés del investigador, mucho depende de qué es lo más visible y de la apertura o hermetismo de la comunidad misma.

Es indudable que los textos están marcados por la habilidad narrativa de Solano, la exactitud descriptiva de Preuss, el lirismo de Lumholtz, la iconoclasta procacidad de Laughlin, la sencillez directa de Parsons, el pudor de Bruce, la sorpresa de Foster, la

meticulosidad de Bartolomé y Barabas, la poética de Ochoa nos hacen ver de una manera particular cada cultura.

La antropología nunca fue meramente descriptiva; hay autores que llevan el género ensayístico-académico hacia el polo de la literatura. No incluimos los escritos literarios que recrean o adaptan mitos y cuentos, sean de indígenas o de indigenistas, en lengua nativa o en español. En algunos casos —zapoteco, náhuatl, maya, purépecha— existen versiones escritas de la tradición oral desde casi cien años. Eso nos enfrenta a autores, estilos, decisiones literarias previas; no es el caso de los científicos sociales, que se mueven con soltura en el supuesto anonimato de los textos y su autoría comunitaria. Una excepción es el caso kiliwa: he utilizado las versiones del antropólogo Ochoa Zazueta, que son resúmenes y una elaboración poética de veladas muy largas, sin alterar el contenido o tergiversarlo —más allá de lo que resulta siempre al llevarlo de lo oral a lo escrito.

Para hacer esta antología partí de una base de datos que reúne casi mil quinientos textos —más de mil de ellos digitalizados: mitos, cuentos, testimonios. Reuní este acervo inicialmente como actividad asociada al Seminario de Signo y al Seminario de Mitología —derivado del primero y ya suspendido— ambos en la UNAM. Entre muchos materiales semejantes, he elegido los más antiguos, los más completos. Se incluyen muchos textos aparecidos en la colección Tradición Oral Indígena, publicados en ocho lenguas durante el primer lustro de los ochenta por la entonces Dirección de Educación Indígena y la Dirección de Publicaciones de la SEP, que trabajé de manera directa con profesores y lingüistas de dicha Dirección. Otros más—escritos u orales— no eran suficientes para armar un libro y quedaron como relatos sueltos; se incluyen aquí por primera vez.

Para clasificar los relatos en géneros, los académicos atienden a su estructura, forma y lugar de transmisión, función, trama, motivos. Pocas veces atienden a la riqueza literaria, imaginativa o la eficacia narrativa de quienes narran. Cualquier taxonomía es relativa, ya que hay un flujo y desbordamiento entre todos los géneros: resabios míticos en cuentos, secuelas sobrenaturales en descripciones cotidianas, y así sucesivamente. Un acervo de acciones, motivos y personajes permanecen constantes en cada género. No incluyo creencias, ceremonias, fiestas, contextos donde se escenifican, relatan o cuentan los mitos, epopeyas o cuentos.

La confusión acerca de cómo denominar en español el género o cómo clasificar los relatos existe en las comunidades mismas, donde se llama indistintamente mitos, leyendas, cuentos, creencias o relatos verídicos de acontecimientos remotos a los más diversos textos —no obstante la claridad acerca del uso, función, tiempo y contexto donde se da la narración. La primera gran transgresión es considerar que un mito o

leyenda heroica, una epopeya, creencia o cualquier cuento son un mero relato, cuando involucran mucho más que las meras palabras.

La edición de cada volumen de esta colección es diferente. El primer libro se ocupa de los mitos: habla de un mundo en formación, indefinido, previo a la salida del sol o al diluvio. Son apenas unos cuantos y suelen seguir secuencias precisas. Se han separado como ciclos narrativos, donde entrelazo distintas versiones. Por variables y contradictorios que parezcan a primera vista, muestran que existe una consistencia interna.

Los mitos no dictan conductas morales: dan explicaciones. Contienen muchos subtelos etiológicos: los participantes quedan marcados para siempre y se explica cómo fueron creados, nombrados, y por qué se comportan así. A veces estos fragmentos se desprenden y se convierten en cuentos autónomos. Otras veces, se trata de cuentos engarzados al mito con el tiempo. Los mitos se separan en la antología en distintos ciclos, formados por variables de una matriz única, son cortados artificialmente y pueden volverse a unir. Intento mostrar la enorme similitud existente en lugares distantes y lenguas distintas.

El siguiente volumen está dedicado a los héroes, mediadores entre lo humano y lo divino, primeros sembradores, cazadores o guerreros. En estos relatos se explica cómo se legitima, ordena, norma y funda la humanidad y sus pueblos. Con frecuencia son personajes que aparecen también en los mitos. Los héroes luchan, son derrotados, profetizan su retorno. Son hombres/dioses, reyes nativos, héroes, nahuales, rayos, demonios.

Además de hablar de los fundadores, se trata también de lo sobrenatural: monstruos, aparecidos y seres extraordinarios que son resabios de un mundo primigenio. Las historias de los reyes se incluyen completas; todas ellas están llenas de episodios que suelen aparecer en cuentos maravillosos y contienen acciones que repetirán más adelante animales y pícaros.

Los cuentos de los dos últimos volúmenes son reivindicados como propios y contados como si lo fueran en todas las lenguas del país. Los relatos de animales rara vez incluyen todos los episodios completos: se cuentan siempre fragmentos de las aventuras múltiples e iguales del conejo o del tlacuache. Las variantes son mínimas; los ciclos se cuentan con más o menos picardía, peripecias, detalles o mímica según los oyentes, circunstancias, carácter de cada lengua. Los de compadres, engaños, trampas y astucia son también muy semejantes entre sí.

Los cuentos maravillosos del cuarto volumen son importados: evidentemente son externos. Se han adoptado como propios ayudantes mágicos, proezas extraordinarias, pruebas absurdas, metamorfosis peculiares. Queda adherido a la narrativa nativa aquello que tiene más semejanza con lo propio, los cuentos que son más afines a la tradición

ya existente. Fueron traídos de Europa y quedaron íntimamente mezclados a un *corpus* nativo; se desprendieron de su contexto inicial y cambiaron con episodios aumentados, trastocados con hazañas míticas, heroicas, sobrenaturales.

El paso de la oralidad a la escritura es un asunto de literatos, no de científicos sociales. En algunos casos algunos autores tienen habilidad y oído para plasmar por escrito el material etnográfico; pero nunca se consideró indispensable ni pertinente pedir a los antropólogos que fueran escritores. Las notables excepciones se agradecen siempre. Actualmente, los diferentes soportes para testimoniar las culturas pueden, incluso, prescindir de la escritura: la oralidad puede quedar como tal.

La oralidad requiere de eficacia lingüística distinta a la que necesita la lengua escrita; se vale de ayudas mnemotécnicas que resultan engorrosas al pasar, tal cual, a las versiones escritas. Cada quien cuenta en su lengua según su habilidad; lo mismo vale para nosotros. La literalidad en la traducción o en la escritura de la oralidad no implica, en el caso de la difusión fuera del ámbito académico, la reproducción exacta de lo dicho, sino la traducción de la narrativa a otro código —donde debe reproducirse el entorno, el lenguaje corporal, la entonación y énfasis, los códigos y lugares comunes de una cultura ajena. El lenguaje esotérico, repetido, pareado de los rezos donde se cuenta el origen del mundo, del sol, del fuego en voz de un *marakame* y su contestador que duran desde el atardecer del Viernes Santo hasta la madrugada del Sábado de Gloria; el suspenso del cuento de espantos a la luz de una vela; la ironía de las hazañas más sanguinarias, son algo muy difícil de escribir, pues no se incluye en la transcripción, por minuciosa que sea. Es parte de la habilidad del cuentero y depende del contexto de quienes lo escuchan; pero requieren de un esfuerzo adicional del lector. No hemos querido llenar de explicaciones y notas los libros, por lo cual muchos relatos tendrán una peculiar lectura, que nunca tuvieron al ser relatados entre pares.

Suele pasarse por alto al narrador por considerarse los textos anónimos, colectivos, orales: cuando mucho, se menciona el pueblo de procedencia. Intenté apegarme al estilo de quien relata, del recopilador, del español algo arcaizante de los primeros lingüistas —como lo es el del traductor de Lumholtz. Cada relato tiene un léxico propio; cada lengua tiene tintes especiales, cada recopilación trae apareado un estilo, un código propio.

Se han conservado algunos rasgos de la oralidad: el yo intrusivo y algunas “incorrecciones” que se señalan en cursivas. Se igualan, en cambio, los tiempos, números, segundas personas —el *usted* y el *tú* no existen en las lenguas indígenas. También hay que considerar, que hay estrellas, hormigas, águilas, tuzas, lagartijas y serpientes machos, por lo cual se habla de ellos en masculino en el relato en español. Asimismo, hay

tigres, tlacuaches, luceros y volcanes hembras, y se les califica con adjetivos femeninos. Esto ocurre porque el género o el nombre de los animales en las lenguas, no corresponden a los equivalentes en castellano, lo cual crea una contradicción aparente en el uso de los géneros. Se eliminan los infinitos “dije, dijo, dizque” indispensables en el relato oral para entender diálogos a cargo de un solo narrador pero que resultan engorrosos cuando se replican en la escritura y que los lectores terminan por saltarse para dar fluidez al texto.

Volver a la oralidad será la prueba de fuego de estos relatos: deben contarse nuevamente en voz alta —no leerse, sino contarse, para volver a hacer todas las transformaciones. Cada cual volverá a hacer collages, a combinar, recordar o recalcar algunos fragmentos. Esta antología no es para niños y pocos lectores querrán leerla de corrido. Es útil porque reúne en un sólo lugar muchas fuentes dispersas. Es visible la narrativa funcionando como un telar: sobre una urdimbre dada, la trama puede correr y avanzar, incluir episodios, motivos y personajes distintos. Pero en el textil no hay curvas perfectas, volúmenes ni relatos autónomos, pues los cortes abruptos separan en dos el tejido. Fuera de eso, diseño, materiales, trazos y colores son libres y siempre diferentes, creando una riqueza casi infinita. Los relatos no son iguales ni siquiera cuando los cuenta la misma persona. No es casual que la dueña de los cuentos, para diversas etnias del sur de Estados Unidos, sea la araña.

Caben muchas selecciones en un *corpus* tan diverso y tan rico: cada cual elige y es responsable de sus preferencias. Los relatos que aquí presentamos con frecuencia han sido fragmentados y la selección no es inocente. No pretendo objetividad ni representatividad. No están aquí todas las lenguas ni territorios, pero sí todos los mitos. No se incluyen todos los investigadores, pero creo que se agotan todas las aventuras del conejo. Tampoco pretendo demostrar nada ni hurgar lo que es escaso o inusitado: elijo entre lo disponible. Hoy en día hay un acercamiento diferente a las narraciones; han cambiado las comunidades, las lenguas, las relaciones, los indígenas y los no indígenas, las políticas indigenistas. La oralidad misma está absolutamente penetrada por la escritura.

Abundan aquí los textos violentos, poco solemnes. No elegí lo moral, lo bondadoso, lo políticamente correcto, lo que suele leerse en las selecciones existentes. Recalco aquello donde no se debe elegir automáticamente ante el bien y el mal; donde no hay un castigo o premio como consecuencia de las acciones malas o piadosas. Sucede lo mismo —arbitrario, aleatorio, en los cuentos de todos los lugares de nuestro planeta. En la tradición oral indígena hay también mucha moralidad cristiana, escolar, cívica, mediática —igual a la de cualquier otro ámbito ciudadano. Opté por la narrativa recurrente, claro, independientemente de otros criterios. Pero tengo preferencia por aquello que puede romper el arquetipo decimonónico del indio, por lo que mueve a risa, por

la transgresión visible. Ante el neoromanticismo del buen salvaje, que vive en armonía ecológica, es igualitario y justo, contrastan el autoritarismo, la sorna, la malévola ingratitud y el humor negro de algunos textos. Lo cual no juzga ni califica a las comunidades ni norma su conducta.

Se incluyen todos los datos proporcionados por los autores. No siempre se consiguen, pues en las recopilaciones más tempranas no se mencionan sino el lugar o la lengua de los textos. Hay un glosario de localismos al fin de cada volumen.

A principios del siglo **XXI**, la sed recopiladora parece haberse saciado; el prestigio académico derivado de remontarse a los lugares más inhóspitos o indagar en los rincones más lejanos parece mermado, así como el afán redentor de quienes rescataban culturas amenazadas por una agresiva exterioridad —distinta y distante. Estamos ya en condiciones de reflexionar acerca de cómo se recopiló, se interpretó y se recicló la información.

Los literatos que escribieron la narrativa indígena durante los dos siglos anteriores ya tampoco están en boga. Los indígenas escriben sus propios textos en español, hace tiempo y con gran calidad en algunos casos —en el Istmo de Tehuantepec, Yucatán. Sus versiones se han vuelto canónicas y ya no se recopilan, aunque siempre se cuentan: no hay manera de volver a narrar la tortuga rota en zapoteco tras el relato de Andrés Henestrosa, o de acercarse a la Xtabay, tras Mediz Bolio.

Los mitos y relatos orales son conservadores; arreglados y modificados lentamente, su núcleo central permanece. Nuevos elementos son adoptados, desechados, reciclados —los inventos e intervenciones personales se detectan de inmediato. A partir de la penetración del **ILV** la escritura en lenguas y la evangelización avanzaron de la mano. Los textos que recopilaron son abundantes y están marcados por su rechazo o subordinación de lo religioso, lo impío, lo diferente.

La educación en lengua materna permite la escritura más generalizada y el surgimiento de profesionistas: profesores, promotores, recopiladores unidos a talleres, becas, premios y publicaciones que anuncian el vigoroso surgimiento de una literatura indígena, pero también señalan el nuevo carácter que debe asumir la tradición oral, el relato, la reapropiación.

En las últimas décadas la escritura se practica en casi todas las lenguas: son los nativos quienes relatan, escriben, interpretan, resguardan u olvidan su propia tradición y los espacios que permiten la reproducción de dicha tradición —con conocimiento de causa, sin la presencia de terceros y con la potestad que les da su tránsito fluido entre dos lenguas y dos culturas, traducen sus propios textos. En un principio explicaron obviedades que suponen ignoran los hispanohablantes, o dan por sabidos contextos que ni siquiera se adivinan. Más tarde, la cultura nacional y el castellano fueron

incorporados a la identidad y ésta, ya enriquecida, se esgrime con autonomía: son perfectamente biculturales —lo cual no carece de conflictos y bemoles.

A partir de 1994, presenciamos una resignificación en ambos polos de una relación asimétrica, que da lugar a nuevos fenómenos: en tojolabal, por ejemplo, donde había escaso trabajo antropológico, surgen sin transitar por la etapa informadora, los autores/escritores, catequistas/investigadores, poetas/recopiladores. Actualmente hay promotores, profesores y estudiosos en todas las lenguas; paulatinamente crean estrategias propias de escritura, selección, traducción, difusión. Gradualmente, adquieren también mayor eficacia en español; la tendencia generalizada es, antes que nada, escribir y reappropriarse de su cultura a través de los relatos más próximos y visibles. Hay una negativa a que las culturas sean tratadas como mercancías, a ser *informante*: asistimos ya al fin de semejante categoría y denominación, hay un cambio de parámetros y referentes también en el polo académico: los científicos sociales son ahora acompañantes, colegas, coordinadores de equipos, miembros de colectivos. La autonomía completa permitirá a los indígenas prescindir de ellos como referentes para relacionarse entre sí como pares y usando el español como puente para los vínculos que juzguen necesarios.

Las formas de circulación y difusión de la información, así como los acervos, necesariamente serán diferentes. Textos como los que aquí se han reunido tomarán otras modalidades y éstos se convertirán en documentos incorporados a archivos —pero aún tienen una vigencia y vida insospechados, como demuestran los escritos de los niños en las comunidades, utilizados como material de enseñanza en la educación comunitaria en lenguas indígenas.

Los escritores indígenas producen textos propios que no solamente hablan de sus culturas. Muchos autores se niegan a ser constreñidos por este nativismo obligado, a ser voceros o portadores de una voz colectiva. Con ambigüedad, con dificultad, son *representantes* que aspiran a ser más que eso —dado que lo representado es absolutamente indefinible. Como escritores, piden ser tratados como cualquier colega. Pero si pierden la especificidad de su cultura y lengua en el panorama de la globalización imperante, sufren su desventaja histórica; y si reivindican tal carácter y lo usan como ventaja, su creatividad se ve constreñida por una cárcel étnica.

Tendrán escritura propia hasta tener un público lector en sus lenguas o en las comunidades de cualquier lengua; o cuando los mexicanos que no hablan las lenguas indígenas tengan una sensibilidad y conciencia más abiertas hacia las raíces indígenas de su propia identidad. Pero corresponde ya solamente a los autores indios preservar, dar nueva vida a lo existente o producir algo distinto. Nosotros, ya somos fuente.

INTRODUCCIÓN

Difícil, definir lo que es un mito. Los mitos narran la historia sagrada, los hechos de los dioses creadores; son el relato que nos habla —en lenguaje simbólico o común— de tiempos ancestrales, cuando apenas se formaron los seres, en el principio del mundo, antes del primer amanecer, cuando creaciones y creadores compartían un solo lenguaje. Lo que cuentan los mitos sucede antes de que se definan las peculiaridades distintivas de cada criatura, desde el momento en que oscilan en el vacío inicial, sin residencia determinada ni características que los distinga a unos de otros, hasta que semejante capacidad de metamorfosis deja de ser la norma.

Es un mito frecuente creer que todos los mitos derivan de un protomito primordial, que existe una explicación única y originaria, que hay una congruencia narrativa interna, una taxonomía y una secuencia dada en la aparición de los acontecimientos, al menos al interior de cada una de las culturas donde se originan. No hay tal. Aparte de una versión genérica por regiones o por culturas, hay tanta variedad como recopiladores o narradores —pero esa visión compartida es precisamente la que nos permite identificarlos como mitos americanos primero, luego como mexicanos, de Aridoamérica o de Mesoamérica —lo cual quiebra fronteras geográficas que ni la narrativa ni las lenguas respetan.

Los mitos aquí presentados son fragmentos verbales de un universo más vasto; el relato enuncia apenas lo que el ritual corrobora, el hábito recalca, el rezo encumbra.

Siempre nos topamos con dificultades al clasificar la tradición oral en géneros —mitos, cuentos, relatos históricos, explicaciones del mundo circundante. Aquí presentamos fragmentos constreñidos por las palabras, cuando en la realidad éstas siempre se vincularon a la música, la ceremonia, la danza, la simbología visual, la cotidianidad y los sobrentendidos y lugares comunes de culturas distintas a la nuestra y entre sí. Hemos preferido clasificarlos de acuerdo a la frecuencia con la que aparecen y a la trama, más que atendiendo a los géneros establecidos por la crítica literaria o las taxonomías del folclor.

Encontramos semejanzas entre los relatos de los pueblos originarios de nuestro país que no pueden pasarse por alto, si bien existen diferencias específicas según las regiones y lenguas, los informantes, la sensibilidad o interés del investigador, los lugares y tiempos de recopilación. Los textos se transforman a lo largo del tiempo por fusión, fragmentación o exclusión. Ciertas constantes formales, temáticas, de argumento y acciones existen en mitos, plegarias, cantos, cuentos, parlamentos de representaciones y préstamos incorporados a lo largo de los tiempos. Independientemente de los cambios, hay un núcleo esencial —visible y vivo— que se conserva desde épocas muy remotas.

En general, los mitos *completos* son escasos; sin embargo encontramos ejemplos muy detallados y amplios en culturas donde las ceremonias incluyen cantos rituales que narran durante largas veladas la creación del mundo, los primeros pasos de los ancestros y sus acciones, para recrear —aquí y ahora— lo que sucedió en tiempos míticos —allá y entonces. Tal es el caso de los mitos kiliwas, pimas, huicholes o coras. A menudo, los cantos donde se narra la mitología en lenguaje distinto del cotidiano —esotérico, ceremonial, religioso— duran noches enteras, y si bien la historia se repite puntualmente, siempre es al modo del intérprete, rezandero, chamán o *marakame* que los entona. Los mitos se conservaron en el norte del país, gracias a las largas veladas ceremoniales; los pasajes narrativos son apenas las explicaciones o vínculos entre los cantos. Las versiones escritas o las grabaciones siempre son resumidas, condensadas y reescritas por los recopiladores. El chamán *Kiwa*, por ejemplo, principia así la velada, durante el Festival de los Canastos:

El sol se hunde en el poniente
comenzamos a cantar las canciones del águila.
La casa del curandero se eleva
y aparece ante mí, en la tierra.
Comenzamos a cantar las canciones del águila. (*pima*)¹

Son mucho más abundantes los fragmentos que los mitos largos, los retazos conservados en cuentos —géneros o modalidades que no han perdido espacios, como las largas

ceremonias religiosas. Hay muchos mitos que subsisten también en creencias, refranes o reglas de comportamiento —que no incluimos aquí, por cierto— que remiten a un modelo y tiempo primordiales.

Los subrelatos, cuentos, explicaciones de fragmentos etiológicos son adiciones oportunistas que se montan en el mito para responder a la sentencia: “y a partir de entonces...” Explicarán las más diversas características de cuanto existe en el mundo: desde accidentes en el paisaje hasta canto de aves o color de reptiles.

El mito narra cómo —en el vacío y las tinieblas— los ancestros, los primeros padres, los dioses crean el mundo, lo ordenan y lo nombran. La tierra es aún tierna, plana, blanda y con frecuencia, anegada. Las primeras criaturas no adquieren todavía su forma definitiva: deberán sufrir modificaciones y pasar pruebas antes de que se regule el tiempo, antes de que los ciclos de la naturaleza tomen ritmos definitivos y el universo quede fijo. Cuanto existe ahora se creó entonces.

En algunos mitos se habla de varias clases de humanidad que se modifican al paso del tiempo y cuyos resabios se conservan, transformados en paisaje, restos arqueológicos, criaturas fantásticas. En este tiempo se consigue el fuego, aparecen el sol y la luna, se encuentra y se domestica el maíz y por fin, tanto hombres como animales pierden sus capacidades originarias: un lenguaje universal, vista que alcanza a ver muy lejos, fuerza descomunal, inmortalidad. A diferencia de los génesis de otras culturas —el bíblico, por ejemplo— el mundo no se hizo de una buena vez ni de la mejor forma desde principio.

Las relaciones entre creadores y criaturas son insumisas, pues entre ambos hay una semejanza peligrosa; las criaturas reclaman los errores en la creación y son objeto de rectificaciones —castigos y dones los transforman— pero debe ser enmendada, a su tiempo, una familiaridad que ofende y perturba a los dioses.

CREACIÓN DEL MUNDO Y LOS HOMBRES

En los mitos cosmogónicos son creados la tierra, el cielo y el inframundo; se distribuyen las aguas y se traza una primera topografía que permite ordenar y nombrar el entorno: se deciden entonces direcciones, colores, lugares de residencia de los distintos habitantes del mundo.

El dios primordial, el creador del mundo, nuestros primeros padres —cualesquiera que sea su nombre— hicieron la tierra y el firmamento con su puro soplo, con su pensamiento, con su canto. Entre los pimas, quienes encabezan las ceremonias, entonan cantos sobre el origen del mundo y la creación durante cuatro noches a los jóvenes que se inician—en invierno solamente, ya que las serpientes de cascabel pican a quienes transgreden esta prohibición.

EN EL PRINCIPIO, cuando todo era oscuridad, *Djivut Maka* —chamán de la tierra— pensó cómo crear el mundo. Fue por un puñado de barro de las profundidades del mar y lo lanzó a lo alto. Allá lo dejó sin que se cayera. Después, se paró encima del barro y se puso a cantar. El barro comenzó a extenderse y cubrió casi toda el agua, dejando descubierto solamente lo que ahora es el océano. Sin embargo, el mundo no lograba sostenerse. Creó entonces a una araña y la mandó a remendar las orillas de la tierra. Cuando la araña terminó de coser los límites del mundo, éste dejó de bambolearse. *Djivut Maka* creó entonces los pájaros, las flores, los árboles, los animales, los insectos. Después de ver que todo estuviera bien, pensó en crear al hom-

bre. Tomó un poco de barro y lo modeló en forma de hombre; le dijo: —Dentro de cuatro días tendrás vida. (*pima*)²

Otra versión, de la misma etnia, explica:

AL COMIENZO no había nada donde ahora están la Tierra, el Sol, la Luna, las estrellas y cuanto vemos. Después de mucho tiempo, la oscuridad se fue juntando hasta formar una gran masa donde se formó el espíritu de Chamán de la Tierra quien, como pelusa de algodón, flotó en el aire: iba de un lado a otro sin tener lugar dónde reposar. Consciente de su poder, decidió construir un lugar para vivir, tomó un polvito de su pecho y lo aplastó en un terrón. Después pensó: “Crece, planta”. Apareció un arbusto de gobernadora. Lo colocó delante de él, pero en cuanto lo soltaba, se volteaba. Lo enderezó y nuevamente cayó. Así una tercera y cuarta vez, hasta que el terrón quedó asentado; entonces bailó encima de él, cantando:

Chamán de la Tierra da forma a este mundo.
¡Mira lo que puede hacer!
Redondo y suave lo moldea.
¡Mira lo que puede hacer!
Chamán de la Tierra crea las montañas.
¡Atención a lo que tenga que decir!
Él es quien crea las mesas.
¡Atención a lo que tenga que decir!
Chamán de la Tierra da forma a este mundo,
Chamán de la Tierra crea las montañas,
todo lo hace más grande, más grande, más grande.
Dentro de la tierra, Chamán vislumbra;
puede ver dentro de sus montañas. (*pima*)³

Además de hacer el sitio que les sirve de sostén y en donde vivirán sus criaturas, los dioses primordiales crean a los dioses menores, quienes serán sus ayudantes. En el norte del país, es más frecuente el relato de la emergencia desde el interior de la tierra para remontarse; más al sur, en cambio, la creación sucede en la superficie. La tierra es sustancia misma de los dioses, parte de su cuerpo, algo de sí mismos.

NUESTRA MADRE (la Tierra y la Luna) se puso a pensar qué podría pasar ahora: se acordó de Nuestro Hermano Mayor (la Estrella de la Mañana) y de Nuestro Padre

(el Sol). Los llamó; vinieron y se sentaron en medio del cielo.

—¿Ustedes qué piensan? —les preguntó ella.

—¿Nosotros? No, nada.

—Pues yo creo que los dioses deben preocuparse por el agua. Con el agua deben regar la tierra, crecerán árboles, zacate y yerbas. Eso es lo que yo pienso. Voy a hacer los dioses. Ese es mi pensamiento, ¿qué les parece?

—Nos parece bien —dijeron Nuestro Padre y Nuestro Hermano Mayor. Así hablaron. Los hizo de algodón crudo. Así los hizo y los terminó. Se puso a pensar dónde podría dejarlos, se acordó de un lugar y le dijo a Nuestro Hermano Mayor:

—Ven conmigo, voy dejarlos en medio de una laguna.

Allá los dejó, allá tenían que vivir, entre las nubes y en medio del agua.

Los dioses empezaron entonces con su quehacer: salieron del agua. Se acordaron de su madre y de su hermano mayor, que habían ascendido y desaparecido, los llamaron con sus palabras. Nuestra Madre y Nuestro Hermano Mayor los oyeron allá arriba y comenzaron a bajar. Se acercaron a la tierra y llegaron al lugar donde habían dejado a los dioses. Les hablaron, los saludaron.

Los dioses le pidieron a su madre:

—¡Sácanos de aquí!

Nuestra Madre soltó sus cabellos, los arregló, los estiró y los echó al agua diciendo a sus hijos:

—Agárrense de mis cabellos—. Así lo hicieron y ella los jaló y los sacó. Así fue como subieron. Ella los sacó jalando sus propios cabellos. Se remontaron hacia en medio, arriba de nosotros. Allá, Nuestra Madre y Nuestro Hermano Mayor dejaron a los dioses para que vivieran con sus nubes y ellos desaparecieron.

Los dioses se pusieron a pensar: “¿Qué vamos a hacer? Ya estamos cansados de estar aquí colgados.” Se acordaron de su madre, de su hermano mayor, de su padre y los llamaron:

—Ya estamos cansados. ¿Pueden ayudarnos?

—Busquen algo de ustedes mismos —dijo ella.

Así lo hicieron. Se pusieron a buscar. Entonces, agarraron ese algo de sí mismos que era tierra y con eso formaron una bolita. Cuando terminaron de hacerla, llamaron a su madre, a su hermano mayor y a su padre.

Se la dieron a su madre y ella lo recibió. Pensó: “¿Qué voy a hacer con eso?” Entonces, ella se acordó de Nuestro Hermano Mayor, y le dijo: —Ahí pon tus flechas, ponlas una encima de la otra, cruzadas y apuntando hacia los cuatro rumbos.

Así lo hizo, así colocó sus flechas y las amarró a la mitad. Cuando terminó, llamó a su madre y le dijo que había terminado. Entonces ella se puso a pensar, y se acordó

de sus cabellos: arrancó un mechón y lo tejió a manera de un espiral. Una vez que hubo tejido sus cabellos, tomó la tierra y los cabellos y los colocó encima de las flechas. Así se los dejó a los dioses; les ordenó:

—Párense encima de esto, hijos.

Se pararon ahí y empezaron a pisarlo. Lo estiraron mucho, hasta que terminaron. Entonces, dijeron:

—Ya está, hicimos lo que nos encargaron.

—Está bien —dijo Nuestra Madre—. Aquí van a quedarse.

Allí dejó a los dioses. Nuestra Madre bendijo el lugar y lo llamó Mundo. Así, con estas palabras, lo terminó. Aquí dejó a los dioses y todo: piedras, árboles, zacate, agua y el dios del agua. Allá dejó a todas las aves y las fieras. Así lo terminó y también dejó los seres humanos y todos los animales domésticos: vacas, mulas, caballos, burros, borregos, puercos, pollos y gatos. Aquí en la tierra, ella dejó todo lo que hay. Así lo terminó y se va quedar en medio, arriba de nosotros. Nada hace falta y se va quedar para siempre. También a nosotros, a sus hijos, nos dejó un poco, para un día. Así terminó. (*cora*)⁴

En nuestro país son escasos los relatos de una primera creación; si acaso se menciona un caos primordial, es simplemente como introducción o antecedente de acontecimientos posteriores.

ANTES, cuando Dios aún no estaba aquí, el sol no existía. La gente vivía sin sol, no conocían la luz. No había luz, no había sol. Nada. Era pura oscuridad. [...] Antes, los viejos, los antepasados y la Señora de la Tierra, *Ch'eenlaa*, vivían en las tinieblas, en la oscuridad. [...]

Antes, la tierra era plana; pero cuando salió el primer rayo de sol la gente de antes no quiso verlo. Se metieron en la tierra y ésta se levantó. Ellos hicieron los cerros y las zanjas para taparse y no ver al sol. Se esforzaron por entrar en la tierra. (*teenek*)⁵

La tierra se moldea, se estira, se zurce y se repara, se teje y crece paulatinamente para dar cabida a deidades, montañas, vegetación, animales y, por fin, a la humanidad.

CUANDO ESTABAN en Tatiapa, el mundo subterráneo, nuestros padres y nuestras madres expandieron sus *itárite* (petates) en medio del agua. Los extendieron en el sur, en el norte, en el oriente, en el poniente y en el centro. Los petates empezaron a crecer y así fue como el mundo se expandió hacia esas cinco direcciones. En medio del agua crecieron nuestras madres: Nube que Crece, Diosa del Maíz, Diosa de la Lluvia

del Oriente, Lluvia de Occidente, Lluvia del Sur y todos los *kakayárite* —que son, sobre todo, deidades de los cerros.

Empezaron a crecer todas las personas que existen, es decir, los dioses recién nacidos [...] *Takutsi Nakawé*, al quedarse sola, también empezó a crecer. Así originó su mundo, este mundo superior donde ahora vivimos. Así fue como lo hicieron nuestras madres. Crecieron por encima de su mundo, pero nacieron en Tatiapa. (*huichol*)⁶

Este primer mundo pocas veces será el definitivo, tal y como lo conocemos hoy en día. La creación inicial se modifica radicalmente con la aparición del sol, o tras el diluvio y otros percances, accidentes y contiendas.

HUBO MUCHOS mundos anteriores a éste, que fueron acabando uno tras otro. Antes de que el mundo fuera destruido la última vez, corrían todos los ríos hacia el lugar donde nace el sol; pero ahora las aguas se dirigen también hacia donde el sol se pone. Los osos emprendieron la obra de dar forma al mundo que antes no era más que un arenal.

En los tiempos antiguos había multitud de lagunas alrededor de Guachóchic; pero se arregló la tierra cuando llegó el pueblo y se puso a bailar *yúmarí*.

Las rocas eran al principio blandas y pequeñas, pero crecieron hasta hacerse grandes y duras, y tienen vida dentro. (*tarahumara*)⁷

El mundo inicial fue plano, desfondado o anegado; los cauces debieron hendirse para que escurrieran las aguas. La tierra, aún blanda, podía ser modelada. Los *kiliwa* dicen que la rata canguro reparó el fondo por donde se salía el agua; entre los *coras*, el murciélago es el encargado de hacer las barrancas; entre los *mazatecos* el *tlacuache* traza el curso de los ríos y según los *tarahumaras*, son los osos quienes dan forma al mundo húmedo y a las piedras blandas.

NUESTRO PADRE bendice a la Tierra porque la tierra es mujer, porque nos está dando de comer, para que crezca, para sobrevivir. Cuando se formó el mundo la tierra no era dura; *Tlacuache* era el jefe del mundo. La tierra aceptó ponerse dura. [...]

Las piedras tampoco eran duras. Buscaron un árbol especial para echarle humo a la tierra, para que se pusiera dura. Todos los animales se pusieron a buscar el árbol pero fue *Tlacuache*, que es el más aguzado, quien encontró el copal.

Con el humo se endureció y ya fue Tierra. Antes dicen los abuelitos que alcanzaban a tirarle piedras a las estrellas; no estaban tan altas. (*mazateco*)⁸

Más adelante, nuevos cauces son abiertos por otros animales. Las culebras horadan la tierra con sus cuernos y forman ríos, lagunas y bajiales, como se verá en episodios posteriores, cuando atacan a sus enemigos como nahuales o acompañantes de los héroes. También se dejan caer desde el cielo como ciclones, trombas y tempestades; así desquician los cauces. Para los tzeltales, es el toro quien labra los ríos.

DICEN LOS ANTEPASADOS que cuando hubo los ríos, que fue el *Xubul chan* quien hizo los ríos. Dicen que parece como un toro, que tenía los cuernos muy grandes y que con los cuernos abrió los ríos; que hacía a un lado las piedras con los cuernos.

Dicen que el agua o el río de atrás ya se iba también, porque ya tenía dónde correr. Que primero iba el *Xubul chan*, que así fue como hubo ríos.

Así dicen en Tenejapa, según platican los viejitos. (*tzeltal*)⁹

El mundo debe amacizar todavía: los mazatecos opinan que para endurecerlo debe ahumarse con copal; en cambio los lacandones, quienes tuvieron sahumadores desde el principio, usan todavía el humo de copal para crear lluvia y reverenciar a los dioses.

La tierra cruda debe cocerse, secarse. Por eso que la primera tarea es conseguir el fuego, que servirá para hacer sólido el terreno que pisarán los primeros animales y los hombres. Las operaciones, los dictámenes de los pájaros, iguales providencias se repetirán después del diluvio.

LOS HOMBRES LLEGARON del oriente y las mujeres del poniente. En el principio, la tierra era una llanura llena de agua y, por lo tanto, se pudría el maíz. Los antiguos habitantes tuvieron que pensar, trabajar y ayunar mucho para conseguir un mundo en forma. Bajaron todos los pájaros a ver si podían poner en orden la tierra, para que se sembrara. Rogaron primeramente al zopilote de cabeza roja, la principal de todas las aves, que lo arreglara todo, pero dijo que no podía. Llamaron a todas las aves del mundo, una tras otra para inducir las, pero ninguna quiso emprender la obra.

Por último llegó el murciélago, muy viejo y muy arrugado. Tenía blancos los cabellos y la barba de tanto que había vivido, y llevaba la cara llena de polvo porque nunca se bañaba. Se apoyaba en un bordón, porque era tan viejo que apenas podía andar. Él dijo que no era capaz de llevar a cabo tal tarea, pero al fin consintió. Esa misma noche se lanzó a volar precipitadamente, abriendo salidas para las aguas; pero hizo los valles tan profundos, que era imposible recorrerlos. Las personas principales se lo reprocharon y contestó: —Volveré, entonces, a ponerlo todo como estaba.

—¡No, no! —dijeron ellos—. Lo que queremos es que las laderas sean un poco más inclinadas, que nos quede alguna tierra pareja y no todo sean montañas.

El murciélago consintió en hacer lo que le pedían, y las personas principales le dieron las gracias. Así ha quedado el mundo hasta el presente. (*cora*)¹⁰

Los mitos se conservan cuando se asocian a ceremonias, rituales y plegarias; cuando desaparecen los espacios, fiestas y ocasiones para recitarlos, cantarlos o narrarlos, se pierden más fácilmente; cuando solamente pueden enunciarse o escenificarse de manera estrictamente prevista y tabuada, también se ven amenazados y migran a otros géneros. O persisten como creencias y pensamientos cuyo origen casi nunca es explícito. Pocas veces son tan narrativos como los que encontramos en las fuentes coloniales o en las recreaciones literarias inmediatamente posteriores a su recolección. Lacandón y kiliwa, por ejemplo, son culturas con mitos de creación muy consistentes —los escasos informantes fueron rezanderos o chamanes. En la actualidad encontramos fragmentos de mito mezclados con relatos o como explicaciones que pasan por alto las estructuras y formas de enunciación específicas de este género; o bien se hallan desperdigados en cuentos, rezos —o imágenes, rituales, ceremonias, ideas y creencias que se portan, pero rara vez se enuncian.

Cuando logran conservarse, sin embargo, los mitos dan muestra de la complejidad del tejido narrativo y de la multiplicidad de motivos que encierran. Ochoa Zazueta recreó y reordenó la mitología kiliwa en su hermoso libro *El mundo se hizo así*, partiendo de cantos de Gerónimo Espinosa Higuera.¹¹

CUANDO NO HABÍA NADA, cuando todo era oscuridad, cuando sólo la sombra llenaba los espacios, cuando las tinieblas eran solamente tinieblas, no había tierra, ni cielo, ni agua, ni fuego. No existían entonces las plantas, ni se veían estrellas en el firmamento. No había animales, ni tronaban los rayos en el cielo, no calentaba el sol, ni la luna marcaba el paso del tiempo y de la vida. No había nada en esa oscuridad, no había hombres en esa noche. El mundo estaba a oscuras.

¿Cómo nació *Meltí ipá jalá*? ¿Cómo nació la deidad Coyote-gente-luna? ¿De dónde vino? ¿Cómo llegó a la oscuridad? Nadie lo sabe, pero lo cierto es que llegó aquí.¹² Sin saberse dónde tenía su casa, sin conocerse su cara y sin mostrar sus habilidades porque aquí todo era todavía una sola oscuridad, Meltí, la deidad Coyote-gente-luna, llegó en la noche cargando su gran bastón. Y en esa oscuridad, en esa noche la deidad Coyote-gente-luna, aullando a la negrura con voz de coyote común, dijo: —¡Yo soy Meltí ipá jalá. Yo soy el padre, yo soy el de la casa redonda y cóncava. Yo soy la deidad Coyote-gente-luna y vengo de donde todo es cóncavo y amarillo.

Allá quedó la casa vacía,
la casa vacía
donde todo es amarillo
y cóncavo,
de donde vino este coyote.

Y así fue como estuvo hablando. Habló mucho. Pero como en esa gran noche no había tierra, ni cielo, ni mar, ni animales; no había árboles, no había hombres, ni estrellas, ni lluvia, ni rayo, no había nada, y como tampoco había tiempo, nadie le contestaba y nadie pudo saber cuánto tiempo estuvo aullando. El visitante llegado del sur aulló tanto que poco a poco fue quedándose afónico.

Y así, el aullido de Meltí ipá jalá, se convirtió en un susurro parecido al viento. Meltí —por venir de donde todo es cóncavo y amarillo— tuvo luz propia, grandes pedernales en las rodillas que echaban chispas cuando caminaba. Así iluminó aquella negrura donde nada existía y empezó a soñar.

Tuvo necesidad de compartir con alguien su luz y se la dio a la negrura. Iluminó todo aquello y se dio cuenta que sólo él habitaba ahí y cantó cinco y hasta seis veces.

¡Qué triste está el Coyote!
¡El Coyote, la luz y la negrura!
¡La oscuridad sobrecoge!
¡Aúlla el Coyote-gente!

Decidió que sería bueno hacer cosas, hacer objetos. Meltí fue al lugar del origen del sur y allí tomó un buche de agua dulce que espurreó hacia el sur: toda esa región se pintó de amarillo. Del mismo lugar tomó un buche de agua salada y la roció hacia el norte: toda esa región se pintó de rojo, de colorado.

Meltí era gigantesco, tenía un pie en el Golfo de California y otro en el Océano Pacífico. Le gustó tanto como iba quedando aquello, que tomó otro buche de agua, pero estaba tan entusiasmado, que llenó demasiado su gran boca y cuando la echó al oeste, la región se inundó. Fue así como se formó un gran mar, un mar profundo, picado y muy nocivo; por eso toda la región del gran mar quedó teñida de negro, de oscuro.

Meltí ipá jalá se asustó tanto que se fue a reflexionar al lugar cóncavo y amarillo, al sur. Allá estuvo pensando y llorando mucho tiempo, hasta que le dieron ganas de cantar. Luego decidió volver a la oscuridad. Ya más precavido, con gran cautela, fue al ombligo sureño y tomó un buchito de agua fresca y dulce, y la desparramó rumbo

al este, haciéndose así un marecito, el Golfo de Cortés. Este marecito era de aguas mansas, de olas pequeñas y resaca calmada. Porque ese marecito quedó reconocido como cosa buena se tiñó de blanco. Fue así como Meltí hizo los rumbos del universo, y con su luz los pintó de acuerdo a lo que convenía.¹³

La obra no terminó allí. Meltí quiso ponerle nombre a cada color-región, pero fracasó en su intento, porque el mundo estaba desfondado. Preocupado se puso a pensar y cantó mucho, pensando cómo corregir ese desfondamiento. Primero tenía que reconocer un centro-ombligo de arriba, así como un centro-ombligo de abajo. Fue así como se decidió rociar los aires para teñir de azul la oscuridad del cielo y entonces cuando se decidió a patear el suelo para *terregarlo*. Como los terrones de polvo quedaron endurecidos, la tierra se pintó de color amate.

Meltí bautizó los rumbos y los colores; estaba contento. De su pecho sacó un mazo de hojas de tabaco. Y como eran suyas, desde ese tiempo se les conoce como el tabaco-coyote. Tenía también una pipa sagrada de madera y barro: la pipa del señor humo. Trituró las hojas de tabaco seco, las encendió con su pedernal y empezó a fumar tranquilamente.

Fue así como Meltí ipá jalá, tras tanto trabajo, se puso a descansar disfrutando aquel colorido. Se quedó dormido, y mientras soñaba el humo crecía y crecía desparramándose por el mundo desfondado. Fue así como se hicieron, con el humo de la pipa del señor padre, todos los senderos, veredas, caminos de la tierra y del cielo. Cuando despertó, Meltí se dio cuenta de que el humo había trabajado y había hecho todos los senderos, las veredas, los caminos y se puso muy contento. Tuvo ganas de cantar, pero no tenía acompañamiento. Fue entonces cuando se quitó el escroto, la bolsa de pellejo de sus testículos. Tomándola entre sus manos sopló tres veces con su boca: ¡Mffffff! ¡Mffffff! ¡Mffffff! Infló aquella bolsa de cuero en tal forma que pudo meterse dentro de ella. Así hizo su sonaja grande. Fue así como cantó, cantó y cantó.

Como el agua de los mares y las tinturas cubrían todo el territorio, pensó que sería bueno hacer las montañas. Fue así como en cuatro fumadas, Meltí ipá jalá construyó cuatro montañas y las repartió por los cuatro rumbos del universo. Fue así como las montañas quedaron entre el agua y fue así como desde ese día hubo cuatro mares.

¡En el mundo cóncavo y desfondado!
¡Hinchó su escroto y fue un guijarro!
En donde todo era tintura,
ipá fumando puso la tierra,
la tierra de los *ko'lew*!

Meltí visitó y bautizó cuanto había creado y como todo fue hecho por el padre, fueron tierra sagrada, cerros de los chamanes, mares del señor.

Como la tierra estaba desfondada, el agua y la tierra de las montañas mezclaban las tinturas. Meltí decidió corregirlo. Como no encontró otra forma de componerlo, para cubrir el cielo desfondado se quitó el cuero cabelludo y lo extendió en la concavidad. Pero entonces quedó el ombligo de abajo sin apoyo. Fue entonces cuando procedió a quitarse el cuero de su cuerpo, quedando entonces detenida la tierra y el cielo dentro de una gran bolsa de cuero rojo.

Como Meltí se había quitado el cuero cabelludo y el cuero de su cuerpo, para no tener frío decidió usar las tinturas del mundo para vestirse; el gran padre se pintó con los seis colores del universo y otro más que inventó. Meltí tuvo ropaje nuevo: su lado derecho lo pintó de rojo y blanco, mientras que su lado izquierdo lo tiñó de amarillo y negro. Su cuerpo estaba rayado en la parte superior con franjas azules y en la inferior de franjas cafés.

El séptimo color fue el verde, con el cual se pintó la parte izquierda de su cara, mientras que la otra tenía el color rojo y blanco.

Para cubrirse el cráneo, se puso una capa de ceniza.

Ya protegido en esta forma, Meltí ipá jalá, decidió tomar otro descanso, y vio que cuanto había hecho era agradable, aullando a la gran noche —porque seguía siendo una gran noche, dijo:

¡Así se hizo el mundo...!

¡Así se hizo el mundo...!

Nadie debe dudarlo.

¡Y el mundo se hizo así! (*kiliwa*)¹⁴

Mitos tan articulados como el *kiliwa* son muy escasos. Otro ejemplo es el texto *tzotzil* “Una historia de las primeras personas”, recopilado por Gary Gossen, con nombres y sucesos evidentemente heredados de *La Biblia*, pero transformados por completo. Los motivos que suelen aparecer separados en varios relatos, aquí van juntos, con episodios perfectamente concatenados —necesarios, fluidos, subsecuentes.

BUENO, CUANDO VINIERON las primeras personas eran como dioses. Había un hombre y una mujer. Las primeras personas se llamaban Adán y Eva. Bueno, Adán y Eva no tenían casas. Dormían debajo de un árbol, esto fue hace mucho. No había ni una montaña, ni una cueva, ni una roca, la tierra era plana, sin montes, sin valles: nomás pareja la tierra.

Así es que Adán y Eva dormían debajo de un árbol, porque Adán y Eva fueron las primeras personas. Bueno, quién sabe qué estarían pensando Adán y Eva. Comenzaron a hacer barro, comenzaron a modelar el barro. Le empezaron a poner al barro manos, cabeza, nariz, pies, orejas y ojos. Todo eso le pusieron. Bien lo hicieron. El barro comenzó a transformarse en personas. Ahora ya hablaban, rápido, aquellos que habían sido de barro.

Entonces Nuestro Padre del Cielo vio que estaba mal que no hubiera montañas, que no hubiera piedras, que no hubiera valles. No había lugar por donde se fuera el agua, no había desagüaderos por donde corriera. Sus hijos no podrían sobrevivir, el agua los cubriría puesto que no había valles, no había montañas. Entonces vino un temblor muy fuerte. Tembló porque no había piedras. Nuestro Santo Padre Sol del Cielo comenzó a hundir la tierra; hubo un temblor, pero fue un temblor muy fuerte. Y entonces toda la tierra se hundió. Es por esto que hay montañas, que hay valles, que hay cuevas, que hay rocas. Cuando todavía no había piedras los temblores eran muy fuertes. Diario temblaba. La tierra no pesaba y por eso Nuestro Santo Padre Sol del Cielo hizo las piedras. Hizo las rocas, hizo los cerros, hizo los valles, hizo los desagüaderos.

Entonces ya corrió el agua, la gente ya no estaba cubierta de agua, ya no había temblores todos los días. Ya no temblaba porque ahora la tierra le pesaba mucho a la Madre de los Temblores. Porque al principio no pesaba, pues no tenía piedras. Y cuando Nuestro Santo Padre Sol del Cielo puso las piedras, se hundió la tierra. Todavía hay temblores, pero ahora son más pocos, ya no son diario, porque hace mucho temblaba diario.

* * *

Bueno, en el lugar donde vivían Adán y Eva no se hundió la tierra. Cuando vino el terremoto estaban sentados bajo el árbol, a la hora del temblor. Y el barro con el cual habían hecho a sus hijos también estaba debajo del árbol, con Adán y Eva. Los que habían sido de barro, ahora eran personas. Uno era hombre y la otra era mujer, no tenían ropa, estaban nomás desnudos. Apenas cubrían sus partes y sus culos un poquito, llevaban una prenda amarrada de la cintura. Pero no sabían cómo comer, no sabían cómo cantar, no sabían cómo hacer fiestas, no sabían cómo bailar, no sabían cómo dormir, nomás estaban allí sentados. No dormían durante el día, porque la tierra no se oscurecía, todo el tiempo había luz. Cuando se ponía Nuestro Santo Padre Sol del Cielo salía Nuestra Santa Madre Luna. Pero Nuestra Santa Madre Luna brillaba igual que Nuestro Santo Padre Sol del Cielo, así que no oscurecía. A

Nuestro Santo Padre Sol del Cielo no le gustó que no hubiera oscuridad porque sus hijos no podían dormir, todo el tiempo había luz. Entonces la tierra comenzó a oscurecerse. Ya había luz, ahora había día. Bueno, cuando se cubrió la cara de Nuestra Santa Madre Luna rápido salieron los demonios. Pero no pudieron verlos salir. Ya estaban allí, nomás parados, viendo. Porque cuando se cubrió la cara de Nuestra Santa Madre Luna ya no pudo cuidar a sus hijos. Por eso fue que salieron los demonios.

Así fue como esas personas que acababan de hacer con barro, los que hicieron Adán y Eva, esos dos durmieron. Pero esos dos no se dieron cuenta de que se habían quedado dormidos y también se quedaron dormidos sin darse cuenta Adán y Eva.

Todavía no había santos en la iglesia, no había iglesias, no había casas. Solamente estaban en el cielo Nuestro Padre Sol del Cielo y Nuestra Madre Luna del Cielo, nada más. Por eso es que había tantos demonios. Pues sólo estaban Nuestro Santo Padre Sol del Cielo y Nuestra Santa Madre Luna. Después aparecieron los santos de la iglesia. En esos tiempos, entonces, ya estaban las montañas y los valles. Cuando los santos llegaron a las iglesias, ya estaba todo.

Y llegó el momento en que se debían juntar Adán y Eva pero no entendían cómo debían comenzar, porque estaban dormidos. Es por eso que no se juntaron. Y entonces sucedió que los demonios les ordenaron que se juntaran. Y apenas Adán y Eva se juntaron se sintieron muy felices. Y diario se juntaban porque se sentía muy bien. Bueno, comenzaron a decirles a las personas que habían sido de barro: —Cuando duermen, abrácese y bésense; es muy sabroso, muy sabroso —les decían Adán y Eva.

Pero las personas de barro no sabían cómo abrazarse, ni cómo besarse, ni cómo jugar, ni cómo trabajar. Nada sabían. Y entonces obedecieron a Adán y Eva, y los que habían sido de barro comenzaron a besarse y a abrazarse. Y así, poco a poco nacieron sus hijos. Así fue como las personas de hace mucho comenzaron a abundar, a hacerse muchos, poco a poco.

Pero todavía no sabían cómo hacer fiestas, no sabían cómo cantar, no sabían cómo beber *posh*, no sabían cómo bailar, no tenían casas, no tenían ropa, no sabían nada.¹⁵ Tampoco sabían comer bastante, solamente mascaban un grano de maíz crudo. Al principio no había maíz, solamente tenían col, hojas de nabo y frijoles. Sólo eso. Luego llegó el maíz. Nadie vio cómo llegaron la col, frijoles y hojas de nabo, allí nomás estaban. Vieron la col y los frijoles que estaban allí primero, luego apareció el maíz. Los hombres que habían sido de barro sólo comían col, no comían tortillas. Sólo col y frijoles comían, solamente un poquito de col y hojas de nabo comían.

* * *

Entonces los demonios comenzaron a matar a Nuestro Padre Sol del Cielo, porque Nuestro Padre Sol del Cielo caminaba todavía por la tierra. Luego se fue al cielo con Nuestra Santa Madre Luna. Luego murió Nuestro Santo Padre Sol del Cielo. Lo enterraron, pero no estaba muerto. Pero los demonios creían que sí estaba muerto. Ya lo habían enterrado cuando vieron que estaba vivo. No estaba muerto, estaba caminando. Bueno, vieron que no estaba muerto. Entonces comenzaron a darle posh con orina de demonio para que bebiera. Nuestro Padre Sol lo bebió y como estaba mezclado con orina de demonio, se emborrachó Nuestro Padre Sol. Se quedó tirado en el suelo como una hora. Luego volvió en sí Nuestro Santo Padre Sol del Cielo y le pareció muy sabroso el posh. Tomó más.

—Estaría bueno que les diera de beber esto a mis hijos. Si no se los doy, nunca van a poder cantar, nunca van a poder bailar, nunca van a saber hacer fiestas. Mejor les doy a beber posh. Si se lo beben, van a hacerme fiestas, van a aprender a tocar la guitarra y el arpa —dijo Nuestro Santo Padre Sol del Cielo.

Y así aprendieron los hombres que habían sido de barro a beber posh. Bueno, la gente bebió el posh. Y entonces supieron cantar, y entonces supieron bailar, entonces supieron tocar la guitarra y el arpa, entonces supieron hacer fiestas, entonces lo supieron todo. Pero solamente después de beber el posh. Si no hubieran tomado el posh no hubieran aprendido a tocar la guitarra y el arpa. Pero desde que tomaron el posh ya supieron tocar la guitarra y el arpa, cantar, hacer fiestas.

* * *

Bueno, una cosa cierta de las primeras personas que habían sido de barro es que tenían ojos como de perro. Veían muy bien para caminar de noche, veían como si fuera de día. Cuando Nuestro Padre Sol del Cielo vio que sus hijos tenían ojos como los de los perros, no estuvo conforme. Vio que no era correcto que fueran capaces de ver el dinero del Dueño de la Tierra en las montañas.

—Mejor les cubro los ojos; si no, no está bien —dijo Nuestro Santo Padre Sol del Cielo.

Bueno, ahora la gente tenía los ojos cubiertos con una telita. Bueno, cuando la telita les cubrió los ojos, ya no pudieron ver el camino en la noche, pero hace mucho podían verlo muy bien.

* * *

Y también Nuestro Santo Padre Sol del Cielo vio que la gente no comía suficiente, le pareció mal.

—Estaría bien que comieran bastante; si no, no trabajarán bastante. Si comen mucho trabajarán mucho —así dijo Nuestro Santo Padre Sol del Cielo.

Es por eso que la gente de Chamula come mucho, fue mandato de Nuestro Santo Padre Sol del Cielo. Vio que estaba mal que sólo comieran un grano de maíz a la vez. Vio que no estaba bien que la gente no trabajara suficiente. Pues entonces una matita de maíz tierna vino con el río, la plantita venía flotando sobre el agua. Fueron a agarrar esa plantita y la sembraron a orillas del río. Le echaban agua para que no se secara. Y creció la plantita, no se secó el maicito, allí creció. Y así, poco a poco se dio la milpa. Aumentó mucho, se hizo grande.

Igual la gente: crecieron mucho, todo se multiplicó. Entonces, poco a poco la gente comenzó a hacer casas, pero sus casas eran de hojas de árbol, no estaban buenas, goteaban cuando llovía. Las hojas no atajaban el agua. Su ropa también goteaba, era de corteza de árbol. Poco después llegó San Juan con sus borregos. Y hasta entonces llegó la ropa de las personas. Bueno, él comenzó a hacer ropa para sus hijos. Muy despacito ellos comenzaron a hacer su ropa, no sabían cómo pues cuando fueron creados estaban desnudos, sin ropa, sólo con cortezas que amarraban alrededor del cuerpo, para que no les vieran el cuerpo. Entonces llegó Nuestro Señor San Juan con sus borregos. Lo vieron venir, lo vieron que comenzó a hacer su casa. Lo vieron que comenzó a desmontar. Vieron cómo quedó un lago donde hizo su casa. Vieron cómo trajo piedras para hacer su casa. Vieron cómo sonaba sola la campana que colgaba de un árbol. Todo esto vieron las primeras personas.

Luego, cuando se hizo viejo, contó a sus hijos cómo habían sido hechos. Así fue como todos supieron que las primeras personas sobrevivieron. Cuando los viejos murieron, ya les habían contado a sus hijos cómo fueron antes las cosas. (*tzotzil*)¹⁶

Entre los lacandones, el dios creador apenas aparece. Los protagonistas de la mitología son sus hijos.

EN EL PRINCIPIO existió *K'akoch*. No es dios de todos, es sólo el dios de los dioses, su dios de ellos; el hombre no lo conoce. *K'akoch* hizo la tierra, aunque no muy bien: no era firme, no había selva, no había piedras. Sólo hizo tierra y agua. Hizo el sol, para el sol hizo la luna.

Formó la flor de nardo, hizo que los dioses nacieran de ella.

Sukunkyum (el hermano mayor de Nuestro Señor), Señor del bajo mundo, fue el primero en nacer de las flores. Después nació *Ākyantho'*, Dios de los viajeros, co-

mercio y extranjeros, y *Hachäkyum* (Nuestro Verdadero Señor).

No había selva. *Hachäkyum* dijo que la tierra no estaba del todo bien. Los otros dos ni siquiera bajaban de sus asientos. *Hachäkyum* fue a la tierra, la recorrió con *Sukunkyum* —apenas dejaron el nardo, crecieron rápidamente. Esto sucedió en *Palenque*, *Hachäkyum* buscaba dónde quedarse a vivir.

—Éste será nuestro hogar —le dijo a *Sukunkyum*.

—No sé, decide tú.

—Aquí será.

Fue con *K'akoch* y éste le dijo: —Ahí tienes, es tu hogar.

—Muy bien, mi señor.

Y al terminar de decir esto, *K'akoch* se fue y nunca más se dejó ver.

Como la tierra no estaba firme, se pusieron a pensar y *Hachäkyum* decidió arreglarla. Fue a un cerrito por arena y la tiró allí. Echó piedras.

Entonces hizo la selva. Fue bueno, vio que era bueno. Veía que salían las piedras, había piedras en la selva. Cuando terminó de levantar todo, entonces fue buena la tierra. (*lacandón*)¹⁷

* * *

Cinco días después nacieron todos los dioses menores, que son tantos que nadie los conoce a todos. Los principales, al nacer, anunciaron su nombre, su *onan* o linaje, su cargo. Ninguno tenía esposa todavía.

A los diez días nacieron las diosas, también del nardo.

El primer dios engendrado, no nacido del nardo, fue *A'k'inchob* (el que frunce los ojos por el sol), yerno de *Hachäkyum*. Éste no quiso que nadie viera la sangre del nacimiento y la cubrió con tierra. De esa tierra con sangre salieron las hormigas.

Hachäkyum creó a *Kisin* de tierra y madera podrida, e hizo que naciera de la flor nocturna, espuma de la noche, tal y como los demás dioses habían nacido de la flor del nardo. Después de cinco días, *Kisin* nació al anochecer. *Hachäkyum* también hizo a la mujer de *Kisin*.

A *Kisin* no se le designó ningún trabajo en la tierra, y para comer le dieron hongos de árbol como tortillas, gusanera como frijoles. Se vistió al modo occidental y usa como sombrero la flor maloliente del bejuco.

Para mitigar la oscuridad de la noche, *Hachäkyum* hizo las estrellas. Las hizo de arena de piedras, y las sembró. Las raíces de cada estrella son las raíces de un árbol en el Cielo. Cuando se cae un árbol, en el Cielo se cae una estrella. Hizo y nombró todas las estrellas y las constelaciones. (*lacandón*)¹⁸

No existe un orden riguroso en el cual se ordenen los diferentes episodios de los mitos cosmogónicos, pero en casi todos los ciclos la creación de los animales y de la humanidad sigue a la del mundo y es anterior al robo del fuego. Semejantes hazañas no ocurren, sin embargo, en el vacío, sino en un entorno familiar que no excluye aquello que aún no ha llegado al mundo: se habla de maíz y plantas que aún no crecen; se mencionan jornadas, luz y oscuridad antes de la aparición del sol y la luna. Los acontecimientos ocurren siempre en un mundo conocido para quienes lo narran, aunque se trate de sujetos y acciones cuya simultaneidad se sabe imposible; a pesar de ser las mismas criaturas o de tener los mismos nombres, no se trata ni del hombre, ni del maíz, ni de del sol tal y como los conocemos ahora. Animales, plantas, paisaje y hombres se irán transformando conforme participan en los mitos y en el largo proceso de creación, hasta obtener sus características actuales —explicadas, precisamente, por su participación en el mito. Las criaturas de ahora son distintas a las de entonces —es precisamente eso lo que define el espacio mítico: es irrepetible, atemporal, anterior, el sitio por excelencia donde todo está aún gestándose. Pocas cosas quedan tal y como fueron allá y entonces y, ciertamente, ninguna está a nuestro alcance.

La creación de los animales es particularmente importante en culturas donde hay linajes o clanes identificados con animales totémicos, pues determinan obligaciones y vínculos al interior de los grupos, posibles parentescos, restricciones territoriales o alimenticias, formas de relaciones con los demás, etcétera.¹⁹

MELTÍ IPÁ JALÁ SIGUIÓ SU OBRA. De sus pantorrillas formó cuatro borregos cimarrones: dos borregos cimarrones de cada pantorrilla, uno para cada una de las tierras y rumbos. Luego los llevó a donde serían sus casas, y les dijo: —¡Aquí hay una montaña para cada uno de ustedes, tienen que usar sus cornamentas para detener el cielo! Y dejó a un borrego en cada montaña. Ahí están todavía y son animales sagrados, animales santos, porque fueron hechos de las pantorrillas del padre y sus cornamentas detienen el cielo.

Meltí siguió fumando. Contempló las cuatro montañas. También vio complacido que en las cuatro montañas estaban los borregos vigilantes, deteniendo el cielo con sus cornamentas y pensó que ahí podían mecerse las cunas de sus cuatro hijos.

También se dio cuenta que los borregos cimarrones estaban solos y debían tener compañía. Dando grandes bocanadas a su gran pipa de madera y arcilla, decidió darles compañía a los borregos cimarrones que vigilaban las cuatro cunas, pero no supo cómo. Recordó que en su casa del sur, su abuela hacía ollas, trastes y juguetes; esa sería una buena forma de hacerles compañeros a los borregos cimarrones que vigilaban sus casas. Meltí se puso a construir los hornos. El calor y la luz que se

desprendía de ellos hizo sudar al gran padre e iluminó la oscuridad porque, a todo esto, todavía era de noche. Terminados los cuatro hornos, Meltí pensó hacer un animal que acompañara a cada borrego cimarrón. Modeló él mismo al venado de paso veloz y carne blanda; al *a' tai teet*, animal grande del agua; a la codorniz, pequeña cabeza cantora; y al gato, el de cabeza nocturna.

Fue metiendo las figuras de estos animales en sus respectivos hornos y luego, aún con la sangre caliente, las distribuyó en las cuatro montañas: un animal para cada borrego cimarrón; un animal en cada cuna.

Pasado un tiempo, Meltí se dio cuenta que estos animales no congeniaron; a pesar de ser todos hijos del mismo padre tenían serias desavenencias entre sí y con los borregos cimarrones.

Meltí estaba muy decepcionado, su trabajo le parecía en vano. Pensó y cantó mucho, usando la sonaja que había hecho con el cuero que cubría sus testículos.

Luego pensó: “Como los animales que hice no sirvieron de compañía a los borregos cimarrones, serán entonces compañeros míos; de hoy en adelante el venado, el pez, la codorniz y el gato llevarán el mismo apellido que yo: *kuyak*, divino. A los borregos les voy a hacer otros compañeros”.

Meltí ipá jalá fue al sur y trajo arcilla preparada por su abuela. Construyó unos hornos gigantescos y allí metió cientos de figurillas de animales: fue así como se pobló el mundo de animales. De los hornos salieron: la liebre, el pájaro cantor, el león, la rata canguro, el oso, el zorro, el coyote, la serpiente, el borrego, el zorrillo, el caballo, el correcaminos, el águila, el cuervo, el tecolote, el pajarito come-sangre, la gaviota, el caimán, el pez, el perro, el piojo blanco, la culebrita, el gusano, el sapo, la mosca, la lagartija, la araña y otros más. Los animales fueron saliendo de los hornos y se distribuyeron en las cuatro montañas; el primer animal que salió de los hornos fue el topo y el último fue la cigarra.

Cuando ya todos estuvieron en las montañas, Meltí les ordenó:

—Deben respetar a los borregos cimarrones porque están deteniendo el cielo, y deben respetar también a sus primos —el venado, el pez, la codorniz y el gato— porque llevan mi apellido y son los dueños de las cuatro cunas. Ustedes serán el sustento de las cuatro cunas, en las cuatro montañas.

Y estaba Meltí muy satisfecho, cuando nuevamente se dio cuenta de que había fracasado, pues los nuevos animales tampoco congeniaron entre sí, ni con los cuatro primos del creador, ni con los cuatro borregos cimarrones.

Cantó mucho, usando su sonaja y regañó a los animales. Decidió entonces dividirlos de acuerdo a su raíz: animales de la tierra, animales del agua, animales del aire y animales de la noche.

—Se les reconocerá por su raíz —dijo.

Y ahí estaba Meltí, llorando muy triste cuando el venado le dijo:

—Anciano primo, no se puede vivir en esa tierra que tú hiciste, por eso los animales no nos entendemos.

—¿Cómo que no se puede vivir? —aulló indignado Meltí—, si es mi propio cuero el que les da calor.

Entonces el venado le respondió: —No te enojés anciano, *pa' tai*, es que el agua se sigue saliendo por las costuras; y si el agua se sale, ¿cómo quieres que vivamos en la bolsa de cuero rojo?

Meltí quedó muy pensativo. Luego le dijo al venado: —Primo, vete a tu montaña, yo veré cómo lo arreglo.

Y estuvo pensando, llorando y cantando el gran padre, viendo cómo arreglaría el mundo desfondado. Fumó mucho pero no daba con la solución. Estaba llorando y cantando cuando pasó por ahí el topo y le preguntó: —¿Por qué lloras?

—¡Cómo no voy a llorar! ¡El mundo está desfondado!

Entonces el topo le respondió dándole palmaditas en la espalda: —¡No te preocupes yo resolveré tu problema!

El topo fue por la rata canguro y se pusieron a trabajar juntos. La rata canguro sacó la cabeza de aquel cuero rojo desfondado y dijo donde estaban los desfondamientos: —Aquí, allá. Entonces el topo hizo su trabajo y cavó un túnel alrededor del mundo formando así un bordo muy grande alrededor de los cuatro mares. Luego la rata canguro fue pegando el cuero a la cresta del túnel del topo y así quedó protegida la tierra.

¡El fin de la tierra es un bordo
que araña la concavidad!

El topo fue el artesano obrero
y el ratón un buen soldado ayudante.

En el mundo desfondado de Meltí ipá. (*kiliwa*)²⁰

Los primeros intentos fallidos de humanidad son destruidos por los creadores o se transforman en ídolos o rocas —restos arqueológicos—, seres subterráneos, animales —monos, animales de cinco dedos—, plantas —sahuaros, biznagas— al aparecer por primera vez el sol o después del diluvio. Los resabios son testimonio de aquellas primeras creaciones: gigantes o enanos, caníbales o salvajes son sus huellas.

Los primeros hombres-animales siempre fueron cercanos a sus creadores, veían lejos y eran inmortales, aunque ignoraran las normas y no reverenciaran a sus crea-

dores. Fueron más altos y fuertes, más sabios, tuvieron instrumentos que trabajaban por sí mismos. Aquellos seres anteriores fueron llamados también hombre y mujer, aunque pertenecieran a una estirpe distinta a la del hombre verdadero, y de quienes habitamos hoy día en este mundo.

EN UN PRINCIPIO no hubo ni agua ni vida; los animales de la tierra y los animales del agua fueron creados por *Hant Caaí*, Hacedor de la Tierra. Los colocó en una balsa y le pidió a la tortuga verde macho que le ayudara a formar la tierra. Luego creó al que endurece la tierra, y así hubo tierra firme.

No había gente ni vegetación. Hant Caaí hizo crecer el primer árbol: un cuajilote rojo. La primera planta creada por Hant Caaí fue el cuajilote rojo, luego hizo todas las demás. Bajo su sombra colocó a un hombre, una mujer y un caballo.

La primera pareja fue de gigantes. Ordenó al hombre montar el caballo y el animal lo tiró; entonces le ordenó remar en una balsa. Eso sí supo hacerlo, salió al mar y arponeó a una tortuga; la acarreó a la playa y allí la abrió con una penca, porque no tenía cuchillo. Y fue así como demostró que serviría de pescador, aunque fuera inútil como campesino. Su mujer estaría encargada de la casa, de prepararle su comida —lo intentó, pero no le salía sabrosa.

Pronto la tierra se pobló de gigantes, pero era plana y sin montañas. No había ni siquiera una duna de arena: todo se inundaba. Con las crecientes hubo fuego, humo, temblores porque la tierra era plana. La gente no tenía cómo defenderse, no podían escapar. Hant Caaí cantó y así hubo montañas, cerros y dunas.

Durante una inundación, un grupo de gigantes huyó hacia el norte y al alcanzarlos el agua se convirtieron en ocotillos, como los que aún vemos.

Por fin llegó la inundación más grande. El agua cubrió hasta la montaña más alta y mató a los gigantes, que se transformaron en órganos, biznagas y otras plantas.

Entonces apareció *Han Hasóoma*, Ramada de tierra, en la Isla de Tiburón. Era macho, chaparro, gordo y sucio; sólo vestía un taparrabos y un sombrero de ala muy ancha. Era dueño de los animales de monte y comía tunas de cholla. Él hizo a los primeros seris, es su creador y dicen que es pariente del sol, el ojo de dios.

Haut Iha Quimx, el que dice lo que hay debajo de la tierra, fue creado por Hant Caaí y nombró a todos los animales y a todas las plantas de la tierra y del mar. (*seri*)²¹

Se cuenta, entre los tarahumaras, que las primeras personas brotaban del suelo como las flores.²² Con masa de maíz, lodo —algodón en la versión tepehua— los dioses modelan a los primeros hombres y a sus compañeras.

EL NIÑO que se fue, ya que amaneció, ya que se hizo Dios, colocaba un poco de algodón en una taza y la tapaba bien. Y al otro día la destapaba y ya estaba bien llena de personas chiquitas. Las sacaba y crecían, haciéndose personas. Puros hombres. La Luna es la dueña de las mujeres; ella las hizo. La Luna es el diablo. (*tepehua*)²³

Entre las virtudes perdidas de los primeros tiempos, encontramos un idioma común para hombres, animales y dioses. Las criaturas son cercanas a sus creadores, con quienes hablan y a quienes ven, escuchan, obedecen, reclaman o ayudan, antes de perder la capacidad de acercarse o alejarse a voluntad.

MELTÍ IPÁ JALÁ fue caminando hasta el Valle de San Matías. Tomó un puño de barro en el arroyo donde estaba el Ojo de agua hervida —por eso se hizo el valle— y se regresó a su ombligo. Por el camino fue dejando pequeños montoncitos de tierra, para separar las tierras buenas de las malas y formar las rutas por dónde transitar.

En la sierra, Meltí levantó un nuevo horno. Con el barro rojo traído del paso del Valle de San Matías, hizo cuatro muñecos, uno para cada cuna. Los cuatro muñecos eran de arcilla roja que había sido amasada con su semen. Los cuatro muñecos eran gigantescos, no cabían en el gran horno. Meltí sopló tres veces —¡mfffff!— para que se abriera una gran caverna en la montaña. Allí metió a los cuatro muñecos y luego incendió la montaña. Trece lunas después los hombres salieron de aquella caverna. Meltí ipá jalá les dijo:

—¿Ya vieron? Hice las cuatro cunas, a los borregos cimarrones, a mis primos el venado, el pez, la codorniz y el gato; y luego a todos los animales y ahora los hice a ustedes. Vayan a las cuatro cunas para que los cuatro borregos cimarrones tengan compañía y familia.

Los cuatro hombres fueron a sus cuatro cunas. Estos hombres luego serían los padres o antecesores comunes de los kiliwa.

Cuando los hombres estaban ya en sus cuatro cunas, Meltí ipá jalá les dio nombres y una pluma. Cada uno de estos hijos serviría para algo; cada uno de estos hijos tendría el rumbo y el color que le correspondía.

El primer chamán fue a la montaña-cuna del sur y le tocó el color amarillo. El chamán Cuervo fue a la montaña-cuna del oeste y le tocó la tintura negra. El tercer chamán, el Soldado, fue a la montaña-cuna del norte y le tocó el color rojo. El último

chamán, la Persona Común, fue a la montaña-cuna este y le tocó la tintura blanca. Luego Meltí subió a la cresta y allí se puso a descansar, fumando su gran pipa. Los cuatro padres no congeniaron con los borregos cimarrones. Meltí se molestó mucho y los regañó a todos. A pesar de este regaño, los cuatro padres siguieron rebeldes: —Si a Meltí ipá jalá le disgusta que tengamos conflictos con los borregos cimarrones, entonces lo haremos enojar más, y vamos a unirnos con los primos. Y así los cuatro padres se unieron con los cuatro primos. Se casaron y Meltí se enojó mucho y les reclamó, sin obtener respuesta. Luego se puso a llorar. En eso estaba cuando volvió el topo y le dijo:

—¿Por qué lloras, Meltí ipá?

Meltí le contó todo lo que había sucedido y el topo le dijo:

—¿Cómo quieres que los hombres te respondan, si son mudos?

Entonces Meltí ipá jalá recordó que se había quedado afónico de tanto gritarle a la oscuridad: por eso los hombres no habían aprendido a hablar. Fue a cada montaña-cuna, con cada uno de los hombres y les enseñó la lengua kiliwa. Luego les preguntó:

—¿Por qué me hicieron esto? ¿Por qué se unieron con los cabezones si ustedes fueron hechos para unirse a los borregos cimarrones?

Entonces los cuatro hombres respondieron: —Pero ya no hay nada qué hacer, ¿no ves que ya tenemos familia?

Y Meltí se dio cuenta de que habían nacido más animales.

Entonces repartió oficios entre sus hijos: al hijo sacerdote, le ordenó que inspeccionara las otras montañas-cunas, y desde ese momento se conocieron como Montañas del chamán o del sacerdote. Al hijo cuervo le dio sus sandalias y le mandó recorrer el territorio. Al hijo soldado le puso un arco y un mazo en la mano, ordenándole que lo alimentara. A la gente común le dijo que tenían que esperar a su hijo, a su jefe.

Luego ordenó a todos que se reunieran para poder conversar. En las conversaciones empezó a enseñarles muchos secretos a sus hijos y a sus nietos.

¡Cuatro fueron las cunas!

¡Cuatro los hijos de ipá ipá!

¡La cuna de los *ko-lew*!

¡Toda esta tierra!

Ya estaba el gran cuero rojo cocido, deteniendo la tierra desfondada; las cuatro montañas; los mares y los ríos. Así tenemos que ya estaban los animales sagrados y los animales comunes. Así tenemos que ya estaban como señores en sus monta-

ñas-cunas los dueños de esta tierra. Así estaba todo, pero seguía siendo de noche. (*kiliwa*)²⁴

Desde un primer momento los seres humanos fueron hechos para reverenciar a sus creadores. Sus contrarios, perseguidores y enemigos acosan a la humanidad también desde antes de que el hombre recibiera el primer soplo de vida.

HACHÄKYUM hizo a los primeros hombres lacandones de barro, uno para cada linaje. Nuestra Señora, esposa de Hachäkyum, hizo a sus compañeras de sexo femenino. Hicieron una pareja para cada uno de los linajes: del mono araña, del jabalí, del faisán, del venado, del tigre, de la comadreja, de la guacamaya y de la paloma —también se menciona el tepescuintle.

Las criaturas fueron hechas de barro, solamente sus dientes se hicieron de granos de maíz blancos.

Kisin observaba, para poder hacer más tarde a sus propios hombres. Cuando Hachäkyum dejó a sus criaturas descuidadas, Kisin las pintarrajeó. Hachäkyum y su Señora trataron de remediar los estropicios, pero sus criaturas ya no resultaron perfectas. Aun así, los creadores decidieron levantarlas, pasándoles por encima una hoja de guano.

Desde su creación, los lacandones tuvieron ciertas diferencias según su linaje; por ejemplo, distinta vestimenta. Los creadores ordenaron que sería siempre así, en toda la descendencia.

Al terminar de modelar a los primeros hombres, Hachäkyum se talló la arcilla que aún tenía en las manos. Los rollitos y fragmentos cobraron vida al caer al suelo, convirtiéndose en culebras de varias especies, hormigas gigantes, alacranes, gusanos, zancudos, moscos, hormigas arrieras y toda clase de animales.

Kisin hizo sus propios hombres para que lo veneren a él. Pero en venganza por los estropicios que causó antes a las criaturas de Hachäkyum, éste hizo que se levantaran con la forma de los animales de los *onen* de los hombres hechos por Hachäkyum. Como los animales fueron incapaces de rendir a Kisin el culto que deseaba, juró acosar a partir de entonces a los hombres, por ser creaciones de Hachäkyum, para vengarse de él. (*lacandón*)²⁵

Todas las criaturas se afilian a los bandos de las deidades en contienda o las fuerzas primordiales enfrentadas. En otro momento, cuando nace el sol, optarán nuevamente por vivir en la luz o en las tinieblas, en la superficie de la tierra o en el inframundo: así se dividen y emparejan, desde el principio de los tiempos, todos los habitantes del mundo.

ENTONCES PÁJARO CARPINTERO Y COYOTE, Djivut Maka y su hijo, regresaron juntos. Djivut Maka dijo:

—Debe haber más hombres.

Todos se sentaron, tomaron barro y moldearon varios muñecos. Coyote hizo hombres con una sola pierna. Cuando terminaron, Djivut Maka inspeccionó la obra de cada uno. Cuando vio la de Coyote, le preguntó:

—¿Cómo va a caminar esta gente, con una sola pierna?

Se disgustó tanto que arrojó los muñecos de barro dentro del mar y al resto los convirtió en hombres. Cuando los hombres estuvieron listos, comenzaron a aprender las enseñanzas de Djivut Maka, y al poco tiempo sabían tanto como él. Estos indios podían hacer todo, y el hijo de Djivut Maka sintió celos. Por eso les envió las enfermedades. (*pima*)²⁶

Los primeros hombres cuentan, desde el principio, con una legión de enemigos: fueron creados al mismo tiempo que ellos. Avispas, alacranes y aguardiente son contemporáneos de sahumadores y plegarias.

En muchos mitos, de los cuales nos ocuparemos más adelante, el niño-sol es perseguido por los demonios de la oscuridad. Casi siempre se llama Jesucristo y los demonios son los judíos: la contienda es representada en todas las fiestas de Semana Santa y narrada en multitud de cuentos y mitos, en todos los idiomas. El niño, al escapar, pregunta a los campesinos qué siembran y les pide que digan a sus perseguidores que lo vieron pasar cuando apenas plantaban la semilla, para que parezca que ha transcurrido mucho tiempo y sus enemigos desistan. Así premia a quienes lo solapan, haciendo crecer sus plantíos de manera acelerada —incluyendo el pedregal del malhumorado e imprudente hombre que contestó: —Siembro piedras.

CUENTAN QUE hace mucho tiempo todo era de noche, no había seres vivos, nunca amanecía. Sucedió una vez que el Todopoderoso del Universo envió al mundo a dos seres vivos: un niño y una niña. Ellos se encargaron de fabricar con barro a todos los demás seres vivientes.

El niño empezó a modelar los primeros brazos, los pies, la cara, los ojos y el cuerpo de un hombre. Después hizo los animales: al borrego, al chivo, a la paloma, a los pájaros, al venado y al ganado, al jabalí y a otros. Cuando terminó de hacerlos, los bendijo y empezaron a dar señales de vida. Por fin estuvieron completamente vivos y se dispersaron.

También la niña hizo con el barro abejones, tigres, leones, a la tuza, la avispa y la abeja. Empezó con las alas, las manos, los ojos, las cabezas, hasta que los completó.

Terminó de hacerlos, pero los animales no caminaban, no hablaban, no volaban, no tenían vida como los del niño. La niña, preocupada, le dijo:

—¿Cómo hiciste los tuyos? ¿Por qué los tuyos caminan y los míos ni caminan, ni vuelan, ni tienen vida? Haz caminar a los míos, hazlos volar; yo ya hice varios intentos y no puedo.

Tanto insistió la niña que el niño bendijo los animales que ella había hecho, pero le advirtió:

—Si se echan encima de ti, no vayas a arrepentirte. Estoy seguro de que van a maltratarte.

El niño terminó de bendecir los animales de su hermana: unos empezaron a caminar, otros a volar; todos se fueron encima de la niña y la empezaron a maltratar. La niña se enojó, pero después se puso de acuerdo con sus animales para agarrar al niño bueno, pues ya se habían convertido en demonios.

El niño supo que lo iban a agarrar y escapó. [...]

Lo persiguieron sin encontrar nada y llegaron hasta un palenque donde varias personas estaban haciendo mezcal. Les ofrecieron.

Empezaron a tomar hasta que se emborracharon. Mientras, el niño ya había avanzado mucho y empezaba a amanecer. Los gallos y los pájaros empezaron a cantar; el ganado, los borregos, los chivos empezaron a gritar, a volar, a correr.

Los demonios, todavía borrachos, olvidaron a quién iban persiguiendo.

Así empezó la vida: amaneció, los primeros rayos del sol iluminaron la mañana y duraron hasta el atardecer; al anochecer, empezó a alumbrar la luna. Luna y Sol fueron enviados por el Todopoderoso de la naturaleza y del universo.

Por eso dicen que en el mundo existen buenos y malos, tanto hombres como animales: porque la niña hizo a los malos y los emborrachó, por eso existen infinidad de maldades.

El niño hizo a los seres buenos, les enseñó a hablar, a caminar, a volar, a cantar y a trabajar. (*mixe*)²⁷

Es muy frecuente que el dios creador se identifique con el de los cristianos, o algún santo; pero aún esos relatos obedecen a otra lógica: los bandos opuestos aparecen simultáneamente, sin que medie causa para la contienda o las afiliaciones, sin que tengan que pagar por ningún bien o mal cometidos.

GYEB DIOS, el mero Dios tomó una onza de tierra y comenzó a amasarla.

—¿Qué haces? —le preguntó su hermana.

—Algo de lo cual no debes saber más que yo —le respondió Dios.

Hizo una figura con forma de hombre y la puso a secar. La bendijo con la señal de la cruz y se volvió hombre.

—¿Qué estabas haciendo? —le preguntó Dios.

—Estaba dormido —respondió el hombre.

Dios le dio un pico y una pala y se lo llevó a un surtidor diciéndole que hiciera una zanja en un campo que ya estaba sembrado. El hombre hizo la zanja y el agua corrió por el jardín; poco después, el jardín comenzó a dar frutos.

Dios entonces hizo un horno. Hizo la imágenes de toros en barro y las metió al horno. Cuando las sacó, se convirtieron en animales vivos. Dios le dijo a San Lucas:

—Serás el patrón de los animales, para que abunden.

—Si quieres que abunden, debes hacerme una vaca —le dijo San Lucas.

Dios aceptó y le dio todos los animales a San Lucas. Y por eso San Lucas es el patrón de los animales.

El hombre hecho por Dios comenzó a cultivar su milpa. San Xavier iba a donde trabajaba a llevarle sus tortillas para almorzar, pero un día el hombre ya no quiso comer. Dios le preguntó a San Xavier por qué ya no comía el hombre. San Xavier le dijo que no comía porque le hacía falta una esposa. Dios dijo entonces:

—Le daré una esposa, pero hoy no le mandaré comida.

San Miguel fue a avisarle que Dios había aceptado darle su mujer, pero que ese día no le daría de comer.

—Está bien —dijo el hombre.

El hombre se durmió en el campo y mientras dormía Dios vino, le abrió de un lado, le sacó una costilla y la puso al lado del hombre. Cuando despertó, vio que estaba abrazado de una mujer.

Ahora, cuando alguno muere, allí está San Miguel con su balanza. Los muertos que pesan una onza se van al cielo y los que pesan más de una onza se van al infierno. (*zapoteco*)²⁸

ROBO DEL FUEGO

En un principio, el mundo fue húmedo y frío, la comida cruda, el cielo oscuro. La tarea más urgente de los hombres era conseguir fuego. Los viejos guardianes del fuego son los dioses más antiguos de nuestra cosmogonía. Los mitos que cuentan cómo se obtuvo el fuego, de igual manera —y casi universalmente— son anteriores a los que narran la aparición del sol y la luna o del maíz.

El fuego existía, pero tenía dueño. Lo guardaba celosamente un viejo, una vieja, los diablos; aunque casi nunca se aclara cómo lo obtuvieron ellos —en una versión mazateca una vieja lo toma cuando se desprende de una estrella que se descascaró: “Dicen que era una vieja que consiguió detener la lumbre cuando apenas se desprendió de algunas estrellas o planetas. Ella no tuvo miedo y fue a traerla donde se cayó”.²⁹ A veces se describe al dueño:

—ERA UN VIEJO ALTO, estaba desnudo, cubierto con un taparrabos de piel de tigre; tenía los cabellos parados y le brillaban espantosamente los ojos. De tarde se levantaba de su banco y echaba ramas y troncos a la rueda de lumbre. [...] Mientras más me apartaba de la rueda, el calor disminuía. Es algo caliente, me dije, algo terrible y peligroso —cuenta uno de quienes intentó robarlo en vano. (*cora*)³⁰

Los huicholes relatan durante sus veladas —cuando encienden o atizan el leño que los acompaña en todas las ceremonias— cómo apareció nuestro abuelo entre los hombres y cómo el primer fogón fue un equipal:

EN EL MUNDO INFERIOR, los *kakauyárite*, los que han aparecido, nacieron cuando todavía era de noche. Entonces, los que saben —llamados también *saurishete*—, apenas nacieron, preguntaron:

—¿Qué haremos para tener luz en nuestro mundo?

Primero nació la luna, su abuela, y tenían luz. Pero ella los engañó.

Se produjo un ardor en medio de las rocas rojas y azules y surgió de allí una luz, desapareció, brilló de nuevo y se apagó por fin. Los *saurishete* la vieron y dijeron:

—¿Qué pasó en medio de las rocas? Vayamos a ver.

Uno de ellos se levantó y fue hasta la orilla del barranco para ver qué ocurría. En el fondo del peñasco, estaba acostado un hombre viejo; era una roca azul de aspecto horrible. Tenía sus flechas, una pulsera, sandalias y un bastón emplumado del cual emanaba una luz brillante. Al verlo, fue a contarlo a los demás y los *kakauyárite* dijeron:

—¿Cómo haremos para verlo de cerca?

—Vamos a dispararle una flecha —opinaron los *saurishete*.

Le arrojaron pequeñas serpientes que fallaron el blanco y cayeron, sin resultado alguno. Entonces, *Shurave tamai*, el niño de la estrella, dijo:

—Miren, padres míos, voy a pararme en el pequeño peñón que está arriba de él—. Y allí se puso, apuntó bien y disparó su flecha, que cayó en la roca azul y la tumbó. Salió mucho humo. El anciano rodó cuesta abajo, por donde estaban regadas las piedras azules y rojas. Otros lo levantaron, eran los venados del sur y del norte. Lo nombraron su abuelo y lo colocaron en sillas de madera de huizache, de *upa* y de ocote. Lo dejaron descansar y él brilló. En la noche brilló con tal resplandor que todos los *kakauyárite* presentes podían mirarse unos a otros y reconocerse. Nuestro abuelo nació. (*huichol*)³¹

Hay diversas maneras de conseguir el fuego: a veces basta con pedirlo y el dueño lo da sin condiciones, generosamente.

EL FUEGO ERA UN HOMBRE llamado Diego, que nunca trabajaba. Cuando era tiempo de preparar las milpas para sembrarlas, sólo quemaba su milpa. Su mujer estaba harta de verlo siempre dentro de la casa y un día se puso corajuda porque él se quedaba cerca de la lumbre. Le echó agua para que se levantara. Se fue entonces a vivir en el monte donde no entraba nadie y allí se estaba, siempre acostado. Tenía muchos camotes que se cocían en la lumbre.

La gente de la ranhería se quedó sin fuego. Fueron a buscar al fuego Diego, y cuando lo hallaron le pidieron que regresara a la ranhería porque ya no tenían

lumbre. El fuego les dijo que ya no iba a regresar, pero que si querían les daba un tizón ardiente. Los hombres se llevaron el tizón, pero antes de llegar a su casa se apagó. Fueron otra vez a pedir lumbre y otra vez se les apagó antes de llegar al pueblo. Así pasó muchas veces. Traían la lumbre pero no llegaba. Regresaron entonces con el dueño del fuego y le sacaron el hueso del pie y lo fueron a bendecir.

Luego llevaron el hueso a su casa. Por eso llamamos a los cerillos huesos de la lumbre, porque son partes del pie del señor del fuego. En esos tiempos ya estaba la gente muriendo de hambre porque no había lumbre. Ahora ya no podemos controlar el fuego porque ya no está aquí el dueño del fuego. Lo usamos, pero no es nuestro. (*teenek*)³²

No siempre los guardianes del fuego son desprendidos; los dueños se niegan a compartirlo o lo reparten caprichosamente, son envidiosos, están enojados o simplemente fastidiados de que los molesten a cada rato, como la vieja mazateca: “se iba la gente a casa de la vieja a pedir lumbre; pero la vieja se puso brava y no quería dar a ninguno. Y así corrió el tiempo y corría la voz de que aquella vieja ya consiguió detener la lumbre, pero no la quería regalar”.³³

HACE MUCHO TIEMPO, no había fuego por dondequiera en este mundo; estaba en manos de un hombrecito que se lo prestaba a todos los hombres que vivían. Cuando la lumbre se les apagaba, nuevamente le pedían prestado el fuego y él lo volvía a repartir.

Un día lo hicieron enojar, pues nomás le hacían perder el tiempo pidiéndole fuego; ya no se los prestó, se los negó a todos de corazón y ya no les prestó más lumbre.

Pasaron los días y un tlacuachito pensó. Fue a casa del hombrecito y le dijo:

—Señor abuelito, ¿no quisieras prestarme tu lumbre?

—No.

El tlacuachito fue a su casita y se puso a pensar cómo podría quitarle la lumbre al hombrecito para repartirla entre los hombres. Pensó que sería necesario entreteñerlo para robársela. [...]

Luego el tlacuachito llamó a todos los hombres y les fue dando fuego. Todos le agradecieron al tlacuachito, por su pensamiento todos tuvieron fuego nuevamente.

(*náhuatl*)³⁴

El fuego casi siempre se roba: con engaños, puesto que los custodios se niegan a prestarlo o repartirlo por las buenas. Los ladrones son perseguidos, maltratados, marcados; sobre el cuerpo conservan, hasta ahora, la señal de su fechoría: por eso es rojo el pico del colibrí, por eso está flameado el pelaje del zorro, por eso se ven marcas de tizón en

el pelaje del ocelote, por eso el tlacuache tiene la cola pelona y un agujero en el vientre. Alguna versión menciona al puercoespín, quien también trató de conseguir la lumbre. La agarró, pero al huir las chispas brincaron por toda la ladera y se apagó. Las espigas de este animal son las señal o huella de las chispas.

Gracias al tlacuache —el portador más común— la humanidad tiene fuego: él es el ladrón por excelencia. Su cola está pelona porque en ella enredó un tizón; o bien, su vientre tiene una bolsa porque lo guardó allí. Como además tiene la capacidad de fingirse muerto, pudo engañar a su perseguidor o recuperarse y revivir tras ser destruido. Aparece en muchas mitologías de todo el continente americano —de donde es nativo— como portador de la lumbre, pero también como deidad o héroe fundador. Es lascivo, borracho, pendenciero, prolífico y burlón. Los indígenas lo incorporan más tarde en los relatos haciéndolo pícaro principal de cuentos de engaño o astucia. Sus orígenes divinos lo hacen pariente del lucero del alba; algunas características naturales lo hermanan con los hombres pues sus huellas, como las nuestras, muestran cinco dedos.³⁵ Se le conoce como bebedor de aguamiel donde hay magueyes y, en esta variante chatina recopilada por Bartolomé, está relacionada con el origen no sólo del mezcal, sino también del tabaco.

ANTES LOS DIOSSES tenían fiestas, celebraban las fiestas pero no tenían qué tomar, ni qué fumar; no podían platicar porque no tenían luz, no tenían fuego. En casa de los demonios, en cambio, se escuchaba ruido de baile, fiesta, gritos.

Los dioses se preguntaban cómo hacer para poder tener todo lo que había en la otra casa. Preguntaron a todos sus amigos, a todos los animales. Entonces se adelantó el tlacuache y dijo que él podía dar una ayuda.

—Voy a traer todo lo que estén ocupando allá, para tenerlo aquí también.

—Está bueno, pues, vete entonces —le dijeron.

Se fue el tlacuache y llegó a donde estaban los demonios. Al llegar allí se sentó en un rincón de la casa donde estaban los demonios haciendo sus fiestas. Cuando lo vieron los demonios, dijeron:

—Vamos a invitar al viejito —y lo hicieron pasar a sentarse a la mesa donde estaban comiendo. Le invitaron una copa de mezcal y después de tomarla el tlacuache dijo:

—No me alcanza con esta copa, yo necesito bastante para emborracharme.

—Eso no es problema —le dijeron los demonios— aquí le vamos a dar de tomar todo lo que quiera.

Y le dieron más mezcal y cigarros. Ellos creían que el tlacuache estaba bebiendo, pero todo lo que tomaba se lo echaba a su bolsa; allí echó todos los cigarros y el mezcal que le dieron. Cuando se dio cuenta de que su bolsa estaba llena, dijo:

—Bueno, ya me voy a ir, porque me siento borracho.

Los demonios le preguntaron si no quería que lo llevaran a su casa, pero él contestó que podía llegar solo. Se paró entonces el tlacuache y empezó a tambalearse y a caerse de un lado para el otro, como si estuviera muy borracho. Los demonios se reían de él. El tlacuache tropezaba y tropezaba por toda la casa hasta que llegó a donde estaba el fuego y se cayó en la lumbre. Se cayó en la lumbre y se le prendió todo su pelo. Cuando sintió que se quemaba se fue corriendo, llevándose el fuego, los cigarros y el mezcal.

Trató de llegar a la casa de los dioses, pero a medio camino ya no podía aguantar el calor del fuego. Se acercó entonces a un tronco seco y se quedó pegado al palo hasta que la lumbre prendió en la madera. Allí dejó el fuego y se apuró a llegar a la casa de los dioses. Llegó a donde lo estaban esperando los dioses, y dijo:

—Ya vine, ya traje todo lo que ocupaban en aquella fiesta, nada más me faltó traer el fuego porque no aguantaba el calor; lo dejé a mitad del camino.

Cuando escucharon esto los dioses mandaron a traer la lumbre. Y por eso es que hasta ahora el tlacuache tiene sus orejas y cola peladas, porque se quemó cuando traía el fuego.

Y así fue que quedó la costumbre de ahora, por eso en todas las fiestas hay fuego, hay luz, y podemos conversar hasta tarde en la noche. Por eso lo primero que se da a un invitado que llega a la casa, a un amigo que uno encuentra, es el mezcal y los cigarros; por eso cada vez que hay fiesta hay mezcal y cigarros y luz. (*chatino*)³⁶

Tras el robo del fuego, el pobre tlacuache vuelve a este mundo maltrecho. O muere, pero siempre logra resucitar.

ACÁ, LOS PRINCIPALES lo agarraron y lo volvieron a armar, así pusieron sus huesos y todo, pero se equivocaron y le pusieron las nalgas arriba y los hombros abajo, por eso el tlacuache está al revés, gordito de aquí, así de arriba y abajo, pues nada. Entonces, mientras estaban armando al tlacuache, encontraron los cinco carboncitos que guardó en su pancita y ya tuvieron fuego, pero al tlacuache le quedó la cola quemada por el otro carboncito que agarró. (*cora*)³⁷

Por su astucia, el tlacuache es protagonista de numerosos cuentos donde siempre burla a su contrincante; derrota siempre al tigre o al león —como el conejo al coyote— pero en aquellas historias apenas alcanza a adivinarse el carácter sagrado que tuvo como donador de fuego, si bien en ocasiones ambos tipos de relatos se combinan: en algunos cuentos también es autoridad y nombra los días, ni más ni menos que como el conejo.

El TIGRE era pistolero de *Lisibé*, la dueña de la lumbre. El Tigre persiguió al Tlacuache. Desde entonces son enemigos.

El Tlacuache no comía tortillas sino que le gustaba comer bien, por eso se volvió ladroncito, porque en aquel tiempo comió carne. El señor Tlacuache fue el que le dio el nombre a los días. El Tigre decía sólo pasado mañana. Pero el Tlacuache dio las fechas. En el tiempo de las tinieblas el señor Tlacuache era el jefe de los ancianos que daban consejo, el jabalí era su marrano. Lo que pasaba en aquel tiempo es que había tinieblas. (*mazateco*)³⁸

Otras veces, el mito no se limita al robo de la lumbre, también se roban los instrumentos con los cuales se hace el fuego: la yesca y el malacate; y la técnica para encender la lumbre mediante frotamiento.

ANTES NO HABÍA LUMBRE, sólo una señora tenía. Entonces llamaron a todos los animales del monte. La señora tenía fiesta y Tlacuache pasó e invitó a todos. Esa señora comía gente. Entonces se puso a observarla. Ella sabía encender lumbre con un pederal y un capulín que le servía como malacate. Frotaba duro y salía la lumbre que pegaba al algodón; y así pegaba la lumbre. Entonces, el Tlacuache, que aguantaba muchos golpes, saltó corriendo por el patio donde estaba regada la lumbre y se le prendió la cola. Así repartió la lumbre por todas partes. Por eso el Tlacuache hasta la fecha tiene la cola quemada. (*mazateco*)³⁹

Entre los yaquis y los seris, se dice que fue la mosca quien enseñó a hacer lumbre, pues se frota las patas como si estuviera encendiendo fuego. Así hace cuando encuentra un cadáver: al aparecer el primer hilillo de humo, invisible para los ojos humanos; acuden de inmediato el zopilote y el coyote, que sí pueden verlo, para devorar la carroña. También entre los pimas el fuego y la muerte se relacionan, puesto que los cadáveres son cremados.

DICE LA LEYENDA que la gente aprendió de la mosca cómo hacer el fuego. La manera en que las moscas se frotan las patas para limpiárselas es semejante a la que se usa con el taladro de madera para prender fuego. Al principio de los tiempos, la mosca hizo fuego frotándose las manos, como una persona. Cuando hay una mosca junto a un animal muerto, se dice que hace fuego frotándose las patas y el humo atrae al zopilote que vuela en el desierto y se acerca al cadáver. (*seri*)⁴⁰

Entre los huicholes el relato sobre el origen del fuego incluye al tlacuache, pero también tiene muchos elementos exclusivos de esa cultura. El abuelo fuego es un ser extraordinario al que debe cazarse y domesticarse, una especie inusitada de animal luminoso, un ser muy brillante que apareció por el oriente.

NO HABÍA ni un pueblo en toda la tierra. Lobos, víboras y otros animales vivían en la oscuridad, pues no existían entonces ni el sol, Nuestro Padre, ni el fuego, Nuestro Abuelo.

Una vez, apareció en la laguna un animal parecido a un toro. Allí se paró. La gente lo miró con sorpresa, pues alumbraba, iluminaba, brillaba mucho. Salió de pronto y regresó por donde había venido. Diariamente llegaba a pararse en la laguna.

La gente estaba intrigada, pues no sabían qué clase de animal era. Se juntaron y fueron a orillas de la laguna, allí se quedaron esperando a que asomara. Al rato salió y allí se estuvo. Intentaron flecharlo, pero las flechas se quemaban sin dañarlo.

Un hombre sabio, un ancestro, había descubierto lo que quería el toro; y dijo a la gente que había llegado la hora, que ya se cumpliría lo que él sabía.

—Miren —les dijo—, lo que ese animal quiere es que le junten sus alimentos: yesca y leña de todas clases, para arder en ellas.

Escucharon las palabras del sabio y reunieron cuanto había pedido. El animal llegó a la laguna y allí estuvo un rato. Otra vez empezaron a tirarle con sus flechas sin lograr herirlo.

Se quedaron pensativos, nada podían hacer. ¿Cómo dominarlo? ¿Cómo quitarle aquello que el sabio había visto?

El ancestro habló nuevamente:

—Vamos a pedirle ayuda a la estrella más grande.

Como este ancestro tenía poderes, habló con él y lo trajo hasta donde estaba el animal. Le enseñaron cómo era de brillante el toro, lo vio.

El animal salió de la laguna y tomó el camino que acostumbraba tomar. Iba a la mitad de ese camino cuando el señor Estrella saltó sobre él, descascarándolo y haciendo que saltaran chispas de su cuerpo. La gente corrió llevando la yesca y la leña que tenían preparadas, las encendieron y añadieron más leña hasta que creció la lumbre. Así fue como se adueñaron del fuego. Formaron luego un pueblo pequeño. Otras gentes no tenían fuego, vivían aislados; no los aceptaban ni permitían que se les unieran pues no habían participado en la creación de Nuestro Abuelo Fuego.

Los otros empezaron a tramar cómo robárselo, pero nunca los dejaban acercarse alrededor de la lumbre.

Un tlacuache se comprometió:

—Les aseguro que yo me lo robaré —le decía a su gente.

Fue con aquéllos, llegó con el que gobernaba allí y empezó a platicarle.

Así admitieron que se acercara a la lumbre. Allí se sentó. Empezó a preguntar dónde había obtenido algo tan maravilloso que calentaba así. El tlacuache, que tenía frío, se calentó. Repetía:

—¡Qué cosa tan maravillosa tienen ustedes! ¡Estoy tan a gusto! Tengo sueño, ¿me dejan dormir aquí?

—Si no vienes a robárnoslo, si dices la verdad —dijo el jefe—, te damos permiso.

—No, no vengo a robar —mintió.

Lo dejaron y el jefe ordenó a su gente:

—Vigílenlo, no sea que se lo lleve. Mientras unos duermen, otros velen. Cuando los dormidos despierten, éstos velarán que el tlacuache no se escape.

El tlacuache escuchó las órdenes y se acostó, esperando que los otros se acostaran también.

Pusieron más leña en el fuego y se acostaron alrededor del tlacuache haciendo cinco vallas alrededor del animal, que quedó junto a la hoguera.

El tlacuache pensaba: “¿Cómo saldré?” Hizo un plan, pues tenía poder.

El tlacuache durmió a todos con ese poder, todos empezaron a roncar alrededor. Calculando que ya estaban profundamente dormidos, se levantó sin hacer el menor ruido. Agarró un tizón y se lo llevó en su cola enrollada. Silenciosamente cruzó las cinco vallas hasta que salió. Cuando estuvo fuera echó a correr.

Alguien oyó el ruido y gritó:

—¡Ya nos robaron el fuego!

Despertaron todos y lo persiguieron, pero ya no lo pudieron alcanzar, lo perdieron de vista, no supieron por dónde se había ido.

El tlacuache llegó a su casa, preparó la hoguera y prendió el fuego. La gente, en todas partes, obtuvo fuego. Así se repartió entre todos; así rindió. La cola del tlacuache se peló cuando robó el tizón, y así la tiene hasta la fecha. (*huichol*)⁴¹

Tatevali —el Abuelo Fuego— como casi todas las demás deidades, salió del mar, y fue creciendo hasta alcanzar dimensiones peligrosas. Se cree que debe ser domado y amansado, para que atempere su fuerza destructiva y pueda vivir entre la gente.

EN LOS PRIMEROS tiempos no había ni sol ni fuego. La gente-dios se preguntaba cómo podría remediarlo. *Tatevali* salió de una roca cerca del rumbo del mar. El Fuego volaba cada noche a uno de los cinco puntos o rumbos, creciendo cada noche desde el tamaño de una luciérnaga hasta el tamaño de un disco de dios. *Kauymali* le dijo a

la gente-dios que era el Fuego. Un niño y una niña que nunca habían tenido relaciones sexuales fueron enviados para cuidarle. Era demasiado delicado para la gente mayor. Al ver al Fuego, los niños quedaron pasmados. Antes de recobrar el sentido, soñaron que la gente tendría que fabricar parafernalia ceremonial para ofrendar al Fuego con el objeto de amansarle. Cuando se recobraron, le dijeron a la gente-dios qué debían hacer. Esto se hizo. Puesto que el Abuelo Fuego les había encargado a los niños que lo cuidaran, fueron ellos quienes le llevaron esas ofrendas. Los hombres-dioses estaban contentos de hacer lo que se les pedía, porque tenían gran necesidad del Fuego. Al recibir las ofrendas, el Abuelo Fuego les dijo a los niños: —Yo soy muy *delicado*. No puedo apartarme de este lugar, pues incendiaría todo el mundo. Por lo tanto, deben traerme un incensario, un morral y una jícara. Cuando vengan en camino hacia aquí, humedézcanse las manos con agua y traigan también cinco piedras pequeñas sobre las cuales pueda sentarme en forma de brasas de carbón. Cuando trajeron todo esto, saltaron sobre ellos trozos de carbones encendidos, quemándolos. Entonces supieron que el Abuelo Fuego era todavía muy sagrado. Él había dicho: —Yo soy, ciertamente, el más delicado de todos los dioses. No puedo moverme sin quemar todo lo que haya a la vista.

Entonces el Fuego les dijo a los hombres que cogieran cinco *teapali*, discos de dios, y cinco plumas. Si les rezaban a esos objetos, las plumas se encenderían. De esa manera, la gente podría tener fuego siempre que lo necesitaran. Pero, a pesar de eso, el Abuelo Fuego todavía era muy delicado, y el mundo se incendió. Los hombres-dioses le rezaron a *Nakawé*; Madre tierra y crecimiento, para que los salvara. *Nakawé* se soltó su redcilla y ésta empezó a inundar la tierra con su lluvia. Para salvar el pequeño fuego que quedaba, la gente-dios le construyó una casita al Abuelo Fuego. La casita fue hecha sobre un fogón, de acuerdo con las instrucciones del dios. En esta casa diminuta se colocaron todos los objetos que los huicholes todavía usan en la casa de dios.

Luego la niña fabricó una jícara de ofrenda. El niño armó trampas y atrapó venados. Así quedó establecida por los huicholes la costumbre de ofrendar sangre de venado al Abuelo Fuego y de ese modo los huicholes se convirtieron en sus nietos.

Tras esto, el Fuego estuvo domesticado y dejó de ser delicado. Pero hubo que vigilarle durante cinco noches, pues todavía no podía entrar en todas partes. Cuatro noches transcurrieron en paz, y la gente descuidó su vigilancia. A la noche siguiente el tlacuache, robó el fuego, ocultándolo en su pecho. La gente lo persiguió y cuando lograron atraparlo, lo mataron y le arrancaron el corazón de fuego. Revivió, pero le quedó el agujero en el cuerpo en el lugar donde había ocultado al fuego. En este agujero los tlacuaches guardan sus crías. Adentro están las tetas. Puesto que el ani-

mal pudo volver a la vida aun estando bien muerto, la grasa de la zarigüeya es un remedio muy bueno que utilizan los huicholes. (*huichol*)⁴²

BOBOK Y EL PRIMER FUEGO. Ahora hay fuego en todas las rocas, en todos los leños. Pero hace mucho no había fuego en el mundo y los yaquis, los animales, las criaturas del mar, todos los seres que tenían vida hicieron una gran reunión para llegar a entender por qué no había fuego.

Sabían que en algún lugar tenía que haber fuego —en el mar, en alguna isla, al otro lado del mar. Y por eso Bobok, el sapo, se ofreció para ir a traerlo. Se acomodieron a ayudarlo el Cuervo, el Correcaminos y el Perro. Los animales alados y el Perro fueron solamente para ayudar pues Bobok era el único que podía entrar en el agua del mar sin morir.

El Dios del Fuego no permite que nadie le robe su lumbré; es por eso que todavía manda sus rayos y truenos contra quienes llevan luz o fuego. Se la pasa matándolos. Pero Bobok entró a la casa del Dios del Fuego y se robó la lumbré. Se la metió en la boca para atravesar el agua. El rayo y el trueno centelleaban y rugían con terrible fuerza y brillo. Pero Bobok estaba sano y salvo debajo del agua. Se formaron entonces en el agua pequeños remolinos de agua con hojarasca y basura.

De pronto, ya no se vio sólo a un sapo nadando en el agua sino a muchos: había muchos, muchos sapos. Todos croaban y tenían trocitos de lumbré en la boca, porque Bobok se reunió con sus hijos y le dio un poco de fuego a cada uno, hasta que todos tuvieron el suyo. Llevaron el fuego hasta la playa, donde los esperaban el Perro, el Correcaminos y el Cuervo. Bobok le dio el fuego a quienes no pudieron meterse al agua.

El Dios del Fuego, al verlo, echó rayos al Cuervo, el Correcaminos y el Perro. Pero eran muchos los sapos que llegaban con fuego al mundo. Fueron esos animales quienes dieron luz al mundo, lo dejaron en pedernales y leños. Si ahora los hombres pueden hacer fuego haciendo girar un palo es porque tiene lumbré dentro. (*yaqui*)⁴³

El fuego debe rescatarse nuevamente después el diluvio y entonces los sobrevivientes enfadan a los dioses por ahumar el cielo y manchar el horizonte límpido —al menos así se narra en totonaco, tepehua y mixe. También es tepehua una hermosa versión mixta, con elementos indígenas y cristianos, donde el tlacuache debe robar el fuego en Navidad, puesto que el niño recién nacido, en el establo de Belén, siente frío.

Los judíos iban a pedir una muchacha; pero al lado de su casa vivía un carpintero. Éste les entregó unos palitos a los judíos para que los hicieran florecer, diciéndoles

que en caso de que lo lograran se casaría con ella. Los judíos no pudieron y entonces el carpintero le pidió a ella que los tomara en sus manos y los palitos florecieron. El carpintero se casó con la muchacha y se fueron del lugar. Llegaron a un mesón pero el dueño les dijo que durmieran donde estaban las bestias, donde había mucha suciedad. Aceptaron y durmieron bajo un árbol cercano. Al amanecer, el dueño del mesón sintió mucho frío y miró que en el árbol cercano había una especie de casa muy bonita. Y se murió el mesonero.

A la casa bonita llegaron todos los animales. Habló el tlacuache y supo que el niño tenía frío. Corrió a la casa donde una señora tenía lumbre y la cogió con su cola. Regresó donde estaba el niño, que era un santito, y le hicieron fuego. Desde entonces al tlacuache le quedó la cola pelada. Y le dijeron que tendría sus hijos en una bolsa y los vería grandes, cargándolos hasta que fueran mayores.

Los judíos buscaban al niño. Llegaron a una fonda donde estaba junto con otros santos, y pidieron a la fondera que les señalara quién era el niño. Ella así lo hizo porque no sabía para qué lo querían. Para señalarlo nada más le tocó la ropa y le retiró un poquito el plato. Los judíos reconocieron al niño y luego lo siguieron, lo encarcelaron y mandaron a construir una cruz. El mismo niño ayudó al encargado de construirla. Fue crucificado. Pusieron de guardias al gallo, al tecolote y al tapacamino para que avisaran la hora en que se fuera a levantar. También hicieron un gran corral para que no se saliera. Cuando salió de donde lo habían enterrado, el tapacamino dijo: —Caballero, caballero—, y también el tecolote empezó a cantar. El gallo lo hizo más tarde. Cuando los judíos llegaron ya el Sol estaba muy arribita. El Sol alumbraba mucho y quemaba bastante. La gente habló a las estrellas y éstas le cortaron el dedo anular de cada mano: de la sangre que cayó brotaron todas las clases de plantas. (*tepehua*)⁴⁴

NACIMIENTO DEL SOL Y LA LUNA

Los mitos sobre el origen o nacimiento del sol y la luna se dividen en dos grandes categorías, atendiendo a su trama: los que hablan de la inmolación de un niño en una enorme hoguera, del norte de México o en lengua náhuatl —desde los tiempos prehispánicos—; y los que se cuentan en Oaxaca y Veracruz del ascenso al cielo de dos hermanos o gemelos extraordinarios. Una variante importante es el mito de Chiapas, donde existe también una rivalidad entre hermanos: el menor, llamado en lengua *xut* o *kox*, sube al cielo transformado en sol, en compañía de su madre —en tzeltal, tzotzil, ch’ol, tojolabal y otras lenguas mayenses.

Aunque las fuentes históricas nos hablan de distintos soles, solamente entre los lacandones encontramos más de un sol —también hay una escueta mención a dos soles y dos lunas en una versión recopilada en Chenalhó.

A partir de la aparición del sol definitivo, los habitantes del mundo se dividen en diferentes clases de seres, pueblos y personas, se separan también de forma definitiva los habitantes de las esferas terrenales, celestiales y del inframundo, se cierran las puertas al libre flujo entre los distintos estratos del universo. El mundo cuaja, endurece; los seres fijan sus cualidades y solamente el diluvio modificará, por última vez, este estado de cosas. El contacto con la divinidad y lo extraordinario, a partir de ahora, será siempre peligroso e inusitado. Con la primera claridad del alba aparece el mundo tal y como es ahora; se le puede reconocer ya, a pesar de todas las distancias entre las diferentes culturas.

EN LOS PRIMEROS días del año *K'akoch* siempre destruía al mundo, *Hachäkyum* no sabía quién hacía esto.

—Ah, ¡se está acabando el mundo! No está bien que pase esto, ¡pobres de mis criaturas! *Hachäkyum* llamó al incensario de *K'akoch*. Viendo que no valía de nada, subió a hablar con *K'akoch* mismo.

Al siguiente año, volvió a acabarse el mundo.

Y al siguiente, otra vez lo destruyó.

A la tercera vez, *Hachäkyum* dijo:

—No es bueno para mis criaturas allá en la tierra, *K'akoch* siempre las destruye. Si no *averiguo* yo, va a destruirlo todo, no va a quedar ninguno, los van a devorar los tigres.

Äh *K'in Chob* se compadeció de él: —¡Qué lástima! Es verdad, mi Señor.

—Mis criaturas son más. Yo haré un sol, lo pondré para que ilumine a los mortales.

—Muy bien, Señor, tú sabes.

—Ya no permitiré la destrucción de la tierra.

Lo colocó en el centro del cielo y dijo: —Es muy buena mi creación, es muy buena.

Como la había copiado de la anterior, dijo: —Es nuestra creación, para alumbrarnos. (*lacandón*)⁴⁵

NACIMIENTO DE NUESTRO PADRE SOL

Sol y Luna habitaron en este mundo antes de ascender al lugar que ocupan en el firmamento. El niño que debe sacrificarse en la lumbre para convertirse en sol está señalado por una marca previa que lo predestina para dicha metamorfosis: es buboso, lagañoso, cojea o tiene alguna enfermedad —en la piel casi siempre— asociada al calor intenso o a las quemaduras. También es huérfano, al menos de padre, como muchos héroes o seres portentosos.

Sol y Luna están emparentados y asoman en el cielo al mismo tiempo, tras acontecimientos que los incluyen a ambos; sol suele ser hermano o hijo de la luna. En algunos casos, luna es un sol previo equívoco, que debe someterse al nuevo, brillando menos y siguiéndole los pasos.

En el norte de México, dos hermanos se remontan al cielo y se transforman en Sol y en Estrella vespertina; la rivalidad, conjunción y vínculo se establece entre Sol y Venus —no con Luna.

A veces no son parientes, ni siquiera conocidos, cuando el niño que ha de convertirse en Sol salta al fuego, una mujer, un viejo, un compañero se avienta detrás de él, movido por la lástima, convirtiéndose en Luna.

En la versión huichola se sacrifica a otras criaturas anteriores al sol, de las cuales se remontan astros o pájaros. El niño-sol, aunque se niegue en un principio al sacrificio, suele aceptarlo voluntariamente al final, como hacen las presas durante las cacerías rituales —se dice que los venados se entregan por decisión propia a sus captores.

EL LOBO, la víbora y otros animales, por su poder como hombres de conocimiento, sabían que algún día aparecería una luz en el mundo. [...] Se reunieron todos e hicieron una gran hoguera. Juntaron plumas de águila, de guacamaya, de guajolote silvestre, de codorniz.

Al primero entre los sabios se le había revelado que el elegido para ser el sol —aún sin nombre— era un niño; así que pidieron uno, explicándoles a los padres que se convertiría en Nuestro Creador y que debían echarlo a la hoguera. Los padres lo entregaron, llorando. Los sabios adornaron al niño: le pusieron sus huaraches, su traje completo con camisa y pantalón bordados. En el sombrero le pusieron las plumas de todas las aves que habían juntado y, así arreglado, lo echaron al fuego. El niño se consumió en las llamas. Del humo salió un pájaro rojo que voló entre los árboles. Sacrificaron más niños sin lograr nada; solamente salían pajaritos de diferentes colores. Echaron cinco niños: la primera vez voló el pájaro rojo; la segunda vez, voló un pájaro amarillo; la tercera vez, voló un pájaro pinto de negro, blanco y rojo; la cuarta vez, voló un pájaro verde; la quinta vez, voló un jilguero.

Un sabio veía cómo estaban desperdiciando niños y dijo:

—No están haciendo las cosas como se debe; están desperdiciando niños, los sacrifican sin conseguir lo que buscan. Yo voy a decirles cuáles son los niños que sirven: ahí andan, diariamente los vemos jugando, éstos sí son.

Al escuchar estas palabras todos se sorprendieron, pues nadie sabía que aquél era sabio, pues ocultaba su conocimiento.

Los dos hermanitos acostumbraban jugar en la ladera con una rueda de madera que les había hecho su padre. Sabían tirar muy bien con el arco; no fallaban, por aprisa que bajara la rueda. Uno se quedaba parado abajo y el otro subía a soltar la rueda. El que tiraba la flecha siempre le daba en el centro de la rueda. Cuando no jugaban con la rueda, se dedicaban a ensartar jejenes con sus flechas. Los niños estaban enfermos de la piel, habían nacido cubiertos de ampollas.

Los sabios fueron a pedirlos a sus padres; tuvieron que aceptar y los entregaron, llorando.

Todos se reunieron junto a la hoguera. Primero agarraron al hermano mayor y lo adornaron tal y como venían haciéndolo. Iban a echarlo al fuego. El niño les dijo:

—No me echen todavía, yo solito voy a brincar.

Antes de saltar le dijo a su hermano:

—Ve al oriente y llévame mi arco y mis flechas, nuestro juguete. Por allá voy a salir, allí espérame. Ustedes, gentes, quédense aquí, no se retiren —dijo a los otros.

El niño dio una vuelta alrededor de la hoguera y brincó sobre la lumbre de sur a norte primero, de oriente a poniente luego y, finalmente saltó hacia arriba y cayó en el centro del fuego. Desapareció, levantando humo y una polvareda muy caliente. El lugar donde sucedió todo esto se llama a partir de entonces Cerro Quemado.

Allí estaba parada también una viejita. Cuando vio al niño saltar al fuego le tuvo lástima y brincó tras él.

La gente no pudo aguantar el calor; corrieron todos y se metieron al agua, a las cuevas, bajo las piedras. Hasta la fecha, por no haber aguantado el calor, las víboras viven en el agua, los tigres y los leones entre las peñas y otros animales salvajes que no se dejan ver, en las cuevas ocultas. Más tarde se reunieron nuevamente, para ver qué había pasado.

El hermano menor —tal y como le había ordenado el otro— fue a esperar al mayor al lugar señalado. Su hermano salió por el oriente; era la última vez que se reunían. Se saludaron y el mayor recibió la rueda, el arco y las flechas ésos serían sus rayos. Le dijo a su hermano:

—De aquí debes regresarte, vivirás en las montañas y serás hermano de todos, serás *Tamatzi*, el Venado. Se regresó, por allí anduvo.

Los animales se reunieron, pendientes de lo que pasaría. Poco a poco el cielo se fue aclarando. Se preguntaban cómo debían nombrar al que aparecería.

* * *

Nuestro abuelo el sol, *Ta Wewiékame*, se iba levantando; debían adivinar su nombre antes de que pudiera amanecer. El primero dijo que debía llamarse Rojo; el segundo dijo Redondo; otro dijo que debía llamarse Calor o Luz, pues ya empezaba a alumbrar; el siguiente lo llamó Luz que no se deja ver de frente. No podían adivinarle el nombre, se daban cuenta de que no acertaban. El quinto, un guajolote silvestre, dijo:

—*Tau*, tau, sol, sol. Tau, tau.

—Yo iba a decir eso. Yo también. Yo ya casi lo decía cuando él lo dijo —alegaban todos, contentos.

Nuestro Creador el Sol llegó a la mitad de su camino y alumbró más fuerte. No pudieron aguantar el calor y cada cual se fue por su lado: al agua, entre las peñas, al monte, a las cuevas. Hasta ahora viven allí, por no haber aguantado.

Cuando se metió el sol, vieron salir a *Metzeri* y supieron que era la viejita que así se había transformado en luna. Le pusieron por nombre *Metzeri*, porque significa brillo sin calor.

Así apareció el sol, Nuestro Creador y así lo bautizaron; así dice la leyenda de nuestros antepasados que contaban los antiguos. (*huichol*)⁴⁶

Este sol wirrérica usará sus juguetes y adornos cuando asciende al cielo: dardos, rueda y plumas le servirán allá. Participa en este mito el Venado, que en otras versiones subirá el sol con su cornamenta, para que su luz no sea tan abrasadora; es considerado hermano menor del sol y hermano mayor o abuelo de los hombres. En una variante del mito anterior —tal y como la narró Guadalupe Valdés— el sol llora al separarse de su hermano, quien corre tras él por el desierto sin lograr alcanzarlo. Al caer sus lágrimas al suelo, crecieron los primeros peyotes en los huecos hechos por los cascos del venado.

El Cerro Quemado donde nació el sol de los huicholes quedó tiznado a partir de entonces, así como los animales que viven allí: lagartijas, cuervos e insectos son tan negros como los guijarros de la montaña, coronada por un enorme redondel de piedras donde, de cara al este, se mira el desierto sagrado hasta donde alcanza la vista. Cada año, los peregrinos visitan este santuario de la cima, tras su colecta anual de peyote.

ENTONCES, cuando el niño se aventó al fuego, se sintió un trueno fuertísimo. Todo se movió y nuestros antepasados que estaban ahí se asustaron mucho y corrieron, porque del fuego saltó un venado con plumas; era un águila y también era el corazón del niño, el *wexika* del fuego. Luego el sol era como el niño y viajó por abajo de nosotros [...] como una serpiente que tiene dos cabezas, llenas de plumas. Y no era ni hombre ni animal. Ahí se lo querían comer muchas serpientes y una gran serpiente azul, pero él también era como serpiente, y corría mucho. Pero no le pudieron hacer nada porque había hecho unas plumas que lo protegían y que eran como estrellas. Luego salió del otro lado en Wirikuta, en el oriente, y salió de la Cueva de Reunari, allá en el Cerro Quemado. (*huichol*)⁴⁷

Guzmán recopiló un mito semejante entre los coras de La Mesa del Nayar:

ANTES sólo había luna, pero los principales buscaban algo que hacía falta. Se reunieron los principales, los animales y la gente, hicieron una fogata muy grande, muy bonita. Empezaron a preguntar a qué niño iban a arrojar al fuego, pero todas las mamás defendieron a sus hijos. Había un niño que estaba enfermo, muy mal de sus

ojos. Le preguntaron a su mamá y ella lo defendió, pero el niño dijo:

—No mamá, yo voy, de todas maneras vamos a estar cerca, yo voy a venir todos los días; si tú te acercas por allá, al oriente, me vas a ver.

El niño se arrojó al fuego y se hizo una llama enorme que echó humo y subió al cielo. Con el humo se fueron algunos animales, las aves; por eso ahora siempre vuelan. Todos reunidos esperaban y decían:

—Ahí viene, ¿cómo le vamos a poner?

Y el primero que cantó fue el guajolote, por eso canta en las mañanas, cuando va a salir el sol. Ya cuando venía, el venado dijo: —Ahí viene el sol: le llamó así, por su nombre. (*cora*)⁴⁸

Las versiones teenek y la tarahumara nos ofrecen variantes sin inmolaciones, pero con fuego. Los niños deben correr sobre la lumbre —tal y como se hace en Semana Santa en San Juan Chamula.

EL SOL Y LA LUNA eran dos niños. Un día se dijo que quien pasara encima de la lumbre en un predio incendiado sería dueño de la luz y del mundo. La luna intentó pasar sobre las llamas de un gran campo abrasado pero no pudo y fue a bañarse luego en la laguna, para refrescarse del calor de la lumbre. El sol fue más fuerte y pasó la prueba. Atravesó el campo en llamas y cuando salió de la lumbre, nadie lo podía ver, por lo resplandeciente que estaba. Es así como se hizo dueño de la luz y del día, ojo de Dios, maestro del mundo. (*teenek*)⁴⁹

EN EL PRINCIPIO, el sol y la luna vivían solos y eran dos niños vestidos de hojas de palma que habitaban en una cabaña techada de lo mismo. No tenían vacas ni ovejas; ambos eran oscuros y el lucero de la mañana era el único que esparcía alguna luz sobre la tierra. La luna se comía los piojos de la cabeza del sol, y la estrella de la mañana vigilaba durante la noche. Había entonces seiscientos tarahumares que no hallaban qué hacer a causa de la oscuridad, pues no podían trabajar, tenían que cogerse unos con otros de las manos para andar y a cada paso tropezaban; pero curaron al sol y a la luna tocándoles el pecho con crucecitas mojadas en tesgüino, y uno y otra comenzaron a brillar y a dar luz. (*tarahumara*)⁵⁰

Pocos mitos contemporáneos —a diferencia de los consignados en las fuentes coloniales— hablan del tránsito del sol por el inframundo y de su lucha contra las fuerzas de la oscuridad.

LE ROGARON A LA LUNA que les enviase a su único hijo, muchacho cojo y tuerto. Comenzó ella por oponerse, pero al fin consintió. Diéronle al muchacho un vestido de ceremonia, con sandalias, plumas y bolsas para tabaco; lo armaron de arco y flechas y le pintaron la cara, arrojándolo luego a un horno donde quedó consumido. Pero el muchacho resucitó, corrió por debajo de la tierra, y cinco días después apareció el sol. Cuando éste irradió su luz y calor sobre la tierra, todos los animales nocturnos —los jaguares y leones monteses, los lobos, los coyotes, las zorras y las serpientes— se irritaron muchísimo y dispararon flechas contra el astro del día. Su calor era grande y sus deslumbrantes rayos cegaban a los animales nocturnos, obligándolos a retirarse con los ojos cerrados a las cavernas, a los charcos y a los árboles; si no hubiera sido por la ardilla y el pitorreal, no hubiera podido completar su primer viaje por el cielo el sol. Estos fueron los dos únicos animales que lo defendieron; hubieran preferido morir antes que dejar que se diera muerte al sol, y le pusieron tesgüino en el ocaso para que pudiera pasar. Los jaguares y los lobos los mataron, pero los huicholes ofrecen sacrificios hasta el presente a aquellos héroes y dan a la ardilla el título de padre.

Por sus hábitos diurnos consideran a estos animales como los compañeros del sol. El pitorreal tiene el color solar en su magnífica cresta escarlata, y que la ardilla sabe más que los otros animales lo demuestra la manera como esconde las nueces y las vuelve a encontrar. (*huichol*)⁵¹

Hay un episodio curioso que cuenta cómo se cuida al sol en el inframundo; el fragmento forma parte de las aventuras de *Nuxi'*, quien viaja hasta allá, y relata:

SUKUNKYUM, Señor del bajo mundo, no estaba en casa porque se había ido a recoger al sol, pero la esposa de esa deidad recibió a *Nuxi'* según la cortesía tradicional, dándole su bebida de pozol. Entonces lo escondió debajo de una caldera, la cual roció con chile molido.

Kisin llegó de visita a la casa de Sukunkyum, y percibió el olor de un mortal. Se acercó husmeando la caldera, pero el chile molido lo ahuyentó. Sukunkyum regresó cargando el sol en su espalda. Su señora le dio de comer, y él, a su vez, alimentaba al sol con frijoles, tortillas, sardinas y semillas de calabaza. (*lacandón*)⁵²

Con la primera claridad se anuncia la aparición del sol, pero no puede asomarse del todo, porque antes debe ser nombrado, para que pueda saludársele y recibírsele de manera correcta. Los animales-hombres-ancestros deben adivinar no solamente su nombre, sino también el rumbo por donde aparecerá. Quienes pueden hacerlo son premiados;

los que equivocan la respuesta son castigados. Aquí se cuenta como, a partir de entonces, dejaron de hablar los perros.

EN LA ANTIGÜEDAD todo era oscuridad sobre la tierra, no había ni sol ni luna. Sin saber qué hacer, se juntaron los sabios de aquel entonces. Decidieron que debía haber dos soles que iluminaran el mundo para terminar con la oscuridad.

Llegó la fecha fijada y se reunieron los sabios. Eligieron a uno que ofrendaría su vida. Debía quemarse vivo para convertirse en sol que iluminara nuestra tierra.

Fueron nombrados dos hombres, debían convertirse en soles. Les dijeron el día y el lugar donde sería la ceremonia. Llegó el día. Uno se presentó desde temprano, pero el otro fue a despedirse de sus familiares, de sus amigos, de su novia.

Llegó el momento de arrojarse al fuego. El que llegó temprano se arrojó sin pensarlo mucho. Salió de la hoguera convertido en sol. Nadie podía mirarlo pues brillaba tanto que lastimaba los ojos. El otro hombre llegó tarde y al ver las enormes llamas a donde debía aventarse se asustó mucho. No quería saltar pero por fin se decidió. Al aparecer en el cielo tenía cara de mujer y menos brillo que el otro, que había saltado primero.

Ya estaban allí el sol y la luna, pero en la tierra seguían preocupados: no sabían el lugar por donde debía salir el sol. Los sabios volvieron a reunirse para discutir y decidir el lugar donde debía salir el sol.

Fue una gran reunión, muchos se acercaron a escuchar lo que se decía. Estaban los ancianos, las autoridades, los sabios y todos los que tenían algún cargo. También estaba escuchando gente del pueblo, pues podían asistir a estas reuniones y opinar. También estaban los animales; había muchos perros sentados allí, pues como es su costumbre, siguieron a sus dueños.

Le tocó hablar primero a un hombre anciano.

—Queridos amigos, estamos aquí desde hace rato pensando por dónde debe salir el sol, por dónde ha de verse cuando amanezca. Yo pienso que la primera luz debe verse en el norte, pues allá se encuentra el principio de todas las fuerzas.

Apenas terminó de hablar cuando un perro se levantó y dijo:

—Discúlpennos ustedes, pero lo que acaba de decir mi amo no debe ser. Yo sé dónde debemos ver la primera luz: si nos paramos mirando hacia el norte, la luz debe salir del lado derecho.

—¡Tú qué sabes de eso, perro pulgoso! —dijo el anciano que había hablado antes.

—Ni yo puedo saber con exactitud, y eso que me han nombrado entre todos por ser sabio. Ni creas ser mejor que yo, perro sarnoso. Y para que aprendas a callarte cuando estemos platicando, recibe esto—. ¡Pum!, le dio una patada en el pecho al

perro. Del golpe, quedó mudo para siempre. Y así están hasta ahora, sin hablar, sólo ladran. Lo dejaron mudo a pesar de que dijo la verdad, pues a partir de entonces el sol sale a mano derecha, si miramos hacia el norte. (*huasteco*)⁵³

Para nombrar al sol, se proponen distintas opciones que lo describen: el que está en lo alto, el que calienta, el que es rojo. Sólo el guajolote, al decir *tau tau* en wirrárica, adivinó su verdadero nombre. Nuestro Padre Sol lo premió dándole una cola semejante a los rayos de luz cuando aparecen en el horizonte temprano del alba y un fino collar de chaquiras rojas, que luce orgullosamente al cuello. Simultáneamente se nombraron muchas otras cosas.

NADIE SABÍA cómo llamar al sol, que estaba por nacer.

—¿Cómo llamaremos al que aparecerá? —se preguntaban.

Watákame les dijo a todos los seres vivientes:

—Primero deben adivinar cuál es su nombre, pues ustedes habrán de bautizarlo, nuestros sabios ancestros. Después, haremos cuanto pida.

—*Kuama, kuama* —decía la chachalaca—; *kau, kau* —decía otro pájaro. Todos trataban de nombrar a aquel que empezaba ya a asomarse.

El sol salió por un lugar muy pedregoso. Allí estaba la codorniz. Los más sabios ancestros trataban de escuchar al sol y lo oyeron cuando apareció, dicen que sonó como una campanada. [...]

No podían adivinar su nombre, no sabían cómo llamarlo. Tampoco encontraban el nombre del maíz. Estaban allí, muriéndose de hambre, muriéndose de sed.

—No creo que adivinen el nombre del que será su alimento —decía la codorniz—, si no lo nombran, ¿qué comerán?

Decía esto a ver si ellos decían la palabra *ikú* (maíz). Los hombres-hormigas arrieras estaban allí, y a pesar de ser los más sabios, no acertaban.

Tampoco tenían agua. Antes se habían comido a la tortuga, le habían roto el caparacho. Después la remendaron y es por eso que lleva parchado el caparazón. Y una vez remendada la tortuga pudieron ver nuevamente el agua. Pero no duró en el pozo, se acabó. Todos los animales se arrimaron, pero ya no encontraron agua.

Allí estaban. Era la hora en que el sol debía salir. La codorniz dijo:

—*Rirri*, alba, *rirri*.

—Así iba a decir yo —dijeron todos los demás.

—*Rirri*, *rirri* —repitió la codorniz.

—Creo que viene el alba —volvieron a decir todos.

El hombre-codorniz era el más sabio, porque pudo nombrar el alba.

Pero otro sabio, que era aún mejor, les dijo:

—¿Qué de veras no pueden adivinar cómo se llama el que viene?

Todos los pájaros estaban allí, pero nadie sabía el nombre.

—Yo soy el que va a decir el nombre con el cual se le conocerá, ya que nadie puede adivinarlo.

El guajolote iba a arreglar todo aquello, porque los otros no habían logrado nada.

—*Tau, tau, tau, tau, tau, tau, tau, tau, rripa, tau, tau, tau* —dijo el guajolote de pronto.

—Eso mero iba a decir yo —dijeron los demás, todos al mismo tiempo.

—Ahora sí, ya se descubrió el sol y así se llamará: *Tau* —dijo el guajolote.

Al salir el sol, los ojos se les quemaron. Huyeron.

El guajolote dijo:

—Se llamarán víboras, coyotes, zorras, ratones y tejones porque no pudieron adivinar el nombre del sol.

—Morirán de sed, pues ya no aguantan —dijo el guajolote que podía escuchar a Nuestro Creador— se secará todo, se quemarán con el calor

Se sentó y el agua empezó a brotar sobre él.

—No tomen ahorita —les dijo—, esperen a que se derrame.

Se llenaron todos los arroyos, bebieron y, una vez calmada la sed, dijeron Ja, y ese fue el nombre del agua. (*huichol*)⁵⁴

En Durango, fueron los mapaches quienes bautizaron al sol. Se dice en muchos lugares, que quien le puso nombre fue el conejo. Los principales mexicanos lo castigaron rompiéndole el hocico y jalándole las orejas, porque no les gustó en nombre.

ARREGLARON un patio para la fiesta y allí se sentaron cinco señores. Cinco días pasaron. Esperaban al sol. Los días pasaron, pronto iba a salir el sol. Entonces los señores dijeron:

—Vamos a pensar cómo llamar a quien estamos esperando. Llegará en seguida.

El conejo estaba algo aparte. Entonces los señores llamaron al conejo.

—Ven acá, donde estamos, a ver si tú sabes cómo llamarlo —pero no quiso ir.

Poco después salió el sol. Se levantaron y sintieron el calor. Entonces dijeron los señores:

—Calor, que ese sea su nombre.

Entonces se paró el conejo y exclamó:

—¡Ah, ya apareció! ¡Juan *Tonat* ya apareció!

Entonces dijeron los señores:

—¡Caramba! Lo llama Juan Tonat. Parece que ya lo conocía. Por eso no quiso venir. Muy solo estaba allí, como muy pensativo. Pero ahora, córranlo.

Entonces se levantaron rápidamente, lo persiguieron, lo cogieron y le rompieron el hocico y la nariz, sólo porque lo había nombrado Juan Tonat. Ahora sabían cómo se llamaba. Y ellos también lo llamaban así. Por esto el sol todavía hoy se llama Juan, Juan Tonat se llama. (*mexicanero*)⁵⁵

HACE MUCHO TIEMPO, antes de nuestros abuelos, el Sol no alumbraba bien, no daba buena luz. Entonces se reunieron los doce pueblos tepehuanes y acordaron hacer un mitote mayor, de los de patio grande, como los que se hacen en Santa María durante el mes de mayo.

Este mitote tenía que durar cinco años; bailando y ayunando [...] nombraron mensajeros para averiguar qué le ocurría al Sol y qué debían hacer para que diera luz y calor.

Los mensajeros eran aves: águilas, palomas, gavilanes, pero nunca regresaban. Pensaron entonces en mandar a un cristiano pobre que nada tuviera, pues en caso de que no regresara, nada se perdería. Encontraron al hombre y le pidieron que fuera de enviado, pero él se rehusó arguyendo que no regresaría nunca, tal como las aves que habían sido enviadas. Trataron de convencerlo durante varios días, hasta que lo lograron.

Entonces el hombre pobre les dijo que debían hacer cinco mitotes durante treinta días, y que trajeran mucha leña y piedras para hacer una gran fogata, escarbando como si fuera horno, y que ahí echaran la leña y las piedras. Así lo hicieron, y cuando habían pasado muchos días, el hombre se acercó y, arrojó unas ramas verdes, y como no se quemaron, les dijo que la fogata aún no estaba lista, que siguieran echando más y más leña para calentar las piedras. Pasaron algunos días y repitió la operación; entonces sí se quemaron las ramas verdes, y dijo que ya estaba lista. El hombre pobre se fue a poner unos huaraches de cuero; agarró vuelo, corrió hacia el fuego y echó un salto a la lumbre saliendo al poco tiempo convertido en una especie de estrella que se elevaba al cielo.

Pasaron varios días y salió el Sol, pero aún no calentaba. Siguieron con el mitote y pensaron que lo que hacía falta era el nombre del sol, no lo habían pensado y por eso salía por cualquiera de los puntos cardinales. Decidieron entonces nombrar cinco padrinos que se encargarían de buscar nombre para el sol. Pensaron en nombres de plantas, de cosas y de animales; pero el sol seguía saliendo por dondequiera. Los padrinos se encontraban discutiendo en el momento, cuando de repente el conejo vio aparecer el sol sobre el horizonte, y le dijo: —¡Dios Padre!

Entonces el Sol salió bien, calentó bien, y siguió bien su camino. Los cinco padrinos se enojaron mucho con el conejo; lo persiguieron, lo golpearon y le jalaron tanto la boca y las orejas, que por eso es que las tiene así desde entonces. (*tepehuano*)⁵⁶

Tejón lo nombra, a decir de los yaquis, cuando los demás ni siquiera se ponían de acuerdo sobre un delicado asunto: ¿el sol era hembra o era macho?

—EL SOL ES MACHO y sale de un agujero, como yo —dijo así y salió corriendo. Todos fueron tras él, con ganas de premiarlo por su inteligencia, con ganas de hacerle una fiesta y darle bastante comida. Pero se fue y ya no salió de su madriguera, creyó que querían castigarlo. Desde entonces, es raro que el tejón salga al descampado, porque todavía tiene miedo de que lo vayan a castigar. (*yaqui*)⁵⁷

Cuando el sol, su sacrificio y su acoso son identificados con Cristo es el gallo quien anunciará su aparición. En los cuentos, los días de la semana también serán nombrados al nacer el sol. Quien lleva la cuenta y decide esta nominación, que no es prehispánica, es el conejo licenciado —Pedro, Lorenzo, Juancillo el sabihondo.

La ruta, la temperatura y la altura del sol son rectificados tras el primer amanecer, para que su calor y luz sean los justos: para alejarlo se colocan sostenes al cielo, así no se quema la superficie de la tierra.

PERO NACIÓ asustado y tiernito y todo lo empezó a quemar [...] muchos le gritaron al sol que se subiera un escalón más arriba porque quemaba mucho [...] y así el sol se subió cinco escalones hasta llegar en medio. El sol ya que había llegado al quinto escalón, les dijo que tenían que ponerle cuatro pinos en los rumbos cardinales para que no se cayera... Por eso los huicholes tenemos que ir todos los años a Wirikuta y a los cuatro rumbos a dejar ofrendas pues, si no, el mundo se cae y todo desaparece. (*huichol*)⁵⁸

Muchos subrelatos asocian al primer amanecer anécdotas que marcan para siempre los hábitos y características de los animales. El nacimiento del sol divide para siempre a los seres que viven en el mundo. A partir de entonces los seres se dividen en nocturnos y diurnos, domésticos o salvajes, aliados o enemigos del sol, acompañantes en su viaje nocturno por el inframundo y en la lucha contra los seres oscuros, o ayudantes y aliados en su transcurso luminoso.

Resabios de seres previos quedan petrificados al ser tocados por el primer rayo de sol, y son los ídolos, cuya morada serán las ruinas arqueológicas que no alcanzaron a

ser terminadas, pues el canto del gallo interrumpió su construcción; los perdedores de la apuesta que no completaron su tareas se retiraron a túneles subterráneos. Las piedras mismas, cuentan en cora “...empezaron a sentir el calorcito y estaban contentas porque ya podían ver, hasta que les empezó a quemar, por eso las rocas de los montes están así, como arrugaditas, porque se quemaron con el sol.”⁵⁹

Una vez que se decide cuál es el niño que debe inmolar, el elegido huye a veces. En la narrativa indígena de muchos lugares, el nacimiento del sol es identificado con el nacimiento, la muerte y la resurrección de Cristo —de quien nos ocuparemos más adelante— y su sacrificio, persecución y argücias —la de los sembradíos que crecen aceleradamente es la forma más común de engañar a sus enemigos—, así como su triunfo final, son incorporados a las peripecias que sufrió el primer sol. De esta manera, el Viernes Santo es una velada para curar, limpiar y levantar al sol, donde se refiere su nacimiento, aventuras y triunfo final cuando brilla sobre todos, renacido, el Sábado de Gloria. Toda la noche se le vela, canta y ofrenda para que acepte volver a brillar sobre nuestro mundo.

ESTE ES EL CUENTO DEL SOL, de los hombres que vivían antes aquí, sobre la tierra. Se dice que el sol no existía, la tierra era fría y los hombres apenas se alumbraban, calentaban y reanimaban con un fogón.

Los hombres hicieron un trato para crear al sol, lo intentaron con un muchacho huérfano de padre, que se encendiera y que las llamas calentaran.

El muchacho se dio cuenta y huyó asustado. Día tras día lo perseguían: un día se sentaba en el monte, al otro se sentaba a orillas del agua, otro día en medio de las flores. Todos lo perseguían y entre las flores lo atraparon. La madre lloraba espantada por el niño. Los hombres le dijeron:

—Ya no llores, no morirá tu niño, día con día se va a mover para meterse y salir; no va a consumirse. No morirá, se convertirá en un gran señor, en un santo. Entrégalo—. Ella aceptó, abandonó a su hijo, lo entregó.

Construyeron un horno, le echaron leña dentro hasta que se enrojeció.

—Yo no quiero ser el sol. Vamos a ver quién gana. Vamos a lavarnos.

Le dijo a otro muchacho:

—Hay que lavarse hasta que desaparezca toda impureza.

El muchachito huérfano y pobre fue a lavarse. No se tallaba, no podía hacer que desaparecieran sus granos. Le dieron otro jabón pero no se apuraba a lavarse, se quedaba jugando.

En cambio el otro muchacho regresó pronto, entregó su ropa y lo vistieron bien: le

dieron sus huaraches y se arrojó al horno. Las brasas se apagaron, el fuego se apagó. Era la Luna. Se revolcó en las brasas y las cenizas, pero las brasas se apagaron, no se transformó en sol, sus rayos no fueron calientes.

El Sol se fue y les pedía a los hombres que cultivaban el campo:

—No digan que pasé por aquí. ¿Qué siembran?

—Sembramos maíz.

—Si les preguntan digan que quien sembró maíz pasó hace tiempo. Eso respondan. Llegó con otro cultivador y le preguntó qué sembraba.

—Siembro cacahuates.

—Si te preguntan di que pasé cuando sembrabas y que ahora ya cosechas.

Otros dijeron que sembraban cilantro, jitomate. Por fin uno dijo que sembraba piedras.

Los hombres lo perseguían, él caminaba delante y la Luna decía que lo alcanzaría. Pero el Sol se había volteado los pies y la Luna se fue y se perdió.

Los pájaros dijeron:

—Díganos por dónde va a salir el gran señor, para ir a encontrarlo.

—Saldrá por acá— dijo la serpiente.

—Saldrá por allá—. Todos los animales dijeron, pero nadie adivinó por dónde saldría. Sólo el pájaro *simbirole*, el terregoso, supo. Todos se burlaban de su traje color de tierra.

Todos fueron al encuentro del sol. Fueron los pájaros y las serpientes y los animales.

El gallo dijo por dónde saldría y desde entonces anuncia por dónde sale. (*otomí*)⁶⁰

El lugar preeminente dado por la cosmología europea al norte no coincide con las preferencias de los indígenas mexicanos, que se sitúan frente al sol naciente para determinar las direcciones, dejando a la espalda el poniente, a la izquierda el norte y a la derecha el sur. El centro es el aquí, la quinta dirección. Esto da a los espacios, ritos y sistemas de contabilidad otra lógica: la mano reproduce el número cinco de las direcciones —desde donde también se señalan el arriba y abajo, cielos e inframundos—, que cuadruplicado tal y como sucede en el cuerpo humano, da la veintena, que es la unidad básica del cómputo nativo.

En el sur Oaxaca —y en algunas ocasiones en Puebla, Veracruz y Guerrero— Sol y Luna son hermanos: dos varones, gemelos o niño y niña. Nacen de huevo o simplemente se le aparecen a una vieja, como en esta versión chatina:

ANTES, Sol y Luna eran gente que caminaba por la tierra. Un día, cuando caminaban por la tierra los encontró Mal Aire y comenzó a perseguirlos. Mal Aire era su enemigo, el contrario de ellos, no quería que existieran, les tenía envidia. Sol y Luna escaparon corriendo y se escondieron bajo las aguas de un río que se formó de un brazo de mar. Pero las aguas comenzaron a bajar y el río comenzó a secarse. Cuando ya casi estaban al descubierto, llegó una anciana a buscar agua; los niños la vieron y le pidieron que los salvara de Mal Aire. Entonces la viejita los escondió adentro de su boca, uno a cada lado: la cabeza de la anciana quedó redonda como pelota.

Iba caminando a su casa cuando la encontró Mal Aire y le preguntó qué le pasaba, por qué tenía así la cara. La viejita le contestó que tenía dolor de muelas y que por eso se le había hinchado la cara. Así engañó la viejita a Mal Aire y se llevó a los hermanos a su casa, allí se quedaron y ella los criaba como si fueran sus hijos.

Los niños eran muy traviesos, jugaban todo el día y hacían travesuras. La anciana trabajaba hilando algodón en su malacate pero nunca podía terminar su trabajo, porque cuando ella salía de su casa para ir al campo, los niños sacaban el malacate y le enredaban el hilo.

Así pasó el tiempo y los niños creían que la viejita era su madre. Cuando los hermanitos estuvieron más grandes comenzaron a salir a cazar con un arco y las flechas que ellos mismos se hicieron. Cazaban animales de todas clases. Cuando cazaban palomas se las llevaban a la viejita para que las cocinara. La anciana salía al campo y los niños le preguntaban adónde iba; ella les contestaba que iba a ver su padre, y como ellos ignoraban quién era su padre, sentían mucha curiosidad por conocerlo. Un día le preguntaron a la viejita:

—¿Mamá, quién es nuestro padre?, queremos conocerlo.

—Yo voy lejos para encontrarme con el padre de ustedes; no quiero que lo conozcan porque serían capaces de matarlo.

Un día, cuando la anciana salió a buscar a su esposo los hermanos decidieron seguirla para saber quién era su padre. Siguiéron a la viejita para espiarla y dejaron un rastro de hojitas y cenizas en el sendero, para no perderse. Cuando la viejita llegó a cierto lugar del bosque, los niños vieron que hacía gestos muy raros, llamando

a alguien. Al rato apareció un gran venado y la vieja le dio los alimentos que llevaba: su esposo era el venado.

Después de ver al venado, los hermanos regresaron a la casa y llegaron antes que la vieja. Al día siguiente, la anciana les pidió que fueran a cortar zacate para llevárselo a su marido; les dijo que su esposo sólo comía verduras.

Los hermanos se fueron al campo e hicieron una espada de madera para cortar el zacate. Se pusieron a cortarlo, con tal fuerza, que un conejo se espantó y saltó a la cara de Luna; el golpe fue tan fuerte que la figura del conejo se le quedó grabada en la cara, por eso hasta hoy Santa Luna tiene esa figura en la cara.

Al otro día los hermanos decidieron ir a espiar a su padre y se fueron siguiendo el camino que habían dejado; se fueron siguiendo el rastro de hojas y cenizas. Cuando llegaron al lugar donde su madre había llamado al venado, imitaron los gestos que ella había hecho: apareció el gran venado.

Cuando lo vieron los gemelos dijeron:

—Éste no puede ser nuestro padre, es muy feo. ¡Mira que flacas son sus piernas, parecen hechas de carrizo! ¡Mejor vamos a matarlo!

Cuando el venado se les acercó más, Sol le disparó una flecha y lo mató. Después de matarlo le cortaron la carne, le abrieron el cuerpo y le sacaron el corazón, el hígado y los intestinos. Juntaron todas las vísceras y las asaron para comerlas; cocieron todo y se lo comieron —menos el hígado, que guardaron para llevárselo a su madre. Antes de regresar a la casa tomaron la piel del venado y la llenaron de avis-pas; la arreglaron para que pareciera que el venado estaba echado.

Regresaron entonces a la casa y le dieron el hígado a la vieja; quedó muy contenta de comer algo tan bueno. Se disponía a saborearlo, pero antes de dar la mordida, el hígado gritó y la mujer tuvo un mal presentimiento. Ya cuando la vieja estaba comiendo, la rana se puso a cantar y en su canto decía:

—Estás comiendo la carne de tu marido—. Tres veces cantó así la rana.

—¿Será verdad lo que dice la rana? ¿Acaso ustedes mataron a mi marido? —les preguntó a Sol y Luna.

—No, mamá, no hagas caso de la rana, porque es muy chismosa —respondieron.

Pero igual la anciana sintió desconfianza y se fue a buscar a su marido. Antes de salir juntó la verdura más verde y fresca para que su esposo comiera. Iba caminando cuando apareció el cangrejo y le dijo que el venado estaba muerto, pero la vieja no le creyó y lo pisó con tanta fuerza que lo dejó aplastado, lo dejó chato; por eso hasta hoy el cangrejo es aplanado —así quedó después de que lo pisó la vieja.

Después una paloma gritó: —*Su lyuu, su lyuu* (está echado en la tierra)— cantó en chatino. La anciana le dio las gracias porque le creyó: pensaba que era su marido

quien estaba echado en el suelo, aunque sólo era la piel del venado, sostenida con estacas.

Cuando lo vio echado, la anciana se puso furiosa porque creyó que su marido estaba descansando, en lugar de trabajar. Entonces cortó un palo y se puso a golpear al venado, y a la vez lo regañaba. Mientras le pegaba, las avispas comenzaron a salir por un agujero de la piel y atacaron con furia a la anciana; todo el cuerpo le quedó cubierto de picaduras de avispas. La vieja salió corriendo, gritando de dolor; mientras corría, el conejo le dijo:

—Arrójate al agua, madre, arrójate al agua.

—¡Eso no me va a servir de nada!, mejor me voy a mi casa para que mis hijos me bañen con el temazcal.

Cuando la anciana llegó a la casa los hermanos prepararon el temazcal, le echaron mucha lumbre y pusieron hojas medicinales verdes, para que el humo curara a la anciana. Pero el temazcal estaba tan caliente que la mujer sudaba muchísimo, tanto sudó que comenzó a quemarse. Pedía que la sacaran del temazcal, pero los hermanos le dijeron:

—Aquí te quedarás, Abuela Santa y vas a alimentarte de lo que te den los hijos que vayan a nacer en el futuro. Si no te dan de comer, los niños morirán; todos recurrirán a ti para tener fuerza.

Por eso cuando nace un niño o una niña, se hace una ceremonia y se baña al recién nacido en el temazcal; se le pone copal y velas, y se llama a la anciana de parte del Santo Nieto para que coma: se ponen gallinas, tamales, tortillas, para que la vieja impida que el mal le llegue al niño. Se le reza a la Santa Lumbre porque ese ejemplo dejó la mamá viejita de Sol y Luna.

Cuando la anciana quedó reducida a cenizas, Sol y Luna se fueron al monte, pero su corazón estaba triste, pensaban que su madre había quedado en la oscuridad y pensaron cómo iluminarla, para que no quedara a oscuras. Entonces decidieron subir al cielo e iluminar uno de día y otro de noche, para alumbrar a su madre.

Se encaminaron hacia el monte más alto; Sol llevaba una vara y Luna llevaba una madeja de hilo de algodón de su madre. Mientras caminaban se les apareció una culebra enorme que tenía ojos muy brillantes. Ellos quisieron quedarse con los ojos, pensaron quitárselos a la culebra. Con el hilo la estrangularon; con la vara le pegaron hasta que murió y ellos pudieron quedarse con los ojos. Luna cogió el ojo derecho, que era el más brillante, y Sol el izquierdo, que brillaba mucho menos.

Siguieron caminando. Luna bajó de un árbol un panal de abejas con su hilo, se tomó la miel y le dio mucha sed. Sol clavó su vara en el suelo y de allí surgieron los manantiales, allí brotó el agua. Sol bebió. Luna tenía mucha sed y le pidió a Sol un

poco de agua, pero él le dijo que le daría sólo si le cambiaba el ojo. Luna aceptó porque tenía mucha sed y fue así como Sol se quedó con el ojo más brillante, por eso alumbra más que Luna.

Llegaron a la cima del cerro y allí Sol tiró la madeja de hilo hacia arriba, con tanta fuerza que un extremo de la madeja llegó hasta el cielo y la otra punta quedó en manos de los hermanos. Luna quería subir primero, pero Sol le dijo que mejor subía él, porque su ojo era más brillante y podría iluminar mejor el camino. A Luna no le gustó el trato, pero le hizo caso y así subieron los dos al cielo, uno delante y otro atrás, y así dan vueltas en el cielo, alumbrando el sepulcro de su madre. (*chatino*)⁶¹

Las variantes de este mito son muchas. Los niños salen de unos huevos cuyo origen desconocemos y son encontrados por una vieja; también nacen de una muchacha virgen, preñada por una pluma o un colibrí. Pueden ser también hijos de una joven, muerta antes del nacimiento de ellos o simplemente son, en fin, un par de niños abandonados.

LA MUCHACHA se llamaba María. Ya tenía arreglado su hilo para tejer, estaba tejiendo pantalón —el que usaba la gente entonces—, cuando vino un pajarito y se sentó sobre el hilo.

—¡Ei, tú, pajarito! ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué te sientas sobre mi hilo? —y lo espantó.

Se fue. Luego volvió y otra vez se sentó sobre el hilo. Otra vez lo espantó y se fue. Luego regresó y se sentó sobre el hilo y se cagó.

—¡Ay, tú, pajarito boca-de-mierda!, ¿por me qué haces eso? Ya ensuciaste mi hilo. Te voy a matar.

Ahí estaban los palos de su hilado. Sacó uno y dio un golpe al pájaro en la cabeza. Cayó muerto, se vino rodando por el hilo hasta donde estaba la muchacha.

Lo levantó en sus manos.

—¡Ay, pobre pajarito! Ya te maté. ¿Para qué fuiste a ensuciar mi hilo? No tuviste cuidado.

Y lo metió dentro de su camisa. Ahí está tejiendo cuando el pájaro comenzó a moverse entre sus chichis, por los dos lados. Otra vez las movió. Tres veces las movió.

—Tú, pajarito, ¿qué estás haciendo. ¡Ahora sí te voy a matar!

Cuando metió las manos a su camisa para agarrarlo voló, se fue.

Así nomás se preñó. Se amuinaron mucho su papá y su mamá cuando la vieron preñada. Así fue como se embarazó: no fue pecado; no fue descuidado, así nomás fue.

Un día iba a traer leña por aquel lado y se encontró a la ardilla que le nombran Martinillo. Ya tenía amarrado un bejuco, como hamaca. Ahí estaba jugando, empujándose, columpiándose.

—¿Qué haces Martinillo?

—¿Ya llegaste, María? Pues aquí me estoy columpiando, está muy bonito. ¿no quieres probar?

—¿Puedes columpiarme tú?

—¡Cómo no! Súbete.

Subió María. La empujó el ardilla, llegó lejos y regresó.

—Voy asegurar el bejuco, aquí arriba.

Subió donde estaba el palo, fue a cortar con sus dientes el bejuco.

—Ya está—. La empujó otra vez y se rompió el bejuco.

La muchacha fue a caer lejos. Se murió la pobre. Luego vino un zopilote grande y se la iba a comer. Comenzó a picotearla cuando le habló un chamaco, desde adentro de su mamá:

—¡Bonito la vas abrir! No te vas a comer la carne, a un lado la vas amontonar y después te la comes. Yo sé cómo voy a *levantar* a mi mamá, ahí voy hacer mi brujería, voy a ofrendarla.

—¡Bueno!

La abrió bonito. A un lado amontonó la carne. Apenas la abrió, salieron los chamacos de adentro de su mamá. Eran un hombre y una mujer, chiquitos. Le dijo el chamaco:

—Ahora vas a volar más de cien lomas, picos y cerros: como ochenta, noventa, quinientos. Vas a volar lejos. Yo voy a levantar a mi mamá; cuando reviva, te la puedes comer.

—Bueno.

Fue. Voló cinco, seis cerros nomás; regresó luego.

—¿Cómo regresaste tan pronto? Todavía no acabas. No fuiste a volar como te dije. Tienes que completarlo; cuando vuelvas, vas a divisar desde allí arriba y desde allí te dejas caer de golpe.

—Bueno.

Y se fue otra vez. Entre los dos chamacos enterraron a su mamá y pusieron una piedra blanca allí donde había estado antes. No sé dónde la encontraron, pero allá arriba, donde la enterraron, pusieron la piedra. Cuando regresó el zopilote, desde arriba la divisó y se lanzó sobre la piedra blanca. Fue a dar de pico y se le rompió la boca: ahí estaba llorando.

—¡Tú tienes la culpa! ¡Me los voy a comer!

—No. No hagas eso. No tengas cuidado, ahorita voy a arreglarte el pico.

Allí encontró una gamuza y con eso le amarró el pico. Por eso lo tiene rojo. Entonces le dijo:

—Vas a tomarlo como lección. No vas a comer cristianos. Lo que sea animal cimarrrón te lo puedes comer; culebra, te la vas a comer. Hasta mierda de cristiano: pero hasta ahí nomás. Nunca vas a comer cristianos.

—Muy bien.

Y se fue. (*mixe*)⁶²

SE DICE QUE AL PRINCIPIO hubo una pareja que tenía una hija chiquita. Le decían a la niña que no jugara con un pájaro. Pero a la muchachita le gustaba el pájaro por sus colores bonitos. Pasando el tiempo los padres se dieron cuenta que su hija estaba embarazada.

—¿Quién es el padre de la criatura?— le preguntaron. Pero ella no lo sabía ya que no había tenido contacto con ningún hombre. Sólo había tenido al pájaro entre sus senos debajo de la camisa. [...]

Con el tiempo dio a luz a dos hijos. Se sintió muy mal. Eran como muñecos estos niños. Ella no quería quedarse con las criaturas aunque le daba lástima matarlos. Los abuelos los llevaron al río y los echaron al agua. Llegó una señora a pescar, encontró a los niños y se los llevó a la casa en su falda. Creía que eran muñecos. Pero después crecieron. La señora decía que eran sus hijos y ellos la creían su madre. (*chatino*)⁶³

LLEVARON A LOS NENES al lugar donde vivían las hormigas de lumbre [...] y los dejaron. Los nenes ofrecieron darles nombre a las hormigas si no les picaban. Entonces las hormigas no les picaron; y regresaron a la casa. Su mamá y su abuelo trataron de tirarles otra vez en el lugar donde vivían las hormigas yanga, pero les pasó igual. [...] Entonces la mujer y su papá trataron de tirarlos en un espino y en un derrumbe [...] no les pasó nada y regresaron a la casa. Por fin los tiraron en el creciente del río y se fueron hasta un palo de elite. (*triqui*)⁶⁴

En la siguiente versión las peripecias de la madre son descritas con tal detalle, que el nacimiento del sol y la luna parecerían asunto secundario.

CUENTAN QUE antiguamente había una joven. Al convertirse en mujer, el cuerpo empezó a centellearle, la gente la odiaba por eso.

Pasó el tiempo; como el cuerpo seguía centelleándole, la gente la fastidiaba siempre que podía. Una vez las autoridades reunieron a todo el pueblo y la llamaron para decirle:

—Ten este gajo de algodón, tienes que hacer una tela corazón del cielo. La tienes que entregar mañana.

—Está bien, si eso quieren que haga... —contestó ella.

No le dieron este trabajo para bien, sino porque la odiaban, pues creían que se trataba de un ser maligno. Al llegar a su casa le dijo a una de sus hermanas:

—Me dieron sólo un gajo de algodón, dízque para hacer una tela corazón del cielo. ¿Cómo voy a hacer la tela? Un gajo de algodón no me va a alcanzar para nada.

—No te preocupes. Mírame tantito la cabeza, se me hace que tengo piojos —le dijo la otra.

Tomó un banquito que estaba por allí y se sentó. Estaba revisándole la cabeza cuando vio que la hermana se comía el gajo de algodón.

—¿Por qué te comes el algodón? ¿Ahora cómo voy a hacer la tela que me encargaron?

—Tú apúrate a revisarme la cabeza —le contestó la hermana.

La siguió revisando. Al rato, le dijo: —Ya. Vete a buscarme estacas.

La joven entró en la casa a buscarlas y al rato salió con un manojo.

—Aquí están.

—Siémbralas en todo el patio.

Eso hizo. Cuando terminó de sembrarlas, la hermana caminó en donde estaban, sacando telilla fina de la boca: era la tela corazón del cielo. La joven quedó muy sorprendida al ver lo que hacía su hermana, no sabía ni qué decir. Según dicen, dízque esa hermana era una araña; por eso se comió el algodón, para ayudar a su hermana, para que no le pasara nada.

Al día siguiente, la muchacha que brillaba fue a entregar la tela a las autoridades.

—Aquí está la tela corazón del cielo que me encargaron.

Las autoridades no supieron ni qué decir, se quedaron viendo unos a otros. Nunca creyeron que pudiera cumplir con el encargo. Se lo dieron seguros de que era imposible cumplirlo, para poder matarla. Nomás buscaban un pretexto.

Después de un rato le dijeron: —Está bien, allí déjala —le señalaron un rincón.

A las dos o tres semanas la llamaron de nuevo: —Ten este chupamirto y con él vas a preparar comida para que coma todo el pueblo mañana.

—Está bien, si ese es el encargo que me dan...

Salió para su casa. Iba muy preocupada y no sabía qué hacer. ¡Comida para todo el pueblo, con sólo un chupamirto!

Al llegar a su casa habló con otra hermana: —Mira, me dieron este chupamirto. Dízque para que coma todo el pueblo. ¿Cómo voy a hacer? Un chupamirto no alcanza para nada.

—No te preocupes, ya veremos cómo se le hace.

Ella seguía preocupada, pensaba que no podría cumplir el encargo. Al caer la tarde, seguía desconsolada.

Al oscurecer, la hermana se convirtió en zorra y salió a robarse un pollo en cada casa cuando todos dormían. Al rato llegó con hartos pollos y a esa hora se pusieron a prepararlos. Ya estaba lista la comida cuando amaneció: siete ollas llenas.

Cuando llegó la hora de almorzar, todo el pueblo se reunió y la muchacha comenzó a servirles. Se miraban unos a otros sin hallar qué decir. Nunca creyeron que pudiera cumplir. Pero no se conformaban. Después de comer se la llevaron al río, donde había un puente de hamaca. La obligaron a cruzar este puente y cuando iba a la mitad, comenzaron a zarandear la hamaca para tirarla. Al sentir el movimiento, ella se agarró fuerte, para no caer. Viendo que no caía, la gente comenzó a mover más fuerte desde los dos extremos, pero no caía. Por fin cortaron los dos extremos. Desapareció; sólo entonces quedaron conformes. Cuentan que tiempo después una rana se encontró a la joven a orillas del río, ya convertida en tronco. La rana la halló porque escuchó ruido de niñitos y se puso a buscarlos. Las criaturas estaban dentro del tronco. La rana quiso sacarlos y no pudo. Fue a llamar al pájaro carpintero para que partiera el tronco. Al llegar a donde estaba el tronco, el pájaro carpintero se puso a pica y pica, pero al rato comenzó a sangrarle la cabeza y se fue sin poder rajar la madera, que era muy dura.

Cuenta la gente que la cabeza del pájaro carpintero es roja porque ayudó a la rana a sacar a los niños del tronco.

Viendo que el carpintero no pudo, la rana fue por el rayo. Al llegar, dejó caer un rayo sobre el tronco y lo rajó. Al rajarlo, salieron dos niñitos: el que iba a ser el sol y el que iba a ser la luna.

¡Contenta se puso la rana cuando salieron los niños! Se los llevó a su casa y comenzó a arrullarlos. ¡Contentísima porque ya tenía hijos! La rana cuidaba a sus hijos. En eso estaba cuando un día llegó la tepezcuintla a orillas del río donde vivían, buscando yerbas para comer.

Andaba buscando cuando oyó los chillidos de los niños por allí y quiso saber de dónde venían. Al acercarse, descubrió que venían de casa de la rana. Llegó hasta allá y vio a los chiquillos.

—¡Qué preciosos están tus niños! Déjame abrazarlos un ratito —le pidió a la rana.
—Está bien.

Iba diario a ver a la rana. Un día, a la rana le dieron ganas de ir al baño. Le pidió a la tepezcuintla:

—Cuídame un momentito a los hijos, ahorita regreso.

—Está bien, aquí te los cuido.

La rana salió rápidamente, sólo un momento. Al regresar a la casa ya no encontró a sus hijos ni a la tepezcuintla. Buscó por todos los rincones, detrás de la puerta buscó, buscó afuera: no los encontró.

Mucho tiempo los anduvo buscando, llorando. Nunca los encontró: ni a los niños ni a la tepezcuintla. (*chinanteco*)⁶⁵

Es frecuente la participación en este mito de la tepezcuintla —incluso cuando el esposo es venado, y no tepezcuintle—, pues es ella quien roba los huevos a la rana. Con la tuza, es uno de los personajes femeninos más recurrentes de este ciclo. Antes de seguir adelante, debe resaltarse el carácter portentoso de los huevos o de los niños, cuando se anuncian:

CADA VEZ que la gente pasaba cerca de un árbol de pochota, se escuchaba un ruido que brotaba del interior del tronco. Intentaron abrir el tronco el Cometa y el Rayo; por fin el Pájaro Carpintero quebró la madera y aparecieron dos huevos en el interior. Una anciana pidió los huevos, los envolvió en su pañuelo y se los llevó a su casa. Al llegar a su casa puso los huevos en un chical de los que se usan para guardar las tortillas. Allí los dejó y todos los días los miraba para ver si ya se habían quebrado, pero los huevos seguían intactos. Pasó mucho tiempo.

Todos los días la anciana salía de la casa, para buscar la comida de su esposo venado. Un día regresó a su casa y encontró todo desordenado, sus madejas de algodón estaban revueltas. (*chinanteco*)⁶⁶

UNA ANCIANITA vivía sola en una casita, toda la tierra estaba oscura. Un día estaba trabajando en su milpita, que se encontraba hasta el pie del cerro, cuando oyó un ruido que provenía de la cumbre del cerro, de la cima de un árbol. Este ruido se parecía mucho al sonido de un cajón de abejas.

La viejita se extrañó mucho y no sabía que hacer. Por fin viendo que el ruido no cesaba, decidió ir a investigar. Caminando con mucho cuidado, evitando tropezar con alguna piedra, subió al cerro y llegó hasta el árbol del que provenía el ruido.

Allá se dio cuenta de que el ruido provenía de algunas ramas. Tratando de disimular su admiración, hizo señas como para regresar a su casita, pero no pudo, una voz le dijo “Ilévame”. Llena de miedo dio unos pasos y oyó la misma voz de “Ilévame”. Entonces la ancianita, como no podía subir a causa de su edad, decidió cortar el árbol para averiguar de que se trataba.

Cuando el árbol ya estaba en el suelo, se dio cuenta de que se escondía algo en el hueco del tronco de una rama. No alcanzaba a meter la mano, porque el hueco era

delgado; empezó a abrir la rama hasta que encontró hojas secas revueltas con espinas y en medio de ellas, dos huevos del tamaño de los huevos de ganso.

La viejita se alegró mucho al encontrar estos huevos y dio gracias a Dios. Después regresó muy contenta y feliz a su casita, llevando los huevos en su morralito con mucho cuidado para que no se rompieran. Cuando llegó a su casita, pensó qué cosa haría con esos huevos y dijo:

—Haré así: pondré los huevos en un nido viejo con algunos trapos viejos y blanditos, con mucho algodón para que no se rompan.

Y así lo hizo la viejita, dejando el nido colgado en un poste.

Pero la viejita no podía dormir ni trabajar bien en el día por pensar mucho en esos huevos que había encontrado y se le ocurrió una idea: echar más algodón en el nido para que así los huevos quedaran calientitos.

Cada vez que la viejita regresaba del campo, iba a ver a los huevos y los movía, como hace la gallina con las alas, para que nazcan los pollitos. Tenía mucha curiosidad por ver qué iba a nacer, pájaros o niños, puesto que había escuchado una voz humana y ruido de donde había encontrado los huevos. (*ojiteco*)⁶⁷

Para la vieja abuela, encontrar a los niños o a los huevos es un júbilo. Finge haberlos parido tiñéndose los muslos —para simular sangre— con plantas que, a partir de entonces, serán rojas: el capulincillo de los mixtecos de Guerrero o el quelite de marrano de los triquis. Le hace creer a su marido —un venado o un tepezcuintle—, y a los hijos mismos, que es su verdadera madre. Cuando se enteran más tarde de que es falso, todos se enojan mucho.

METIÓ SU huipil en el agua a manera de red; pero agarró a los nenes en vez de los peces. Entonces se embadurnó las piernas y los pies con el jugo de la hierba *ñamoli* [...] y le dijo al venado: —Di a luz a dos niños. (*triqui*)⁶⁸

NO HABÍA SOL NI LUNA. Todo estaba oscuro. La abuela *Ga'aj* andaba alumbrando todo con un ocote. Pero no se veía bien, el ocote no alcanzaba a alumbrar.

Un día la vieja fue al río y vio unos pescaditos. Entonces dijo:

—¿Qué hacen ustedes aquí, pescaditos? Los voy a sacar.

Metió su huipil al río y sacó dos pescaditos. Pero cuando los sacó, se volvieron dos niños pequeños, que estaban en su huipil.

Entonces la abuela dijo:

—Voy a decir que estos niños son míos. Yo los tuve.

Y se pintó las piernas con quelite de marrano. Se untó los granos del quelite entre

las piernas y se las pintó de rojo.
Volvió a su casa y le dijo a su marido:
—Parí dos niños, aquí están.
Su esposo era un venado y creyó lo que decía la vieja. El esposo dijo:
—Qué bueno. Ya tengo dos hijos.
Ga'aj puso a los hermanitos en una cuna y los colgó de un palo.
Después ella se iba a llevar tortillas a su marido, el venado. (*triqui*)⁶⁹

En muchas versiones la abuela se queja por la basura y el tiradero que encuentra cuando regresa a su casa, sin saber que los niños ya han salido del huevo. No hay explicación a semejante desorden y suciedad —al parecer no tiene vecinos— hasta que sorprende a las dos criaturas jugando con sus madejas de hilo y otras cosas, puesto que el pájaro que siempre advertía a los niños que se acercaba la vieja, para que se escondieran, se descuidó. Así, la abuela descubre que los niños que se convertirían en sol y luna y ella misma, o los muchachitos, castigarán a quien debía avisarles que alguien se acercaba y se distrae. El misterio de este fragmento se aclara en algunas versiones, cuando se explica que las bolas de hilo o de luz, o el telar se avientan al cielo para trepar o sirven para medir el mundo. Queda claro siempre, eso sí, que la madre de crianza es tejedora e hilandera —oficio femenino y lunar por excelencia—; o cuando menos, que la vieja detesta el desorden.

LA MUJER RECOGIÓ AL NIÑO, envolvió a Nuestro Señor con su enagua y se lo llevó. Juntó capulincillo, y con estas frutitas manchó su enagua y manchó sus talones. Fue hasta su casa, donde estaban sus hijos gemelos; les hizo creer:

—Niños, nació su hermanito.

—¿Qué sí, mamá?

Le hizo su cuna chiquita y acostó a Nuestro Señor. Se fue a darle de comer a su marido que trabajaba en la montaña. Llegó hasta allá, el marido comió y la mujer regresó. Nuestro Señor lloraba mucho en la cuna. Al llegar la mujer, les dijo a los gemelos:

—¿Por qué no mecen a su hermano? ¿No ven que está llorando mucho?

Recogió a Nuestro Señor y le dio de mamar, le dio a beber de su pecho.

Al otro día, cuando la mujer salió a darle de comer a su marido, Nuestro Señor les preguntó a los niños:

—¿No saben dónde guarda nuestra madre su bola de hilo para que juguemos?

—Sabemos —y la fueron a sacar; la bola estaba dentro de una olla.

Nuestro Señor empezó a tirar la bola. La aventó a las cuatro esquinas del mundo,

luego la recogió con rapidez, la enredó y volvió a guardarla en la olla. Se metió de nuevo en la cuna y lloró mucho. Cuando regresó la mujer dijo otra vez:

—¿Por qué no mecen un poquito a ese niño que llora tanto?

Cargó a Nuestro Señor y se puso a contentarlo.

La mujer salía todos los días; salió cuatro veces; el cuarto día, volvió cuando Nuestro Señor tenía la bola de hilo en la mano, cuando Nuestro Señor estaba midiendo el mundo. La señora regañó al niño y le preguntó quién le había dado esa bola. (*mixteco*)⁷⁰

—¿QUIÉN LES HA DICHO que vinieran a ensuciar todas las cosas que yo uso? Ahora los voy a matar.

Y con gran rapidez la viejita encendió la luz, pero cual no sería su admiración al ver a dos niños tiernitos que se escondían debajo de la mesa.

Los niños no sabían qué hacer cuando fueron descubiertos por la viejita. Es que desde que los niños nacieron habían puesto un pájaro que se llamaba Pepe como centinela, para que con su griterío les avisara cada vez que la viejita se acercaba a la casa. Esta vez no les había avisado porque se quedó dormido. Así fueron sorprendidos sin poder escapar y esconderse, como de costumbre, en su nido.

La viejita quiso pegarles con un palo, pero los niños lograron escapar por la ventana. Mientras la viejita gritaba maldiciendo a los niños, se le ocurrió ver el nido donde tenía puestos los huevos, para moverlos nuevamente. Pero cuál fue su sorpresa al encontrar el puro cascarón de los huevos. Entonces comprendió que aquellos eran sus hijos. (*ojiteco*)⁷¹

Hay varios chismosos primigenios: el correcaminos, el cuervo, el zanate; el castigo es evidente hasta la fecha en su color, su imposibilidad de vuelo, su paso torpe. En diversos mitos, a muchos otros más, por acciones u omisiones, les queda impreso el castigo o la recompensa en el cuerpo, las palabras o tonos del canto o los trinos, las maneras de moverse, las costumbres y apariencia.

LOS NIÑOS estaban en la casa y crecieron muy pronto. Estaban jugando con el cuervo y le dijeron:

—Vas a cuidar la vereda. Nos vas a decir cuando venga la vieja.

Y se metieron a la casa y comenzaron a ver todo lo que tenía la abuela. Sacaron el metate, las ollas y los platos. Sacaron el huipil, los collares. Todo lo sacaron. Entonces venía la vieja Ga'aj por la vereda y el cuervo no la vio. Ella lo pisó en la cola. Por eso el cuervo se zarandea cuando camina y no puede andar bien. (*triqui*)⁷²

Los niños descubren, también mediante el chisme, que la abuela tiene un marido venado, o que no es su verdadera madre. La vieja —un duende en la versión cuicateca— diario le llevaba de comer al venado masa de maíz o verdura; salía por comida, y aprovechaba para visitar al marido —el contenido sexual de las visitas muchas veces es explícito. Entre los huaves se cuenta como anécdota de una viejita que tuvo como amante al venado; sus hijos lo mataron. Los niños triquis del mito exigen a la vieja:

—YA SOMOS GRANDES, mamá. Queremos saber cómo es nuestro papá. ¡Déjanos llevarle las tortillas!

Y la abuela dio el permiso y se fueron. Cuando vieron que vino brincando el venado, dijeron que no era su papá y pensaron qué debían hacer. (*triqui*)⁷³

En la versión poblana espían a su madre y al venado, pero aún son pequeños para poder actuar.

—TODAVÍA NO PODEMOS; vamos a crecer un poco más—. Así dijo el hijo mayor.

Llegaron a su casa; pusieron una gran fogata con leña de encino; luego que hubo brasas, empezaron a *escaramuzar*; el primero tomaba las ascuas con la mano, y no se quemaba; y el otro, el que atrapaba las ascuas con la mano, ése sí se quemaba; todo les pasaba a los dos hijos de ese modo.

Cuando por tercera vez vieron a su señora madre hablar con el venado, y como ellos también ya habían crecido más, se platicaron, y dijo el hijo mayor:

—Hemos de matar al venado y a nuestra señora madre. Nosotros huiremos. Yo me volveré sol, y tú te volverás luna.

Contestó el menorcito:

—Está bien. Me vestiré de mujer, como mi señora madre; con lo que *chasquearé* al venado. Y cuando yo agarre al venado por las manos, tú le darás en la cabeza. De esa manera mataremos al venado. Quitaremos la piel del venado, la llenaremos de aire, la inflaremos y la llenaremos de abejitas madres, abejotas madres, de nalgonas madres y de jicotas madres, con las que morirá nuestra señora madre también cuando vaya a visitar al venado y quiera platicarle. (*náhuatl*)⁷⁴

La mujer del venado teme por su esposo, pues sabe que los niños están enojados y son poderosos. Los relatos incluyen descripciones del modo de llamar al venado, la comida que le lleva la vieja, sus amoríos y el odio que le tienen los niños. Y en efecto, los niños por fin matan al venado y rellenan el cuero con animales que pican: abejas, avispas,

moscardones. También toman trozos de su carne que la vieja comerá antes de ir a buscarlo por última vez.

UN PÁJARO llamado Del jefe vino y les dijo qué debían hacer para agarrar al venado. Uno recogió corteza para torcer mecate y el otro consiguió palos para hacer una trampa de lazo; y así agarraron al venado. Por esto los venados se cazan con trampas de lazo hoy en día.

El pájaro Del jefe les explicó cómo debían hacer barbacoa de la carne del venado, y escarbaron un hoyo. (*triqui*)⁷⁵

Aquí encontramos una variante significativa: en esta versión triqui, es tras la muerte del venado cuando se debe conseguir el fuego —que no habían obtenido antes, como en otras partes— e incorporan en este momento el robo primigenio; los ladrones son los de siempre: el tlacuache y la zorra, marcados por el delito con una cola quemada o el pelo flameado.

EN SEGUIDA, mataron al venado y le quitaron la piel con mucho cuidado, para no rasgarla ni maltratarla. Prepararon un pozo para hacer barbacoa. Pero no tenían lumbre para tatemar al venado.

Mandaron a la zorra para que trajera lumbre. Pero no volvió. Entonces mandaron al tlacuache y éste se metió al agua y llegó, así, a la casa de Ga'aj y le dijo:

—Tengo mucho frío, abuela.

La vieja lo dejó sentarse junto al fogón, para que se calentara y se secara. Pero el tlacuache metió la cola en la lumbre y salió corriendo, con la cola prendida.

La abuela le gritó, muy enojada:

—Se va a quemar el monte y tú vas a tener la culpa, boca de gusano, boca de mosca. Pero el tlacuache no hizo caso y corrió, corrió, hasta que llegó a donde estaban los hermanos. Y prendieron el horno e hicieron barbacoa con el venado.

Comieron carne los dos y dijeron:

—Vamos a llevarle carne de venado a nuestra madre para que coma.

Pero antes rellenaron el cuero del venado de zacate y con animales muy bravos: abejas, avispa, gusanos, arañas y otros.

Las piedras que estaban en el horno, estaban muy calientes. Estaban rojas, como lumbre. Se fueron allá arriba y se hicieron estrellas. Allá están. (*triqui*)⁷⁶

También los cuicatecos se roban la lumbre en este momento, al matar al esposo de su madre adoptiva.

LOS DOS mataron al venado y le sacaron los ojos, el ojo derecho tomó la luna y el izquierdo el sol, dijeron:

—Vamos a hacer algo de lumbre para cocer al venado para dárselo a la vieja.

Cuando estuvo listo dijeron:

—Vamos a mandar una zorra a la casa de la vieja.

La zorra se fue a la casa de la vieja y le dijo:

—¿Qué haces tú aquí, vieja?

—¿Yo? Nada —contestó la vieja.

Entonces la zorra empezó a aventar la lumbre con la cola y quedó algo de lumbre en su cola y con esta lumbre la zorra se fue corriendo.

—¿Qué has hecho? —gritó la vieja—. Eres un ladrón.

En el camino empezó la zorra otra vez a aventar con su cola y algo de la lumbre cayó sobre una piedra, y por eso se llama a este lugar *La piedra de lumbre*. Hizo esto para que su cola no se quemara por completo, y con esta lumbre los niños hicieron un fuego en donde asaban la carne y el hígado. (*cuicateco*)⁷⁷

Los niños comen carne y llevan a su abuela un trozo: tripas, hígado, testículos. Antes de irse acomodan la piel del venado —parado o echado— y la llenan con toda clase de insectos ponzoñosos. O bien le traen la carne para que ella la cocine. Al preparar o al comer la carne de su marido muerto, algún animal o la olla donde la cocina reprochan a la abuela: “comiste carne de tu marido”. Quedan también marcados como castigo por semejante impertinencia el colibrí, la rana, el sapo, la lagartija. Los niños invariablemente niegan su culpa.

LOS CUATES trajeron la carne del venado a la abuela y se la comió. Entonces fue al río a traer agua y las ranas leopardo le dijeron: —¡Viejita que come carne de su esposo!—. Al oír esto la abuela las maldijo y por esto la carne de estas ranas se come hoy día; se llaman ranas de lengua, porque hablaron de una manera insolente a la abuela. Ella les pegó por haber hablado así y les quedaron cicatrices que todavía se les ven en la espalda. (*triqui*)⁷⁸

APENAS IBAN a sentarse a comer la carne del venado cuando pasó una golondrina, de esas que dicen *kuñu ihi*, carne cruda, *kuñu tahau*, carne de hermano, *kuñu ihi*. Así gritaba. Oyeron lo que decía el pájaro. Uno de los niños se levantó.

—¿Qué querrá ese pájaro?

Salió a espantarlo, se fue gritando: *rihu rihu*. Y así canta hasta la fecha, por eso solamente dice *rihu rihu*, porque lo espantaron. Antes, hablaba muy bien. (*mixteco*)⁷⁹

ENTONCES Sol mató al Venado, tasajeó la carne y la trajo a su mamá tepezcuintle. El Sol dijo: —Haga con esto un caldo para que tengamos qué comer. Cuando la tepezcuintle puso la olla en la lumbre entonces sonó una voz en la olla: marido, *ku go*. (*chinanteco*)⁸⁰

Cuando la rana los acusó, el niño que sería sol le dijo a su madre:

—TOME UN POCO de arena y aviéntela a las asentaderas de la rana.

Y la vieja aventó la arena hacia la rana y es por eso que las ranas tienen granitos en las asentaderas.

Encontraron otro animal y éste fue una especie de zopilote, pero de color completamente negro. Este animal también le decía a la vieja que ella había comido la carne de su marido, la vieja se enojó mucho y dijo a los niños:

—Ustedes han matado a su papá.

Sol contestó que eso no era cierto y dijo a la vieja:

—Agarre usted algo de tizne y aviéntelo a ese animal, porque no es cierto lo que dice. (*cuicateco*)⁸¹

La mujer fue por última vez para llevar tortillas, zacate o masa al venado y encontró la piel parada en la ladera. Le habló y lo llamó, pero el venado no contestaba. Se enojó con él y le pegó; entonces los animales encerrados en la piel escapan y la pican.

DEJÓ CAER todos sus trastes y rodó cuesta abajo. Las avispas agarraron los trastes y los usaron para formar sus nidos. El insecto de la bola de hilo agarró su bola de hilo, el insecto del huarache agarró sus huaraches, el insecto chongó agarró sus totopos, el insecto del negro agarró sus tortillas y el insecto del catarro agarró su jícara. Por esto los nidos de las avispas, donde alimentan a sus crías hoy día, tienen la forma de las cosas que agarraron. (*triqui*)⁸²

La vieja regresó, furiosa y lastimada, dispuesta a castigar a los niños. Éstos, a sabiendas del perjuicio que han causado, escapan:

—ASÍ VAMOS a hacer, rápido, rápido.

—Sí.

Escupieron en cada esquina y en medio de la casa. La mamá llegó muy enojada, había ido a dejarle su almuerzo al venado. Pasó horas gritándole y no aparecía. Por fin lo encontró parado al pie de los platanares.

—¿Estás enojado? —le preguntó.

El venado no contestaba, no decía nada. Pero parecía que estaba vivo.

—Seguro estás enojado porque llegué un poco tarde.

No contestaba. La señora le golpeó la cara. ¡Que se cae el venado! ¡Que se alborotan los animales encerrados!

Por eso estaba tan enojada. Cuando regresó a la casa, los muchachos no estaban. Comenzó a llamarlos.

—Ooí —contestaba una de las esquinas.

La señora llegaba hasta el rincón. “¿A dónde se escondieron?”, se preguntaba.

—Ooí —le contestaba el otro rincón.

Así los anduvo buscando, pero nunca los volvió a ver. (*mixteco*)⁸³

La abuela, conciente del poder de los niños, pide ayuda a su parentela para disciplinarlos y castigarlos. Una versión cuicateca, incluye un episodio extraño en este ciclo, aunque muy frecuente en el mito del origen del maíz o en relatos relacionados con la lluvia: los muchachos que se hacen ayudantes de rayo.

—¿POR QUÉ mataron a su papá? Ya no pude encontrarlo, ahora voy a llamar a su tío para que hable con ustedes y les pregunte por qué mataron a su papá.

Llegó el tío. Era un tigre, a quien ella nombraba como tío. Antes de que llegara el tigre, el sol hizo un agujero en el suelo, mientras el tigre afilaba sus dientes para poder comerse a los niños. Cuando el tigre llegó, sus dientes ya estaban muy afilados. Los niños pusieron un petate sobre el agujero y sobre el petate pusieron una silla para que el tigre pudiera sentarse. Cuando el tigre llegó preguntó:

—¿Qué están haciendo?

—No estamos haciendo nada: ven acá, a sentarte.

Cuando el tigre se sentó sobre la silla, se cayó el petate dentro del agujero y también el tigre, la vieja se enojó otra vez:

—Hasta a su tío ya mataron ustedes, ahora voy a traer a su tía.

Esta tía era un águila con dos cabezas. Mientras la vieja se alejó, los niños hicieron una casa de puras varas, pero sin zacate, entonces vino el águila y se sentó sobre la casa y los dos niños agarraron al águila por las patas y la jalaban para adentro; y así la vieja no podía hacer nada con los niños.

—Voy llamar a otro tío —decía la mujer. —Y a éste no lo van a aguantar ustedes. Entonces vino un animal muy grande que vive en el agua con una concha, pero mucho más grande de tamaño que una tortuga, y con pies pequeños, que llaman *Kúguni*.

Decían ellos:

—Tenemos que correr porque no vamos a aguantar a este animal.

Corrieron y llegaron a un lugar donde estaba un señor rayo que en ese momento estaba ocupado en su trabajo:

—Oye tío, ¿quieres prestarnos tu cachete para que podamos escondernos adentro?, porque este animal quiere tragarnos.

—Yo no puedo hacer eso —dijo el rayo—, porque ustedes no van a aguantar mi cachete.

—¡Oh! Sí, nosotros sabemos como aguantar esos cachetes.— Y entonces se metieron dentro de los cachetes del rayo. Entonces llegó ese animal diciendo al rayo:

—¿No has visto a dos niños?

—No, yo no he visto nada —contestó el rayo.

—Claro que sí has visto a los niños, porque pasaron por aquí. ¿Qué tienes en la cara?

—Tengo dolor de muelas —dijo el rayo.

Ahora el animal le quería tentar la cara al rayo.

—No, no —decía el rayo.— No quiero que me tenten.

—Yo te voy a curar —decía el animal al rayo. Y estaba tan necio el animal que el sol desde adentro le dijo al rayo:

—¡Truena rayo!, para que se muera este animal.

Tronó el rayo y entonces el animal se reventó y se hizo mil pedazos y así murió ese animal y los niños quedaron libres en la casa de rayo. El rayo se fue a su trabajo, mientras que los niños tentaron las cosas que había dentro de la casa del rayo.

—¿Qué tiene este rayo aquí? Tentaron tres ollas que ahí había; en una olla había agua, en la otra había viento y en la última granizo, las tres estaban tapadas y entre los dos abrieron las ollas y entonces comenzó a llover, cayó granizo y se levantó un viento fuerte, y el señor rayo quedó completamente mojado. El sol fue por él, el viento lo llevó hasta donde estaba:

—Venga usted, tío, está lloviendo.

El tío dijo: —¿Qué cosa pasa aquí? Ustedes son muy tentones.

Entonces el rayo regresó y tapó las tres ollas y terminó de llover, paró el viento, todo se secó y el rayo maltrató al sol. Sol y luna se fueron entonces, y el rayo les gritaba furioso.

—¡Váyanse! Así son ustedes, por eso fue que su tía les echó fuera. (*cuicateco*)⁸⁴

Una variante del mito es aquella donde la vieja no tiene como amante al venado, sino a un tepezcuintle que vive con ellos, en el tapanco, no en el monte. Los viejos crían a los niños para comérselos eventualmente, pero los niños son tan golosos como los

abuelos caníbales. También aquí matan al abuelo, hacen que la esposa lo coma y llenan su cuero de avispas.

EL TEPEZCUINTLE estaba sobre el tapanco y entonces Sol paró una escalera para subir al tapanco, pero la escalera estaba hecha de jonote resbaloso y por eso tepezcuintle que trató de subir detrás de Sol, se cayó de la escalera.

Tepezcuintle subió otra vez, pero arriba del tapanco le picaron muchos animales como hormigas, avispas, jicotes y por eso se cayó otra vez, y por eso el tepezcuintle tiene una cara muy ancha. (*chinanteco*)⁸⁵

El mito se quiebra en dos en este momento: puede terminar aquí como la invención del temascal, incluyendo el nacimiento del sol y la luna escuetamente o ignorando esta parte por completo, como cuando la mujer armadillo —esposa del venado— se entierra en el suelo para escapar del calor.

UNA MUJERCITA habitaba humildemente una casa de zacate. Un día salió a buscar leña y se encontró dos huevos grandes y bonitos en medio del camino. Asombrada, los levantó y se los llevó a su casa, donde los colocó dentro de un tenate, con todas las cosas que utilizaba para hilar. Ahí los olvidó.

Pasaron los meses y un día oyó el llanto de unos niños tiernitos. Sorprendida, los buscaba por toda la casa. Cuando estuvo junto al tenate oyó que el llanto salía de allí; lo bajó, hurgó dentro de él y encontró a dos criaturitas tiernas: a un niño y a una niña. Recordó también que hacía días había metido allí los dos huevos, miró dentro del canasto y al ver restos de cascarón roto pensó que los niños habían salido de allí y que venían a acompañarla.

Pasó el tiempo y los niños fueron creciendo con los cuidados de su mamá. Ya grandecitos empezaron a preguntarle a su madre a dónde iba, pues todos los días salía llevando comida. Ella les contestó:

—Le llevo de comer al venado Juy.

—¿Y quién es ese venado? —preguntaron los niños.

—Es su papá, por eso lo quiero y le doy de comer.

Los niños se aconsejaron y al día siguiente siguieron los pasos de su madrecita y vieron dónde estaba el venado, echadito bajo una peña. Regresaron a su casa y se pusieron de acuerdo para regresar al día siguiente, apresarle y matarlo. Y así lo hicieron: le quitaron la vida, lo pelaron, cosieron el cuero y lo rellenaron de jicotes, dejándolo paradito bajo la peña.

Llevaron la carne a su casa y se la entregaron a su madrecita, sin decirle qué clase

de carne era. La madre la guardó encima del fogón y al día siguiente la cocinó. Echó tortillas, comieron los tres juntos y salió a llevarle de comer al venado.

Los niños, al ver que su madre se había ido, pensaron hacer una casa de piedra para bañarse. Buscaron piedras, lodo y tablas y la construyeron rápidamente, ayudándose mutuamente: el niño ponía las piedras y las otras cosas y la niña le arrimaba todo lo que iba necesitando. Así terminaron la casita, pero ahora tenían otra preocupación: ¿cómo la llamarían? La niña dijo que la llamarían temascalli, casa de baño caliente. El niño aceptó y añadió.

—Si va a servir como baño caliente, le falta su hornilla, para que por ahí se le eche la lumbre.

Y luego hizo lumbre el niño, con leña de encino. Pusieron un cocimiento de hierbas como axocopa y laurel que hirvieron con agüita.

En eso llegó su madre toda hinchada por los piquetes de los jicotes. Los niños se espantaron y le preguntaron:

—¿Qué le pasó, madre mía?

—¡Fíjense! ¡Quién sabe quién mató a su padre!

—¿Quién es nuestro padre?

—Pues el venado Juy, ¿qué no lo saben? Allá me agarraron los jicotes y ya mero me matan.

—Mira, madre mía, para que te apagues, te vamos a bañar en este temascal que hicimos. Métete, llévate tu hojeador y el cocimiento de hierbas y nosotros echaremos el agüita.

La señora se desvistió y se metió al temascal, pero como los niños no sabían temascalear ni la señora bañarse, echaron mucha agua sobre las piedras cacalotes y la mujer murió asfixiada. Al ver esto, los niños se espantaron, agarraron a la muerta y la pusieron en la hornilla para que se quemara. Después, desbarataron el temascal. La niña tomó en las manos las cenizas de la mujer y se elevó al cielo transformándose en la luna; el niño tomó un tizón de encino y también se elevó al cielo convertido en el solecito.

Es por esto que el temascal debe usarse con mucho cuidado; hasta la fecha existen palabras de ancianos que se dicen antes de utilizar el temascal, y están dedicadas a nuestra abuelita que murió allí dentro; deben decirse para que el cuerpo se reponga, para que les vuelva la fortaleza al cuerpo a las que acaban de tener un niño: —Abuelita de mi alma, frente a usted pasaremos. Usted concederá al que primero fue hijo del Supremo y ahora es hijo nuestro que se mejore, que se alivie. Iremos pasando con su permiso, frente a usted. Reciba una copita, reciba usted un copal, un cafecito. Frente a usted pasaremos, aquí le iremos dando. Dispense usted al hijito del Su-

premo, poco a poco lo iremos calentando, usted sufrió por nosotros. Iremos pasando con su permiso, iremos vaciando el agüita, le iremos dando agüita a nuestra abuelita del alma. (*náhuatl*)⁸⁶

Los muchachos queman a la abuela en el temascal, pero no siempre lo hacen con malos sentimientos. A veces la dejan allí para que reciba ofrendas de todos sus hijos.

ENTONCES le dijeron los muchachos a la muerta:

—Tú te vas a quedar aquí en este lugar para que te conozca todo el que viene al mundo. Aquí vas a beber, a comer pan, chocolate y buena comida cuando veas que nace una nueva criatura. Serás la madre de las criaturas. Vas a tener mejor comida. Aquí vas a estar mejor. Vas a estar con los que vienen al mundo. Por eso todos nosotros, los inditos, respetamos mucho al temascal. Porque dicen que ella quedó allí y es la madre de todos los que se han criado. Ahora hacen temascales de siete piedras y les ponen lumbre. Los alumbran todas las tardes durante los once días después del nacimiento de una criatura. A los once días le ponen tres velas enfrente. Van a la iglesia con una vela encendida y cuando regresan echan pan, chocolate y comida sobre las piedras. Esa señora es el espíritu del temascal y la madre de todos los criados. (*chatino*)⁸⁷

En ocasiones, el mito no incluye ningún crimen o parricidio. Los niños crecen y se van sin delito; la madre insiste en acompañarlos, pero ellos la abandonan.

UNA VEZ que se dieron cuenta de que eran fuertes y que podían caminar bien, decidieron irse a otro lado sin que la viejita lo supiera. Sin embargo, apenas habían caminado unos cuantos metros cuando despertó la viejita y empezó a gritar y a llorar al comprobar que los niños habían desaparecido. Conmovidos, tuvieron que regresar. Dijo la viejita:

—¿Adónde van?

Los niños contestaron:

—Nosotros vamos a otra parte para conocer todo lo que hay en la tierra.

Dijo la viejita: —Yo también voy con ustedes.

Dijo el niño: —¿Cómo vas a ir con nosotros si ya estás muy viejita, si ya no puedes caminar?

Dijo la viejita: —Aunque no pueda caminar, tengo que ir con ustedes, hijos míos.

—Está bien —dijo el niño—, vamos pues.

Después el niño ordenó a la niña que se llevara consigo algunas hojas de acuyo y se

pusieron en marcha. La viejita seguía a distancia porque no podía caminar rápido. El niño dijo:

—Mira, nuestra madre no puede caminar, vamos a ayudarla dándole la mano. Tú le tomas una mano y yo la otra y así podemos avanzar más rápidamente.

Así hicieron y la viejita se puso muy contenta porque sus hijos la querían mucho, hasta que llegaron a un puente. Entonces la viejita tuvo miedo porque nunca había pasado un puente. Dijo el niño:

—No te preocupes, nosotros te vamos a ayudar.

Mientras estaban pasando el puente, a una señal convenida, la niña soltó la mano de la viejita y el niño la empujó con fuerza hacia el agua, rápidamente tomó las hojas de acuyo o yerbasanta y las tiró con fuerza a la espalda de la viejita diciendo:

—Serás la madre de todos los animales del monte.

De inmediato empezaron a salir de la orilla del río el tepescuincle, el toche, el venado y toda clase de animales. (*ojiteco*)⁸⁸

Tras la muerte del venado, los niños huyen y son perseguidos por la vieja y sus aliados. Pocas veces los sigue hasta el fin del relato; por lo general los deja escapar y ellos corren nuevas aventuras. O también muere, como la tepezcuintle.

—NUESTRA MADRE está llorando. ¿La vamos a llevar? —preguntó Luna.

Sol dijo: —No, no es nuestra madre.

Al fin dijo: —Bueno, vamos a llevarla.

Y entonces llegaron hasta el mar, el Sol dijo:

—Vamos a hacer algo.

Sol tomó a su hermana por el brazo para cruzar el mar. Pasaron.

—Ahora voy por nuestra madre —dijo Sol, y tomó a tepezcuintle por el brazo, pero en medio del mar le soltó la mano y allí se ahogó tepezcuintle en el río.

Sol la botó con una hoja de acuyo o yerba santa.

—Esto va a hacer buena comida —dijo. (*chinanteco*)⁸⁹

Otra mezcla curiosa de motivos se da cuando se reencuentran con su verdadera madre; esto ocurre más bien en el mito del niño-maíz. La madre verdadera los seguirá, sabe que serán sol y luna. Aquí se inserta también un cuento etiológico bien conocido, que explica por qué son así los trajes de la tepezcuintle y la armadillo.

SE FUERON LOS HERMANOS al campo con sus flechas. Allí vieron a una señora tejiendo la ropa de todos los animales. Se le acercaron pero no la reconocieron. Le

hicieron: sst, sst, y la señora volteó. Se dieron cuenta de que era su mamá.

—Oye, hermano —dijo el mayor—, parece que es nuestra mamá.

—De veras, hermano; sí es.

Pero la señora seguía trabajando en su tejido. Entonces volvieron a llamarla. La estaban reconociendo más. Dijeron:

—Sí es nuestra mamá.

La llamaron por tercera vez y salieron enfrente de ella.

—¿Aquí estás, mamá?

—Sí, jóvenes.

—¿Y que estás haciendo ahora, mamá?

—Hijos, ¿ven esto? Estoy tejiendo para vestir al ganado, las bestias y los tejones y todos los animales que hay en el mundo.

Le dijeron: —Deja tu trabajo, mamá y vente con nosotros.

—Hijitos, me voy con ustedes si esperan a que termine el trabajo que estoy haciendo.

—No, mamá, vámonos luego luego. Ya acabaste de sufrir aquí.

—Espérenme tres horas, hijos.

—No, mamá.

No quisieron esperar. El vestido que todavía le faltaba hacer era el de los armadillos. Corrieron más largo el hilo hasta que se acabó y por eso el armadillo tiene la cáscara arenosa.

Terminó la señora el tejido y se fue con sus hijos. Los dos pensaron:

—¿Cómo vamos a darle de comer a nuestra mamá? No tenemos milpa ni maíz. Esto no está bien, hermano.

Dijeron: —Vamos a hacer una cosa. Vamos a quebrar una botella y con los vidrios verás lo que vamos a hacer. Ese vidrio lo vamos a echar donde hay gente pizcando mazorcas.

Así lo hicieron. Echaron los pedazos de vidrio en la milpa y todos se volvieron moscas y zancudos. Cuando el dueño de la milpa vio tanto bicho, recogió su cosecha rápidamente, pues no aguantaba tanto zancudo y mosca. Se fue para su casa en el pueblo. La madre se quedó allí para recoger.

—Esto lo hacemos para que tengas de comer.

—Sí, hijos —dijo la mamá.

La mamá recogió tanto como el dueño de la milpa. Ya que tenía que comer la mamá, se fueron los muchachos. (*chatino*)⁹⁰

Tras la muerte del venado, las versiones de Guerrero, Veracruz y Puebla, hacen que la vieja se transforme en madre del temascal, pues los niños quieren aliviar a la madre

de las picaduras de los insectos con un baño donde muere asada o asfixiada —por accidente o por deliberada maldad de los niños.

En Puebla —región fronteriza entre dos territorios narrativos— se cuenta una versión que reúne la oaxaqueña de los gemelos nacidos de huevo con la inmolación nahuatlaca: los niños saltan al fuego del temascal y se convierten en sol y luna. Uno de los muchachos engaña al venado travistiéndose, para que crea que se trata de la abuela y accede a convertirse en luna, sin dejar de ser varón.

... Y EN SEGUIDA volvieron; llegaron a su casa y luego pusieron una gran fogata; el hijo mayor dijo: —Quedamos que yo sería sol y tú serías luna. Me haré para atrás para coger vuelo y pasaré volando para coger la leña ardiendo con la que me volveré sol; tú te harás para atrás y cogerás volando los carbones calientes con los que podrás volverte luna.

—Está bien—dijo el menor.

Luego retrocedió el hijo mayor y venía para coger la leña ardiendo, pero no la cogió; se asustó porque el fuego estaba muy caliente; en seguida le dijo a su hermano: —Prueba tú.

El menor reuló y luego pasó volando cogiendo al paso la leña ardiendo y subió al cielo. Entonces se avergonzó el hijo mayor; otra vez retrocedió y agarró al pasar los carbones encendidos, y subió al cielo. Se dice que se volvió sol el menor, y que su hermano mayor se volvió luna.

Por ser los cuernos del venado largos, se los llevó de recuerdo. Por eso se ve la luna con sus dos cuernos. (*náhuatl*)⁹¹

En este caso de sincretismo mazateco, sol y luna son llamados Padre Eterno y Cristo.

EN UNA CASA muy humilde vivía una vieja que tenía dos bolas de luz de dos clases. Esta vieja iba a lavar sus maíces al río y unas pepesquitas salían y le robaban los maíces que se le caían, lo cual enojaba mucho a la vieja. Ésta los amenazaba y a propósito les metió unos granitos para ver por dónde se metían. Éstas se escondían debajo de una piedra y allí metió la mano la vieja, encontrando dos huevos muy chiquitos.

La vieja se los llevó muy alegre y los echó a empollar como una gallina para ver qué salía de los huevitos. A los nueve días nacieron dos personitas que crecieron como dos niños y decían que eran Jesucristo y el Padre Eterno; venían en busca de las luces que tenía la bruja, porque en todo el mundo no había luz; estaba el mundo en la oscuridad y la gente comía cosas crudas. Por eso fueron a buscar la luz Jesucristo y el Padre Eterno.

Los niños se hicieron unas cerbatanas y se fueron a cazar pajaritos para la señora a la que le decían mamá.

Y le dijeron los chamaquitos:

—Mamá, no nos gustan estas armas porque no matamos animales grandes, que nos duren cuatro días.

—No tengo dinero.

—¡Si tiene dinero!, ¡usted está mintiendo! —insistieron ellos—. Bueno —dijo la vieja— voy a comprar dos carabinas.

Los chamacos se aconsejaron:

—A esta vieja la vamos a engañar y vamos a ver a quién le deja tortillas en el monte. Ella dice que es para nuestro padre, pero yo no lo creo.

—Hijos —les dijo la vieja— ya tienen sus armas. Ya pueden cazar animales grandes. Nomás no vayan al cerro porque allí trabaja su papá y si se van las balas, no vaya a suceder un accidente.

—Nosotros respetarnos a nuestro padre. Siempre está trabajando bien —le engañaron los muchachos.

Una vez que ella se fue, ellos le siguen los pasos. La señora no daba de comer a aquel señor, sino que se iba a otra cosa, pues se ponía en cuatro patas, subida su falda, y aquella persona decía:

—¡Vente mi corazón!, ¡vente mi amor! Ya te traje de comer. Aquí está tu alimento. Y entonces llegaba el mazate.

Ellos regresaron mientras la vieja hacía su travesura. Cuando la vieja volvió ellos le preguntaron:

—¿Por qué demoraste?

Y ella les contestó:

—¡Hijos!, su papá no tenía casi hambre.

Lo que hacía ella era comerse las tortillas.

Ellos planearon otra cosa:

—Vamos a tirarle a los faisanes —dijeron a la vieja— y si encontramos mazate también le tiramos.

Llegaron a un árbol frondoso y allí vieron al pico de canoa. Habló el pájaro y les dijo: —La vieja no es su mamá y el que ella dice que es su papá no es sino un animal.

—Está bien —le dijeron los muchachos— pero dínos dónde está ese animal.

—A las doce lo encuentran debajo de un árbol masticando bien la hierba.

—Si nos mentiste —dijeron los muchachos—, a la otra no te salvas.

—Soy adulto y no miento —contestó el pájaro— donde yo esté cantando, allí está.

Se fueron y oían cómo estaba cantando el pájaro y lo encontraron moviendo la cabeza de un lado para otro. El mazate estaba tirado bajo un árbol.

Los dos le dispararon y lo mataron. Luego lo pelaron y le cortaron los dos zapotes y cosieron la piel del animal y le hicieron un hoyo, formando al animal como antes y lo llenaron de animales que pican: de avispas y de abejas.

Los chamacos llevaron carne y dijeron a la vieja:

—Matamos jabalí.

Y le dieron los huevos diciéndole:

—Cómete esto y hazte dos carnitas.

Ella hizo bistec y ellos insistieron en que la vieja comiera. Ella dijo que se llevaría la comida al río. En el camino al río un sapo le dijo a la vieja:

—¡Vieja bruja!, ¿no te da vergüenza estar comiéndote los huevos de tu marido?

Pero ella le echó arena en la cara y lo aplastó. Por eso el sapo tiene forma aplastada.

A su regreso les dijo a los muchachos, les contó:

—Miren lo que dice el sapo: que estoy comiendo los huevos de mi marido.

—¡Cómo no le diste una patada! Está diciendo mentiras —contestaron—. Nuestro padre es un gran señor y nosotros ni lo conocemos.

—Bueno muchachos —dijo la vieja— le llevo de comer a su papá.

Y llevó carne, tortillas y otras cosas. Luego que llegó donde estaba él, se puso en posición, pero el animal sólo movía las orejas por los animales que traía adentro. La bruja le decía:

—¿Estás enojado?, dime por qué. ¿O qué tienes otra? Si estás enojado, voy a traer a mis hijos para que te maten.

Cuando volvió les dijo a sus hijos:

—Su papá está enojado. No quiso comer. Creo que tiene a otra persona porque yo ya estoy vieja.

Ellos le dijeron:

—Dale un garrotazo para que se le quite la maña.

—Eso voy a hacer —contestó la vieja.

Ella tomó un garrote y le dijo:

—¿Por qué estás enojado? Te voy a matar para que no me pongas en vergüenza.

Le dio un garrotazo, pero al segundo se descosió y salieron los animales. Se amontonaron y la picaron.

Ella, revolcándose encuerada, gritaba:

—¡Muchachos maldecidos! ¡Me los voy a comer!

Mientras tanto los muchachos habían huido llevándose las luces.

—Maldición, ¿qué hago? —decía la vieja.

Y se fue a hablar con el diablo. Mientras, los muchachos tenían sed.

—¡Mira aquella cueva!

—Sí hay agua —dijo el mayor.

Entró el chamaco y se agachó en el pocito. Pero la bola de luz que llevaba se cayó y se fue hasta el fondo, que era profundo.

—¿Ahora quien la va a sacar? —dijo el mayor—. Ya te había dicho que me la hubieras dado, que soy el mayor y más fuerte... ¿quién la va a sacar?

Llegó una lagartija y le dijeron:

—Señor, ¿nos puede sacar eso del fondo?

La lagartija fue al fondo del pozo y les dijo:

—No puedo sacarla porque pesa mucho.

—¡Nos va a agarrar la bruja!

Pero pronto llegó una lagartija más grande.

—Sácala y te regalamos una camisa bonita —le dijeron ellos.

La lagartija se metió en el pozo y arrastró hasta afuera la bola.

Ellos le dieron una camisa con los siete colores del arcoiris y ella quedó muy agradecida. Pero la vieja venía y ellos la veían venir, porque eran dioses. Llegaron al campo de pelota.

—¡Vamos a hacer una operación! —dijeron.

El menor arrojó para arriba la pelota y nomás llegó a mitad del cielo.

—Dame esa luz —dijo el mayor, y arrojó con fuerza la pelota y él se fue pegado a ella y llegó hasta el cielo.

Entonces el hermano hizo igual.

Pensaron otra vez:

—Ya que encontramos la luz, ahora la vamos a regalar a todas las personas del mundo. Pero si la regalamos, a lo mejor la recoge la bruja.

Hicieron luego un baile. Mientras, la vieja llegó preguntando dónde vivía el diablo. Le dijo:

—Dos hombres me robaron lo más precioso que tenía y mi casa se quedó oscura.

—No te apures —le contestó el diablo— ellos tienen una fiesta ahora.

Llegaron a la fiesta y la vieja convirtió al hermano menor en gallina. Lo mató y lo hizo en mole.

El mayor formó un plan para rescatar a su hermano. Tenía un perrito y le dijo:

—Tú vas a salvar a mi hermano: toma la cabeza de mi hermano, la tiras donde haya mierda, porque esa cabeza es de mi hermano.

Así lo hizo el perro y la vieja maldiciendo dejó la cabeza. Faltaba el corazón, revivió [...]

—Ahora sí vamos a matar a esa bruja —dijeron los hermanos, y aconsejaron al perro.

—Lleva este hueso a la bruja y ponlo dentro de la cazuela de mole.

Pero dentro del hueso había un jugo venenoso, que era agua bendita. Así lo hizo el perro.

—¡Ahora amigo, brindemos por la salud del hombre que matamos y vamos a comer mole! —dijo la bruja.

Puros diablos eran sus amigos. La vieja comió su hueso, gritó y se volvió ceniza. Los diablos dijeron:

—Nada podemos hacer. Ahora vamos a regalar la luz a todo el mundo —y la regalaron por todo el mundo y todos tuvieron luz.

El Sol es el hermano mayor y la Luna es el hermano menor. (*mazateco*)⁹²

Los ciclos de los gemelos o cuates oaxaqueños incluyen, además de la rebeldía de los hermanos contra la abuela adoptiva y su esposo venado, las múltiples aventuras que corren durante su huida —antes de su ascenso al cielo— y que determinan las características de aquellos con los quienes se encuentran o con quienes interactúan. Los abundantes subrelatos etiológicos explican por qué son así muchos animales y plantas: tepezcuintle, tuza, armadillo, tapacaminos, golondrina, zopilote, amate, bejuco; por qué las manchas en la cara de la luna y su brillo más opaco que el del sol.

El ascenso final del sol y la luna es siempre una parte mínima del relato; tras tan complejos vericuetos, resulta casi siempre anticlimático. Los relatos son más o menos minuciosos, acumulan más o menos incidentes, según el informante o el recopilador.

SE ENOJÓ entonces la anciana y comenzó a perseguir a los dos hermanos. Corrieron durante mucho tiempo y ya la anciana estaba por alcanzarlos. Sol le pidió a Luna su pasador del cabello, Luna se lo dio y Sol puso el pasador en el camino y de allí mismo nació un cerro. Los hermanos continuaron corriendo y la anciana tardó mucho en pasar el cerro. Cada vez que la anciana los estaba por alcanzar Sol hacía un cerro para que ella se demorara, y así fue que el suelo quedó cubierto de montañas, por eso hasta hoy están las montañas. Llegaron entonces hasta un río, un río muy crecido y comenzaron a nadar para pasar al otro lado. La anciana también se tiró al río, pero cuando estaba por la mitad los hermanos le arrojaron una bola de acuyo, la anciana cayó muerta y se hizo tepezcuintle y por eso hasta hoy el tepezcuintle anda cerca de los ríos. De su sangre nacieron muchos animales, miles de animales nacieron de su sangre. Se fueron por su camino hacia el Oriente los hermanos. Caminaron a un lugar donde había dos grandes peñascos que aplastaban a la gente que pasaba en medio de ellos. Entonces Sol y Luna hicieron cerbatanas,

cada uno de ellos tuvo su cerbatana y con ellas le dispararon a las peñas. Cuando los proyectiles golpearon las piedras, éstas se abrieron y de su interior brotaron las mariposas, por eso las mariposas tienen círculos en las alas, son las huellas de los disparos de las cerbatanas de Sol y Luna. (*chinanteco*)⁹³

La huida de los hermanos toma prestados objetos que se vuelven obstáculos y soluciones narrativas del cuento maravilloso indoeuropeo pero otras pruebas son, sin duda, mesoamericanas. Continúan su viaje y matan a un águila devoradora en lo alto de una montaña, otras veces es una culebra también devoradora, muy parecida a los dragones llegados de ultramar, donde el héroe o el santo —San Miguel y San Jorge— matarán al demonio encarnado en reptil fantástico y pernicioso. Como sea, el propósito hacia el fin del mito es explicar por qué la luna brilla menos que el sol y por qué tiene la cara manchada.

—SEÑORA —dijeron—, ¿por qué llora usted?

—Ay, señor —dijo la mujer—, lloramos por mi hija. Ahorita a las doce llegará el animal que nos da la luz para comerse a una niña que tenemos aquí. Lo siento por mi hija.

Dijeron: —Oiga, no llore usted. Si le parece bien matamos a ese animal. ¿Qué clase de animal es?

—Es una culebra y siempre anda por aquí. Es la que nos da luz. No nos parece bien que la maten porque todo queda oscuro.

—No se preocupe. Nosotros arreglaremos bien las cosas.

—Bueno, cómo no —dijo la señora—, por favor mátenme a ese animal. Aquí cada semana le damos un niño para que se lo coma. Es muy triste para nuestros hijos. Ellos le preguntaron que dónde estaba el animal. La señora dijo que por la laguna.

—Vamos a ver si lo podemos matar o no, pero tenga usted paciencia por si todo queda oscuro.

Se fueron a la laguna. Calentaron tres piedras en la lumbre y las echaron a la laguna. Pero el animal no sintió las tres piedras calientes. El hermano mayor dijo:

—Vamos a echar siete piedras a la lumbre. Calentaron siete piedras y las echaron una por una a la laguna. A la quinta piedra se levantó el animal en la laguna. Luego echaron las otras dos y se murió el animal. (*chatino*)⁹⁴

CALENTARON la piedra y no sabían cómo levantarla para echarla al agua. En eso pasó un zanate grande gritando: *xinda* —pinza—, *xinda*, *xinda*. Pasó una tortolita gritando: *kukum* —cruz—, *kukum*, *kukum*, así como dicen las tortolitas.

—Tenemos que poner una cruz.

Pusieron una pinza y una cruz tal y como había dicho el zanate. Así pudieron agarrar la piedra con la pinza y echarla al agua. Así mataron a la víbora, con el calor de la piedra, con el agua caliente. (*mixteco*)⁹⁵

Las águilas devoradoras son frecuentes en las narraciones vinculadas a las fundaciones de pueblos oaxaqueños —cuicatecos y ojitecos, sobre todo.

AQUÍ CERCA anda un águila muy grande que si los ve a ustedes se los va a comer.

—Eso veremos si es cierto —concluyeron los niños, y siguieron por el camino.

En cierto punto la niña empezó a tener miedo y dijo:

—Si esa águila pasa por aquí, nos va a devorar.

—En lugar de tener miedo —contestó el niño— trata de pensar en algo que nos puede ayudar para que el águila no nos agarre y nos coma. La niña contestó:

—No puedo pensar en nada; tengo mucho miedo.

El niño dijo:

—Tú no sirves para nada. En cambio yo, ya he encontrado una solución. Vamos a construir una jaula para que esa águila no nos pueda hacer ningún daño con sus uñas, porque nosotros estaremos metidos adentro.

Se hicieron una jaula en la que cabían los dos juntos y siguieron caminando. Como vieron que el águila se dirigía hacia ellos, inmediatamente se metieron en la jaula. El águila, no pudiendo agarrarlos, tomó la jaula y emprendió el vuelo. Era un águila muy grande y podía llevar hasta una res colgando de sus patas, así no tuvo dificultad en llevar la jaula hasta la cumbre de un cerro.

—Muy bien —dijeron los niños—, a esta águila ya no le queda mucho tiempo de vida porque nosotros vamos a buscar la forma de matarla.

Al niño se le ocurrió la idea de tomar el cabello de las niñas que había allí para hacer una cuerda. El trabajo duró poco tiempo porque todos tenían prisa por bajar de ese lugar, a causa del frío. Los niños flaquitos explicaron que el águila dormía con los ojos abiertos y la cabeza agachada:

—Cuando está con la cabeza levantada y con los ojos cerrados, es cuando está despierta.

—Muy bien —contestó el niño recién llegado— esperaremos el momento oportuno.

Todos los niños se pusieron muy atentos. Un día el águila regresó desde muy lejos, llena de cansancio y de hambre. Comió rápidamente y se sentó en una ropa para dormir. Fue la última vez que comió, pues los niños estaban esperando el momento para acabar con ella. Cuando estaba bien dormida, completamente ajena a lo que sucedía a su alrededor y con los ojos abiertos y brillosos como el oro fino, los niños

recién llegados se acercaron al águila. Los demás no pudieron acompañarlos por estar completamente flacos y enfermos. Con extrema rapidez le pasaron la cuerda alrededor del cuello y se lo amarraron con fuerza. El águila al no poder respirar se despertó, pero ya era demasiado tarde, porque ya estaba muy bien apretada. Empezó a dar brinco por todos lados golpeándose en las rocas, hasta llegar al pie del cerro donde se le botaron los ojos a causa del golpe: quedó muerta.

Mientras tanto los niños empezaron a buscar la manera de bajar del cerro y llegar al lugar donde había quedado el águila. Después de haberlo pensado mucho, por fin el niño decidió llamar al zopilote:

—Mira —le dijo el niño— ¿puedes bajarnos uno a uno de aquí? El zopilote le contestó:

—No puedo porque vuelo rapidísimo cuando voy a la tierra y seguramente ustedes se caerían. Además no aguanto, porque ustedes pesan mucho.

El niño le dijo:

—Maldito seas, comerás lo que no comen los perros todos los días de tu vida.

Después los niños buscaron otro animal que pudiera bajarlos del cerro y llamaron al murciélago. Cuando éste llegó, le preguntaron:

—¿Qué comes?

—Yo como frutos de un árbol que se llama amate —contestó el murciélago.

—Muy bien —dijo el niño— ve a saciarte de esa fruta y cuando regreses yo te diré donde vas a defecar.

El murciélago obedeció. Ya de regreso suplicó al niño que le indicara el lugar, porque ya no aguantaba. Sin embargo, antes de que el niño pudiera indicárselo, ya había defecado. Esto sucedió dos veces; a la tercera, por fin el niño le indicó el lugar apropiado, y enseguida creció el árbol de amate llegando las raíces hasta el pie del cerro. Una vez que contaron con el árbol, necesitaban algún animal que supiera hacer una escalera para poder bajar. Llamaron al pájaro carpintero. Cuando éste llegó, el niño le dijo:

—Quiero que con tu pico hagas una escalera con este árbol, por la raíz.

El pájaro pronto se puso a trabajar desde la raíz hasta hacer un agujero que atravesaba el árbol de lado a lado. El niño dijo:

—Tú no sirves para nada. Es mejor que vayas a picotear cualquier árbol que encuentres en tu camino y así te ganarás de comer el día de mañana.

Es por eso que este pájaro hasta el día de hoy, picotea cualquier palo seco que encuentra, para sacar gusanos y comérselos.

Entonces el niño volvió a llamar a otro animal que pudiera hacer el trabajo y esta vez le tocó a la ardilla que tiene dientes muy filosos y es capaz de comer cualquier cosa dura. El niño le dijo a la ardilla:

—Quiero que me hagas una escalera en este árbol empezando por la raíz. La ardilla aceptó y pronto se puso a trabajar mordiendo por todos lados la raíz con la cabeza para abajo. El niño le dijo:

—Tú tampoco sirves para nada. Vete y anda por el monte y el día que te de hambre, comerás lo más duro.

Y es así que hasta el día de hoy las ardillas comen coyoles, que son lo más duro que hay. Entonces el niño pensó:

—¿A quién llamaré, puesto que todo ha fracasado hasta ahora?

Y llamó a la tuza, que es un animal que anda por debajo de la tierra y tiene los dientes más filosos que los de la ardilla. El niño le dijo a la tuza:

—Quiero que me hagas una escalera en este árbol.

—Muy bien, le contestó la tuza. ¿Dónde quieres que empiece: de arriba para abajo o de abajo para arriba?

—De abajo para arriba —aclaró el niño— hasta llegar a la cumbre del cerro.

Pronto la tuza empezó a trabajar. Trozó una raíz, después otra, y así hacia adelante, hasta que el árbol cayó hacia el cerro. Entonces el niño le dijo a la tuza:

—Tú tampoco sirves para nada. No lo hiciste como yo te dije. Vete y así andarás el día de mañana. Comerás lo que sea, trozando las raíces de los árboles hasta tumbarlos.

Es por eso que hasta el día de hoy, las tuzas comen raíces de los árboles y alguna otra cosa que se encuentran.

Aprovechando que el árbol no se había caído al suelo, sino simplemente se había apoyado en el cerro, los niños empezaron a bajarse. A cierto momento se les presentó el murciélago y dirigiéndose al niño le dijo:

—Quiero que me des algo de comer para el día de mañana.

El niño le dijo: —No tengo nada qué darte.

Entonces el murciélago le contestó:

—¿Cómo es que a los demás les diste para comer el día de mañana sin que hayan hecho bien el trabajo, y para mí, que hice crecer el árbol del amate, no tienes nada?

—Muy bien, concluyó el niño, te voy a dar de comer algo mejor que lo que les he dado a los demás. Por la noche podrás morder tantito de alguna parte del cuerpo de cualquier animal o persona que encuentres y descansarás por el día. (*ojiteco*)⁹⁶

Los ojos del águila o la culebra devoradora brillan intensamente, pero el derecho siempre tiene más luz que el izquierdo. Quien obtenga el ojo más brillante será el sol. Rara vez sucede directamente; la luna se queda casi siempre con el ojo derecho y más tarde el hermano mayor se lo roba, se lo cambia por agua, se lo gana en una apuesta.

ENTONCES arrojaron las piedras calientes a la boca de la culebra y murió. Mandaron a la mosca [...] para que fuera a ver si de veras había muerto. La mosca entró en la boca de la culebra y salió por su ano; entonces entró en el ano y salió por la boca. Les dijo a los cuates que de veras había muerto. Por esto las moscas entran en las heridas y en los cadáveres hoy día. La mosca puso sus huevos en el ojo izquierdo de la culebra, dañándolo. Otros dicen que la mosca cagó en el ojo izquierdo. Entonces los cuates agarraron los ojos de la culebra. El hermano menor se adelantó y agarró el ojo derecho, porque brillaba más; y el hermano mayor se quedó con el izquierdo. Andaban con los ojos y el menor empezó a tener mucha sed. Entonces el mayor le ofreció conseguir agua si le daba el ojo bueno. El menor le dijo que sí y el mayor clavó la tierra con un palo y brotó agua. El menor la tomó y los cuates intercambiaron los ojos. (*triqui*)⁹⁷

LOS DOS NIÑOS se quedaron solos y empezaron a buscar al águila. La encontraron pero sin ojos, ya que el impacto con el suelo hizo que se le salieran. Buscaron más detenidamente por los alrededores y por fin los encontraron; la niña encontró el ojo derecho y el niño el izquierdo. Entonces el niño dijo:

—Este ojo izquierdo será para ti.

La niña contestó:

—No, el ojo derecho será para mí.

Pero el niño le dijo:

—No vas a poder aguantar porque este ojo derecho tiene mucha fuerza, mientras el izquierdo tiene menos. Por eso te pido que me lo des. (*ojiteco*)⁹⁸

LOS MUCHACHOS [...] se transformaron en moscas. Dijo uno:

—Tú te metes por la cola y sales por la boca; yo me meto por la boca y salgo por la cola. El que se metió por la cola no pudo salir por la boca, por eso se le empezó a podrir un ojo a la culebra.

El niño más grande ganó el ojo bueno, porque el más chiquito se quedó con el que estaba podrido. Empezó a llorar, porque no había ganado el bueno, su hermano se lo cambió y se fueron.

—¿Y ahora, qué vamos a hacer con esto?

—Tenemos que ir donde está un viejo con autoridad, un mantoni. (*mixteco*)⁹⁹

SIGUIERON ENTONCES los hermanos su camino hacia el Oriente, caminaron tanto que comenzaron a sentir mucha sed. Luna se quejaba y sufría mucho por la sed. Cuando vio eso, Sol le dijo que si cambiaban los ojos del águila, él encontraría agua para que

podiera calmar su sed. Aceptó el trato Luna, por eso es que Sol brilla más que Luna. En esa época no había manantiales, se escuchaba el rumor del agua que corría bajo de la tierra, pero no se veía el agua por ninguna parte. Entonces Sol arrancó un poco de zacate y de allí comenzó a brotar un hermoso manantial, por eso hasta ahora hay manantiales; Sol fue quien creó los manantiales. (*chinanteco*)¹⁰⁰

CUANDO SOL regresó con el sacerdote se dio cuenta que Luna había bebido, porque el agua estaba alrededor de su cara, igual que ahora cuando Luna tiene agua se ve el halo alrededor suyo. Luna tenía el halo y un hoyito arriba del labio superior. Desde entonces es que existe ese hoyito sobre el labio superior de la gente. Sol se puso furioso cuando vio que su hermana lo había desobedecido, se puso tan furioso que cogió al sacerdote y lo arrojó contra la cara de Luna. El sacerdote (un conejo) pegó con tanta fuerza contra Luna que la dejó marcada para siempre, es por eso que hasta hoy Luna tiene manchas en su cara. Se fueron después de eso los hermanos y llegaron al cielo. Allí los estaba esperando Dios. Allí *Juna'ri* les puso nombre a los dos, el nombre de Sol fue Juan y el de Luna fue Lupe. Entonces *Juna'ri* les dio el encargo que Juan iba a trabajar de Sol y Lupe de Luna. Luna protestó y pidió que ella quería ser Sol, quería ser Sol para alumbrar más. Pero Sol tenía el ojo más brillante, el ojo de Luna no tenía suficiente luz para alumbrar. Por eso es que la luz de Luna alumbraba menos que la de Sol, así fue que Sol quedó con el encargo de iluminar todo el mundo. (*chinanteco*)¹⁰¹

Luna debe cumplir alguna condición: esperar hasta que un sacerdote bendiga el agua antes de beberla, no orinar, no llorar, regresar pronto. Nunca lo logra.

—SI ME ENTREGAS el ojo derecho que traes, te daré agua.

La niña contestó: —Te lo entrego pero dame el agua pronto, que me estoy muriendo de sed.

—Espérate un momento —dijo el niño.

Apenas llegaron a un terreno plano, el niño arrancó una mata de trigo y debajo de la raíz encontró agua que inmediatamente se convirtió en pozo.

La niña quería tomar el agua inmediatamente, sin embargo, el niño le recomendó que no lo hiciera. Era necesario que primero llegara el sacerdote para que la bendijera.

—Yo me estoy muriendo —dijo la niña— voy a tomar sólo un poquito para disminuir un poco mi sed.

—No —le dijo el niño— mientras yo voy por el sacerdote, tú te puedes quedar aquí para cuidar el agua evitando que algún animal venga a ensuciarla; ten mucho cui-

dado con el agua y acuérdate que si la tomas podrías hacerte daño.

Apenas el niño se hubo alejado un poquito, la niña tomó el agua pensando que nadie se daría cuenta. Poco después regresó el niño con un conejo que era el sacerdote, pero se sorprendió al notar que el agua del pozo había bajado.

—¿Quién tomó el agua? —preguntó el niño.

—Yo la tomé —contestó la niña— porque no aguantaba la sed.

—Así que me has desobedecido —dijo el niño—, y le aventó el conejo a la cara. El conejo se quedó pegado a la cara de la niña para siempre y fue donde la niña se convirtió en luna y el niño en sol y subieron al cielo, donde el sol alumbra con su luz fuerte porque lleva el ojo derecho del águila; la luna alumbra con la luz suave porque lleva el ojo izquierdo.

El sol alumbra de día y la luna de noche con el conejo pegado a la cara, hasta el día de hoy. (*ojiteco*)¹⁰²

Las contiendas para tener el ojo más brillante quitan su predominio a la parte femenina. Cuál de los dos será el futuro sol es definido hasta el último momento, cuando los hermanos suben al cielo. El mayor o el varón suele convertirse en sol.

Otra opción —moderna, por supuesto— para elegir cuál será sol y cuál luna es que el hermano mayor se queda con una moneda —que tiene pintado el sol— y así se sustituyen los ojos monstruosos. El hermano menor o la hermana cambia el objetopreciado y entonces es golpeado en la cara con la mano, un huarache, un conejo; o se mancha de lodo; y quedan como cicatrices los cráteres visibles de la luna.

Que alguno de los dos muchachos resulte ser el sol y el otro la luna, y brille menos, puede ser consecuencia de que uno de ellos peca o reincide en placeres mundanos sin arrepentirse, como más adelante sucederá a la estrella vespertina. Romper el ayuno carnal o perder la virginidad merman la luminosidad.

CADA UNO se fue con la muchacha. El mayor se fue primero a coger a la muchacha. Cuando regresó, el menor le preguntó:

—¿Qué cosa viste ahora que fuiste con ella?

—Hermano, vi el nacimiento de los pelitos de la muchacha.

Dijo el hermano menor:

—Ahora yo voy; a ver qué me da.

Se fue el menor y después regresó. Su hermano le preguntó:

—¿Cómo te fue, hermano?

—Allí donde yo fui, le salió sangre. La sangre que me arrojó me manchó.

—Con esto va a haber una criatura después.

Luego despertó la muchacha.

Los hermanos se fueron a buscar manera de vivir a otro lado. El hermano menor quedó enviciado en esas cosas. Anduvo tratando a otras mujeres.

—Vente conmigo —dijo el menor al mayor.

—¿A dónde vamos? —preguntó el otro.

—Vamos con esas mujeres.

Pero el mayor ya no quería ver más mujeres. Le dio un consejo a su hermano:

—No debes seguir así. Con esas cosas salimos mal. Mejor ya no sigas haciendo eso. Vamos los dos juntos nomás.

—Hermano, pues si ya no he seguido.

—Por eso te digo, para que salgamos bien en todo lo que hemos buscado, vamos a subirnos al cielo para alumbrar a todo lo que viene a este mundo.

—Sí, hermano —dijo el menor—, me voy contigo al cielo.

Pero él ya estaba comprometido con una muchacha. Le dijo a la muchacha:

—Si me voy al cielo con mi hermano a ti te tengo que llevar conmigo.

El hermano mayor le daba órdenes acerca de sus relaciones con las mujeres. El hermano mayor le dijo a una tuza:

—Hoy mi hermano y yo nos vamos al cielo cada uno en un hilo. Verás que yo agarro un hilo primero y mi hermano agarra otro. Después la mujer de mi hermano va a agarrar otro porque ella quiere ir al cielo con nosotros. Y mi hermano y yo tenemos mucho trabajo que ir a hacer en el cielo, vamos a alumbrar el mundo. Tú le cortas el hilo a la mujer y la tuza le contestó:

—Pero qué tal si ella me pega o me mata.

El hermano mayor le dijo:

—Yo te daré un buen camino para que puedas correr y no te alcance.

—Está bien —dijo la tuza.

Cuando comenzaron a subir al cielo la tuza estaba lista para cortar el hilo de la mujer. Iba el Sol primero. Llegó al cielo. Luna iba atrás. Y junto, junto a Luna iba la mujer, detrás de los dos. Iban a la mitad del cielo cuando la tuza cortó con sus dientes el hilo de la mujer. Cayó a la tierra. Ya no pudo subir. Luna regresó pero la tuza le pegó un manazo en la cara. La tuza se metió bajo la tierra.

El Sol y la Luna no trabajan juntos. No trabajan al mismo tiempo. Esto se debe a que Luna se atrasó por buscar a la mujer y el sol se apuró, pasó para enfrente y Luna se atrasó. Su hermano no lo alcanzó y por eso hasta ahora viene atrasada la Luna. Van y vienen. Y el sol tiene instrucción de trabajar todos los días mientras que la Luna camina por el cielo a veces nomás en parte y a veces toda la noche. Quiere regresar a su mujer. (*chinanteco*)¹⁰³

ANTES LA LUNA era el Sol. Pero la Luna pecó. Tenía una corona. La corona fue hecha del ojo de un animal. Sol y Luna caminaron. Luna tenía sed. Sol le dice que siga a una mariposa y encontrará agua. Luna lo hace. Llega a un barranco seco donde hay muchas mariposas, pero no hay agua. Luna le ofrece a Sol su corona a cambio de agua. Sol la lleva a un matorral y Luna se toma toda el agua. Pero pregunta al Sol cómo van a beber los hombres si toda el agua se terminó. Luna escupe el agua. Sol y Luna siguen caminando y pierden la corona. Una vieja la encuentra y la esconde en su baúl. Luna y Sol se dan cuenta y le llevan chirimoyas a la vieja para hacerla dormir. Cuando la vieja ya se durmió, Sol y Luna sacan la corona del baúl. Siguen caminando. Pero Luna es grosera. Dice que se le olvidaron sus huaraches y regresa a la casa de la vieja. Después corrió detrás del Sol pero ya no lo alcanzó. Así es que la Luna siempre camina atrás del Sol, a cierta distancia. (*cuiteco*)¹⁰⁴

Otra versión cuicateca incorpora uno de los motivos esenciales del mito del niño-maíz, donde debe abrir huecos en el arcón de una vieja y se vuelve a recurrir al robo:

—No —CONTESTÓ LUNA—, no te lo voy a dar aunque me muera de sed. Pero no aguantaba más y después de algún tiempo dio el ojo al Sol y él le dio agua. El Sol escupió siete veces en una mata de zacate, arrancó la mata y de ahí brotó del suelo el agua.

—¡Tómame el agua! —dijo el Sol— pero no puedes tomarla toda, deja algo para el mundo, para que haya un río. Pero la Luna tomó toda el agua y por eso se enojó mucho el Sol.

—¿Por qué has tomado toda el agua? —preguntó el Sol—, repón el agua para que sea para todo el mundo. Ahora Luna escupió siete veces y arrancó el zacate crecido y salió el agua, de manera que brotó mezclada con lodo y así se manchó la cara de la Luna con lodo.

Y desde entonces el agua formó un río y la cara de la Luna quedó manchada. Sol y Luna siguieron su camino, pero Sol fue dando vueltas como una rueda, y una mujer vieja que pasaba lo levantó y lo guardó en su baúl.

—¿Qué vamos a hacer para poder agarrar otra vez lo que la mujer nos quitó? —dijo la Luna.

El Sol le contestó: —No tengas cuidado, vamos a buscar la manera de cómo arreglar las cosas, vamos a buscar chirimoyas y se las vamos a dar a la vieja que no es la madre, sino la otra.

La vieja se fue a su casa y Sol dijo: —Buenos días, tía.

—Buenas tardes —respondió la vieja.

—¿Que estás haciendo tú, tía?

—Yo no estoy haciendo nada, hijo—. Pero la vieja iba a hacer un huipil.

—¿No quieres comer chirimoya, tía? Fuimos al monte y allí encontramos chirimoyas.

—Bien —dijo— voy a comerla —y la mordió.

Pero tuvo mucho sueño, estaba cabeceando, se acostó y dijo.

—Cuiden mi casa, hijos míos, porque yo tengo muchas cosas guardadas aquí. El baúl contiene una cosa muy valiosa y delicada.

—No tengas cuidado —dijo el Sol. Y la Luna decía: —¿Qué vamos a hacer ahora? El Sol contestó. —Vamos a buscar un animal para picar el baúl. ¡Sch! ¡Sch!

—Mira, hijo, ¿qué se oye? —preguntó la vieja.

—No es nada, tía —dijo el Sol— es solamente un ratón.

Pero este ratón no podía seguir royendo. Y después vino un pájaro carpintero y éste hizo un ruido todavía más fuerte, la vieja lo oía.

—¿Qué se oye? Mira, hijo.

—No es nada, tía —respondió el Sol a la vieja.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dijo la Luna al Sol—. Este pájaro carpintero tampoco sirvió de nada.

Y entonces llamaron a una tuza y esta tuza aguantó cortar el baúl. Se oía bien cómo se abría el baúl y se soltó la llave.

Entonces corrió Sol y sacó la rueda del baúl.

Ahora Sol podía sacar la rueda con el mecate, el Sol y la tuza se adelantaron y atrás vino la Luna.

Los dos subieron al cielo y entonces preguntó la tuza:

—Y yo, ¿cómo voy a subir?

Contestó el Sol:

—Corta el mecate.

—¿Voy a cortar el mecate por abajo? —preguntó la tuza.

—No, por arriba —dijo el Sol.

Pero la tuza cortó el mecate por abajo y no por arriba; entonces dijo Sol a la tuza:

—Entiérrate debajo de la tierra.

Llegó la vieja:

—Tú diablo —dijo la vieja a la tuza.

Y vio cómo la tuza estaba excavando la tierra. La vieja se enojó mucho con la tuza, porque ésta pudo sacar del baúl lo que iba a ser el Sol, mientras que las dos estaban excavando en la tierra.

El Sol subió más y más.

La vieja no alcanzó a la Luna pero le dio tiempo de darle nalgadas, y por eso se dice que cuando la luna es tierna, se enferman las mujeres.

La vieja todavía dijo al Sol:

—Acuérdate cuando yo voy a tapar con mi enagua tu cara. Y al final dijo todavía la vieja: —Yo pensé que este Sol iba a ser todo para mí. (*cuicateco*)¹⁰⁵

El final del mito recopilado en la Costa de Oaxaca nos lleva de regreso a la cuenta de los días y a la participación de los animales que deben adivinar por dónde nacerá el sol. Hace aquí también su aparición el conejo en su carácter cuentero más que mítico, como pícaro que no se cansa de engañar a otros animales.

HICIERON una reunión y juntaron a todos los animales grandes, les preguntaron:

—¿Por dónde saldrá el sol? ¿Por dónde se ocultará? ¿Por dónde saldrá la luna? ¿Por dónde se ocultará?

El coyote dijo:

—Por acá, por el este, tiene que salir. Por acá, por el oeste, se ocultará. Ahora la luna: por el oeste saldrá y por el este se ocultará.

Pero no le creyeron al coyote, volvieron otra vez a discutir. Se dieron cuenta de que faltaba el conejo.

—Pero aquí falta el mero mero, él es quien va a decidir las cosas por último.

El león mandó a traer al conejo. Dicen que fueron por él.

—¿Para qué me quiere? Díganle que no puedo ir porque me duelen mucho los pies, no puedo caminar.

Y como el conejo es tan listo, luego luego comenzó a renguear. Pero por lo mismo listo que es, por eso querían su opinión, para que dijera por dónde debe salir el sol y por dónde debe ocultarse; por dónde debe salir la luna y por dónde se va a meter. Por entonces, este mundo estaba completamente oscuro. Los animales se reunían hasta arriba, en el tapextle. Habían hecho una cadena entre todos para poder subirse. La tuza estaba deteniendo la cadena.

Otra vez mandaron llamar al conejo y otra vez dijo que no iba porque le dolía el pie, que no podía llegar.

El león volvió a ordenar que lo trajeran, aunque fuera cargando, porque era necesario que estuviera en la reunión. Fueron a traerlo.

—Vas a ir, haces falta allá. Así dice el mantoni y te llevaremos cargando si no puedes caminar.

—No tiene caso que vaya, soy muy chiquito al lado de ellos, no valgo nada, ellos que son grandes son quienes deben decidir las cosas. Me quieren comer, por eso me

llaman mucho, insisten que vaya para allá. No voy, no voy, soy muy chico frente a ellos. Es más, ellos saben más por ser grandes, ellos son mantonis, principales.

El que fue a traerlo regresó con el recado, fue a repetirle al león lo que había dicho.

—Dice que no viene, que no sabe nada, que es muy chiquito, que le duele el pie.

Y era cierto lo que decía el conejo, pues cuando acabara de dar su parecer se lo iba a comer el león, eso tenía pensado.

Volvieron a mandar traer al conejo. Esta vez vino, lo traían cargado. El conejo se trajo un tenate y un leño podrido. Llegó cargando con eso y dijo:

—¿Para qué soy bueno?

—Pues queremos que nos digas, porque no sabemos por dónde va a salir el sol y por dónde se va a ocultar ni por dónde va a salir la luna y por dónde se va a meter. Así acordamos, que tú dirías.

Así hablaban. Allí estaba parado el conejo y el león ya había dicho que cuando acabara de hablar se le echarían encima. Eso había dicho.

Pero no pudieron agarrar al conejo, era muy listo. Dijo por dónde tenía que salir el sol, por dónde tenía que sentarse, por dónde debía salir la luna y dónde tenía que ocultarse. Cuando terminó de hablar el león gritó:

—Brinquen.

Al callar, el conejo se dejó caer por la escalera de animales. Rápido tiró lo que llevaba y bajó.

Todos los animales venían siguiéndolo: venía el venado y venía el armadillo; por eso es que ahora se dibuja por la noche en el cielo el venado y también aparece el armadillo. Y por eso hay en el cielo estrellas con ese nombre. El marrano venía bajando y se cayó de trompa; el jabalí se cayó de cola, por eso no tiene cola.

Muchos animales se dejaron caer cuando iba a salir la luna, porque el conejo dijo por dónde iban a aparecer y meterse el sol y la luna.

Y los niños que salieron del agua se transformaron: el chiquito que se había quedado con el ojo bueno se convirtió en sol; el que tenía el ojo podrido no pudo alumbrar tanto, era la luna.

Dicen que como el conejo decidió el rumbo por donde se aparecerían y ocultarían por eso aparece dibujado en la luna en época de secas. (*mixteco*)¹⁰⁶

El mito mixe del sol y la luna recopilado por Miller que incluimos antes, donde los niños salen con auxilio del zopilote del vientre de su madre muerta, continúa así:

ENTONCES LOS CHAMACOS vinieron al pueblo. Los vieron.

—¡Hombre de Dios, ahí están dos chamacos! ¿De quién serán?

—Pues yo supe que María ya se fue. O que ya se murió, ¡quién sabe!, pues. ¡Quién quita sean sus hijos!

—Voy avisarle a su nanabuela.

Pero los chamacos ya sabían dónde estaba su casa. Ahí fueron directamente:

—Nanabuela, aquí vinimos.

—¿Qué sí?

—Pues, sí. Mi mamá ya murió. Ese pícaro la engañó y fue a caer lejos. Ya la levanté, ya la ofrendé, no tengas cuidado.

—Pues, hombre de Dios, ¿qué así fue?

—Sí, así fue.

—Muy bien. Aquí van a estar.

Se quedaron con su nana y su tata. Un día, su nanabuela salió por todo el río a buscar yerbas para cocer y comer, los chamacos se quedaron a cuidar su tata. Entonces su tata les pidió:

—Me van a registrar la cabeza. Parece que tengo muchos piojos.

Ahí estaba registrando la cabeza de su tata y que le dice a su hermana:

—¡Mira! Está muy gordo su pescuezo, su hombro; tal vez esté sabroso. Mejor lo matamos y nos lo comemos.

—Tú, chamaco, ¿qué cosa estás hablando? ¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que hay muchos piojos. Eso estoy platicando nomás.

Pero el niño tenía su flecha y mató a su tatabuelo.

Tostaron la carne. Luego fueron a juntar bastantes animales que pican: insectos como avispas, abejas, todo animal que es ponzoñoso; y lo pusieron debajo de la cobija de su tata en el coscomate, que era donde dormía el viejito. Cuando vino su nana, le dieron los testículos de su tata.

—Eso vas a cocer, lo vas a comer. Es hígado de venado.

Así engañaron a su nana. Ella echó los huevos del viejo al agua. Ahí el agua está hablando la olla está diciendo:

—Es tu marido, lo vas a cocer.

Porque antes hablaban todas las cosas —el venado, el temazate, el jabalí, la piedra, el palo, el agua— todo hablaba. Cuando nació Jesucristo, fue cuando todo se puso mudo. Así contó mi papá.

No hizo caso la viejita y comió. Cuando ya está preparada la comida, un chamaco dijo:

—Voy a llevarle de comer a mi tata. Subo y le doy su comida.

Pero nomás se echó encima la comida, él mismo, y comenzó a llorar:

—¡Mira cómo me hizo mi tatabuelo!

—¡Ja, qué viejo! ¿Por qué le hiciste así a mi hijo? Ahora sí te voy a pegar.

Y fue buscar un palo. Subió donde está el coscomate y le fue a pegarle a la cobija. Entonces salieron todos esos animales. Le picaron por acá, por allá, todo el cuerpo le picaron.

Cuando bajó, los chamacos ya habían escapado. Le dijo el chamaco a su hermana: —Vas a orinar y a decir: “resbaloso de majahua estoy orinando”.

Así hizo. Por todo el camino fue orinando. Se puso muy resbaloso el camino. Ahí viene la nana. No podía caminar bien. Se caía de acá para allá. Se está resbalando por allí, por allá. Por eso, en mes de agosto, se pone muy resbaloso el camino, dicen. Cerca de Agua de Cangrejo, los chamacos encontraron una mujer lavando yerba para su guajolote:

—Nos vas a esconder —así le dijeron.

—Pero, ¿dónde? No tengo dónde esconderlos.

—Vamos a entrar en tu boca. Si te preguntan, no les vas a decir nada; si no, te vamos a matar.

Así entraron a la boca de la señora. No sé cómo pudieron entrar, porque ya eran grandes. La señora era gente entonces, pero ahora es tuza. ¿No ves que tiene así sus dos bolsas, una cada lado de su boca?

Cuando llegó la viejita, le dijo:

—¿Qué estás haciendo, María?

—Estoy lavando yerba para mi guajolote.

—¿Qué no viste pasar por aquí a unos chamacos?

—No. Yo no vi nada. Allá arriba en el cerro están chiflando. Es lo que yo oí.

Nomás eso contestó. No alzó la cabeza. No habló claro, hablaba entre dientes, no puede hablar bien porque tenía a los chamacos en la boca.

Se regresó la viejita. Dio una vuelta nomás por el cerro, pero no los encontró. Cuando ya se fue, salieron otra vez los chamacos.

—Ahora sí te voy a echar una bendición —le dijo el chamaco—. No le va faltar la comida. Tú vas a comer mata de calabaza, plátano, chayote, caña, el camote, de todo lo que está sembrado. Eso vas a comer, te voy a conceder ese favor.

Entonces con palo le pegó a la tierra. Hizo agujero para que entrara. Más de tres días estuvo pegando, pegando para que entra más abajo. Ahí metió a la señora. Después, ya está ese animalito saliendo. Ya le hicieron su agujero por acá, por allá. Por eso hay esa tuza ahora y come con provecho.

Se fueron los chamacos a otro pueblo. Pero la gente de allá es muy mala. No les querían dar posada. Ahí andaban esos pobres, casa por casa, pero la gente no les daba posada. Un viejito les dijo:

—Ahí van a dormir donde está mi coscomate.

—Muchas gracias, señor.

—Pero se van a cuidar, porque hay una culebra que anda de noche. Es muy grande. Ésa se come a la gente. Mide más de diez, doce brazadas.

—¡Hombre de Dios! ¿Qué así de grande está?

—Sí. Así está. Ya se comió a mucha gente.

—Pero no tengas cuidado. Yo sé cómo le voy a ganar. Yo la voy a matar.

Entonces el chamaco juntó bastante lumbre y en medio puso una piedra como del tamaño de la cabeza de una persona, redonda la piedra. Ahí la iba calentando. El chamaco no se durmió. Ahí estaba en el coscomate del viejito esperando. Mero a media noche, llegó la culebra. Ahí venía. Estaba buscando dónde había gente para comérsela. Entonces vio a los chamacos. Venía con la boca abierta, ya mero se los iba a tragar. Entonces el chamaco le tiró la piedra en la boca, y la piedra ya estaba roja. Ahí nomás se le atoró en la boca a la culebra. No aguantó. ¿Cómo iba a aguantar, la pobre? Ahí nomás se murió.

Dos, tres días nomás se quedaron los muchachos. Luego se fueron a otro pueblo. Ya era tarde y tampoco les daban posada: no había ni una casa que ya no estuviera cerrada. Ahí nomás se acostaron debajo de un árbol, en un patio. Pero los chamacos no sabían que andaba un animal de noche. Era muy grande el animal —más grande que un anteburro— y se llevaba a la gente. No se los comía, nomás se los llevaba a una montaña muy alto. Ahí los dejaba, pero como no había nada para comer, ahí se iban a morir de hambre esos pobres.

Estaban durmiendo los dos chamacos cuando llegó el animal. No sintieron nada cuando se los llevó. Los fue a dejar sobre el peñasco. Amaneciendo despertaron.

—Pues, hombre de Dios, ¿dónde estamos? Aquí no hay pueblo, no hay nada. ¿Quién nos trajo para acá?

—No sé. Yo no sentí nada. Yo nomás estaba durmiendo.

Y vieron que estaba sobre el peñasco. No había por dónde bajar. Había mucha gente que traía ese animal, todos tenían mucha hambre. Algunos ya se habían muerto de hambre. Ahí estaba divisando el muchacho cuando vio al animal, estaba durmiendo sobre un árbol muy alto.

—Ahora sí lo voy a matar.

Y sacó una flecha y le pegó. Ahí nomás se acabó. Se cayó hasta abajo, quedó muerto al pie del cerro.

Pero la gente no podía bajar. Entonces el chamaco le dijo a su hermana:

—Anda, orina. Vas a decir: “Estoy orinando bejucos de toda clase”, así vas a decir. Puro en bejuco vas a pensar.

—Bueno.

Y fue a orinar. Pero como tenía tanta hambre, está pensando en comer plátanos. Así nomás estaba pensando y cuando orinó, salió puro plátano. Ahí abajo de la montaña fueron a crecer, cantidad de plátanos. Se enojó bastante el chamaco.

—¿Cómo no dijiste como te ordené? Ahora voy yo.

Y se fue orinar. Puro en bejuco estaba pensando; así dijo: —Estoy orinando toda clase de bejuco.

Pronto nacieron, pronto se tapó el cerro con puro bejuco; muy largos, y así bajaron del peñasco. Ya en el suelo, ya que bajó toda la gente, el chamaco dijo:

—Que nadie coma plátano hasta que yo regrese.

Pero la gente tenía mucha hambre y el plátano estaba maduro: comieron bastante. Cuando regresó el muchacho, vio que la gente estaba comiendo plátano, ya habían comido mucho. Se enojó; se enojó mucho.

—¿Qué, no les dije que no comieran hasta que bajara yo? Ahora sí, los voy a castigar. Toda la gente que ya había comido plátanos se convirtió en tejón: los agarró, los volteó y los tiró sobre los palos. ¿No ves que éstos andan arriba de los árboles? Por eso todavía hay tejones. Ésos no se esperan: antes que la gente van a comer. Muy pícaro ese tejón; en tierra caliente por manadas anda —treinta, cuarenta andan. Juntos andan. Y hay el que se llama Solitario. Ése sí, uno por uno anda. Pero por eso hay tejones, son los que no esperaron. Así cuenta la gente anciana.

El muchacho fue a quemar al animal que los robó; allí nomás estaba tirado donde había caído, bien muerto. Amontonaron la leña, los palos secos. Se quemó por completo y recogió toda la ceniza. La envolvió en hoja de plátano y la amarró muy bien. Entonces llamó a Lorenzo, que sabía nadar; a ése fue a llamar.

—Tú, Lorenzo, vas a llevar este bulto; bonito lo vas a llevar, lo vas a meter hasta en el mar. No lo vayas a tentar ni a desatar, nada: así nomás lo vas a llevar. Hondo lo vas a meter, hasta abajo del mar.

—Muy bien.

—Pero no lo vayas a desatar. Si lo vas a desatar, verás el castigo que te vas a llevar.

—Muy bien, no lo voy a tentar.

Y salió. Ahí iba, con el bulto de ceniza. Pero todo el camino va pensando: “¿Qué cosa será? ¿Por qué me mandan meterlo al mar?”

Entonces llegó Lorenzo a la orilla del mar. Ya mero iba a meterse para dejar el bulto; lo puso en la orilla un rato y lo estaba mirando y pensaba: “¿Qué tendrá adentro? ¿Cómo van a saber que lo tenté? Un poco nomás voy a mirar. Ya luego lo voy a meter”. Así estaba pensando, lo desató por un lado, lo abrió un poco nomás. Pero luego salieron cantidad de animalitos: zancudo, otro mosco negro que pica fuerte, todos esos animalitos —y con provecho picaron a este Lorenzo.

Cerró el bulto otra vez, pero ya habían salido bastantes animalitos. Luego se metió al mar con el resto.

Recibió su castigo, se volvió sapo. ¿Qué no ves que el sapo tiene muchos bodoques? Es donde le picaron los animalitos. Por eso todavía hay sapos. Ése fue el que antes se llamó Lorenzo.

Los chamacos se fueron a otro pueblo. Ahí había mucha gente en la plaza. Entró el muchacho, nadie le dio posada. En la orilla del pueblo estaba un viejito: ése sí les dio posada y fue quien asistía a los chamacos. Era muy buena gente.

Todavía no había sol. No había luna. Así estaba nomás.

—A ver quién se va a tragar una moneda de a peso. Ése es el que va a ser el sol—. Cuando alguien se tragara el peso, entonces iba a salir sol. ¿No ves que antes el peso tenía un sol atrás?

Ahí estaban día con día. Muchos lo trataron de tragar. Ahí nomás en el pescuezo se les regresaba. Nadie lo podía tragar. Entonces el chamaco dijo:

—Yo sí lo puedo tragar. Yo voy a ser el sol.

Pero la gente no se lo quería dar.

—Está tratando de tragarlo un hombre macizo. Tú apenas eres un chamaco, ¿cómo vas a aguantar? No puedes aguantar.

Cuando llegó a comer en medio día, le dijo al viejito:

—Yo sí me puedo tragar el peso, pero ese gente no me lo quiere dar. A la tarde voy otra vez. A ver si me lo dan.

—Yo les voy a decir, ahí vas a probar, a ver si vas a aguantar y tragarlo.

—¡Cómo no!, sí aguanto. Ya sé que puedo ganar. Te voy a hacer un favor; ya me diste posada, tortilla, de todo, por eso te voy a echar una bendición. Aquí debajo de tu cama vas a escarbar un agujero. Dentro de la casa vas a escarbar. Ahí va nacer agua. Bastante hondo vas a escarbar, más de cinco, ocho, como diez metros vas a escarbar. Ahí vas a tener agua pero no le vas a decir a ninguno. Porque todo el agua se va a secar no va a haber agua cerca. Pero tú vas a tener bajo tu cama.

—Hombre de Dios, ¿qué así es?

—Sí, así es.

El viejito escarbó el agujero. Hondo lo hizo. Ahí tenía su agua.

Otra vez se fue el muchacho a donde estaba la gente. Otra vez dijo:

—Yo sí puedo tragarlo. Quiero el peso, yo puedo salir elegido como sol.

Pero no se lo quisieron dar. Ahí estaban, tratando de tragarlo, pero ninguno aguantaba. Entonces el pájaro negro vino a avisar: “Aquí tenemos a quién va salir sol. Él sí va a aguantar tragarse el peso”. Entonces la gente se lo dio. El que tragara primero, ése iba a salir sol. El otro iba a salir luna. Pero el muchacho lo agarró luego. La mu-

chacha también se lo quería tragar. Pero el muchacho le ganó.

Luego se convirtió en sol. Ahí iba subiendo, los dos iban, sol y luna. Entonces se comenzó a sentir mucho calor, porque todavía estaba muy cerca el sol. Apenas iba subiendo, subiendo por la montaña más alta. Hacía mucho calor. Toda el agua se secó. Lejos, nomás en una montaña grande, allí había agua en un arroyo. Hasta allá la iban a traer. Pero el viejito tenía su agua. Entonces el muchacho le dijo a su hermana: —Ahí en la casa del viejo se quedaron mis huaraches. Ve a traerlos. Pero apúrate. Regresó la chamaca. Ahí estaban los huaraches. Los agarró y ahí iba otra vez, corriendo, pero ya no alcanzó a su hermano. Ya no supo por dónde se fue. Entonces vio una caca en el camino y a ésa le preguntó:

—¿Dónde está mi hermano?

La caca nomás dijo:

—Puj.

—¿Con que no quieres decir? ¡Ahorita verás!

Y agarró un palo y le pegó a la caca. De allí salieron un montón de pajaritos negros, de esos que se llaman *mirasjoon*; salieron de la caca del sol.

La muchacha lo siguió. Ya mero iba a alcanzar a su hermano.

—Aquí están tus huaraches. Espérame. Ten. Agárralos.

Entonces el muchacho se enojó. A propósito dejó los huaraches porque no quería andar con su hermana. Solo quería andar el sol. Por eso agarró los huaraches y le pegó a la muchacha mero en la cara.

—¡Quédate atrás!

Así le dijo. Y por eso la luna anda atrás. Ya no andan juntos. Y le quedó la marca donde le pegó su hermano con los huaraches. ¿No ves que a veces se ve una mancha negra sobre la luna? Ahí está el huarache todavía, donde le pegó su hermano. Vaya, eso antes. Ya hace mucho tiempo. Así fue eso. Así me contaron los ancianos. Pero eso ya fue antes. (*mixe*)¹⁰⁷

Sus Ley, la mujer estéril, es una versión zapoteca recopilada en Mitla en la segunda década del siglo xx. Contiene muchos motivos de cuentos maravillosos; sin embargo, conserva su sabor nativo.

HABÍA UNA MUJER ESTÉRIL, *Sus Ley*, casada con un hombre ya grande, *Gol Gisa'*. El viejo *Gisa'* iba a la milpa, pero sólo se acostaba boca arriba, ése era su trabajo. *Sus Ley* le daba trece canastos de tortillas y trece ollas de comida. Se fastidió de prepararle tanta comida, y se llevó a dos huérfanos a su casa para que vivieran con ella. El niño se llamaba Julián y la niña Luna. Todos los días salían y con su cerbatana

el niño mataba conejos, palomitas y hasta algún venado. No les tocaba ni un pedacito de carne, nomás les daban el caldo porque toda la carne se la comía el viejo Gisa'. Los niños pasaban mucha hambre.

Un día, se encontraron con un hombre llamado San Antón, quien les dijo:

—Niños, han sufrido hambre mucho tiempo. Vayan al manantial y allí encontrarán dos venados.

El niño no mató a los venados, sino que los amarró con una cuerda y se los llevó a su casa. Sus Ley se puso muy contenta cuando llegaron a la casa y los niños se escondieron, para ver lo que hacía con la carne. Se la dio al viejo Gisa'.

—Vamos al lugar donde nos encontramos a San Antón —dijo la niña. Se fueron a donde estaba y San Antón les dijo:

—Vayan a matar otros dos venados, les quitan el cuero y meten adentro todos los animales que pican: avispas, abejas y otros.

Al regresar a su casa mataron al viejo Gisa', le sacaron el corazón y metieron dentro de su cuero animales que pican. Le dieron el corazón a Sus Ley.

—Mire, madrecita, matamos otro venado y le trajimos su corazón.

—¿Dónde lo mataron?

—En el monte. Como estaba muy grande sólo trajimos su corazón.

Mientras se cocinaba el corazón, Sus Ley fue a lavar al río. Allí escuchó una voz que le decía:

—Caníbal, caníbal, *guasa'*, *guashti'*.

Miró por todas partes para ver quién le hablaba. Era la rana, pero no logró verla. Se bañó y regresó a su casa. La comida ya estaba lista. Fue a donde estaba Gisa' acostado y lo sacudió:

—Ven, vamos a comer.

Salieron los animales, la picaron y vio que Gisa' estaba muerto.

—¡Malditos huérfanos que mataron a su padre! Preguntaré a mi hermano qué debo hacerles.

Encontró a su hermano y le contó lo sucedido. Le dijo que ordenara a los huérfanos que hicieran un temascal y que los quemara cuando estuviera caliente.

Sus Ley regresó a la casa y ordenó a los niños que le prepararan su temascal.

Los niños, mientras tanto, regresaron con San Antón quien les recomendó:

—Les dirán pronto que preparen un temascal, es para quemarlos dentro. Mientras tu hermanita prende el fuego, tú haz un hoyo del otro lado. Al entrar al temascal, llévense un canasto de espinas y unas pencas de maguey. Échenlas al fuego para que saquen chispas, la mujer pensará que ya se quemaron.

Cuando llegó *Ros*, el gusano baboso hermano de Ley, agarró a los niños y los echó

al temascal. Se metió con ellos, pero como el humo lo encegueció, no pudo ver cuando escaparon por el agujero.

Los niños entraron a la casa y mataron a Ley con humo de chile que le echaron con sus cerbatanas. Agarraron todas las cosas de la mujer: los palos del telar, su anillo, su olla, su peine y escaparon. Ros salió del temascal y los persiguió. Cuando se cansaron, echaron la olla y se convirtió en el Cerro de la Jarra. Ros llegó a la montaña y no pudo pasar. Los niños siguieron corriendo y más tarde echaron el anillo, que se convirtió en el Cerro del Anillo, *Gibinil*. Siguieron corriendo y aventando cosas. El peine del telar se convirtió en monte de espinas. Echaron el machete del telar y se convirtió en un barranco, el palo de las tramas se volvió una cordillera cerca de Juchitengo.

Cuando lo aventaron, el niño dijo: —Ya no nos queda nada, ¿qué haremos ahora? Salió San Antón y les dijo: —Hagan trece hornos y llénenlos de leña y de piedras. Cuando llegue Ros las piedras estarán bien calientes y así podrán matarlo.

Llegó Ros a donde estaban las piedras y los niños se las echaron en la boca. Cuando terminaron de echarle las piedras de los trece hornos, murió.

Julián agarró a una hormiga y le dijo que fuera a ver si estaba muerto o sólo dormido. La hormiga caminó sobre la cabeza de Ros y fue a avisar que estaba muerto. Los niños se acercaron al muerto. Como la niña era más rápida, agarró el ojo derecho, que brillaba más, el niño se quedó con el izquierdo, que brillaba menos. Comenzaron a pelearse por los ojos. Llegaron peleando todavía a un lugar donde no había agua. Luna tenía mucha sed y le dijo a su hermanito:

—Hermanito, tengo mucha sed, quiero un trago de agua.

Julián cavó un poco y el agua comenzó a brotar. Tomó un trago. Cuando Luna se acercó a beber, el agua se secó.

—Deja el ojo en el suelo, para que puedas beber —le dijo su hermano, pero ella no quiso.

Julián llevaba un conejo que traía y le dijo a su hermana:

—Te lo cambio, te cambio el conejo por el ojo —pero ella no quería.

Hasta que escuchó la voz de María Purísima que le ordenaba:

—Suelta el ojo, hija, para que puedas beber.

Luna soltó el ojo y rápidamente Julián se lo cambió por el suyo. La niña no estaba conforme, y siguieron su camino, peleando.

Llegaron a donde estaba parado Nuestro Señor:

—Hijos, ¿cómo están?

—Bien.

—Ahora les voy a dar su destino. Tú Julián, como tienes el ojo más brillante, tra-

bajarás de día y Luna trabajará de noche. Ahora habrá luz en el mundo, porque así oscuro está feo.

Y así se levantaron el sol y la luna.

Los *rebengulal*, los ídolos, tuvieron miedo y se escondieron bajo la tierra.¹⁰⁸

EL XUT

En Chiapas hay un mito con muchas variantes donde se relata, en tzeltal y tzotzil sobre todo, el origen del sol y la luna: es la historia del *xut* o del *k'ox* —sustantivos que nombran al menor de los hermanos en dichas lenguas.¹⁰⁹ El mito se enlaza en esta versión con otro, sobre el maíz originario: se describe cómo se siembra la primera milpa y cómo se pierden las virtudes mágicas de las herramientas que trabajan por sí mismas, de manera muy semejante a que leemos en el *Popol Vuh* —incluso la fórmula para que vuelvan a crecer, se repite como se dijo entonces. En la versión de Tenejapa, además, la madre del sol o futura luna, es hija del Rayo y madre del maíz —la cara manchada de la luna es su delantal pringado de masa.¹¹⁰ Aquí, el maíz es previo al sol. También encontramos una breve explicación de cómo se perdió la posibilidad de regresar a esta vida después de la muerte. En la versión de Oxchuc, el hermano menor que se convertirá en sol se llama Jesucristo y su madre, María, será la luna.

La madre del sol suele ser siempre una mujer sola —viuda o abandonada; en la versión de Tenejapa ya mencionada, el padre de los niños que la ha abandonado es el zorro. El menor de sus hijos está enfermo o infectado, pero es capaz de realizar hazañas prodigiosas. Los hermanos mayores se burlan de él y lo humillan porque tiene los ojos lagañosos y los pies llenos de niguas —por eso no podía caminar bien cuando iban juntos a su trabajo y los atrasaba. Los hermanos tenían una milpa y se iban a sembrar con herramientas portentosas que trabajaban solas, eran capaces de completar trece cerros en un solo día. Bastaba poner en la tierra la coa, el machete o el azadón y ordenarles que trabajaran.

El *xut*, en algunas versiones menos tenebrosas,¹¹¹ se la pasa haciendo travesuras, se columpia de un bejuco, juega con los insectos y los apachurra —por eso las hormigas, las avispas y otros más todavía muestran una marca donde les amarraba hilos o les pellizcaba la cintura. Sin embargo, a partir de allí el relato sigue lleno de rivalidad y odio.

EL MAYOR no quería que el otro lo ayudara: el *xut* tenía los pies llenos de niguas y caminaba con dificultad, sobre los talones; tenía la cara llena de llagas y de los ojos le escurrían lagañas.

—Me da vergüenza andar con él —le decía a su madre—. No puede caminar, me quita tiempo. No quiero que me vean con él, rengueando por el camino.

—Va a ir contigo porque es tu hermano, entre los dos deben trabajar —ordenó su madre.

Al otro día se dirigieron al lugar donde iban a hacer su milpa. Los hermanos enteraron sus coas bajo los árboles y ellas solitas comenzaron a tirar los árboles y a desbrozar la maleza, eran coas poderosas. Cuando terminó la jornada regresaron.

—Terminamos una labor grande —dijo el hermano mayor—. No quiero que regrese conmigo el k'ox, me hace perder el tiempo.

—No seas malo con él. No está así por su gusto, no es su culpa.

—Pero yo no quiero cuidarlo. Si le pasa algo, yo no respondo. No lo quiero esperar, camina muy despacio.

—No lo molestes, ten lástima de él. (*tzeltal*)¹¹²

El hermano mayor no solamente no le tiene lástima; en el siguiente episodio del mito lo mata, desbarrancándolo y luego repite la hazaña.

—HERMANITO MENOR, cómo te tengo vergüenza por tu chelonera —dice el hermano mayor— ven aquí, hermanito, ven a ver el barranco profundo del cerro —dice el hermano mayor.

—Está bien —dice el hermanito menor—pero no se acercó.

—Ven aquí, no alcanzas a ver porque estás muy afuera donde estás —dice el hermano mayor.

Lo agarró a la fuerza el hermanito mayor, lo aventó al hermanito menor donde estaba el profundo barranco del cerro. Ahí quedo tirado sufriendo para lograr subir en el profundo barranco donde lo había tirado. Se lastimó todo el cuerpo el pobrecito hermano menor. (*tzeltal*)¹¹³

Los hermanos —o hermano— lo despeñan, lo prensan, lo cortan, lo aplastan y el niño renace cada vez, como lo hará diariamente cuando se convierta en sol. Una vez lo trocearon y lo echaron al río.

ALGUNOS PECES se comieron los trozos, pero él comenzó a llamar a su cuerpo. Les pidió los peces:

—Dejen salir mi cuerpo, devuélvanmelo. Los que lo escupan podrán ser peces grandes; los que no saquen, nunca crecerán.

No todos devolvieron lo que se habían comido. Hasta ahora, hay unos pececitos que

son panzuditos y chicos, se dice que son los que se tragaron un trozo de la carne del xut. (*tzotzil*)¹¹⁴

—HERMANITO, trabaja tú solito, iré yo a preparar trampas, he visto dónde pasan muchos animales —dice el hermano mayor.

—Está bien, trabajaré solito —dice el hermanito menor.

Así se fue hacer la trampa el niño mayor, le formó cercos en el camino donde pasa el hermanito menor. Lo pensó, cómo lo iba a matar el niño menor, le hizo grande trampa donde quedará prensado el niño menor. [...] Cuando se terminó de arreglar la trampa le fue a llamar su hermanito menor: —Mi hermanito menor, mejor ya nos vamos, ya es tarde —dice el niño mayor.

Contestó el niño menor: —Está bien, vámonos.

Iba a venir recto en el camino de sus casas con su hermano mayor. Dijo el hermano mayor:

—No, ahí no vamos, mejor iremos en otro camino —dijo el hermano mayor. Contestó el niño menor:

—Está bien, vámonos donde me vas a llevar.

Él va adelante el niño mayor. No se hablaba con el hermanito menor. Llegaron a aquel lugar donde había hecho la trampa. El hermano mayor dijo a su hermanito:

—Aquí te vas a pasar debajo de la trampa.

—No, tú pasaras primero —dijo el hermano menor.

A la fuerza lo jaló y lo mandó adentro de la trampa.

—Está bien, hermanito menor, ya no te salvarás, ya estoy aburrido que te estoy acompañando, como estás muy tonto, tengo vergüenza de acompañarte —dice el hermano mayor—, ahí te encontrarás tu fin para todo el tiempo. Ahí nos vemos, que tengas buen viaje en otro mundo —dijo el hermano mayor.

El pobre hermanito menor ahí quedó prensado en la trampa grande, no se pudo salvar ni pudo gritar, como es muy pesado el trozo grande, allí fue donde murió. El niño mayor llegó en su casa. (*tzeltal*)¹¹⁵

LA MADRE de los niños era tejedora, ella misma hilaba su algodón. Una día, antes de salir a trabajar, el xut le pidió a su madre trece semillas de algodón.

—¿Para qué las quieres?

—Tú no las usas, regálamelas —le pidió el niño.

Se las dio y él las aventó hacia arriba. Se quedaron en la copa de los árboles, convertidas en panales de abejas.

—¿Qué es eso? Yo no puedo verlo bien —preguntó a sus hermanos cuando iban pa-

sando debajo de los panales.

—¡Es miel! ¡Vamos a bajarla!

Y se subieron al árbol. El xut no podía treparse porque era muy chiquito.

—Aviéntenme un poco de miel, no sean malos. Yo la descubrí, yo la vi primero — gritaba desde abajo.

Los otros, chupaban el panal y le aventaban la pura cera mascada, burlándose de él.

—Échenme aunque sea tantita —rogaba el xut.

Pero lo único que soltaban desde arriba era cera mascada.

El xut fue recogiénola y con ella modeló a las tuzas. Les sopló para darles vida y les ordenó que tumbaran el árbol donde estaban trepados sus hermanos.

No podían. Entonces el niño les hizo uñas y dientes muy filosos con guaya y así pudieron escarbar la tierra y roer el árbol.

En lo alto de las ramas, los hermanos escucharon a las tuzas.

—¿Qué es ese ruido que se oye? —preguntaron al xut.

—No sé. Bájenme un poco de miel.

No le hacían caso, siguieron comiendo miel hasta que el árbol se vino abajo. Allí murieron aplastados.

Cuando vio a sus hermanos muertos, el xut los retó.

—A ver si es cierto que son tan poderosos. A ver si pueden revivir como revivo yo cada vez que me perjudican; a ver si se atreven a molestarme otra vez. Ya nunca podrán maltratarme de nuevo.[...]

EL NIÑO COLGÓ unos bules en las ramas de los árboles y se fue a su casa.

Como nunca era el primero en regresar, su madre le preguntó extrañada:

—¿Dónde dejaste a tus hermanos? ¿Qué les hiciste? ¿Volvieron a pelear?

—No. Se quedaron comiendo miel arriba del árbol. Si quieres, vamos a llamarlos. Salieron y comenzaron a gritarles. Los tecomates sonaban al golpearse; con el aire chiflaban como si alguien estuviera en la copa del árbol.

Los hermanos no regresaban y la señora estaba muy preocupada. El niño le dijo:

—Si mis hermanos son poderosos, regresarán. Vamos a esperarlos a orillas del solar, vamos a llevarles comida.

Fueron a dejarles comida y agua a un bebedero con forma de canoa; lo golpearon, llamándolos.¹¹⁶

Es en este momento del mito cuando los animales se dividirán en domésticos o salvajes: en la versión tzeltal los animales acuden al llamado de la madre o lo ignoran. Algunos se acercan a comer cuando la señora grita, y se convierten en animales

domésticos. Otros tienen miedo y desde entonces viven en el monte, lejos de los hombres. Todos los animales que existen nacieron de los cuerpos de los hermanos del xut.

LA MUJER COMENZÓ a llorar.

—Si lloras no podrás regresar. Vamos a buscarlo. Agarra un almud de maíz y llévalo al abrevadero.

Cuando llegaron allí la mujer golpeó tres veces en el abrevadero. Muchos animales salieron del monte y se acercaron a comer: borregos, toros, cabras, gallinas —viven cerca de las casas y toleran la presencia de los hombres. Los que no se acercaron viven todavía en el monte: venado, león, jabalí, tlacuache, tejón, ardillas. Del hermano muerto se formaron todos los animales. (*tzeltal*)¹¹⁷

LLEGARON EN AQUEL LUGAR, había un pesebre. Dice el niño menor: —Mamá quiero que lo digas tres palabras que vas a decir así: “Vengan de par en par animales, toros, puercos, gallinas, caballos, borregos, peces, culebras, mosquitos, todos los animales que va a existir en el mundo”, toca tres veces el pesebre —dice el niño menor. (*tzeltal*)¹¹⁸

Otras veces, es el k’ox quien transforma a los animales. Le dice a su madre, llegando a su casa, cuando ella pregunta por los hermanos:

—SE QUEDARON comiendo miel, ya vendrán; mientras, ayúdame a hacer un corral porque mañana traeré unos animales.

Al día siguiente, muy temprano, el k’ox se levantó y dijo a su mamá que hiciera unas tortillitas con dos agujeros en el centro. Después fue hasta donde había dejado a sus hermanos el día anterior. El pequeño llegó junto a sus hermanos y les decía: —¿No que muy valientes? ¡Levántense, vámonos a la casa!

Pero ellos no se movían. Al ver que no podía revivirlos, les quitó la ropa y la convirtió en guajolotes.

Luego colocó las tortillas en la nariz de sus hermanos y de inmediato se transformaron en puercos. Los llevó arreando hasta su casa, junto con los guajolotes. Ya cerca de su casa, le avisó a su mamá:

—Prepárate, mamá, ya vienen los animales, llévatelos hasta el corral.

La mamá esperaba la llegada de los animales con un palo en la mano. Algunos marranos y guajolotes entraron al corral, otros se escaparon y se fueron al monte; por eso hay pavos y puercos silvestres. (*tzotzil*)¹¹⁹

La madre estaba desconsolada: ya no podría mantenerse con su hijo pequeño, sin la ayuda de los otros.

—AHORA, ¿QUÉ HAREMOS? Sos chiquitito, no sabés trabajar.

El k'ox empezó a trabajar.

—Voy a ver cuántos cerros puedo trabajar, cuántos puedo preparar para sembrar. Desayunó temprano. Sale amaneciendo.

—Quién sabe si sabés trabajar. Sos chiquitillo —dice su madre.

—¿Querés ir a ver mi trabajo?

Y se hizo bastantes palos, y los sembró, y se pusieron como cristianos esos palos: son sus gentes que trabajan por él. Él no trabaja. Sólo juega con mecate de uvas. Otro día dijo:

—Andá a verme, mamá. No sé qué pasa con mi trabajo. Igual los montes, como los encontré cuando empiezo. No sé qué pasa. [...]

La Virgen fue a los tres días. Los palos están trabajando; agarran su *luk* y trabajando fuerte. Lo miró la Virgen. No se sabe cuántos cerros, cuántas lomas, cuántos hoyos.

—Pero no sé qué pasa, que por la mañana llego y encuentro igual: puras montañas, puro bosque. Voy a vigilar.

Se fue temprano a la mañana siguiente, cerca del aclarar, vigilando. Vino a una de las esquinas un conejo, vino a otra un venado. Distintos animales llegaron a recitar: *yokan te*, *yokan 'ak*, *yokan womal*, *yokan 'amul* —levántense árboles, levántense bejucos, levántense montes, levántense selvas.

Y se levanta el monte, se levantan los árboles. (*tzotzil*)¹²⁰

El xut trabajaba con las herramientas de los hermanos y comenzó el desmonte, pero todo crecía nuevamente de un día para otro, como si no se hubiera hecho nada. Por más que quisiera, alguien le estaba haciendo un daño. Cuando la madre vio lo que sucedía, sentenció: —Tú no sabes hacer nada, nos vamos a morir de hambre.

EL NIÑO VOLVIÓ a tumbar el monte y el monte volvía a crecer mientras él descansaba. Así sucedió tres veces, hasta que decidió averiguar quiénes hacían el mal. Le preguntó al ratón:

—¿Tú no sabes quiénes destruyen mi trabajo?

—Los he escuchado pero no sé quiénes son. No tengo ojos, no puedo verlos.

El xut le hizo sus ojos con dos bolitas de trementina y le pidió que vigilara. El ratón, feliz con sus ojos de gotitas de resina de pino en la cara, prometió quedarse de guardia y contarle todo lo que sucediera.

—Tus enemigos son el correcaminos, el conejo, el venado y otros animales más. Tus hermanos quieren desquitarse.

En vez de regresar a su casa, el xut se quedó en la milpa espiando y los oyó venir. Traían incienso y venían rezando. Ordenaban a las plantas que volvieran a crecer.

—Levántense árboles, únanse bejucos. ¿Qué culpa tienen ustedes? ¿Qué hicieron ustedes, cuál es su culpa? No merecen que los quemem. Levántense árboles, únanse bejucos. Y los árboles se alzaban como si nunca hubieran caído y los bejucos se unían como si nunca los hubieran trozado.

El xut se ocultó a orillas de la milpa y esperó a los animales que su hermano había enviado. Todavía quedaban unos cuantos árboles tirados en el suelo. Por fin se acercaron. El conejo venía bailando y el pájaro traía copal en las manos. Repetían palabras mágicas:

—Levántense árboles, levántense bejucos. Ustedes no tienen ninguna culpa, ¿por qué han de sufrir el castigo del fuego? ¿Por qué los han de quemar? ¿Por qué esperan en el suelo? Levántense árboles, levántense bejucos.

La maleza volvía a crecer.

Con mucho trabajo agarró al conejo. Le jaló la cola y se la arrancó. Hasta ahora se sienta acucillado, para esconder su rabo cortado. El xut agarró al conejo de las orejas y se las jaló. Por eso las tiene largas. Con su cuchillo le pegó en el hocico y se lo partió. Al venado le arrancó la cola. Al correcaminos le dio en la cabeza con el mango del azadón y le sacó sangre. Agarró al pájaro tsu y le pegó con el cabo de la coa. Por eso tiene morada la parte de arriba de la cabeza y rojo a los lados. Desde entonces no puede volar, sólo corre y en su grito se queja de dolor de cabeza: ui, ui, ui. Sólo sale cuando se comienza la roza.¹²¹

El poder de las herramientas se había perdido para siempre; ya nunca volverían a trabajar solas —a partir de entonces, la milpa de todos los hombres se siembra con mucho esfuerzo.

—YA VI QUIÉN me hace este mal —le dijo a su madre—. No te aflijas, le pediré ayuda a mi padre, lo voy a revivir.

—¿De veras podés?

—Sí.

El xut comenzó a llamar a su padre: —José, José.

El padre se levantó. Al verlo de pie, la madre comenzó a llorar y llorar y llorar.

—¡Volvió mi marido!

—¡No llores, mamá!

Y al verla llorar, el marido desapareció.

—Voy a traerlo otra vez, pero si llorás, volverá a desaparecer.

—Vuélvelo a traer, revívelo, ya no voy a llorar —prometió ella.

El *xut* volvió a llamarlo, pero su madre no pudo contener las lágrimas.

—Ya lloraste dos veces, ya no podrá regresar. Si no hubieras llorado, los muertos podrían regresar, pero a partir de ahora, ningún difunto volverá a este mundo. [...]

Y le dijo el *kox* al conejo:

—Usted, *k'itstin'*, está jodiendo mi trabajo—, y lo agarró por las orejas.

—Yo mismo —dice el conejo—, porque aquí no es su lugar, éste es el lugar de los pecados, usted debe estar arriba, no es de aquí.

Ahora que lo supo el Dios, lo fue a contar a su mamá. También hizo lo mismo con el venado, que tiene orejas de conejo. Dicen que el conejo es el *bankil* del venado, como la tuza es el *bankil* del tepescuinte.

—Mamá, así dijeron que no somos de aquí. Voy a visitar el Cielo. Voy primero a ver, mamá.

—Pues, andate —dijo María.

Fue. Iba contando las horas para llegar arriba: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho y nueve. A las nueve llegó al Cielo. Entonces volvió. Muy contento: que muchos frutales, muchos olores de flores, muy mejor allá. Llegó a contar. Ahora, muy apenada la Virgen.

—¿Cómo voy a subir, cómo subiste tú?

—Vas a ver cómo lo vamos a hacer.

—Sos el *kox*, ¿cómo es que viniste muy listo? —dice la Virgen asombrada de que su chiquitillo sepa tanto. Y apenada de que cómo va subir su cuerpo.

El *kox* sólo le enseñó a contar como contó él. Al llegar al nueve ya estaban en el Cielo. Así aprendió la Virgen. Dicen que así subió también el Dios, de antigüedad. Ya no volvieron, pues. Él se hizo Sol y ella Luna. (*tzotzil*)¹²²

Cuando el *xut* tzeltal comprendió que ya no podían vivir en la tierra, le pidió a su madre que le diera los palos de su telar y con ellos formó una escalera para subir al cielo. Comenzó a contar y le enseñó a su madre, pues ella sería la que debía llevar la cuenta del tiempo a las mujeres: para sus partos y para sus menstros.

Subieron hasta llegar al cielo y él se transformó en sol y su madre en la luna. Si no hubiera llorado tanto, tal vez brillaría igual que su hijo.

—MAMÁ —dijo el niño menor—. Yo seré el sol, yo calentaré todo el mundo, todas las cosas que existen, los árboles, animales, los demás que hay. Tú caminarás atrás

de mí, mamá. Alumbrarás en la noche. Vas a servir para llevar la cuenta de los que prestan dinero, también de la mujeres que van a estar encintas, que serán nueve meses que se embarazan las mujeres.

—Vámonos al cielo, mamá—dijo el niño menor.

El niño menor ahora es el sol y la mamá que es ahora la luna. (*tzeltal*)¹²³

Encontramos una curiosa aclaración de Manuel Arias en los diarios de campo de Calixta Guiteras, donde se transcriben sus conversaciones con el informante tzotzil de *Los peligros del Alma*.

DICEN QUE ANTES había otro Sol: Lusibel. Esto lo saben desde antes. No tenía mucho calor y por eso no se seca su trabajo de la gente, y los hombres no podían quemar para sembrar. Y dijo el kox:

—Yo voy a dar más calor; sí, soy yo el que hago calor más fuerte—dijo el kox, el Niño Dios. Y así se secó el trabajo de la gente. Si no seca no iban a poder comer. Pero eso sacó a Lusibel y entró él.

Antes hubo dos soles y dos lunas también, y no tenían bien las fechas de sus sembradas, de cuándo se salía y se ponía el Sol ni de la Luna. (*tzotzil*)¹²⁴

DOS CUENTOS MÁS SOBRE EL SOL

En ocasiones un mito completo —no sólo partes de él, como ya hemos visto— toma prestados motivos y formas que suelen ir asociados a temas distintos. En este caso, por ejemplo, se trata al sol exactamente como se trataría al primer maíz, que debe sacarse abriendo una piedra o montaña.

A SOL LO ANDABAN BUSCANDO. Una lagartija era topil y vino a dar cuenta a la autoridad de que detrás de una piedra que no podía mover alumbraba mucho. Llevaron al pájaro carpintero y de un picotazo abrió la piedra. Ahí estaba acurrucado el Sol, y fueron todos los danzantes a bailar. El Sol dijo que iba a salir, con la condición de que siempre hubiera danzas como esta vez. El Sol salió y parece que le pusieron un como vidrio en el corazón para que no quemara tanto. Así es ahora el Sol. (*tepehua*)¹²⁵

En otro cuento, la manera mundana y cotidiana de narrar el nacimiento de sol y luna, al carecer de la forma o motivos usuales, parece menguar su carácter mítico —esto ocurrirá en muchos cuentos de animales. Tenemos, como el ejemplo más común, aquel

en donde para evadir a sus perseguidores, el conejo se refugia en la luna; sube hasta allá, huyendo, y allá se queda, donde aún es visible.

CUANDO EN EL MUNDO no había gente, más que unos cuantos, vivían en la obscuridad. Entonces uno de ellos dijo a las mujeres: —Mañana se van a lavar porque me voy a subir al cielo, yo seré el que alumbraré el mundo. Cuando me vean salir tiendan sus ropas para que se sequen.

Al día siguiente, las mujeres se fueron a lavar y cuando vieron salir a aquella persona empezaron a tender sus ropas, pero aunque alumbraba no hacía calor; al contrario, hacía frío y las ropas tendidas se rociaban o mojaban más. Cuando tendían la ropa la exprimían bien y la levantaban llena de rocío. Esa persona pasó dos o tres veces dando la vuelta al mundo. A la gente no le gustó cómo alumbraba y aquella persona se bajó y pasó otra. Era un niño que se vistió de colorado, se subió al cielo y al salir, las mujeres empezaron a lavar y a tender sus ropas. Algunas mujeres des-cuidaban las ropas tendidas y se quemaban de tanto calor. Dio la vuelta al mundo dos o tres veces y se bajó. A la gente le gustó mucho y le dijeron que se pusiera otro vestido más descolorido para que no hiciera tanto calor. Se cambió, se puso otro y entonces dijeron que la persona que había pasado primero pasara de noche, y el otro de día. Entonces el primero se convirtió en Luna y el otro se convirtió en Sol. (*tepehua*)¹²⁶

OTROS ACONTECIMIENTOS DEL CIELO

Las contiendas entre sol y luna explican los eclipses. Como cuando vivían en la tierra, al llegar al firmamento chocan, luchan, se aman, entrecruzan sus caminos.

DURANTE EL ECLIPSE, SOL Y LUNA tienen relaciones sexuales. Por eso los albinos son hijos del sol y pueden ver en la noche, pues los protege su madre la Luna. Durante los eclipses hay peligro para los niños. La Luna les muerde el labio superior a los que están por nacer. El Sol hace que nazcan *mecos*, es decir, albinos. No se sabe si son gente. Huelen a huevo. Son grandes cazadores porque ven en la oscuridad perfectamente. (*tojolabal*)¹²⁷

SI LA CRECIENTE DE LA LUNA aparece horizontalmente, es que lleva mucha agua; pero no tiene ninguna cuando está vertical. Los mexicanos participan de esta creencia. Cuando la luna tiene un anillo alrededor, está bailando en su patio. En el periodo en

que no tiene luz, está muerta, pero volverá después de tres días. Explican los eclipses diciendo que el sol y la luna chocan en el camino cuando pelean. (*tarahumara*)¹²⁸

EN TIEMPOS REMOTOS, una iguana tragó a Nuestra Madre *Ik Na*, la luna, y nuestros ancestros se vieron hundidos en la oscuridad. Dicen que quienes disparaban sus flechas y ofrendaban con sus sahumerios pidieron que Nuestra Madre fuera liberada. Buscaron con cuidado pero ya no la encontraron, había desaparecido por completo. Muy preocupados, nuestros ancestros dijeron:

—Los jaguares quieren devorarnos, ¡quieren comernos! —dicen que así sucederá cuando el eclipse sea total.

Desapareció, se hizo de noche. Ya no hubo sino estrellas en el cielo, faltaba Nuestra Madre.

Verán, se la llevó la iguana celeste que estaba a orillas del brazo de la Laguna Miramar, allá donde había cañas. Nuestros ancestros salieron a buscarla, estaban preocupados.

—¡Ah! ¡Se la llevaron! Debemos buscar a Nuestra Madre.

Tomaron sus flechas y fueron al brazo de la laguna a buscar a la iguana para matarla. Eran muchas, pero ¿cuál iguana la había tragado? ¿Ésa? ¿Ésa? Nuestra Madre no aparecía por ningún lado.

Han de saber que la iguana que se la había tragado debía tener la panza luminosa. Además, las iguanas eran pequeñas y ésta debía ser enorme.

—Ésta no se la tragó. Tampoco ésta.

Siguieron buscando. Nada. Y justamente entonces descubrieron a quien se la había tragado: —Ésa.

Era una iguana de veras grande y luminosa.

—Ésa fue la que se tragó a Nuestra Madre.

—¿Qué hacemos?

—No sé, ¿tú qué piensas?

—Según yo, deberíamos tirarle.

—¿Y si flechamos a Nuestra Madre?

—Hay que apuntarle al cuello.

Nuestros Ancestros le dieron a la iguana en la garganta, como dijeron. No apuntaron hacia el cuerpo, pues Nuestra Madre estaba dentro. Le apuntaron hacia la garganta. La iguana no moría. Le lanzaron tantas flechas que le trozaron la garganta: entonces cayó.

Estaba muy pesada, había tragado a Nuestra Madre. La abrieron. Nuestra Madre salió y se remontó al cielo. Así Nuestra Madre estuvo nuevamente en el cielo y allí está todavía.

Eso era lo que se contaba antiguamente. No tengan miedo. Si ven desaparecer a Nuestra Madre, es que se la comió una iguana. Nuestros ancestros cortaron a la iguana para que Nuestra Madre subiera al cielo. Así aclaró. Si no la hubieran matado... Ahora verán, esas iguanas son de cielo. No son iguanas de la tierra. Son de lo alto, de donde está Nuestra Madre. (*lacandón*)¹²⁹

Para los huaves, los males que explican el eclipse no son celestes sino mundanos: un malvado muchachito subió a la luna escapando de su madre, que quiere castigarlo. A veces es muchacha y no varón, que hizo caldo con su hermanito. Además de explicar los eclipses, da cuenta de por qué se ve un niño o conejo en la cara de la luna y, en el caso de que sea muchacha, se explica por qué a veces la luna enrojece.

UN DÍA MATÓ a su hermanita y se la comió. Su mamá vio que se la comió; lo encontró cuando se la estaba comiendo. Al ver, corrió por un palo para pegarle; pero el chamaco se subió a un árbol, allá está arriba.

Su mamá buscó un palo más largo y el chamaco se subió más arriba; no logró alcanzarlo. Más largo... y el chamacho, se subió más arriba.

Buscó otro palo, así, hasta que de una vez se fue a la luna. Allí se escondió, allí se quedó de una vez.

Por eso cuando tiene hambre se come a la luna y se puede ver un eclipse y la luna se ve roja, es su sangre.

Cuando llegó a la luna, la luna se sorprendió:

—¿Quién eres?

—Soy *Xaweleast*.

Y allí se quedó.

Quiso agarrar a la muchacha cuando era luna tierna, quiso usarla a la fuerza porque ya es malo, ya se transformó, ya comió sangre humana.

Pero la muchacha fue más lista, lo transformó en conejo y ya no se pudo aprovechar.

Y ya se quedó como conejo, sin poderse mover, y allí se le puede ver sentado al *Xaweleast*. (huave)¹³⁰

El cometa tampoco es un ser celeste, sino procazmente terrenal.

HACE MUCHOS AÑOS en San Martín, hoy Mazapa, había un animal que parecía cohete, salía en las noches; o más bien dejaba un chorro de luz por los cuatro lados del horizonte. Se apagaba y luego se le volvía a oír por otra parte. Decían que era un animal buscando qué comer, o un nagual de iguana que se ataba atajos de leña

encendida en los pies, que se comía la lengua del ganado blanco —dizque se los comía entrándoles por el culo y saliendo por la boca. Hoy se les llama aerolitos o cometas. No duermen, aparecen de diciembre a febrero en las noches claras. (*cak-chiquel*)¹³¹

La noche está poblada de estrellas y la explicación puede ser simplemente, como en el caso de Xaweleat, que alguien huyó hacia el cielo y allá se quedó. Coyote aparece en la mitología kiliwa como creador, héroe cultural y como pícaro. *Meltí ipá jalá* es la deidad creadora, en cambio meltí es un coyote común, y si bien comparte el carácter lujurioso del creador, no es omnipotente como aquel, sino apenas abuelo de los coyotes comunes y corrientes.

VOY A CONTAR el cuento de *Las hijas del tecolote*. Dicen que son *Las cabrillas* y que mucho más antes, cuando andaban en la tierra, eran muchachas muy bonitas. El coyote era joven y no dejaba de *vacilar* con ellas. Enfadadas con él, subieron al cielo a escondidas.

El coyote anduvo buscándolas. Le dio vuelta al mundo y no las encontró por ninguna parte. Las muchachas estaban arriba, viéndolo y riéndose.

En una de esas oyó un grito. No sabía de dónde había salido el grito. Se quedó parado viendo. Miró para todos lados. Le pegaron otro grito. Entonces vio a las muchachas: que vio a las muchachas que estaban arriba. Las divisó en el cielo. Pero, ¿cómo le hacía para llegar hasta allá? Pensó: “¿Cómo llegaré?”

Le tiraron un cinto para que subiera. El coyote agarró el cinto y ahí va, ahí va, ahí va. Después de muchos días, cuando iba llegando, las muchachas se levantaron las enaguas.

—¡Más rápido! Jalen, para llegar más pronto. ¡Más rápido! ¡Más rápido! —decía el coyote—. ¡Jalen más rápido!

Cuando sólo faltaba cualquier cosita, le cortaron el cinto. De ahí se vino atrás el coyote, a este mundo. Se vino. Ahí venía, venía, venía. Ya venía seco cuando cayó al suelo. Se le desbarataron todos los huesos.

Tenía una sola nana en este mundo. Ella lo andaba buscando. Se metía por donde quiera, pero no lo encontró en ninguna parte. En una de esas tropezó con los huesos. Ya que reconoció los huesos, se puso a llorar. Los anduvo juntando. Los llevó y los molió. Los hizo bolitas y los echó a una olla de barro. Llorando, cuatro noches pasó llorando.

A las cuatro noches, en la madrugada, oyó que muchos coyotes aullaban al aire. —¿Qué pasa? —dijo. Fue y destapó la olla. ¡No había nada! Pensó en los huesos

se habían salido y que se habían convertido en coyotes. “¿Qué pasa? Era un solo coyote y se murió. ¿De dónde salieron tantos coyotes?”. Pensó, pensó.

Dejó de pensar. No lo pensó más. Por eso el coyote se multiplicó. Ahora todo el mundo está lleno de coyotes. El coyote se multiplicó por los huesos y ahora hay por donde quiera. Si no fuera así, no hubiéramos conocido a los coyotes, a todos los coyotes de este mundo. (*kiliwa*)¹³²

Las Pléyades son mujeres fugitivas que, enfadadas de sus condiciones en este mundo, deciden ascender al firmamento, como hicieron las muchachas *kiliwas*.

VIVÍAN CON UN HOMBRE que les llevaba de comer, un día que no encontró nada, se sacó sangre de la pantorrilla y la llevó, en una hoja de higuera, diciéndoles que era de venado. Así las estuvo manteniendo. Al descubrir que era sangre humana, se indignaron mucho y se fueron al cielo, donde todavía están. Cuando el hombre volvió por la tarde las echó de menos y siguió sus huellas, pero no pudo encontrarlas. Se acostó a dormir solo, y tomando por esposas a las ratonas, les dijo: —¡Vengan, vengan a cocer la sangre de venado!

Siguió buscándolas hasta que llegó al lugar donde habían desaparecido, y como las mujeres lo vieron desde arriba en tales apuros, comenzaron a reír, y él las descubrió él y les gritó: —Amarren sus fajas para que pueda subir.

Y subió, en efecto; pero cuando estuvo a punto de alcanzarlas, la mayor aconsejó a las otras que la soltaran porque las había engañado. El hombre se volvió coyote, y en esa forma sigue todavía. Si las hubiera alcanzado, hubiérase convertido en estrella, lo mismo que las mujeres.

Las tres estrellas del Cinto de Orión son venados. (*tarahumara*)¹³³

ERAN SEIS MUCHACHAS. Las hermanas habían quedado huérfanas. Ellas vivían juntas en un aguaje de aguas muy dulces. Las muchachas vivían muy felices. Como las seis muchachas eran muy agraciadas, continuamente eran solicitadas en matrimonio, pero ellas parecía querían seguir solteras.

Un viejo de la tierra donde vivían las seis muchachas, un día dijo: —Las muchachas no se casan porque no hay hombre que las mantenga a las seis—. Las muchachas habían prometido que ni siquiera el matrimonio las separaría. Por esto era muy difícil encontrar marido para las seis. Las muchachas eran muy guapas, pero los muchachos no se animaban a mantener a tantas. Al fin, las hermanas se unieron con el águila: les enseñó a volar. Pero el águila estaba vieja y murió pronto. Las muchachas siguieron solas. Un día, sin que supieran cómo, llegó el gato montés y se metió a su

casa. Cuando se dieron cuenta, ya habían tenido relaciones con el gato montés. Las seis muchachas aceptaron el nuevo matrimonio y pronto se hicieron a la idea de que las seis tenían que comerse las pulgas del gato montés. Las seis muchachas y el gato montés vivieron muy felices durante muchos años. Con el tiempo la gente se empezó a dar cuenta que sí se podía mantener a las seis hermanas, por lo que los solteros celaron al marido y pretendieron a las muchachas. El gato montés estaba muy molesto y tenía pleitos constantemente. Al fin el coyote mató al gato montés. El coyote reclamó su derecho para vivir con las seis muchachas, gritando que también él podía mantenerlas; sin embargo las muchachas no lo aceptaban porque había matado a su marido. Las seis muchachas aborrecían al coyote. Una noche, las muchachas huyeron por el cielo, pero el coyote las persiguió. Cuando las alcanzó, las muchachas se hicieron las disimuladas; una a una fueron teniendo relaciones con el coyote, y cuando terminó con la última, entre todas lo mataron. Asustadas por temor a la venganza de los parientes del coyote, las muchachas se adentraron más y más en el cielo, ascendiendo. Las muchachas siguieron unidas, y siguen igual de hermosas; ahora viven en el cielo, ahí están, muy juntas, son *Las muchachas viudas*. (*kiliwa*)¹³⁴

Las lluvias de estrellas, los meteoritos y los cometas se explican como partidarios o restos de las luchas siderales entre las estrellas y Venus —lucero matutino o vespertino—, en todas sus nominaciones. Hermanos o hijos del sol, acompañantes, defensores o enemigos en las contiendas son protagonistas de complejas sagas y aventuras. Serán abordados como héroes culturales más adelante, aunque también hemos de toparlos como ladrones del fuego, primeros milperos, sobrevivientes del diluvio, o hermano menor del sol. Preuss describe la danza donde se representan estas luchas siderales.

EN LOS MITOTES CORAS de *Chuisete'e* y *Kuatsata* se realizan escenificaciones de la lucha cósmica donde el niño Estrella de la Mañana (*Hatsikan*) es el protagonista y flecha a la serpiente de la oscuridad, representada por un ceñidor tejido:

Estrella de la mañana fue llevado enfrente del altar. Con el arco que se encontraba ahí debía lanzar una flecha. Como no pudo hacerlo, un niño ya más grande lo sustituyó. La flecha cayó en el extremo occidental del patio festivo. Simultáneamente, uno de los danzantes tomó un ceñidor que pertenecía a uno de los ayudantes del gobernador tradicional y que éste había depositado en este lugar del poniente. Girándolo en el aire, el danzante dio algunas vueltas alrededor de la fogata. Finalmente lo lanzó hacia los arcos del altar en el oriente, donde se quedó el objeto. [...] El ceñidor mencionado representa a la víbora que vive en el mar de la aurora, la serpiente que es la aurora y que vive en el poniente, como lo sabemos a partir de los mitos. (*cora*)¹³⁵

Encontramos pequeñas historias, entre los kiliwa, sobre *Los muchachos avergonzados* (La Cabellera de Berenice) que sólo querían cantar y no cazaban; *El cuerpo del hombre Jasmé* —andaba siempre desnudo y al morir subió al cielo, donde se ve su sombrero (Antares), su pene (Escorpio) y sus testículos. *Los tres borregos* (Orión) —cuando los perseguía un cazador, se zambulleron en el mar de donde salieron ya como estrellas. *La cola de la culebra*, el *Gran oso* —armado con un hueso en la mano—, *La cuna del niño*, el *Ojo del perro* de Ma'ay kuyak. La estrella nocturna es la mujer de Meltí ipá jalá. La Vía Láctea apareció cuando Meltí hizo la tierra con todas las cosas y se durmió, mientras fumaba y es conocida como el *Camino del humo en el cielo*.¹³⁶ Entre los mayas, la Vía Láctea se llama Río del Dragón; los huaves le nombran *El que duerme mal*, porque se acuesta por un lado, amanece por otro, no está quieta en toda la noche.

El nacimiento del sol y la luna, solos o en colaboración con otros astros, parece fijar el mundo: lo seca, lo define. Más tarde, tras el diluvio, se recrean las condiciones primordiales; todo parece retornar a un estado previo y húmedo, anterior al fuego y a la aparición del sol. Los mitos del diluvio pueden considerarse como un nuevo ciclo que, de manera más breve, será la reproducción de la epopeya inicial.

TODO LO QUE AHORA VEMOS SOBRE LA TIERRA: agua, montañas, árboles, pasto y maleza, todo fue creado por Chamán de la tierra, quien después hizo un plato, lo llenó de agua y convirtió el agua en hielo. Tomando el bloque de hielo, lo arrojó hacia el norte y cayó en el lugar donde el cielo y la tierra se juntan para siempre. Al momento, el hielo resplandeció como el disco brillante que ahora llamamos Sol. A cierta distancia, el Sol se levantó del cielo y después volvió a bajar. Chamán de la Tierra lo tomó y lo arrojó hacia el oeste, donde el cielo y la tierra están cosidos juntos, y de nuevo se levantó y se escondió bajo la tierra. Y al lanzarlo hacia el sur, sucedió lo mismo; pero cuando lo arrojó al este, se levantó más y más alto, hasta que alcanzó el cenit; después continuó hacia el oeste, y así lo sigue haciendo hasta ahora. Al avanzar la noche, la oscuridad se hacía tan densa como la tinta negra; Chamán de la Tierra puso más agua en el plato, la convirtió en hielo, cantó así:

¡He creado el Sol!
¡He creado el Sol!,
lanzándolo lejos hacia las cuatro direcciones.
Lo arrojé hacia este para que siga su curso.

Después lanzó el hielo hacia el norte, lo hizo caer en la orilla donde el cielo y la tierra están tejidos juntos y el hielo se convirtió en el círculo resplandeciente que llamamos Luna. La Luna se levantó en el cielo, pero descendió rápidamente tal como sucedió con el Sol; así que lo arrojó hacia el oeste, y después al sur y finalmente al este donde se levantó y continuó su curso a través del cielo, tal como lo sucede hasta hoy en día. Entonces cantó así:

¡He creado la Luna!
¡He creado la Luna!,
lanzándola lejos hacia las cuatro direcciones.
La arrojé hacia este para que siga su curso.

Chamán de la Tierra vio que mientras la Luna estaba por encima del horizonte, había suficiente luz; pero cuando desaparecía, la oscuridad era total, así que tomó un poco de agua en su boca y la asperjó como rocío sobre el cielo, formando las estrellas. Como la noche seguía siendo oscura; tomó su cristal mágico, y después de romperlo lo lanzó también al cielo para formar las estrellas más grandes, de manera que la oscuridad se hizo menos densa. Entonces cantó así:

¡He creado las estrellas!
¡He creado las estrellas!,
las he lanzado al espacio,
las he creado a todas,
las he colocado para alumbrar.

Enseguida tomó su bastón, y colocando cenizas en la orilla, dibujó la Vía Láctea a través del cielo. (*pima*)¹³⁷

LA APARICIÓN DEL MAÍZ

El maíz es originario de nuestro país y, en su forma actual, depende del hombre para desprender los granos de la mazorca y reproducirse; vive en simbiosis con los campesinos que lo cultivan. Las culturas, su sustento mítico, cosmogónico y cotidiano —agrícola, gastronómico, lingüístico— surgen en nuestro continente gracias a esta planta. Abundantísimos son los textos, antiguos y modernos, donde se narra cómo se obtuvo el maíz; conocimientos agrícolas, relatos, rituales y celebración de sus ciclos persisten en el campo hasta nuestros días: fiestas y bendiciones al sembrarlo, al pedir lluvia para que crezca, al cortar los primeros frutos tiernos, al cosecharlo, al almacenarlo, al cocinarlo. Los dueños de la milpa, la lluvia, las cosechas o el maíz mismo aún son reverenciados en muchísimas lenguas.

¿El maíz es anterior o posterior al diluvio? Las diversas versiones del mito concuerdan en un punto crucial: huicholes, coras, huaves y nahuas dicen que se salvó de un mundo anterior con el único sobreviviente —de allí su carácter sagrado.

Los ciclos de mitos sobre el origen del maíz en México son tres: el maíz debe ser extraído de una montaña, cueva o piedra que guarda los sustentos. Lo hacen quienes pican y roen, casi siempre con la intervención del rayo.

El segundo ciclo es el del maíz-niño. Tras su crianza por hostiles abuelos y su lucha contra Huracán, regresa al mundo y se presenta ante su madre. Intenta revivir en vano a su padre.

El tercero es el de las muchachas-maíz que se casan con un humano y traen al mundo los primeros granos.

La versión tarahumara cuenta que después del diluvio, tras la muerte de todos los hombres y especies, Dios envió a tres hombres y tres mujeres a poblar la tierra y fueron ellos quienes trajeron y sembraron las tres clases de maíz que todavía se dan en la Sierra: el blando, el duro y el amarillo.¹³⁸

A veces, el maíz existe, pero con otra forma; o aparece y desaparece, se obtiene y se pierde. Cuando se recupera, siempre se transforma. Varían sus nombres, los granos que se cosechan, las formas de las mazorcas: siempre es visible un proceso de transformación y metamorfosis que nos permite adivinar el largo proceso de domesticación de la planta, desde el teocintle primitivo hasta los cientos de especies de maíz que existen actualmente.

AL PRINCIPIO del mundo no había maíz; existía un solo grano, había un hombre en el pueblo que lo ataba a un hilo de ixtle y lo dejaba bajar por la garganta hasta llegar al estómago, esto era para engañar el hambre. Después lo jalaba otra vez por arriba. Dicen que el maíz lo trajo al mundo un pájaro cacalote que dejó caer de su boca una mazorca de maíz y Eva del Cielo la recogió. Desde entonces la gente siembra maíz. (*cuicateco*)¹³⁹

No siempre hubo maíz en este mundo. La planta misma es distinta cuando es un don de los dioses —aunque más tarde pierda sus posibilidades de satisfacer el hambre con unos cuantos granos— y cuando es algo que debe conseguirse mediante complejas faenas o grandes trabajos. Como don de los dioses, se le reverencia, así sea apenas una matita arrastrada por el agua, como ya leímos en el mito de creación de Chamula.

El Primer Dios de los lacandones regala el maíz a uno de sus hijos, que a su vez es el creador del género humano, modelando barro:

PRIMERO *K'AKOCH* hizo maíz para *Hachäkyum*.

—Muy bien, ¿y ahora quién va a hacer las tortillas?

La señora de *Hachäkyum* buscaba la forma de hacer tortillas y el pozol. *Hachäkyum* hizo con arena y barro la olla chica y la olla grande, y el comal. Entregó lo que había hecho a su señora, quien coció el maíz. *Hachäkyum* hizo el metate para que moliera. Ella lo molió bien y él lo probó. No le gustó. Fue por leña y prendió fuego. Puso un comal y nuestra señora hizo tortillas con una hoja de plátano. Las probó, le parecieron muy buenas y decidió:

—Esta será nuestra comida.

Después se hizo el pozol.

—¡Qué sabroso!, esto va a quedar aquí para mis criaturas. (*lacandón*)¹⁴⁰

SEGÚN otra tradición [los hombres] bajaron del cielo con maíz y papas en las orejas y fueron llevados por Tata Dios a aquellas montañas, que están en medio del mundo, a donde llegaron primitivamente siguiendo una dirección de noreste a este. (*tarahumara*)¹⁴¹

El rayo —dueño de la humedad y la lluvia— está asociado estrechamente con el maíz. Entre los teenek el maíz es el regalo del rayo a su cuñado, pues se había casado con una mortal. Otro rayo, chatino, atrapado en un árbol, también regaló el maíz al hombre, agradecido porque lo libera de donde estaba atorado.

AL TRUENO le gustan las mujeres. A veces se presenta bajo la forma de un hombre joven y se le propone como novio a una muchacha, que más tarde se verá obligada a acompañarlo. Así fue como se llevó a una muchacha un día de aguacero fuerte. Nunca más volvió al pueblo. Después vino un tiempo de sequía y todos los pozos se secaron. El hermano de la muchacha salió un día para buscar agua. Andaba en el monte y se internó en la espesura del cerro. De repente, sin saber dónde estaba, encontró a su hermana lavando ropa en la orilla de un arroyo. Ella le contó que se había casado con el Trueno y que allí estaba su casa. Allí tenían de todo para comer, mientras que en el pueblo sufrían hambre. El Trueno le dio permiso a su cuñado para quedarse el tiempo que quisiera y de comer toda la fruta que pudiera, pero le prohibió llevársela a su casa. Estaba prohibido sacar frutas de ese lugar.

Cuando el muchacho regresó a su pueblo nadie le creyó que su hermana estuviera aún con vida, ni que hubiera un lugar tan cercano con tanta fruta. Entonces regresó al cerro y robó un racimo de plátanos, pero al llegar cerca de su casa se le acabaron. El Trueno se enojó porque su cuñado había robado los plátanos y lo agarró en el camino diciéndole que ya no podría regresar a visitar a su hermana en el cerro. Pero como era su cuñado, el Trueno le regaló semillas de maíz para que tuviera qué comer. Le dio cuatro semillas —una amarilla, una blanca, una morada y una roja— y se las amarró de las cuatro esquinas de un pañuelo, diciéndole que no abriera el pañuelo en el camino, sino hasta llegar a su casa. El muchacho se fue, pero como era muy curioso, en el camino quiso ver qué clase de semillas eran, cómo se veían, si eran bonitas y si le iba a alcanzar para sembrar su milpa con tan pocas semillas. Empezó a desatar el pañuelo y cayeron muchísimas. Eran tantas que sólo pudo re-

coger una pequeña parte. Pensó cómo podría llevárselas. Sólo pudo traerse un poquito, muchas se quedaron tiradas en el camino. Se fue corriendo a su casa para traer costales dónde cargar la semilla. Pero de repente se oyó el ruido del Trueno y vino un aguacero fuerte. Ya no pudo regresar el muchacho a traer las semillas de maíz. Cuando paró la lluvia regresó por el camino, pero ya no había nada. El agua se había llevado todas las semillas y se perdió la milpa. Es por eso que ahora hay poco maíz y que la milpa no rinde mucho. (*teenek*)¹⁴²

EL SANTO DEL CERRO, Santo del Bosque, Santo de los Árboles, Santo de la Lluvia, Santo del Rayo, Santo de Todo, es un hombre muy anciano.

Hubo un hombre que se fue al cerro a buscar venados; fue a cazar venados. Cuando estaba buscando venados vio que un Rayo golpeó en un árbol, pero no pudo rajarlo y comenzó a arder. El hombre dijo:

—Voy a ver a ese pobre Rayo que quedó ardiente en el árbol, quizá pueda ayudarlo. Se acercó entonces a donde estaba ardiendo el fuego de Rayo y cuando llegó, salió un anciano, un viejo de barba muy larga, de cabellos largos y enmarañados. Era del tamaño de un gigante.

El anciano le preguntó al hombre:

—¿Qué andas haciendo por aquí?

—Ando buscando venados, señor, a ver si encuentro carne para comer —respondió el hombre.

En esa época la gente comía pura carne; no comía otra cosa que no fuera carne, y todo el día tenían que estar buscando animales para comer. El Anciano, el Santo del Lugar, le dijo al hombre:

—Ahí está el fuego de Rayo, quedó atrapado, vamos a ver cómo se puede hacer para que salga, porque sin él no se puede hacer nada, no puede llover, se van secar los arroyos. Yo mando Rayo, yo mando Ciénaga, yo mando Río, yo mando Cerro, yo mando Árboles, yo mando a todos —dijo ese hombre grande, ¡oh! Santo del Cerro, Santo del Lugar, Santo de Lluvia.

Entonces el Santo del Cerro cogió unas hojas, unas hojas de platanillo, con ellas envolvió el hacha de Rayo porque estaba ardiendo, y se la entregó al cazador de venados. El hombre cogió el hacha y golpeó el árbol: ¡brom!, se escuchó un ruido muy fuerte y el árbol se rajó. Se abrió el árbol y quedó libre Rayo, quedó libre y se presentó como un hombre igualito al Santo del Cerro.

Entonces el Santo del Cerro, el Santo de Lluvia, llamó al hombre y le dijo:

—Venga conmigo. Favor con favor se paga, vengan conmigo, síganme.

Se fueron caminando, delante iban el Santo del Cerro y Rayo, atrás lo seguía el hom-

bre. Delante de ellos se abrió un camino y llegaron a una casa. Cuando llegaron a la casa el hombre vio que el Santo del Cerro tenía una esposa y que vivían con Rayo, que también tenía su esposa.

Rayo dijo a su mujer: —Atiende bien a este hombre; este hombre tiene buen corazón, me sacó de donde yo estaba sufriendo. Ahí está el testigo, el Señor Santo del Lugar, el Jefe del Lugar, se juntaron entre los dos y así me pudieron sacar.

Entonces las mujeres dieron de comer al hombre, cada una le dio un plato de frijol y tres tortillas. El hombre comenzó a comer y a comer, pero nunca se acababa la comida, comió hasta que no pudo más, hasta que estuvo bien lleno y sólo se acabó una tortilla. Entonces el Santo del Cerro, Santo de Lluvia, le dio al hombre siete granos de maíz y siete semillas de frijol, de frijolón. Y con esto fue que se comenzó a plantar maíz, así se comenzó a sembrar el maíz y frijol, y ya la gente no tuvo que comer sólo carne. Hasta la fecha el lugar donde pasó todo esto se llama Cerro del Rayo. (*chatino*)¹⁴³

Existen indicios de que hay maíz, oculto en algún lugar: una hormiga lleva a cuestras un grano; las flatulencias de la zorra —de aroma dulce e inédito— denuncian el alimento desconocido, según fuentes antiguas: el hombre debe descubrir de dónde viene y traerlo hasta las milpas.

UNAS GENTES VIERON que Hormiga tenía un grano de maíz y le preguntaron de dónde lo había sacado. No quiso decir; lo agarraron y le apretaron con un mecate la cintura; tan apretado que casi lo partía en dos —y por eso hasta ahorita tiene tan delgada esa parte del cuerpo. Lo siguieron hasta donde estaba una roca grande y allí pidió que lo soltaran para que pudiera meterse debajo de la roca. Ya llevaba una hora cuando regresó con un grano de maíz. Les dijo que si quebraban la piedra hallarían mucho maíz. Por eso, la gente fue a pedirle al dios rayo que quebrara la piedra, a ver si era cierto lo que decía la hormiga. Si mentía, lo matarían —lo volvieron a amarrar.

El dios trueno golpeó la piedra con un rayo, pero no pudo. Entonces la gente fue a ver a otro dios trueno al que nombraban Tullido, para que él golpeará la piedra. Tan pronto la golpeó, apareció debajo una pila grande de maíz. La gente le dijo a la hormiga que podía quedarse con todos los granos que cayeran y entre todos recogieron las mazorcas. El dios Rayo Tullido le dijo a la gente que había dos clases de maíz: el de mazorca grande, que crecería en seis meses y el de mazorquitas, que crecería en tres. También les dijo que soltaran a Hormiga y que tenía permiso de comer todo el maíz que quisiera, porque fue la primera en decir dónde estaba. (*chontal*)¹⁴⁴

El tal Huracán Tullido es objeto de investigaciones y controversias hace tiempo entre etnólogos y arqueólogos. Más tarde, volverá a aparecer: esta vez entre los huastecos. Lo que no deja duda alguna es que a la pobre hormiga le queda la cintura estrecha, pues la aprietan para obligarla a confesar de dónde ha sacado el grano que lleva a cuestas: a veces, la atormentan la mismísima virgen María o Jesucristo. El secreto es revelado por fin.

CUENTAN LOS ABUELOS que hace mucho tiempo el maíz se perdió, y por eso los habitantes se estaban muriendo de hambre. Posteriormente, una señora vio una hormiga arriera que llevaba un grano de maíz y le preguntó:

—¿Dónde encontraste ese grano de maíz?

La hormiga contestó: —No te voy a decir.

La señora agregó: —¿Por qué no quieres decirlo?

La hormiga contestó nuevamente: —Porque tengo prohibido decirlo.

Luego le dijeron a la hormiga que si no decía dónde se encontraba el maíz la obligarían. Enseguida agarraron a la pobre hormiga y la comenzaron a torturar amarrándole la panza con un zapupe. A cada rato le preguntaban:

—¿Dónde encontraste el grano de maíz?— y como no lo quería decir, la siguieron atormentado hasta que ya no aguantó, porque sentía que ya la estaban cortando en dos. Entonces dijo que contaría la verdad:

—El maíz se encuentra en un cerro.

Después dejaron ahí a la pobre hormiga bien castigada, casi por cortarse, como la vemos en la actualidad. Luego la gente se reunió y se fueron al cerro, donde la hormiga dijo que estaba el maíz. Pero se encontraron con una gran sorpresa, porque el maíz sí estaba ahí, pero el cerro era de piedra y para obtenerlo tendrían que romperlo, con muchas dificultades.

El grupo de personas acordó pedirle entre todos al dios del rayo que rompiera el cerro. Enseguida cayó un rayo que lo partió y los granos de maíz que estaban dentro del cerro se regaron.

Al levantar los granos, la gente se dio cuenta de que algunos se habían quemado. El maíz que no se quemó fue el maíz blanco; los que fueron alcanzados por el rayo quedaron amarillentos y en la actualidad es el maíz amarillo; otros granos que se quemaron a medias son el maíz rojo y los que se quemaron totalmente son las variedades del maíz negro. (*teenek*)¹⁴⁵

El maíz primordial otras veces se encuentra secuestrado, no encerrado, y los primeros hombres deben robarlo a demonios, malos aires, duendes, seres del inframundo o, por degradación del mito, a vulgares viejos envidiosos.

Oculto en una cueva, bajo una roca, en el inframundo, debe extraerse: es en este momento cuando los granos se pintan.

ANTIGUAMENTE no había maíz en el mundo, solamente el duende lo tenía. Para que la gente lo tuviera, mandó Dios a un ratón que trajera el maíz que estaba guardado en un cajón. Dios le dijo:

—¡Rompe con tus dientes el cajón y saca los granos!

Este maíz fue blanco. Entonces Dios mismo pintó el maíz con los colores amarillo y pintó y dijo al duende:

—Ahora, escoja su maíz.

Pero el duende ya no podía reclamar los granos, por la confusión de los colores. (*cuicateco*)¹⁴⁶

No sólo de eso dependen sus colores. Se tiñe para disimular el hurto, pero también es señal de alguna violencia: la sangre de las mujeres-maíz o de otras mujeres mancha de rojo los granos, los olotes, las hojas de las mazorcas cuando se limpiaron la nariz con ellos.

EN AQUEL TIEMPO de las tinieblas dominaba Poncho Pilatos. No había gente. Entonces se dispuso que la Tierra nos diera de comer y desde entonces, cuando vino la luz, así estamos sobreviviendo. Lo que pasaba en aquel tiempo es que había tinieblas. Se hizo una asamblea de los animales y es que había una casa en forma de troje donde una señora tenía guardado el maíz. Los dueños del maíz se llamaban *Lisibé* y *Lisiya*. Entonces el Tlacuache dio la orientación de cómo bajar la troje. Se puso de acuerdo con la tuza para engañar a los dueños del maíz. Tlacuache aconsejó que hicieran un baile para que los viejos abandonaran la casa y así quitarles la semilla. El sapo sabía tocar la guitarra, el gavilán vaquero y la chachalaca cantaban; el serete bailaba para que los viejitos se divirtieran. La tuza aflojó los horcones de la troje, pero que lo descubre la señora y que lo agarra. Quería hacer caldo, tenía muchas ansias de comerse a la tuza porque había cometido el error de aflojar los horcones. Entonces, que se descuida la viejita y la tuza escarbó un hoyo y se escapó. Por eso hasta la fecha las personas que tienen antojo se enferman. Así que la tuza tiró la casa. Vinieron los animales y los pájaros para dispersar el maíz a todas partes. Por eso hasta la fecha el mapache y el tejón se roban el maíz de la milpa; y el arroz los pájaros, porque fueron los que se robaron todo. Para que no se diera cuenta la señora, Tlacuache dio la orden que pintaran el maíz de amarillo y de negro. Así se salvó Tlacuache, porque la señora tenía maíz blanco y no encontró más que maíz amarillo y negro. (*mazateco*)¹⁴⁷

El tigre era pistolero de la señora Lisibé, ya se dijo. Allí comenzaron los conflictos entre tlacuache y tigre, pero ese es otro cuento y no es este su lugar; ya veremos a su tiempo lo que sucede entre ellos.

* * *

Algunos animales traen el maíz desde lejos —como el zanate— o intervienen para sacar el maíz encerrado en una montaña, bajo una piedra, dentro de una cueva o un baúl; entran por huecos pequeños para roer, quebrar, cavar, cortar.

ANTES, MUCHO MÁS antes que nosotros, el Santo *Ho'o* tenía sus hijos. Los hijos estaban llorando porque no tenían que comer. El Santo les preguntó a todos los que estaban reunidos allí cómo iban a hacer para comer; se les preguntó a todos los amigos y animales que estaban reunidos allí cómo iban a hacer para comer. Entonces se adelantó la hormiga arriera y le dijo: —Yo voy a dar una ayuda, voy a dar una cooperación.

El Santo le preguntó cómo iba a ayudar. Entonces la hormiga arriera le dijo que ella cavaría un túnel durante toda la noche, y así llegaría al lugar donde los Malos Aires tenían guardado el maíz. En aquel tiempo los demonios eran los únicos que tenían maíz, por eso la hormiga arriera se los iba a quitar, para llevarlo a la casa donde la esperaba el Santo, reunido con sus amigos y los animales. Eso hizo la hormiga: cavó hasta que llegó abajo del lugar donde los demonios guardaban el maíz y lo llevó a la casa del Santo. Así, al amanecer ya hubo maíz. El Santo agradeció a la hormiga arriera y le dio el maíz a los hijos que estaban llorando, y así ellos terminaron de llorar. Desde entonces es que se conoce el maíz, desde entonces que quedó el maíz. Por eso es que la hormiga arriera siempre anda llevando carga, ése es su trabajo; desde entonces quedó así su trabajo. (*chatino*)¹⁴⁸

Por traer el maíz a este mundo, y propagarlo en tiempos ancestrales, los portadores de la semilla quedaron marcados: roedores, pájaros e insectos tienen ahora permiso de entrar a la milpa y trojes —o se explica así su cercanía a estos sitios.

Del sagrado pueblo de Xuuch
fue de donde sacaron el Sagrado Maíz.
También: la gente se moría de hambre,
quien podía abrazarse de un árbol se abrazaba.
Y allí moría arrodillado.

* * *

Bueno, entonces, el ratoncito de campo
como era tan pequeño
lo robó.

Robó el Sagrado Maíz:
cinco granos de Sagrado Maíz robó del pueblo de Xuuch
y cinco granos de semillas de calabaza
y cinco frijoles y cinco habas
y cinco frijoles colorados —todo eso.

* * *

Bueno, y los trajo, los trajo a la casa
a la mesa donde estaba la Cruz más Santa,
donde estaba un principal
junto a su esposa.
Un principal.

* * *

Seguramente, del cielo han llegado, ¿de dónde más?,
dijo. Y su esposa los quebró
los puso en el metate
los molió muy bien.
Cuando estuvieron bien molidos,
revolvió la masa en una jícara de agua.
Lo bebieron.
Bueno... ¿Creerán que ese Sagrado Maíz, que esos cinco granos sagrados de maíz
eran mucho alimento?
No. Ni siquiera se blanqueó el Agua Sagrada, pero se lo bebieron.
Se bebió.

* * *

Volvió a ir, trajo más.
Ah, qué bueno, querido. Pero ya no vamos a beberlo, lo que haremos es plantarlo.

Plantaron el Maíz Sagrado
y de cada grano de Maíz Sagrado
brotó Maíz Sagrado.
Dizque las mazorcas eran amarillas. (*maya*)¹⁴⁹

EL NIÑO-MAÍZ

Como planta domesticada que es, el maíz por fuerza se humaniza: los primeros elotes son considerados niños, se dice que la milpa señoritea cuando despuntan los jilotes, se calientan los granos con el aliento antes de echarlos a tostar para que no los espante la lumbre, se les baila o platica a los tamales para que no se peguen, las tortillas auguran cuando se inflan, chiflan, se doblan sobre los comales y así nos hablan. No es de extrañar, por tanto, que el maíz también sea una persona en la mitología. Homshuk, Tamakastsiin o Senteopil son los nombres del niño-maíz; el mito narra mucho más que la mera llegada de la planta al mundo: es también la historia de la vida, la muerte, el renacimiento encarnados por el grano, que germina tras sus exequias.

HUBO UNA VEZ una pareja que nunca tuvo hijos. La mujer iba todos los días al río, a traer agua. Un día que fue al río vio un huevo en el agua. Regresó y le dijo a su esposo:

—Me encontré mi suerte.

—¿Qué es? —le preguntó el marido.

—Un huevo —dijo la vieja—. Ven conmigo para que lo saquemos.

Se fueron. Cuando llegaron y el viejo vio el huevo, se quedó muy sorprendido. Lo veía nadando.

—¿Cómo vamos a sacarlo? —preguntó la mujer.

—Voy a pescarlo con una red.

Intentó sacarlo pero no lo alcanzaba. No se daba cuenta de que el huevo estaba sobre una piedra grande del río y que lo que estaba mirando era el reflejo. El viejo volteó y vio al huevo encima de la roca.

—Estás engañada —le dijo a su esposa.

El viejo se trepó y agarró el huevo. Regresaron con él.

—Voy a cuidarlo —dijo la vieja, guardándolo con su ropa.

Después de siete días escucharon llorar a un niño y revolviendo entre la ropa hallaron a un niño con pelo amarillo y suave, como cabellitos de elote.

—¿No te dije?, encontré mi suerte —dijo la mujer.

—Vamos a criarlo como si fuera nuestro —dijo el esposo.

El niño creció y a los siete días ya era grande, ya podía caminar y hablar. La vieja le dijo que fuera a traer agua. Llegando al río, le hicieron burla. Los pececitos le decían:

—Eres sólo un huevito que sacaron del río con una red.

—No se burlen de mí.

Regresó a su casa y le dijo a su abuelita: —Los pececitos me hicieron mucha burla.

—No les hagas caso —le dijo la vieja.

—Pero me da coraje que me digan que soy apenas un huevo que sacaron del agua con una red —dijo el niño.

Al día siguiente la abuelita le dijo otra vez:

—Ve a traer agua.

—No voy, porque los pescaditos se burlan de mí.

—Sí vas —le ordenó la vieja.

Al llegar, comenzaron a burlarse de él. Le decían: —Eres un huevito que sacaron del agua con una red.

Al regresar a su casa le pidió a su abuela: —Hazme un anzuelo. Les voy a enseñar, para que ya no se burlen.

La siguiente vez que fue por agua se llevó su anzuelo. Llegó a donde estaban los pececitos y les advirtió: —Les voy a enseñar a no burlarse de mí.

Comenzó a sacarlos y los echaba en su sombrero. Regresó trayéndolos a la casa.

—¿No te dije que los iba a sacar del agua?

—Ay, hijo. ¿Para qué te afanas? Debes echarlos otra vez al agua —le ordenó la vieja. Y los volvió a echar al agua, pero les advirtió que no volvieran a burlarse de él y les dijo que desde ese tiempo los hombres los buscarían para comérselos.

Regresó a donde estaba la vieja. Un día fue a la milpa con sus padres adoptivos y al llegar, los tordos comenzaron a gritarle:

—Eres un huevito, eres un huevito.

—Los tordos se están burlando de mí —le dijo a la vieja.

—No les hagas caso.

—No me gusta que se burlen. Abuelo, hazme un arco y una flecha —pidió el niño. El abuelo no sabía que quería dispararle a los tordos. El niño no sabía que los tordos eran las gallinas de su abuela. Mató a muchos y su abuela llegó al lugar donde los había matado. Comenzó a regañarlo: —Ahora tienes que revivirlos.

—Los maté porque se burlaron de mí —respondió el niño, y comenzó a revivirlos diciéndoles que nunca volvieran a burlarse de él. Los aventó a un árbol.

El niño hizo más cosas que no debía haber hecho. La vieja le dijo:

—Haces muchas maldades, no obedeces, ¿cuántas veces te he dicho que no hagas algo y luego vas y lo haces?

Le dijo a su esposo: —Vamos a tener que comernos al niño, nos lo tenemos que comer. Le diré que suba al tapanco. Al anochecer nos beberemos su sangre.

El niño subió a dormir, pero ya sabía que lo iban a matar. Arriba del tapanco se puso de acuerdo con el murciélago.

—Cuando suba mi abuelito, le cortas la cabeza —y se subió hasta arriba del techo. Cuando fue la hora, la vieja dijo: —Nuestro hijo ya se durmió.

—Duerme —confirmó el viejo. Se dirigió a donde suponía que estaba el muchacho, pero él estaba fuera, encima del techo. El murciélago bajó y le cortó el cuello al viejo. La mujer oyó gotear la sangre, la probó y dijo:

—No está sabrosa la sangre de nuestro hijo.

Le preguntó al hombre: —¿Por qué no me hablas? Te quedas con la mejor parte, con la carne, y me dejas aquí abajo bebiendo lo que no está bueno. No seas tacaño, bájalo para que lo comamos juntos. Entre los dos lo criamos, no es bueno que tú te lo comas solo.

Pero el viejo no le contestaba. Fue a ver y lo encontró muerto, era suya la sangre que estaba bebiendo. Se molestó mucho por la muerte de su esposo.

—Ay, tú, hijo, ¿por qué mataste a tu abuelito? Ahora sí te voy a comer.

El niño se fue muy lejos pero ella lo persiguió. Miraba hacia atrás y oía a su abuela decir: —Detente, vamos a platicar.

—Déjalo, soy muy fuerte y puedo destruirte —le dijo el niño—. Soy el que dará de comer a todos los hombres.

Pero como la vieja lo seguía persiguiendo se subió a un árbol en el llano, junto a la playa, y vio desde allí que todo el campo se venía quemando.

—No me comas, si lo haces, te va a alcanzar el fuego. Mejor ven aquí, súbete al árbol y verás cómo se está quemando todo. Si tratas de comerme, te quemarás.

La vieja no sabía que iba a quemarse. Mientras miraba, el niño se escapó entre las llamas que se acercaban cada vez más. Cuando volteó y no vio a su hijo, comenzó a gritarle:

—Ay, hijo, ¿por qué vas a quemarme?

El niño se alejó y la vieja se quedó en el encanto; se quemó y murió.

Libre del peligro, el niño siguió su camino. Al llegar a orillas del mar comenzó a tocar su tambor. Huracán lo oyó y dijo:

—¿Quién estará tocando el tambor? —y mandó a un hombre para que averiguara—. Ve a preguntar el nombre del que está tocando el tambor.

El hombre llegó donde estaba el niño y le dijo: —Vine a verte, dime tu nombre.

—Soy el que tiene brotes en las rodillas. Soy el que florea. Eso irás a decir. El hombre regresó con Huracán e informó: —No me quiso decir su nombre.

—Ve otra vez —ordenó Huracán—. Dile que debe decirte cómo se llama. El hombre regresó y le dijo al niño: —Vine a preguntarte tu nombre. Debes decirlo, porque Huracán quiere saberlo.

—Muy bien —dijo el niño—, mi nombre es *Homshuk*. Dile que soy el que está en su cáscara, el que será comido.

El hombre regresó con Huracán y le informó: —Me dijo que su nombre es *Homshuk*, que es el que tiene brotes en las rodillas y da frutos.

—No te dijo su verdadero nombre —dijo Huracán—, es un nágual.

Entonces el niño le dijo a la tarántula: —Hazme una casa porque va a llover muy fuerte, Huracán va a mandar una tormenta y necesito protección.

La tarántula hizo lo que le pidieron. Esa noche llovió muy fuerte y en la mañana llegó el mensajero de Huracán y el niño seguía en la playa, tocando su tambor. No le había pasado nada, Huracán repitió: —Es nágual.

Vino una tortuga y le preguntó a Homshuk: —¿Qué haces, tío?

—Aquí estoy tocando el tambor. Quiero cruzar el mar, si eres buena gente me llevarás.

—Te llevo.

—¿No vas a engañarme?

—No, no te voy a engañar —le aseguró la tortuga.

—Ve, prueba, a ver si sabes nadar bien —le dijo Homshuk. Y la tortuga le mostró que era buena nadadora.

—Me voy a subir en tu lomo —dijo Homshuk. Después de nadar un trecho corto la tortuga gritó:

—Ay, tío, se me está quebrando el pecho.

—¿No me dijiste que podías aguantar? —y la tortuga se regresó a la playa. Desde entonces a estas tortugas se les llama pecho quebrado. Entonces llegó una tortuga más grande y preguntó: —¿Qué estás haciendo, tío?

—Bueno, aquí estoy, tocando el tambor. Si eres buena gente me atravesarás al otro lado del mar. Si me cruzas te voy a dar colores que ningún otro animal tiene.

—Si me los das, te cruzo.

El niño pintó en ese momento a la tortuga, se subió a su lomo y cruzando el mar lo llevó a donde estaba Huracán. Desde entonces esas tortugas están pintadas de muchos colores.

—¿Qué buscas? —le preguntó Huracán.

—Nomás voy pasando —le dijo Homshuk.

—Eres un nágual —dijo Huracán, y ordenó que lo encerraran.

En la tierra de Huracán había varias clases de cárceles: en una había tigres hambrientos, en otra había serpientes hambrientas, en otra había flechas que luchaban constantemente. A Homshuk lo metieron en la jaula de las serpientes.

—Eres nagual y aquí te van a comer —le dijo Huracán.

Pero cuando fueron a la mañana siguiente vieron que estaba sentado encima de una culebra. No se lo habían comido. Las otras serpientes ya no estaban allí, pues Homshuk les dijo cuando lo encerraron: —No deben hacerme daño pues soy un hombre fuerte y es necesario que viva para darles comida a todos los hombres. Es más, ustedes deberían vivir en los bosques y en las montañas.

La siguiente noche lo metieron a la jaula de los tigres y les habló de la misma manera, como había hablado a las serpientes. Se quedó sólo con un tigre que le servía de asiento. Cuando Huracán vino a ver qué había pasado le dijo: —Ahora te vamos a meter con las flechas —y lo llevaron allá para que muriera.

Homshuk les dijo a las flechas: —No me hagan daño, ustedes servirán para ayudar a los hombres a defenderse y para cazar.

Cayeron todas al suelo y él las recogió, las acomodó en un hato y se sentó encima de ellas.

—Ése es nagual —dijo Huracán al día siguiente, cuando vio que el muchacho no había muerto. Se puso a reflexionar y por fin dijo:

—Así no vamos a poder matarlo, porque es nagual; pero no puede quedarse a vivir entre nosotros.

—No soy nagual —dijo Homshuk—, soy buena gente y serviré de comida a todos los hombres. No debes intentar matarme.

—Bueno, vamos a hacer una competencia y si ganas puedes quedarte a vivir aquí. Pero si pierdes, debes morir.

—¿Y cuál es la competencia?

—Bueno, a ver quién puede lanzar una piedra desde aquí hasta la otra orilla del mar —le explicó Huracán.

—Pero yo no sé tirar. Bueno, antes de hacer la prueba, déjame conseguir mis propias piedras.

El niño fue al bosque y llamó al pájaro carpintero.

—Estoy en peligro; si no me ayudas, Huracán me va a matar.

—¿Qué quieres que haga?

—Bueno, quiero que vayas a la otra orilla del mar y cuando yo aviente piedras, tú golpearás un árbol, para que Huracán crea que las piedras que aviento le dan hasta allá, al árbol.

Y regresó. —¿Por qué tardaste tanto? —le dijo Huracán—. ¿Dónde están las piedras?

El niño aventó una piedra y al rato escucharon a lo lejos tra-tra-tra.

—¿Oíste? —preguntó el niño—. Mi piedra llegó al otro lado del mar, y con tal fuerza que rebotó de un árbol al otro. Ahora te toca a ti.

Huracán lanzó una piedra con todas sus fuerzas, pasó un tiempo y no escucharon nada. Se declaró perdedor.

Pero Huracán ya tenía la idea de matar al niño. Después de consultar con su gente, ordenó que pusieran una enorme hamaca entre dos grandes árboles que crecían a orillas del mar. Una vez puesta, fue a preguntarle al niño:

—¿Te vas a quedar aquí o vas a cruzar el mar? Yo y mi familia nos vamos a ir a la otra orilla. Si quieres venir es fácil cruzar con esta hamaca.

El niño ya sabía las intenciones de Huracán, pero sabía también que nada le sucedería.

—Está bien, iré con ustedes —aceptó Homshuk.

—Entonces súbete a la hamaca —le dijo Huracán y comenzó a mecerla tan fuerte que lo echó muy lejos, al mar. Creyendo que Homshuk había caído al mar, detuvo la hamaca. Pero el niño salió.

—Sí, es una manera muy buena de cruzar el mar, llegué hasta la mitad pero no crucé porque no sabía hacia dónde iban a ir ustedes. Mejor adelántense y yo los alcanzo.

—Está bien, vamos a ir adelante nosotros —dijo Huracán, y se subieron a la hamaca. Para esto, Homshuk había llamado a la tuza, le dijo:

—Señor tuza, quiero que me corte estos árboles, rápido—. La tuza salió a cumplir el encargo.

—¿Listos? —preguntó Homshuk.

—Sí —respondieron todos. Comenzó a columpiar la hamaca.

Cuando estaba meciéndose más recio, la tuza terminó de roer las raíces y la hamaca y los árboles salieron disparados y se hundieron en el mar. Todos murieron menos Huracán, que se salvó de milagro aunque se rompió una pierna, pues había caído desde muy alto. Cuando llegó a la playa, pidió:

—Perdóname, ahora sí ya sé quién eres.

—¿Y qué me vas a ofrecer? —preguntó el niño.

—Cuando estés seco te echaré agua en la cabeza —contestó Huracán.

Y desde entonces en los meses de junio y julio, cuando Homshuk no tiene agua para crecer, se la da; y desde entonces Huracán ha regado las milpas en estos meses para que el hombre tenga maíz para comer. (*popolucua*)¹⁵⁰

El mito del niño-maíz no siempre incluye el enfrentamiento con Huracán, donde el niño oculta su nombre a Huracán y se burla de él. Carece de nombre porque aún no

ha llegado a los hombres como alimento. El maíz conformará una civilización a su alrededor como nuevo sustento, pues los hombres anteriores comían carne cruda, se comían entre sí, carecían de la civilización que otorga el maíz. Nos ocuparemos más adelante de los seres que datan de aquel tiempo, al igual que las viejas caníbales. Por ser la primera mazorca un niño, el primer acto agrícola es también el último acto caníbal. Veamos los diferentes momentos y motivos del mito:

HACE MUCHO TIEMPO había una mujer a la que se le murió su marido cuando apenas había nacido su hijito. Este niño lloraba mucho. La madre se desesperó, y al verse tan desamparada, decidió moler a su hijito en un metate, para que no siguiera llorando, ya que ella sufría por el llanto de su hijo. Los restos de este niño los envolvió en un rebozo y los arrojó al agua de un río. Entonces Dios los convirtió en un huevo, que dejó en un enmarañado de bejucos. En ese lugar llegaba a tomar agua una bruja caníbal llamada Chichima. (*zoque popoluca*)¹⁵¹

PUES DICEN que este era un hombre que se llamaba Sentiopil. Él vino de un pajarito, vino del colibrí, del chupamirto.

Ese hombre nació de la hija de una anciana. Ella tenía una hija. Como ya les dije, comían carne cruda, se comían a los cristianos; comían a veces al cristiano, a sus propios hermanos. Les decían *tsitsimimej*. Eran los anteriores.

Y el chupamirto conoció a la hija de la anciana caníbal y se la llevó; se llevó a la muchacha *tsitsimit*.

Entonces el chupamirto hizo su hijo, pero no lo hizo cristiano sino sólo hizo una bola de sangre. Entonces lo fue a enterrar a la orilla de una fuente. Al lado del manantial brotó una mata de maíz rojo, del que llamamos *tsikat*. Ahí creció. (*náhuatl*)¹⁵²

El niño-maíz es criado por viejos salvajes —como el sol y la luna, como los héroes culturales nacidos de colibrí, algún ave o de huevo— con quienes terminará por confrontarse: siempre es güero —se llama incluso Antonio Güero entre los mazatecos—; sus cabellos son delgados y finos como los del elote. Esta singularidad, y el haber nacido de huevo, le ocasiona la burla de todos los animales, a quienes castiga y marca. El niño crece muy pronto, derrota a quienes lo criaron cuando intentan comérselo. En otro relato náhuatl —esta versión del mito del maíz se cuenta sobre todo en el estado de Veracruz, en distintas lenguas— lo meten al temascal pero no logran quemarlo. Él, en cambio, sí quema a los viejos y a todos los *tsitsimimej*. Luego recoge las cenizas en una olla grande y la tapa. Se la entrega al sapo para que la tire al mar —como en todos los mitos, los participantes adquieren sus características como premio o castigo por

su diligencia o torpeza. Se explican así las nalgas caídas —donde los ancestros lo patearon— y la piel rugosa del sapo.

EL SAPO quería saber qué era eso, y aunque le había dicho que no abriera la olla él, por tonto, la abrió y entonces salieron muchos bichos que lo llenaron de piquetes. Adentro había moscos, avispas y muchos otros animales. Los piquetes de esos bichos dejaron al sapo con la piel áspera, por eso el sapo se ve con el lomo rasposo, porque lo picaron esos bichos. Sí señor. (*náhuatl*)¹⁵³

El carácter portentoso del niño-maíz es indispensable para terminar con sus adversarios, quienes le imponen tareas imposibles, como acarrear agua en una red.

PUES YA NO ERA un cualquiera, él era también un sabio que enseguida supo que le estaban deseando el mal. Y dicen que agarró el matayahuale y fue al río para traer el agua. Pero, ¿cómo podría traer el agua en un matayahuale? No se podía. El agua pasaba en ese matayahuale porque era una red. Pero él supo cómo hacerlo. Dicen que cuando llegó al río llamó a las arañas y al poco rato llegaron un montón de arañas y empezaron a tejer, le empezaron a remendar con sus hilos el matayahuale a *Tamakastsiin*.

Y así pudo llevar el agua. Cuando llegó donde estaban sus abuelitos diablos, éstos se admiraron y se dijeron: “¿Acaso él es más sabio que nosotros?” (*náhuatl*)¹⁵⁴

En esta versión totonaca, el énfasis se coloca en la madre muerta y en su rescate. El que el maíz sea un niño es casi fortuito y podría ser cualquier niño, si su aparición en el mundo no lograra atemperar la naturaleza violenta de sus familiares maternos.

HABÍA UNA VEZ una señora que tenía su hija y su hija tenía un jardín. Todas las mañanas se paraba tempranito a regarle agua a su jardín y después empezó a venir un chuparroza.

—A saber qué tendrá mi jardín que viene un chuparroza. Lo voy a agarrar —le dijo a su mamá.

—Ay, ¿cómo lo vas a agarrar, si no se dejan atrapar?

Se dejó agarrar el chuparroza. Dijo que se iba a dormir con él.

—Tú sabrás si lo aplastas y lo matas.

En la noche se convertía en muchacho. Tres noches durmió con él. Cada mañana se iba a regarle agua a su jardín y llevaba al chuparroza en el pecho. Después se pusieron de acuerdo, se iban a casar.

Se fue el chuparrosa y regresó la muchacha y le dijo a su mamá:

—El chuparrosa se fue.

Como quiera, la muchacha iba a regar su jardín todas las mañanas.

Un día la muchacha fue a regar y no regresó, tardaba mucho.

Xuxapo, su hermano, era músico y estaba tocando: tengo, tengo, ten.

Se asomó la mamá. Ya la llevaba volando, la llevaba volando el chuparrosa.

—Xuxapo, sal, es tu hermana, tumbala.

Le pegó en el pescuezo, le tumbó la cabeza a su hermana.

La mamá levantó la cabeza y la echó en un cajón. Estaba brava la viejita y le dijo:

—Te voy a comer, muchacha, porque no entiendes consejos.

El joven llegó rápido a su casa y le avisaron:

—Si no vas a rescatar a la muchacha, su mamá se va a comer la cabeza. Ve a rescatarla, su mamá ya puso a hervir el agua. Si no vas con alguien que te ayude, no podrás rescatar la cabeza de tu muchacha.

Entonces buscó a alguien que fuera a rescatarla. Pero no encontró, todos los animales estaban ocupados. Triste llegó a donde andaban trabajando los animales.

—¿Quién de ustedes puede ir a traer la cabeza de una muchacha que es mi novia?

—Nosotros no tenemos tiempo, estamos trabajando.

La tuza tumbaba palos, los pájaros picando le decían: —Estamos trabajando.

—Pero si te comprometes a trabajar por mí voy a traer la cabeza de tu muchacha —dijo la tuza.

Por eso trabajó el muchacho para los animales.

Se fue la tuza. Y él se asomaba a ver si llegaba, si ya estaba llegando a la casa de la muchacha. Ya iba llegando. Llegó y entró, escarbando. La tuza llegó hasta abajo del cajón donde estaba la cabeza de la muchacha. Empezó a trozar la madera. Pero oyó el ruido la mamá. Brava, la mamá.

—Pícaro, ¿qué cosa tienes? Ay, espérate tantito, el agua ya está hirviendo.

La tuza le hacía más rápido y que troza la madera y que saca la cabeza.

Luego, luego la mamá bajó el agua hirviendo, destapó el cajón y ya no estaba la cabeza. Tiró el agua por el agujero donde corría la tuza.

Tantito le llegó, tantita agua hirviendo, pero como quiera se llevó la cabeza a donde estaba el muchacho.

—Gracias por hacerme el favor.

Se llevó la cabeza para su casa y se la cosió al cuerpo. Revivió la muchacha y de allí se casaron y después tuvieron un hijo. Vivían con el niño, después la muchacha se acordó de su mamá y le dijo al chuparrosa:

—¿Por qué no vamos a visitar a mi mamá?

Ya se le olvidó el coraje. Se fueron, llegaron. Allí estaban la mamá y el cuñado del chuparro, Xuxapo. Llegó el chuparro y empezó a platicar con su cuñado. Dice Xuxapo:

—¿Por qué no vamos a volar, vamos a pasear a ver quién puede más?

Se fueron bajando, bajando la loma.

—¿Todavía puedes?

—Sí.

Allí quedó.

La mujer estaba con el niño y le dijo a su mamá:

—Voy a traer agua mientras llega tu yerno, cuídame al niño.

Pero a la mamá todavía no se le pasaba el coraje. Y mientras la mamá se fue por el agua, la abuelita mató al niño, le chupó la mollera.

Llegó acarreando el agua y preguntó por el niño:

—¿Todavía no despierta tu nieto?

—No, está bien dormido.

—¿Todavía no llega tu yerno?

Se fue a ver al niño y estaba muerto. Se enojó la mamá del niño.

—Ahora te lo comes, no se va a enterrar.

También al papá lo habían matado. Lo mató su cuñado, Xuxapo.

Enterraron al niño y donde lo enterraron nacieron al otro día muchas milpas. Se dio maíz y lo cortó la abuela, lo pizcó. Sacó la abuelita su nixtamal y lo fue a lavar al río. Se le quedó un granito.

Y en eso vino un pescador y atarrayó el nixtamal, ya se había convertido en niño. Se lo llevó a su casa y creció, creció y ya grande fue a casa de su madre y le dijo:

—Yo soy tu hijo.

—Yo no soy tu madre.

—Sí, eres mi mamá. Me llevaste a casa de mi abuelita y me mató. También mi tío mató a mi padre, pero ahora te voy a vengar porque lo mataron.

Se fue a casa de su tío y se lo llevó volando hasta donde ya se cansó, cayó donde había matado a su cuñado, le tronaron los huesos. Mató a Xuxapo.

Como quiera, su papá revivió y él le dijo:

—Si quieres vivir con mi mamá, no comas nada.

—¿Por qué? Tengo mucha hambre, no voy a llegar hasta allá.

—Si quieres vivir no comas guayabas, porque te vas a transformar en venado.

Se lo llevó, ya iban llegando cuando estiró la mano hasta donde estaban las guayabas, se las comió y se transformó en venado.

El niño lo soltó para que se fuera y llegó solito diciendo:

—Mi papá no obedeció lo que le dije. Le dije que no comiera guayabas porque se iba a transformar en venado. Pero como no entendió, mejor me voy a trabajar. Pero tú no te vayas a quedar triste porque voy a trabajar lejos, te mandaré dos gotas de sangre. Ponle un palito a la primera y será chile. La segunda será tomate y yo ya me voy ahorita. (*totonaco*)¹⁵⁵

El niño-maíz vuelve con su madre, revive a su padre músico. Cuando intenta volver con su padre al mundo, la madre tergiversa las indicaciones del hijo —mal dichas por alguna lagartija, iguanita o roedor— y se pierde para siempre la posibilidad de retornar a la vida tras la muerte. A veces es el padre mismo, al comer frutas prohibidas o mirar lo que no debe, quien se convierte en venado y nos condena a la mortalidad.

ENTONCES TAMAKASTSIIN cumplió tal como le dijeron. Y de veras, cuando llegó al río vio el montón de animales que él había matado y que estaban enhormigados. Pero él en su corazón no se conmovió y empezó a amontonar juntos pescados y zanates, y comenzó a brincar siete veces y a los pocos momentos revivieron esos animales que ya estaban muertos. Después agarró las semillas del coral y una por una las fue metiendo en los ojos de los pescados. A los zanates les metió puro maíz en los ojos y uno por uno fue metiendo al agua los pescados. Y los fue aconsejando, les dijo:

—Ahora ustedes van a servir algún día de alimento para mis hijos que van a vivir. El que podrá agarrarte, podrá comerte y el que no, pues no. (*náhuatl*)¹⁵⁶

El origen de la muerte o la imposibilidad de renacer se relacionan frecuentemente con la lagartija, su falsificación malintencionada o involuntaria de los mensajes o el mero equívoco verbal. La muerte es derivación de un malentendido, de una tergiversación castigada —la lengua torpe es partida en dos—, o recompensada con una cola que renace, trajes de hermosos colores o la elegante cresta de algunos reptiles.

HACE MUCHO TIEMPO vivieron nuestros hermanos, se llamaban caníbales. Así les decían porque se comían el uno al otro. Un colibrí conoció a una joven caníbal. No pudo hablar con ella, sólo la pinchó y le quitó un poco de sangre. Entonces mezcló su sangre con la de ella y la puso cerca de un manantial.

Allí creció una planta que dio su fruto, ninguno la conocía. Los ancianos la abrieron y vieron que contenía sangre. Entonces lo lanzaron en el manantial y se fueron. Cuando regresaron otra vez y fueron a ver, un niño estaba llorando en el manantial. Lo tomaron y se lo llevaron a casa.

Allí creció y le pusieron por nombre Sentiopil —hijo del maíz—, después aprendió música, entonces los caníbales venían ahí y cuando tocaba se regocijaban. Los caníbales decían: —Que nos regocije, de todos modos nos lo comeremos.

Una vez decidieron comérselo. Le dijeron: —Nosotros te queremos bañar en un temascal.

Encendieron un temascal, querían comérselo a las brasas. Sentiopil fue por dos tortugas y las metió en el temascal. Las tortugas hicieron una pequeña laguna donde se metió el Sentiopil, así no se coció, y cuando lo abrieron estaba vivo. Entonces les dijo a ellos: —A mí ya me han bañado, ahora báñense ustedes.

Encendió bien el temascal y metió dentro a los ancianos para que se quemaran. Todos se quemaron. Sólo quedó la mamá de Sentiopil, algunos perros y algunos niños. Sentiopil no había conocido a su padre. Pensó en reconstruirlo o rehacerlo. Preguntó a los niños: —¿Dónde han dejado los huesos de mi padre?

Le respondieron: —Nosotros ni sabemos.

Entonces ordenó a todos los perros que buscaran los huesos de su padre y fue a decirle a su madre: —He regresado para formar a mi padre, pero no debes verlo cuando lo traiga.

Su madre no resistió y lo miró. Entonces en la mano de Sentiopil se deshizo el cuerpo de su padre.

Le dijo a su madre: —Te había dicho que no lo miraras, mi trabajo se ha descompuesto. Ahora ya no podré hacer a mi padre otra vez, es mejor que vaya a sembrar. Invitó a muchos animales para que lo ayudaran a cultivar el maíz precioso. Cada animal lo ayudó en la siembra, lo cultivaron, lo recogieron y lo guardaron en una gruta rocosa llamada Kueskomatepek, la montaña de la casa del maíz. (*náhuatl*)¹⁵⁷

Tras librarse de la vieja Chichima y de su esposo, de quemarla a la anciana y enviar sus cenizas al mar con el sapo, el joven maíz regresa a buscar a su madre.

ENTONCES EL SANTO DEL MAÍZ pensó y dijo así: —Voy a ver a mi madre—, y se fue. Al pasar por un camino vio a su madre que iba a traer agua de la poza. Entonces él le tapó sus ojos con su mano y le dijo que adivinara quién era. La señora dijo: —Tú eres mi marido que regresa del más allá.

—Pues no soy tu marido— contestó el santo del maíz.

—Entonces, ¿quién eres?

El santo del maíz le dijo a su madre: —Acuérdate a quién mataste moliéndolo en el metate—. Entonces la señora gritó asustada y dijo: —Sí, me acuerdo, pero, ¿cómo puede ser posible?, tú estás muerto.

El santo del maíz le dijo a su madre: —Dios me mandó a este mundo para que se aliemente de mí toda la humanidad, por todas partes de la tierra, pues yo soy el santo y espíritu del maíz, por eso cuando yo era niño lloraba mucho, porque estaba yo tierno. La madre pedía perdón, llorando. El santo del maíz le dijo a su madre:

—Ya no llores, dime qué te falta.

La señora contestó a su hijo: —Me estoy muriendo porque casi no como, no tengo maíz.

El santo del maíz le dijo a su madre: —Báñame con agua—. La madre lo bañó con agua y al caer las gotas de agua en el suelo se convirtieron en granos de maíz.

Después el santo del maíz le dijo a su madre: —Dime, ¿dónde está mi padre?

Y su madre le dijo: —Tu padre murió cuando apenas habías nacido y está sepultado en el panteón.

El santo del maíz le contestó a su madre: —Voy a desenterrarlo y revivirlo, y así todos los hombres de este mundo serán inmortales, pues nunca morirán.

Entonces el santo del maíz desenterró a su padre de donde estaba enterrado y lo resucitó. Cuando venía de regreso encontró en su camino a la iguanita del salsahuate.

Entonces el santo del maíz le dijo a la iguanita: —Ve a avisar a mi madre que cuando yo llegue con mi padre en la casa no lo mire de frente, que no llore y que no se ría.

La iguanita respondió: —Con todo gusto haré lo que usted ordene, señor santo del maíz—, y se marchó con pasos muy lentos. Tenía mucha tos, iba tosiendo por todo el camino, y a medio camino encontró a la lagartija, quien le preguntó a la iguanita dónde iba. Y la iguanita le contestó y dijo: —Voy a avisar a la madre del santo del maíz que él viene ya en camino con su padre y que cuando ya llegue el marido de la señora que no lo mire de frente y que no llore y que no se ría.

—Yo voy a avisarle a la madre del santo del maíz, pues te haré un gran favor ya que no puedes llegar pronto porque estás enfermo de tos, iré corriendo para llegar antes que llegue el santo del maíz con su padre.

—Bueno, estoy de acuerdo que vayas tú, pero no te olvides de lo que te dije antes.

La lagartija dijo: —Sí, eso mismo voy a decirle a la señora—. Se fue corriendo la lagartija, y al llegar a la casa de la señora madre del santo del maíz le dijo: —Me mandó su hijo el santo del maíz que viniera a avisarle que su marido ya viene en camino acompañado por su hijo; pues su marido ya resucitó. Pues traigo la razón de que cuando ya va llegando su marido haga el favor de mirarlo de frente, y llore y ría.

La madre del santo del maíz le dijo a la lagartija: —Muchas gracias por avisarme.

—No hay de qué —dijo la lagartija. Entonces cuando ya iba llegando el santo del maíz con su padre, la madre del santo del maíz lo miró de frente y empezó a reírse

y llorar. Entonces su marido resucitado se deshizo, convirtiéndose su cuerpo en polvo o tierra. El santo del maíz le dijo a la iguanita: —¿Por qué has mentido? No cumpliste lo que te recomendé y mis órdenes.

La iguanita relató lo que había sucedido y dijo: —Fíjese que en el camino me encontré con la lagartija y me dijo que ella iba a hacer el favor de avisar a su madre, según como usted me había dicho, pues ella se comprometió de cumplir con su orden. De manera que ella es quien ha mentido.

Buscaron entonces a la lagartija, y al encontrarla, el santo del maíz le dijo: —Por tu culpa ahora la humanidad perdió la inmortalidad; por haber mentido recibirás ahora un castigo.

El santo del maíz tomó un cuchillo y le partió por la mitad la lengua a la lagartija. Por eso dicen que ahora la lagartija tiene la lengua partida en dos, por haber mentido. Después el santo del maíz le dijo a su madre: —Esto no dio resultado, ahora me voy a ir lejos de aquí.

El santo del maíz se retiró y llegó a la orilla del mar, donde había muchas matas de cedro y estaba la casa del Centello, o sea el rayo, y empezó a derribar los cedros para sacar tablas y para construir su casa. El Centello escuchó el ruido del hachazo y la caída de los árboles de cedro y mandó al tigre para que fuera a ver quién hacía tal ruido y le ordenara marcharse. El tigre, muy furioso, llegó hasta donde estaba derribando cedros el santo del maíz y dijo: —¿Quién eres? ¿Por qué haces tanto ruido? Me dijo el Centello que por favor te retires. ¿Quién eres, pues?

El santo del maíz contestó: —Yo soy el que parezco *clavito* y a la vez *dobladito*.¹⁵⁸ —Ah, si no me dices quién eres te mataré ahorita mismo.

El santo del maíz contestó: —Si me vas a matar antes hagamos una apuesta: si pierdo, me matas; de lo contrario, sufrirás tu merecido castigo.

El tigre dijo que estaba de acuerdo: —Dime qué apuesta vamos a hacer.

El santo del maíz dijo: —Yo voy a rajar este trozo de cedro hasta la mitad y tú terminarás de rajarlo.

El santo del maíz rajó hasta la mitad del trozo del cedro y le dijo al tigre: —Ahora mete la mano antes que yo suelte el trozo.

Al soltarse aquella madera el tigre no pudo detenerla y se cerró, quedando atorada la mano del tigre. Por más que hizo esfuerzos no pudo sacar la mano y quedó castigado durante tres días. El tigre, viendo que no le era posible liberarse, pidió perdón, prometiendo no hacer daño al santo del maíz.

Cuando volvió a la casa del Centello éste le interrogó por qué no había regresado. El tigre relató lo que le había sucedido y dijo: —Fracasé; no pude matar al hombre que hace ruido.

En ese momento empezó a escucharse otra vez el ruido, y el Centello preguntó: —¿Quién es?—. El tigre respondió y dijo al Centello: —No me dijo quién era; ¡y por poco me mata! Dice llamarse el clavito y a la vez dobladito.

El Centello ordenó entonces al toro que fuera a matar al hombre que hacía mucho ruido, pero el tigre le dijo al toro: —No vayas; fíjate que yo que soy más fuerte fracasé y por poco muero. A ti es fácil que te mate.

El toro le dijo al tigre: —Con patadas y cornazos mataré al hombre que hace mucho ruido.

Cuando llegó al lugar donde estaba derribando árboles el santo del maíz, el toro dijo: —¿Quién eres? ¿Por qué haces tanto ruido?

El santo del maíz contestó al toro: —Yo soy el que parezco clavito y a la vez dobladito—. El toro respondió: —Seas quien seas, traigo la orden del Centello que por favor te retires de aquí, y si no lo haces te mataré.

El santo del maíz le contestó: —Si me vas a matar, antes hagamos una apuesta. Si pierdo, me puedes matar; si resulta lo contrario, tú sufrirás un castigo—. El toro aceptó el reto, y metió la mano en la abertura del trozo de madera que el santo del maíz había abierto, y cuando la soltó, la mano del toro se quedó trabada. Y por mucho que echó fuerza, no pudo sacar la mano, y así quedó castigado el toro durante cinco días. Vencido por la sed y el hambre el toro se rindió; le pidió perdón al santo del maíz prometiéndole no hacerle daño.

El toro regresó a la casa del Centello y fue interrogado por éste. Relató todo lo que le sucedió y continuó: —No me dijo quien era, me castigó. Mira cómo vengo bien flaco, ¿verdad?

El Centello, viendo que sus soldados habían sido derrotados, dijo: —Voy a ir a matarlo personalmente.

Cuando el Centello llegó a donde estaba derribando el santo del maíz, le dijo: —¿Quién eres?, ¿por qué has desobedecido mis órdenes y castigado a mis soldados? Voy a matarte ahorita mismo.

El santo del maíz le dijo al Centello: —Antes de matarme tendrás que vencerme. Haremos pues una apuesta: si tú ganas me matarás, si pierdes, recibirás el castigo merecido.

El Centello le dijo al santo del maíz: —De acuerdo, dime cuál es la apuesta.

—Vamos a tirar una piedra hasta el otro lado del mar. Prepárate, pues.

—Te ganaré— dijo el Centello viejo. Entonces el santo del maíz llamó a la codorniz y le pidió: —Te daré un buen plumaje, pero me vas a servir como una piedra; a la hora de lanzarte tenderás tu vuelo haciendo ruido con tus alas.

La codorniz aceptó el compromiso. El santo del maíz llamó después al pájaro car-

pintero y le dijo: —Tú serás un buen sabio para el hombre, pero hazme un gran favor: cuando la codorniz llegue al otro lado del mar, tú golpearás con tu pico con todas tus fuerzas en un árbol seco para que se oiga como una piedra.

El pájaro carpintero aceptó la propuesta del santo del maíz. El Centello buscó una piedra, la lanzó y cayó en medio del mar. Entonces el santo del maíz lanzó a la codorniz que tenía en la mano. La codorniz tendió su vuelo haciendo mucho ruido con sus alas. Y el Centello dijo: —¡Oye cómo zumba! ¡Mira, ya desapareció!

Al poco rato el Centello y el santo del maíz escucharon que al otro lado del mar sonó la caída de la piedra en los troncos de los árboles, golpeando muy fuerte. Entonces el Centello viejo le dijo al santo del maíz: —Bueno, tú has ganado; pero ahora yo te reto a otra apuesta: si pierdes, te mataré en el acto.

—De acuerdo— dijo el santo del maíz—. Dime qué apuesta vamos a hacer.

El Centello habló: —Vamos a correr hasta al otro lado del mar.

El santo del maíz se apresuró a buscar a la tuza y le habló así: —Tú te alimentarás de mí, pero me vas a hacer el favor de cavar un hueco a medio mar, para que cuando pase corriendo con el Centello se caiga en la trampa.

La tuza aceptó e hizo un hueco a medio mar. Cuando el santo del maíz y el Centello llegaron corriendo a medio mar el Centello metió un pie en el hueco que había hecho la tuza y no pudo sacarlo. Entonces Centello le dijo al santo del maíz: —Hombre santo y espíritu del maíz, sácame de aquí y te perdonaré la vida; dime en qué puedo ayudarte. El santo del maíz dijo al Centello: —Sí, te diré lo que necesito. Para sobrevivir quiero que cuando yo esté tierno me bañes con agua de lluvia, para que crezca. Así lo harás año con año, hasta los siglos de los siglos.

El Centello dijo: —Así lo haré, no tengas cuidado.

Entonces el santo del maíz sacó al Centello del hueco, pero ya no pudo caminar porque estaba roto de la rodilla. El santo del maíz le dijo al Centello: —Ya que no puedes caminar, te haré una casa aquí, a medio mar.

—Sí —dijo el Centello—, desde aquí anunciaré la llegada de la lluvia en la tierra para bañarte y cumplir con mi deber.

El santo del maíz regresó a la tierra y se convirtió en maíz, sobreviviendo hasta hoy en día. El Centello o rayo, quedó en medio del mar, y desde allá trueno y relampaguea cuando empieza a entrar el tiempo de agua en la tierra. (*zoque popoluca*)¹⁵⁹

La lucha del niño-maíz contra el Centello o Huracán puede integrarse al mito o narrarse como una historia independiente. En esta lucha contra el Rayo, lo despeña y lo deja tullido. Hay múltiples comparaciones entre el dios Tullido identificado por los arqueólogos en las iconografías mayas antiguas y el de este relato. El viaje al otro lado

del mar a veces es explícitamente con el propósito de buscar a su padre en el lugar donde están los muertos —lo cual acerca el mito al cuento maravilloso— aunque aquí el niño-maíz es sometido a pruebas y castigos diferentes a los que sufre en los relatos de ultramar.

LO FUERON A TRAER y lo metieron a la cárcel donde están los machetes vivos. Cuando llegó ahí Tamakastsiin, les dijo a los machetes:

—¡Ah, hijitos míos! ¿qué están haciendo aquí? Ustedes les van a servir algún día a mis hijos que más después vivirán.

Agarró uno por uno y murieron esos machetes vivos y lo fueron a meter luego donde están las hachas vivas, y las mató a todas. Pero luego lo fueron a meter con las culebras y cuando llegó ahí les dijo:

—¡Ah, hijitas mías! ¿Qué están haciendo aquí? Ustedes van a servir algún tiempo para mecapaes de mis hijos. (*náhuatl*)¹⁶⁰

Las versiones de este mito pueden ser más complejas o simples, algunas incluyen motivos de cuentos maravillosos, elementos prehispánicos tal y como aparecen en monumentos y piezas arqueológicas, santos que participan en la contienda contra Huracán. Este mito es uno de los más complejos y completos del mundo indígena. En ocasiones, el niño-maíz se limita, escuetamente, a llenar las trojes con su sola presencia o se convierte en nixtamal al ser remojado en agua.

HACÍA MUCHOS AÑOS, había sequía y hambruna. Ya no había maíz. La gente vivía como nosotros, en la penuria, pobres, sin posesiones. Un día dos niños, un varón y una mujer, pasaron por las rancherías. Les decían a los habitantes que tenían hambre y pedían que les diesen de comer. Pero nadie quería dar de comer a los niños y recibirlos en su casa. De noche ya, los niños llegaron a la casa de una mujer, le dijeron que tenían hambre y le pidieron que les preparara algo de comer. La mujer les dijo que no podía darles de comer porque no tenía nada en casa, ni un nixtamal. —¡Levántate! —le dijeron los niños—, ve a ver tu nixcón, quizás encuentres nixtamal. —Pero, ¿cómo va a haber nixtamal si hace tiempo que no hay maíz? —replicó la mujer. Los niños insistieron y la mujer se fue a mirar en la cocina. Allí descubrió que, en efecto, su olla estaba llena. Preparó entonces tortillas y los niños se las comieron todas. Ya era tarde y los niños no habían llegado a su destino. Decidieron permanecer donde su anfitriona y le dijeron: —No vamos a acostarnos en el suelo. Vamos a subir al tapanco. Bárralo bien porque está sucio y amarra bien las tablas del tejado.

Los niños subieron al tapanco y se acostaron allí. Durante la noche, la mujer oyó un ruido espantoso que provenía de arriba pero no se atrevió a ir a ver lo que pasaba. Cuando se levantó al día siguiente, los niños ya no estaban, pero el tapanco estaba lleno de mazorcas. Allí donde se había acostado la muchacha había maíz amarillo y donde durmió el muchacho, maíz blanco. Por eso el maíz amarillo crece más rápido que el blanco, porque las niñas se desarrollan más rápidamente que los niños. Los vecinos se arrepintieron porque los niños habían pasado por muchas casas sin que nadie quisiera ayudarlos y vieron entonces que bien hubiese valido la pena recibirlos. Los niños eran espíritus, el *dhipaaka*, el corazón de la mazorca, la vida del maíz. (*teenek*)¹⁶¹

Muchos motivos que datan tiempos muy antiguos —según puede constatarse al compararlos con el *Popol Vuh*— se mezclan en esta versión tepehua con historias de ultramar. La música y las fiestas vinculadas con el niño maíz son frecuentes.

HABÍA UNA MUJER que se había casado con un hombre que sabía tocar música, pero en ese lugar había unos hombres que no querían escucharla; celebraron un baile y banquete invitando con insistencia a aquel hombre, para que viniera a tocar. Al llegar al baile, primeramente, le invitaron a cenar. Le sirvieron en un plato grande; al acabar querían servirle más y él dijo que ya no podía. La intención de aquellos hombres era matarlo con la cena, darle mucha comida para que se le reventara el estómago. Como no lo lograron, le invitaron a jugar pelota y se fue con ellos. Los hombres eran varios, cada uno con una pelota en la mano: aquel hombre no pudo agarrar todas las pelotas al mismo tiempo cuando se las aventaron. Lo mataron con las pelotas, porque eran de fierro.

Fueron a tirar lejos a ese muerto, pero la mujer de aquel muerto estaba embarazada. Dijo: —¿Para qué lo quiero si ya no tiene padre? Mejor tomaré medicina para abortar—. Y en ese momento el niño oyó lo que pensaba, aunque apenas estaba en el vientre de su madre, y le dijo: —No haga eso mamá, tome la medicina cuando yo ya esté maduro, no antes. Yo le digo cuándo; y que me entierren cerca de donde usted siempre va a lavar.

Más tarde, cuando llegó el plazo, nació el niño muerto y fueron a sepultarlo donde él había dicho, a un lado de unas piedras donde siempre iba a lavar aquella mujer. Y un día vio unas matitas de maíz en esa sepultura y empezó a arrancar las hierbas malas, limpiando para que creciera aquella matita que más tarde dio elotes. Los cortó, hizo xames. Al día siguiente se fue a chacalear con otras mujeres y llevó su xame para comer cuando tuviera hambre. A mediodía lo sacó de su morral y le dio una

mordida, tenía un sabor amargo, y dijo a sus compañeras: —Mi xame no sirve, está muy amargoso, prueben—, y todas probaron y dijeron que sí, amargaba. Lo volvió a guardar, y ya de venida dijo: —Voy a echar mis xames al pozo —y que los arroja. Pero de ese pozo salió una tortuga, agarró un xame y se lo llevó. Y ese xame se convirtió en un niño, que la tortuga cargaba. Cuando el niño se ensuciaba, la suciedad le escurría encima de la concha, porque ella no podía limpiar al niño. De tanto ensuciarse le dejó pintada la concha.

Más tarde creció el niño y la acamaya le hizo una flecha. El niño empezó a flechar a los peces, nomás jugando. Y la tortuga, su abuela, le dijo: —No les hagas así a los peces, pobrecitos, no los hagas sufrir.

Pero el niño no oía, no se aplacaba, seguía con su flecha. Un día se enojó la abuela y le dijo a la acamaya: —Hazle otra flecha más grande al niño, para que vuelva con su mamá, porque no entiende, está acabando con los peces.

La pobre acamaya comenzó a construir la flecha, pero al momento de terminar, por descuidada se cortó, rajándose por la mitad la palma de la mano con el cuchillo; y por eso la mano se le quedó en forma de tenaza.

Al niño le dijeron: —Vete con tu mamá, o busca dónde puedes encontrarla.

Y se fue. Llegó a la casa de su mamá y vio un montón de chachapales asoleándose en el patio. El niño no sabía cómo entrar a esa casa porque su madre no lo conocía. Entonces, empezó a pegar con su flecha a los chachapales sin cocer, uno por uno, haciéndoles agujeros. Y se volvía a ir. Aquella mujer tapaba o borraba los agujeros de los *chachapales*, sin saber quién se los hacía.

Un día el niño encontró al escorpión y como no sabía hablar bien le dijo:

—*Ulu, ulu*, correteame—. Entonces el escorpión empezó a corretearle y el niño fue hasta la casa de su mamá y le dijo: —Mamá, mamá, este *ulu* me está correteando.

Aquella mujer dijo: —¿Quién eres, de dónde vienes?

—Yo vine de donde usted me fue a dejar—. Ella dijo que no se acordaba. Entonces el niño empezó a explicarle lo que le sucedió a su padre, cuando murió y de su pasado.

—Pues de allá vine —le dijo a su madre y en seguida preguntó por el instrumento de su papá: que si no lo habían guardado. Y la madre respondió que no: —El instrumento de tu papá se acabó de despegar y ya no está.

Pero él le dijo que estaba en el tapanco, subió y lo encontró. Entonces, empezó a tocar, oyéndose al mismo tiempo dos voces, como si fueran dos las personas quienes tocaban, aunque el instrumento fuera nomás uno. Se oían guitarra y violín. Es entonces cuando nació la música, pero no cualquiera, sino la de costumbre.

Los hombres aquellos que no querían oír la música volvieron a esa casa, se enojaron porque nunca habían escuchado esa música, el padre era el único que sabía tocar.

Preguntaron quiénes eran los que tocaban y la mujer respondió que ninguno: —Es que llegó el día, el momento en que el dueño lo hacía, por eso toca solito el instrumento.

El niño se había escondido y aquellos hombres se fueron. Entonces el niño volvió a salir y volvió a tocar. Regresaron aquellos hombres y dijo el niño: —Yo soy quien tocó el instrumento.

Aquellos hombres, llenos de ira, planearon matarle como habían hecho con su padre. Aquellos hombres invitaron al niño a tocar en un baile y él dijo que sí, que nada más se alistarán. Y se fueron aquellos hombres. Cuando terminaron de alistarse le dijeron al gallo que avisara al músico para que viniera, y al llegar a la casa del músico dijo: —Yo vengo al mandado, que ya es hora que vayas.

—Descansa, pasa adentro, ahorita vamos —dijo él. Más tarde, que llega el ganso y dijo: —Yo vengo al mandado, me dijeron que ya es hora que vayas.

—Ahorita vamos, descansa primero, después vamos juntos—. Entonces el ganso pasó y se sentó y el niño les dijo: —A ustedes, si los matan, nacerán más.

Al poco rato llegó el aguililla y dijo: —Yo vengo al mandado, ahorita mismo tiene que ir conmigo— y se fueron.

Al llegar al baile, le invitaron a cenar primero, pero él ya había dicho al tuzo que hiciera el favor de agujerear los chachapales para que no lo mataran, y así lo hizo. El niño músico llegó al banquete y le sirvieron. A la segunda vez que le iban a servir ya el mole estaba vaciado de todos los chachapales. Es que le había dicho al tuzo, antes de ir al baile: —Me ayudas, irás allá donde voy, porque aquellos me quieren matar con la pura comida, si ves que me sirven, entonces tú empiezas a agujerear los chachapales para que se vacíen todos.

La tuza cumplió la orden de aquel hombre. Como no pudieron matarlo en esa forma, entonces lo invitaron a jugar pelota y se fue con ellos. Cada uno llevaba su pelota de fierro y al llegar al campo empezaron a jugar. Aquellos hombres se formaron y él solo, en medio, y que le avientan las pelotas y todas las agarró. Entonces dijo: —Ahora voy yo—. A cada uno le aventó su pelota y que los mata. Cuando sólo quedaban tres hombres, pidieron: —No nos mates, déjanos como semilla. Entonces aquel músico dijo: —Les dispensaré nada más que me enseñen dónde fueron a tirar al difunto mi padre.

Entonces fueron, y al llegar aquel hombre comenzó a recoger los huesos de su padre formándolos como estaban antes, y al terminar dio siete brincos por encima de los huesos.

Al poco rato se levantaron y se formó una persona idéntica a como era antes, y le dijo a su padre: —Ahora vamos a la casa papá, te llevo cargando, cierra los ojos.

Lo cargó espalda contra espalda de manera que el padre divisaba para arriba. Al llegar a un monte grande comenzó a gritar el papá y él dijo a su padre que no abriera los ojos y continuaron. Al pasar debajo de un árbol se cayó una hoja y al caer aquel hombre cargado dio un brinco y el cargador dijo: —Yo ya te dije que no abrieras los ojos, pero ahora ni modo, los perros son para ti, las balas son para ti y las moscas también. Lleva este pañuelo para que espantes las moscas—. Aquel hombre recibió el pañuelo y se fue convirtiendo en venado y el pañuelo en su cola.

Entonces el hijo siguió. Al llegar a su casa dijo: —Yo fui a encontrar a mi padre, lo traía cargando y le dije que no abriera los ojos, pero cuando llegamos al monte, cayó una hoja seca, abrió los ojos y dio un brinco y se fue. Le dije que los perros, las moscas y las balas son para él. Ahora vamos para abajo—, le dijo a su madre, y se fueron. Al llegar a un río vieron un lagarto acostado boca arriba. Aquel hombre se acercó y le preguntó: —¿Qué tienes en la boca? Abre más.

Y en ese momento que le corta la lengua, y se fueron. Al llegar donde está el señor San Pedro dijeron: —¿Nos das permiso de pasar para ver qué hay más allá?

Y el señor San Pedro dijo que sí. Pasaron y se fueron. Le dijo a su madre: —Te dejo aquí, a ti todos los días te cantarán, todos los días pagarán, todos los días estarás limpia y fresca donde estés, retoñarás y darás semilla.

Ella se convirtió en *santarosa*, y el hijo se fue para abajo. Siguió más lejos y miró una víbora amarrada con cadenas. Entonces se le acercó y le pegó. La víbora dio un movimiento rápido, tronó y relampagueó. En ese momento se comenzó a nublar y al poco rato cayó un aguacero. Aquel hombre comenzó a mover la lengua de lagarto que llevaba y se comenzó a nublar más y tronaba y relampagueaba. Los viejos o truenos se bajaron y fueron a preguntar al señor San Pedro si alguien había pasado o si había dado permiso de que pasara alguien. San Pedro dijo que no.

Los mandaron que fueran a ver quién era. Se fueron y empezaron a buscar; por fin que lo encuentran y lo llevan a donde está el señor San Pedro y le dijo: —Le pedí permiso a usted.

El señor San Pedro dijo que no se acordaba, entonces aquel hombre dijo: —A usted le pedí permiso cuando pasé con mi madre—. El señor San Pedro quedó pensativo, al poco rato se acordó y dijo que sí era cierto.

—No te haremos nada, nada más que le des a cada quien un pedazo de lo que tienes, con lo que haces nublar y llover—. Comenzó a repartirles a uno por uno. Al terminar se fueron. Hasta la fecha. (*tepehua*)¹⁶²

El maíz aparece en el mundo también como una doncella: Nuestra madre *Kúkuru*, Madre del maíz que siempre crece, Madre joven del maíz —le llaman los huicholes. Un joven va en busca del maíz y en vez de recibir mazorcas o granos recibe una esposa. Hay indicaciones precisas de cómo debe tratarla que la suegra no cumple; la muchacha maíz regresa a su casa, lastimada y el maíz se pierde. *Watákame*, el joven de este mito, se ve obligado a sembrar basura, tamo o polvo de maíz, del cual crecen otras plantas durante cinco años, dando frutos distintos antes de poderse cosechar, por fin, verdaderas mazorcas. Este héroe cultural, primer sembrador y sobreviviente del diluvio, es quien trajo a la muchacha-maíz al mundo, descubrió los métodos para sembrar e instauró las ceremonias que acompañan el ciclo del maíz, desde la siembra hasta la cosecha y almacenamiento.

EN UN LUGAR llamado Prikita, casa sagrada de los ancestros, nació el maíz entre nuestras antiguas madres, entre nuestros ancestros.

Ellos habían nacido del otro lado del mar y allá se pusieron de acuerdo, decidieron cómo formar el mundo. Cinco veces caminaron y cinco veces pararon, poblando el mar. Por último, consultaron otra vez para saber dónde iban a formar su pueblo. Así llegaron desde el otro lado del mar hasta la playa; allí, formaron un pueblo cinco veces más grande, en la orilla del mar, por el lado del oriente. Éstos son quienes por primera vez formaron todas las cosas, los que hicieron el primer *calihuei* o casa sagrada.

Allí llegó nuestra madre *Kúkuru*, Madre del maíz que siempre crece, Madre joven del maíz, a la casa sagrada.

Las personas tenían comida, pero todavía no conocían el maíz. Una hormiga arriera lo encontró y empezó a robárselo. La gente del pueblo de *Watákame* también quería tener maíz. Iban a ver a las arrieras y las encontraban haciendo esquites. Les preguntaban de dónde traían el maíz y ellas contestaban que del *calihuei*, pero echando mentiras.

Watákame fue con ellos a traer el maíz, pero por la noche, en el camino, le mordieron las pestañas mientras dormía y ya no pudo ver. ¿Cómo iba a caminar? Se quedó allí. Poco a poco pudo ver de nuevo. Después, la paloma *Kúkuru* le enseñó el camino: cuando la veía, volaba; *Watákame* la buscaba donde se había escondido y la paloma volvía a volar y a esconderse otra vez. Así hicieron hasta que llegó ante una casa. *Watákame* se acercó despacito, llegó y saludó. Vino a recibirlo la dueña de la casa. *Watákame* le platicó lo que le había sucedido y cómo había llegado hasta allí.

La Madre del maíz le preguntó a sus hijas si alguna se animaba a irse con Watákame. Nuestro hermano Watákame pensó: “Vengo por maíz y me están dando una muchacha. ¿Qué le voy a dar de comer? ¿Cómo voy a mantenerla?”

Las hijas eran las cinco muchachas-maíces: la mayor se llamaba *Jayuama*, maíz azul; la siguiente era *Saulima*, maíz colorado; la tercera era *Sayula*, maíz pinto de blanco y rojo; la cuarta era *Tusame*, maíz blanco, y la última era *Tarrawime*, maíz amarillo.

La madre les preguntó una por una cuál quería irse con él pero ninguna aceptó. Watákame se regresó a su casa y cinco veces volvió por alguna de las muchachas. A la quinta vez, la mayor aceptó. Su madre le advirtió a Watákame que no la maltratara: —Cuando llegues a tu pueblo haces un calihuei donde se quedará la muchacha. No va a moler, no va a poner nixtamal. Durante cinco años tu madre debe hacer ese trabajo. Debes darle de comer chocolate de agua y tortillitas, así se va a mantener durante cinco años. Al sexto año ya podrá moler y hacer tortillas. Sólo con esa condición se irá contigo.

Al llegar a su pueblo Watákame hizo el calihuei; pronto lo terminó. Allí metió a la muchacha y así apareció el maíz en su pueblo.

En la noche, en su calihuei, él mismo colocó maíz en el norte, en el sur, en el oriente, en el poniente y en el centro. Al amanecer, había maíz por montones: en el sur estaba el maíz azul; en el norte estaba el maíz colorado; en el poniente estaba el maíz blanco, en el oriente estaba el maíz pinto, y en medio estaba el maíz amarillo.

Así aparecieron el pueblo y el mundo.

* * *

La madre de Watákame entró al calihuei y quedó muy sorprendida: hacía mucho tiempo que sufrían hambre. ¡Qué alegría! Puso nixtamal, torteoó y comieron. Así se obtuvo el maíz.

Cuando llegó la época de coamilear, Watákame empezó a limpiar y a sembrar. Habían transcurrido cuatro años, Watákame *Taumurrawi* coamileó y sembró. Un día cuando estaba trabajando, la señora empezó a decirle a su nuera:

—Tú no trabajas, no haces nada, no torteoas. Ya estoy aburrida de tanto tortear. Ve tu esposo, en cambio, sí trabaja.

Uká ikú, la Mujer maíz, sin decir nada, aguantó que su suegra la regañara.

Watákame seguía trabajando, limpiaba la milpa. Una vez, a su madre se le ocurrió ir a ver el coamil. Se asomó desde arriba. Taumurrawi tenía mucha gente trabajando con él. La mujer regresó a su casa y le dijo a su nuera:

—Tu marido tiene mucha gente trabajando en el coamil y tú ahí sin hacer nada, sin tortear. Si los trae, ¿qué les vamos a dar de comer?

Uká ikú, oyendo a su suegra, sacó maíz y puso nixtamal. Cuando el maíz se coció, la muchacha se despellejó; cuando molió, empezó a sangrar: ella misma se estaba moliendo.

Al ver esto, la suegra le ordenó que dejara de moler y ella torteó. La muchacha se metió a su casa y no volvió salir. Cuando su esposo regresó por la tarde, la buscó y no la halló; la casa estaba vacía, tampoco había maíz.

—¿Dónde está mi esposa? —le preguntó a su madre.

—Entró en la casa, ¿no está allí?

—No, ¿qué le dijiste?

—Le dije: “No estás torteando y mi hijo tiene mucha gente trabajando en su coamil”. Puso nixtamal y cuando molió empezó a sangrar. Le dije que dejara de moler y se metió a la casa.

Watakame regañó a su madre:

—¡Sabías que no debía hacer nada durante cinco años! ¡Todavía le faltaba un año! Debe haberse regresado a su casa, ¿por qué la maltrataste?

Watakame la siguió hasta casa de sus padres. Llegó, pero no pudo verla. Saludó a sus suegros y les preguntó:

—¿No ha llegado su hija? Vine por ella.

—Sí. Llegó muy lastimada, ya no te la vamos a dar —dijeron los padres de la muchacha—. No cumpliste lo que te dijimos, tu madre no pudo aguantar. Ahora, te vamos a vender el maíz, ya no te lo vamos a dar.

Le dieron maíz de todos colores a Watakame Tuamurrawi y le dijeron:

—Debes sembrarlo, pero no vas a cosechar verdadero maíz; debes sembrar durante cinco años las semillas de lo que coseches; sólo después de cinco años tendrás verdadero maíz.

Watakame regresó a su casa y al llegar le dijo a su madre: —No me la dieron sus papás. Me dieron maíz para que siembre cinco años. Así seguiré toda la vida, para siempre.

Watakame cumplió con todo lo que le dijeron. Sembraba y nacían toda clase de yerbas. Él guardaba las semillas. Pasaron cinco años antes de que tuviera maíz como el que le habían regalado.

Por eso, todavía hoy, siguen trabajando en el mundo los huicholes. Si la mamá de Watakame no hubiera regañado a su nuera, algunas mujeres podrían dar maíz. Y los hombres no tendríamos necesidad de coamilear ni de sembrar, así hubiéramos vivido. (*huichol*)¹⁶³

Konrad Preuss, en 1909, recogió diversas versiones del mito de la muchacha maíz. En uno de sus textos huicholes las muchachas son maíz amarillo, maíz rojo, maíz negro, maíz pinto, maíz blanco, flor de calabaza, amaranto rojo. Cuando la madre les pregunta si se casarían con el joven sembrador, ninguna quiere ir con él y cada una ofrece sus razones.

—MAÍZ PINTO, ¿te vas?

—No voy. Mañana o pasado mañana me va a regañar. Camino muy despacito.

—Flor de calabaza, ¿te vas?

—No, me cortará con un cuchillo.

—Amaranto rojo, ¿te vas?

—No, me tirará al suelo. [...]

La madre de las muchachas ordenó al joven:

—Construye cinco trojes y una choza bonita. Durante cinco días coloca flores rojas de cempasúchil en el sur, flores amarillas de cempasúchil en el norte, betónicas en el oriente, tempranillas en el poniente, y en el centro vas a colocar flores de Corpus. Durante cinco días enciende una vela. No vayas a regañarlas. Las dejas en la casa que siempre tienes que barrer. (*huichol*)¹⁶⁴

En la versión cora, el sembrador regresa por la muchacha, lastimada tras moler y poner nixtamal. Los suegros la regresan: ya no sirve, no la quieren ni la protegen. La infeliz muchacha regresa convertida en mujer común y corriente: se ha perdido ya su virtud de reproducir el maíz.

AHORA EMPEZÓ a echar tortillas. Luego quiso poner una tortilla en el comal, pero el fuego la quemó. Así siguió moliendo y lloraba porque el fuego la había quemado. Ahora puso otra tortilla. Después de cinco (tortillas) su mano se quedó pegada en el comal. Cuando se quedó pegada levantó un griterío. Mientras que estuvo gritando, llegó un aire, se levantó un remolino y la jaló. (*cora*)¹⁶⁵

El mito donde aparece el maíz como mujer es común entre coras, huicholes y mexicanos; es mucho menos frecuente en el sur. En Tenejapa, la versión tzeltal narra cómo el zorro es recompensado por haber salvado al Señor Ángel —el rayo—: como premio recibe por esposa a la madre del *xut*, que se convertirá más adelante en sol. Entre todas las hijas del Ángel la elegida fue la Madre del maíz.

UN DÍA el Señor Ángel salió a bañarse al río. Estaba dentro del agua cuando lo sorprendió y lo atacó un enorme animal. Comenzaron a luchar, pero el Señor Ángel

no podía defenderse pues no traía su arma. El animal, que era parecido a un cocodrilo, ya le había tragado las dos piernas cuando, por casualidad, el zorro pasó por la orilla del río.

—Ayúdame —le pidió el Señor Ángel.

—¿Cómo, si no vengo armado?

—Ve a mi casa y trae mi escopeta. ¡Pronto!

—Pero no sé dónde vives.

—Mira, voy a romper mi camisa; el pedazo de tela te llevará hasta mi casa.

El zorro siguió el trozo de trapo y llegó a la cueva donde vivía el Señor Ángel. Su señora era una rana; le dio el arma y le recomendó que no la destapara ni la mirara —mucho menos que la fuera a usar.

El zorro regresó y entregó la escopeta.

—¡Muchas gracias! Ahora escóndete: no vayas a asomarte; cava un foso y allí te entierras para que mi arma no te alcance.

El zorro cavó el foso y allí se metió. Como era curioso, quería ver la batalla entre el cocodrilo y el Ángel. El Señor disparó y su contrincante cayó fulminado, pues su escopeta era el rayo. Hasta ahora, se les llama al relámpago y al trueno Señor Ángel. También murió el pobre zorro. Lo alcanzó el disparo y le flameó el pelo.

Cuando el Ángel salió a la orilla para agradecer su ayuda al zorro lo encontró chamuscado en el playón. Le sopló y así lo revivió. Luego, lo invitó a su casa para pagarle sus servicios.

—No gracias, no me des nada —dijo el zorro— también yo te debo la vida.

—Bueno, si no quieres pagar, cástate con una de mis hijas, para que seas mi yerno. El Señor Ángel tenía cuatro hijas: *Sme' Ixim*, Madre del maíz, tenía el pelo rubio y la ropa llena de masa; la Madre del frijol, era morena y tenía el pelo negro; la Madre de la jícara, era meca, tenía la piel muy blanca y la cara redonda; Madre de la calabaza tenía la piel y el pelo entre rojizo y amarillo.

El zorro vio a las cuatro mujeres y eligió a la Madre del maíz. Se casaron y tuvieron dos hijos.

En esos tiempos nadie sembraba maíz pero la mujer a fuerza quería que su marido hiciera una milpa para mantener a sus hijos.

—Yo no sé trabajar, no es mi costumbre. Además, nada te falta, pues te traigo todo lo que necesitas.

No quería sembrar, era holgazán. La mujer insistía, quería que sus hijos fueran sembradores. El zorro se negaba.

—¿Por qué quieres que limpie el monte? Yo no estoy acostumbrado a sufrir para poder comer. Si no tienen hambre, ¿para qué quieres que siembre?

Peleaban mucho. Por fin el zorro se cansó de los reclamos de su mujer y la abandonó. Salió al monte y ya no regresó. Hasta ahora el zorro roba comida a los otros para mantenerse. (*tzeltal*)¹⁶⁶

En la Chinantla también hay una Virgen madre del maíz.

HABÍA UN HOMBRE y una mujer; el hombre se fue a trabajar y la mujer se quedó en la casa. Ella tenía una hermana y siempre le daba maíz. El hombre lo sabía y reclamaba a su mujer por qué estaba haciendo esto —porque la hermana no quería ayudar con el trabajo. El hombre le pegó a su mujer, ella lo abandonó y se escondió, y esa misma noche desapareció el maíz. Al final se descubrió que esta mujer era la Virgen madre del maíz. (*chinanteco*)¹⁶⁷

En distintas lenguas, mitos semejantes cuentan cómo dos yernos hicieron la primera milpa. Tras la boda, ambos comienzan a trabajar las tierras de su suegro. Uno de ellos es el Pájaro-flojo —correcaminos, o alguna otra ave de pesada que no remonta el vuelo, solamente aletea para posarse más lejos— y el otro yerno es diligente y tras muchas tribulaciones sube al cielo para convertirse en estrella matutina o en alguna constelación.

SUCEDIÓ ASÍ: Un viejo y su esposa tenían dos hijas; el padre decidió que las muchachas ya estaban en edad de elegir marido. La celebración del mitote, donde él cantaría, era buena ocasión para hacerlo. Les recomendó a sus hijas:

—Cuando bailen, toquen las manos de los hombres, quienes las tienen ásperas son los más trabajadores.

La Iguana y el Pájaro-flojo estaban cerca y escucharon estas palabras; llegando a sus casas se lavaron las manos con cal.

Esa noche comenzó el mitote, el viejo cantó, los invitados bailaban. Las muchachas tocaban las manos de los hombres al bailar; se dirigían con ellos hasta el altar del patio, sujetándolos.

Así hicieron con todos y por fin llegó el turno para bailar con los de las manos ásperas; los retuvieron, agarrados de las manos, hasta que terminó el baile. Avisaron a su padre.

—Ya encontramos a los que nos recomendaste.

—No los suelten, bailen con ellos hasta que termine el mitote, luego nos arreglaremos. Comenzaron a bailar otra vez, y cuando ellos querían retirarse las muchachas los sujetaban de las manos y los regresaban hasta el patio. Bailaron así hasta que amaneció. El viejo llamó a Pájaro-flojo y a Iguana. Les dijo:

—Bailaron toda la noche con mis hijas, les agarraron las manos; y como así no es la costumbre, ahora tienen que casarse con ellas. Ya no regresarán a sus casas, aquí se quedarán para atender a mis hijas y trabajar.

—Bueno, pues nos quedamos —aceptaron. Y así se fueron a vivir en la casa de los suegros.

Pájaro-flojo pidió al suegro que le diera un machete y un hacha para ponerse a trabajar.

—Voy a comenzar la roza del terreno, para hacer mi coamil.

El viejo le dio las herramientas y el yerno se marchó. Llevaba en su morral una olla y su maíz.

Llegó hasta una cueva, recogió leña, acarreó agua. Sacó su olla, prendió la lumbre y puso a cocer el maíz. Mientras la olla borboteaba, se acostó a descansar y se quedó dormido. Despertaba a ratos para atizar la lumbre y otra vuelta se volvía a dormir. Acostado en la sombra, avivaba la lumbre, dormitaba. Cuando el maíz estuvo cocido se levantó por fin —el sol ya estaba cerca del horizonte. Comió su maíz, bebió su agua, quedó satisfecho; luego lavó la olla y la metió al morral. Como ni el machete ni el hacha tenían huella de haberse usado, para que nadie se dieran cuenta los golpeó contra una piedra hasta que se rompieron. Así los quebró.

Ya era tarde cuando regresó. Le avisó a su suegro:

—No sirvieron tus herramientas. Los árboles de allá están muy duros; se quebró el hacha, se quebró el machete. Encárgame otras herramientas.

El suegro le consiguió otra hacha y otro machete y volvió a salir para trabajar.

Mientras tanto, el yerno iguana tejía mecates junto al arroyo. Su suegro lo regañaba:

—¿Por qué no trabajas?

Pájaro-flojo dizque trabajaba, él dizque sí salió a rozar, regresó otra vez con las herramientas rotas.

—¿Pues qué árboles talas que están tan duros? —le preguntaba el suegro.

La tercera vez que salió al desmonte el suegro, desconfiado, lo siguió hasta la cueva y lo espió: vio que dormía y comía; vio como quebraba el machete y el hacha, pero no dijo nada.

Cuando regresó a la casa, Pájaro-flojo pidió otro par de herramientas. Entonces el suegro le reclamó enojado:

—¿Por qué me pones en vergüenza? ¿Por qué me engañas? No se ve tu trabajo por ninguna parte.

Comenzó a pegarle al yerno con un palo, lo corrió de la casa, le aventó piedras.

—Vete, Pájaro-flojo, ¿por qué haces así? Vete, lárgate, no te quiero por aquí, ya no regreses nunca.

Pájaro flojo huyó corriendo.

—Eres un flojo, no quieres trabajar.

—Tu, tu, contenté a tu hija un rato —cantaba al irse—, tu tu —decía al caminar.

Y el viejo ya no quiso al yerno flojo.

Mientras tanto Iguana seguía tejiendo su mecate, ya tenía bastante. Entonces decidió: —Ya voy a desmontar mi coamil.

Se fue al monte. Amarró uno con otro los mecates y rodeó todo el terreno. Jaló el mecate y los árboles comenzaron a quebrarse, se quebraron. Cuando ya había tirado todo el monte soltó el mecate y se marchó.

Transcurrió una luna y la Iguana le dijo a su mujer que ya era tiempo de quemar lo que había trozado.

—Avísale a tu madre que se encierre en el cuscomate y que se cubra, no sea que la mate el humo, porque voy a quemar el desmonte.

La mujer fue a avisarle a su madre: —Tu yerno va a quemar.

No hizo caso. —¿Qué cosa va a quemar si no rozó? ¡Miente! Nomás se la pasa haciendo mecate, ni trabaja.

—Pues así dijo: que te encerraras para que no te llegue el humo.

—¿Para qué voy a encerrarme? Miente.

Iguana se fue a quemar el desmonte y como la suegra no le creyó no se encerró. La vieja se quedó ahí sentada y la alcanzó el humo, se ahogó. Cayó al suelo, la mató el humo, ahí quedó.

Cuando terminó de quemar, Iguana regresó y preguntó a su esposa:

—¿Se encerró tu madre?

—No, allá está tirada.

—¿Qué le pasó?

—La mató el humo.

—¡Pero yo avisé para que se cubriera!

—Pues no te creyó.

Iguana se acercó a su suegra y le habló:

—Levántate, ¿qué te pasó?

Se acercó y le dio una patada. Ni se movió. Le dio otra patada; al rato se levantó.

—Me quedé dormida.

—Vaya que dormiste, el humo te mató.

—No estaba muerta, nomás estaba dormida.

Al levantarse, le salía humo por la nariz, por las orejas y por el culo. Poco a poco se recuperó, siguió viviendo.

El yerno le dijo a su mujer:

—Pídele un poco de semilla a tu madre—. Y ella fue.

—¿Para qué la quiere si todavía no hace su roza? —respondió la suegra.

—Eso fue lo que él me dijo que pidiera.

No le dio nada, ella le avisó a su esposo:

—No quiere dar nada.

—Bueno, entonces busca cascaritas, paja, polvo de maíz, de calabaza y de huate. Ella recogió con cuidado la basurita y se la entregó. La iguana la recibió y se marchó. Sembró ese desperdicio en los surcos. Cuando terminó, regresó a su casa.

Ya le tocaba desyerbar. Al salir le pidió a su mujer que le llevara tortillas a mediodía. Cuando llegó a su coamil Iguana se arrancó las uñas y de ellas se formaron personas. La gente caminaba por la milpa, desyerbando.

La mujer echó tortillas y se las llevó a su marido. Cuando estaba cerca del lugar, ya casi para llegar, vio a muchas personas.

—Son muchos los que están trabajando y yo traigo pocas tortillas, ¡no van a alcanzar, es bastante gente!

Se regresó a su casa, preparó un canasto de tortillas y volvió a donde estaban trabajando. Cargaba toda esa comida, apenas si la aguantaba. Cuando llegó, vio solamente a su marido. Los demás ya se habían ido.

—¿Y los que estaban trabajando contigo? ¿A dónde se fueron?

—No, no vino nadie, trabajo solo.

—Pero yo los vi, por eso me regresé a hacer más comida.

—No, estoy solo, torteaste muchísimo.

—Es que vi a muchos trabajadores. Acércate a comer, aquí está tu bastimento. Cuando Iguana terminó de trabajar, regresó a su casa. Al día siguiente la mujer le llevó comida otra vez; vio a mucha gente pero ya no se regresó, le dio de comer solamente a su marido.

Dos días tardaron apenas en desyerbar todo el campo.

—¿Cómo es posible? —le preguntó su mujer.

—Pues sí, ya terminé.

—Dile a tu madre que vaya a cuidar que nadie nos robe. El huate ya está maduro, dile que se traiga un poco.

Ella fue a decirle a su madre.

—Ve a traer huate.

—¿De dónde quieres que lo traiga, si ni sembró nada?

No creyó. Fue para allá y se metió entre las matas de maíz. El brillo rojizo del huate se extendía hasta la lejanía. Quiso cortarlo pero un vigilante corrió hasta donde estaba y la picó. Luego la atacó otro. Los guardianes eran muchos, todos la picaban.

La vieja caía, se revolcaba, quería correr, pero los espanta-pájaros la golpeaban con sus picos.

Se levantó con trabajos y regresó con las manos vacías.

—¿Quiénes son tus vigilantes? ¿Por qué no me avisaste? ¡Mira cómo me lastimaron!

—Ve otra vez —le dijo la Iguana— voy a decirles que te dejen pasar.

Volvió con su chiquihuite, tantas eran las calabazas que parecían piedras en un cerro pedregoso. Llegó lejos y a la milpa todavía no se le veía la orilla. Caminó hasta mediodía y no se terminaba. Por fin creyó, regresó con el canasto lleno de elotes y calabacitas.

—Mi yerno sembró —dijo al volver—. Iguana tiene bastante terreno sembrado.

Comieron. Y ya quiso al yerno, porque le daba de comer.

Pero no le duró mucho, volvió a sentir rencor y a regañarlo porque era pobre. Y su esposa también lo maltrataba.

Iguana decidió entonces irse al cielo. Se marchó, se llevó el fuego y allá lo escondió, allá se quedó. Es ahora la Estrella Matutina. (*cora*)¹⁶⁸

Al subir al cielo, desaparece el fuego. El Hombre-iguana lo escondió. Nuevamente encontramos otra inversión del orden usual: en este mito la aparición del fuego es posterior a la del maíz, los coras tuvieron que robárselo a la iguana celeste. Para subir al cielo debían escalar y sólo el tlacuache logró hacerlo, para quitarle la lumbre a la Estrella Matutina. Preuss considera que “el maíz es la estrella matutina o vespertina, que desciende del cielo en primavera y regresa en otoño, de tal manera que estos astros son al mismo tiempo el fuego celeste, que cultiva la parcela en la primavera y después de la cosecha regresa a su morada celeste”.¹⁶⁹

Se le llama hoy en día milpa del pájaro-flojo al campo con zacate alto, parecido al maíz. Los huicholes dicen también que éste pájaro —*Ira*— es el que causa una enfermedad llamada flojera.

Los dos yernos también son rivales —uno de ellos holgazán— en mixteco, náhuatl y teenek.

Así LE PASÓ a un hombre pobre, y dizque flojo, que tuvo tan buena suerte, que se dice que se transformó en lluvia. Un día, ese hombre mandó a su mujer a pedirle prestada tierra a su padre, pero el suegro no creía que la fuera a trabajar; decía que era un flojo sólo porque lo veía muy humilde. En su casa, su otro yerno vivía con ellos; a ése sí le tenía confianza; tenía fe en el trabajo que iba a hacer, lo veía como si fuera un hombre muy trabajador. En cambio al otro, no le creía porque era muy humilde.

La mujer fue a pedir tierra para su marido; después fue otra vez a pedir un garabato viejo —o sea, un machete curvo. Eso pidió.

—¿Qué tanto pide ese tonto? Si es un flojo; ni es cierto que vaya a usar nada —le dijo su padre a la muchacha, el mero viejo. Estaba muy mortificado; pensaba que lo iban a echar a perder.

—¡No vaya a echarme a perder mi terreno ese menso! Su trabajo no sirve, es de balde. ¡Qué distinto el hijo que tengo aquí!, ¡éste sí es hombre, trabaja bien! El otro, de seguro me echa a perder el terreno. Pero vete, pues, qué se le va a hacer, que vaya a sembrar —aceptó por fin—. Que lo mida, pues, y me vienes a decir.

—Bueno, está bien, pues —dijo la hija.

Ella regresó y le avisó a su marido:

—Dijo que lo va a dar, que lo midas.

Entonces su esposo, que es el chupamirto, midió la tierra: dio siete brincos, esa fue la medida —era un terreno grandísimo.

Volvió a ir a pedir la tierra la mujer, y su padre, como ya había prometido darla, tuvo que aceptar. Ella regresó y le avisó al marido:

—Dice que está bien.

—Bueno, ahora voy a ir a trabajar; llévame mis tortillas a mediodía.

—Está bien.

Se puso a moler. Salió a llevar comida hasta donde estaba trabajando su marido. Al llegar cerca, oyó mucho bullicio; había mucha gente trabajando, por eso se oía tanto ruido.

—¡Ay, Dios! ¿Y ahora? No van a alcanzarme las tortillas, son pocas; no van a poder comer todos. ¿Cómo no me avisó tan siquiera que iban a venir tantos hombres? Hubiera puesto más nixtamal.

Bajó su ollita de frijoles y allí la paró. Bajó su teconte de tortillas y allí lo paró. Cuatro veces le brincó por encima para que la comida aumentara y luego fue a donde estaba su marido. Lo llamó:

—Ven a comer.

Llegó él, pero ya no había nadie más; todo estaba en silencio.

—¡Ah! ¿Dónde están todos los que estaban trabajando contigo? Me pareció que eran muchos, cuando venía; me dio mucha vergüenza.

—No te apures, van a comer luego.

El hombre empezó a despedazar una tortilla y tiró los trozos al suelo. Luego, se sentó a comer.

La mujer se regresó. Detrás de ella, otra vez empezó el bullicio de los trabajadores. Al día siguiente, se fue de nuevo el hombre; trabajaba de la misma manera. Al cuarto

día, ya había terminado de limpiar su terreno, su tlacolole; ya había llegado el tiempo de quemar.

Otra vez mandó a su mujer a ver al mero anciano, para que viniera a pedirle perdón a la tierra y él pudiera empezar a quemar, para que nada le sucediera a esa tierra. La mandó. Llegó ella a hablar nuevamente:

—Ve a rezarle tantito a la tierra, para que mi hombre pueda quemar su tlacolole.

—¿Qué tanto quieren estos flojos? Estoy apurado con mi hijo, voy a ir con él. Y ahora, ¿qué también hizo mucho tlacolole?

—También tlacololeó; tlacololeó él, dice —informó la muchacha.

—¡Ay! Voy a pensarlo y luego llego. Vete y dile que me venga a traer, para que vayamos. A ver si es cierto lo que dice el flojo. ¿Qué estará haciendo en mi terreno? Ni cuenta me he dado. ¿Qué estará haciendo?

Se regresó ella.

—Dice mi padre que irá contigo. Vete tú por él, dice; allá irá él, dice.

—Está bien, pues.

Salió el hombre pobre, fue a alcanzar al señor anciano. Llegaron; empezó a quemar el tlacolole. El anciano entró en medio del tlacolole; allí estaba sentado, hablándole a la tierra. Pero el hombre ya había prendido la parte baja del tlacolole. Entró la lumbre, avanzaba el fuego. Llegó hasta donde estaba el hombre anciano. El fuego empezó a preocuparlo, pensó: “¿Qué estará haciendo ese tonto?” La lumbre siguió caminando, avanzó. Ya estaba allí, lo alcanzó. Le reventó la cabeza, se le salieron los sesos: allí quedaron tirados. Mientras, el dizque flojo andaba por arriba, quemando; iba subiendo, barriendo la orilla de su tlacolole; barriendo iba. Cuando venía ya de regreso, pensó: “¿Qué estará haciendo allí el viejo, todavía?”

Se regresó hasta donde estaba; apenas si se levantaba.

—¡Ay! Me quedé dormido mucho rato en el tlacolole de ustedes. No sé por qué me dormí tanto. Llegué y me senté aquí; no me di cuenta de cuándo me agarró el sueño; dormí mucho.

—¿Qué sí?

Cada cual se fue a su casa.

—¡Ay! No me fue bien, ni tantito. Fui al tlacolole de ese pobre tonto y me quedé dormido mucho rato —contó el viejo.

Y no es que se hubiera dormido, sino que se había quedado tirado en el lugar donde se le tronó la cabeza.

Llegó el día de sembrar y, otra vez, el pobre le dijo a su mujer:

—Irás a ver a nuestro padre, a ver si tiene tantita cabeza de maíz; aunque sea sobra o chiquita, tantita semilla que nos dé para que sembremos. A lo mejor te va a decir

otra vez que no hay; aunque sea la cabeza de las mazorcas que nos den, para que sembremos.

—Sí, está bien.

Salió, fue a pedir la cabeza de mazorca. No se la dieron; maíz de trigo, del que tiene espigas, fue lo que le dieron.

—Aunque sea esto llévate; no vale la pena darte maíz. El hombre que vive con nosotros, nuestro hijo, es él quien va a sembrar lo bueno. Tu marido flojo, aunque sea con eso que se vaya a entretener. ¿Dónde crees que va a sembrar? ¡No sembrará nada ese tonto! ¡Qué va a sembrar ése, hombre! Este otro, ése luego se ve que es trabajador; ¡inteligente se ve nuestro hijo! En cambio el flojo, no parece que vaya a hacer nada.

—Está bien —dijo ella.

Se regresó. Agarró ese maíz de trigo y se lo llevó. Llegó a decirle a su marido:

—Nada más me dieron esto; dicen que no hay otra cosa, pues ya fueron todos a pedir. Eso quedó nada más, dicen.

—Está bien, va a servir, déjalo allí. Irás nuevamente, esta vez a pedir un tantito de frijol y una poca de semilla de calabaza para que los siembre.

—Sí.

Y salió otra vez y se fue.

—Dice que si tienen un poco de frijol que me den para que él siembre.

—Hmm, ¡qué bien molesta ese flojo! ¡Qué tanto quiere ese flojo, hermano! ¡Cómo fastidia! Dale semilla de chicayota amarga para que la siembre; que le lleve eso. Aunque no sirva, que eso tenga, pues el pobre tonto no va a cumplir. Mi hijo, éste otro, ese es quien va a sembrar todo lo bueno; con él es con quien comeremos.

—Dice él que también me den un poco de frijol; me pidió también tantita semilla

—dijo la pobre mujer.

—Dale ese frijol pichoaca, que se lleve aunque sea esos colorines; que se vaya. Me da lástima mi hija, porque vive con ese flojo, hermano.

Le dieron el frijol pichoaca y ella lo llevó, junto con la semilla de chicayota. Se fue; llegó a entregarle todo a su marido:

—“Nomás esto”, dicen; “ya no hay frijol”, dicen; “ya no hay semilla”, dicen. Nomás esa semilla me dieron. “Nomás esos frijoles”, dicen.

—¿Qué sí? Sirven, las vamos a sembrar, no te preocupes. Lo plantaremos, déjalas allí, me las voy a llevar.

Salió el hombre y se fue. Allí estaban los que le ayudaban a hacer su tlacolole. Los llamó y llamaron todos.

El otro yerno fue a sembrar cosas buenas en su tlacolole. Pero los ayudantes del pobre trajeron todas esas cosas buenas y las sembraron en el tlacolole del flojo. Lo

que la mujer había traído de la casa de su padre, fueron a dejarlo los ayudantes del pobre al tlacolole del hombre listo: así cambiaron todo, así obtuvo el flojo todo lo bueno.

El hombre pobre empezó a trabajar, limpió y cuidó su tlacolole; los elotes empezaron a crecer en la milpa. Entonces le dijo a su esposa:

—Mujer, ve otra vez a hablar con nuestro padre, que venga a bendecir la milpa para que podamos empezar a comer elotes. Ya están listos, que venga a bendecirlos para que los comamos.

—Está bien.

Salió una vez más a hablar con su padre.

—Papá, ven tantito a bendecir nuestra milpa, para que empecemos a comer elotes; ya están listos. Mi marido me mandó para que te pida que vayas tantito; dice que vengas a la milpa y la bendigas.

—Nja, ¿para qué? ¿Qué voy a hacer hasta allá? ¡Qué va a servir esa cochinada! No sirve, no es cosa buena; es amargo lo que les di. ¿Para qué voy a comer esa porquería, pues? Falta poco para que nosotros también comencemos nuestra fiesta. Vamos a ir con nuestro hijo, voy a bendecir su milpa, antes que nada. Él sí me preocupa. No voy a ir contigo.

—Pero él dijo que tenías que ir.

—No, pues no iré. ¿Para qué voy si lo que sembró no sirve para nada? Puras cosas amargas plantó. ¿Qué voy a hacer hasta allá? No voy con ese pobre tonto.

—Está bien, pues —contestó la hija.

Se fue a su casa y le contó a su marido lo que le había dicho su padre:

—“No va a tener tiempo”, dice; “tiene mucho trabajo”, dice; “mañana va a empezar a bendecir también la milpa de mi hijo”, dice; “que no va a tener tiempo”, dice.

—Dile que no tardará. Ellos harán su fiesta, y ¿nosotros?, ¡pobres! Que venga aunque sea un ratito a bendecirnos la milpa; regresará pronto. Vete, dile que no tardará con nosotros; dile que venga.

Y ella le fue a insistir.

—Dice que vengas conmigo; dice que no tardarás.

—Jmm, ¡qué tanto quiere ese flojo! ¿Por qué me exige tanto? ¡Qué va a sembrar nada bueno! ¡No sembró nada bueno! No iré; tenemos trabajo. Mi hijo está apurado para que vaya con él. En cambio a tu marido, ¿qué le apena si lo que tiene no sirve, si está amargo? Mi hijo inteligente es quien sembró lo bueno, no como lo que sembró él.

—Me dijo que fueras; eso fue lo que me pidió.

—Vete, dile que no iré; tengo mucho quehacer.

Volvió a su casa y le avisó a su marido:

—“No va a venir”, dice; “tiene mucho trabajo”, dice.

—¿Qué sí? Está bien, entonces.

El pobre hombre platicó con sus ayudantes, con los animalitos que le habían ayudado: el morrongo o jicote, el chupamirto y la tuza. Estos animales empezaron a cantar y a tocar detrás de la casa del suegro cuando comenzó la fiesta. Se oía muy bonito su canto. Allí estaban:

—*Tata, ñoo vii; tata, ñoo ndatno; tata, ñoo vii, tata, ñoo ndatno*; semilla de tierra buena; semilla de tierra bonita; semilla de tierra buena; semilla de tierra bonita.

Y el mero viejo ordenó:

—Njá. Vayan a traer a esas personas, que vengan a donde estamos; que se acerquen, se oye muy bonito. Que suene fuerte la música; que se vea que estamos de fiesta, pues cantan muy bien. ¿De dónde salieron esos hombres? ¡Qué bien cantan! Llámenlos, tráiganlos.

—Está bien.

Los llamaron y allí estuvieron. Los animalitos prepararon canalitos por debajo de la tierra, para que todo lo que tomaran los de la fiesta se fuera por allí. Y el pobre hombre ya tenía preparadas cuatro ollas; allí las paró en su milpa. Los de la fiesta tomaban y tomaban pero todo lo que bebían se les salía por abajo, y esa bebida llegaba hasta la casa del pobre. Llenaron las ollas. Cuando los animalitos se dieron cuenta de que ya no había más bebida en esa casa, supieron que ya estaba todo preparado en la casa del pobre, pues ya desde antes se habían puesto todos de acuerdo. Se levantaron y se fueron cantando y tocando; cantando y tocando se fueron. Que-riendo o sin querer, todos se fueron siguiéndolos.

—¿A dónde van éstos? Voy a seguirlos —dijo el viejo y se fue tras ellos.

—¡Ah!, van a la casa del flojo. Voy a seguirlos. ¿Para qué irán allá? Si no sembró nada bueno, ¿por qué van para allá también? Voy a seguirlos. ¿Qué irán a hacer? ¿Por qué llamó a esos músicos también? Yo pensé que sólo iban a estar en nuestra casa, y ahora van para allá. Voy a seguirlos y luego regreso.

Los siguió; ni siquiera esperó a comer lo que habían preparado en su casa. Salió hacia la casa del pobre. Todavía no llegaba y ya se olía sabroso: olía a calabaza, olía a cocimiento de ejotes, olía a elotes hervidos. Y todo olía muy sabroso. Llegó.

—Padre, venga, ¿por qué no quería venir? Venga pronto —lo llamaba el pobre.

—Jmm, ¿qué cosa hacen, hermano?

—Ah, estamos haciendo esto, y preparamos bebida para que tomen.

Se sentaron allí todos. El anciano, quiera que no, tuvo que rezar. Comió lo que habían preparado y se regresó a su casa.

—Me voy; también así se tiene que hacer en mi casa, con mi hijo. Ya me voy.

Regresó; se fue para allá y lo que tenían era chicayota, ejotes de pichoaca, maíz de trigo. Eso fue lo que obtuvieron; lo bueno, estaba en la otra casa.

Agarró a su yerno listo y lo trompeó en la cara, lo cacheteó, le jaló el copete.

—Vete, no eres buen hombre. ¿Acaso eso fue lo que te di para que sembraras? ¿Qué no fue otra cosa lo que te di? Esto que veo aquí, se lo había dado al flojo; él cosechó cosas buenas y en cambio tú cosechaste lo que era de él.

Lo cacheteó, lo tiró al piso; el yerno se fue llorando, y ahora es el correcaminos que grita por el monte.

Así termina este cuento del pobre que logró tener buena fortuna. (*mixteco*)¹⁷⁰

CÓMO SE PERDIÓ EL MAÍZ

Aunado al relato de cómo fue obtenido y domesticado el maíz, encontramos la explicación de cómo y por qué se perdió. En tiempos pasados seguramente ambos formaban parte de un solo ciclo narrativo; ahora aparece también en fragmentos aislados la pérdida de la abundancia por transgresión, curiosidad y descuido. No creer que un solo grano o una sola medida bastan y excederse, tirarlo, dejarlo tocar el piso o desparrramarlo, asustarlo, lo hace mermar. La codorniz, los jóvenes e inexpertos ayudantes del rayo que ponen a cocer más de un grano como se les ordenó; los parientes celosos que acusan a la mujer de pizcar mal, cuando una sola mata daba redes enteras de mazorcas: ellos terminaron con la medida que siempre saciaba. La virtud inicial del maíz, rendir mucho, se pierde para siempre.

Una de las pruebas que el donador les hace a los jóvenes que salen a correr mundo es darles una tortillita o una tacita de atole; ellos piensan que el viejo es tacaño por ofrecerles tan escasa ración, no creen que se puedan llenar con tan poca comida. Y pierden aquel bastimento primordial que nunca se acaba. Existen también varios ejemplos de recipientes de frijol y tortilla mágicos, que nunca se vacían; aunque siempre se quiebran o son robados. Como quiera que sea, hay que proceder minuciosamente con las primeras indicaciones y respetar las prohibiciones y rituales requeridos por el maíz. También la aparece virtud de las milpas, donde intervienen ayudantes mágicos y herramientas que trabajan por sí mismas. Los relatos del crecimiento acelerado del maíz durante la huida de Cristo —quien perseguido por los judíos o demonios, pide a los labradores que digan que lo vieron cuando apenas sembraban; cuando sus enemigos pasan, la milpa ya tiene mazorcas— resumen el largo proceso de sembrar y cosechar granos distintos hasta obtener mejores cosechas, o simplemente piedras.

LOS HUASTECOS fueron creados cuando un dios masticó maíz e hizo masa, así los hizo. Este dios salió de un disco de color rojo. Vivían en un lugar delicioso con una mazorca pegada en el mentón y diario se alimentaban con maíz. Y se reproducían mezclando sus alientos. Una vez un hombre, un maldito, se le desprendió la mazorca que tenía en el mentón, y automáticamente todos los huastecos la perdieron. Arrancó a todos la mazorca que traían en el mentón. Entonces, se enojó el dios Nānahuatl. Y cuando se enojó echó a todos los huastecos y los condenó a sembrar y cultivar el maíz solos. (*nāhuatl*)¹⁷¹

ANTES SE COCÍA EL MAÍZ, y con un solo grano alcanzaba para hacer pozol; con un solo grano de maíz alcanzaba para hacer tortillas; ahora, bastante maíz hay que cocer para hacer tortillas; bastante para hacer pozol. Todo por culpa de la codorniz. Había una muchacha que iba a dejar el maíz al lugar donde estaban trabajando los hombres. Ya son las doce, va la muchacha por un rastrojo, cuando se levantó una codorniz. La muchacha se espantó y tiró el maíz que llevaba; se regó, allí dejó un poco, ya no pudo levantarlo completo; allí perdió el maíz y por eso ahora se tiene que cocer bastante, ya no de uno, por culpa de la codorniz. (*huave*)¹⁷²

EL DIOS Y LA DIOSA del trueno eran esposos y se pelearon. Entonces la diosa picó la superficie de sus metates y tiró el polvo sobre las mazorcas que el dios tenía guardadas. Huyó a la Costa Chica. Gorgojos y orugas de la palomilla del gusano del maíz brotaron del polvo y se comieron el maíz. Por esto los gorgojos y las orugas comen las mazorcas hoy en día. El dios no tuvo qué comer y fue al monte para escarbar y sacar camotes silvestres. (*triqui*)¹⁷³

LOS HABITANTES de las comunidades de la sierra cuentan el cuento del pájaro corre-caminos, que antes se llamó María Haragana. Hubo antes un señor que tenía una criada en su casa. Este señor ordenaba a sus criados cocer el nixtamal de acuerdo al número de personas que comerían: un grano de maíz para cada uno. El maíz crecía dentro de la olla y así se preparaba el nixtamal.

Un día una de las sirvientas desobedeció al patrón y puso más. La olla se reventó. Al día siguiente le encargaron que fuera a llevar el bastimento a los que trabajaban en el campo. La criada aceptó y fue a dejar la comida, creyendo que los peones eran gentes. Iba con su canastita en la cabeza rumbo al campo. Cuando llegó vio puros azadones trabajando. Se extrañó y se empezó a reír. Los azadones cayeron al suelo y ya no pudieron levantarse. Regresó a la casa. La despidieron. La echaron lejos. Y fue entonces que se convirtió en pájaro. Empezó a cantar lunes, martes, miércoles,

jueves, y hasta ahora canta así. El penacho que tiene en la cabeza tiene forma de canastito, como aquel donde había llevado la comida hasta el campo. (*cakchiquel*)¹⁷⁴

La estructura de los mitos y las secuencia de motivos permiten reordenar distintos fragmentos del relato como unidades autónomas. El mito del sol de Tenejapa comienza cuando el Ángel es atacado por el cocodrilo y casa a su hija, la Madre del Maíz, con el zorro que la salvó. El xut y los dos malvados hermanos son sus nietos; el zorro la abandona. El segundo segmento del mismo mito habla del xut y su transformación en sol. Si uniéramos la primera parte de ese mito con el que explica el origen de las ardillas, donde se habla de la pérdida del maíz, obedeceríamos más a la lógica de los mitos que al orden impuesto por Pérez Conde en el libro *Leyendas y cuentos de Tenejapa*. En la versión de este relato recopilada por Guiteras, el marido haragán salva al padre de la virgen de una terrible criatura, semejante a un brazo peludo, que lo ataca en el río. Este flojo le lleva su tambor al rayo y se casa con ella: procrean dos hijos. Al final abandona a los niños, que corren la misma suerte que los de la historia de Tenejapa.¹⁷⁵

SE CUENTA UNA LEYENDA acerca de las ardillas que existen: *chuch sok*, la ardilla de cola larga y *ts'ej*, la ardilla de cola corta.

Antiguamente vivía una mujer con su marido. Un día ella empezó a preparar su milpa. Su esposo le preguntó dónde había ido.

—Nada más fui a rozar la milpa.

—¿Y quién te ordenó que la rozaras?

—Nadie, yo misma pensé en hacerlo; tarde o temprano nuestros hijos y nosotros necesitaremos comida.

—Bueno, ahí tú lo ves; a ver qué haces con la milpa que preparaste.

Y así pasó el tiempo, el marido mandaba a su mujer pues él no quería ir a trabajar. Un día el hombre dijo:

—Voy a pasear al monte y llegaré tarde.

—Pasa a ver nuestra milpita, para saber si está enmontada o no.

—Está bien, a ver si puedo pasar.

—Pero ¿qué te cuesta ir?

El hombre fue a pasear y regresó ya tarde. Cuando llegó le dijo a su mujer:

—Ya regresé. Pasé a ver la milpa. Quién sabe qué cosa les salió a tus plantas en la punta.

—Pues son las flores que tiene que dar el maíz.

—No sé. No me gusta lo que tienen las matas de nuestra milpa en la punta.

—Bueno, mañana iré a ver si es verdad lo que me dices.

La mujer fue a su milpa y vio que estaba floreando. Empezó a capar unos cuantos jilotes y regresó.

—Ya vine, traje un poco de jilote que corté.

—Pero, ¿de dónde sacaste esos jilotes? Cuando yo fui, no había nada.

—Los corté en nuestra milpa.

—Mentira, fuiste a robar en otra milpa. Mejor te pego, para que nuestros hijos no aprendan de ti; tarde o temprano serán grandes ladrones.

Le pegó a su mujer, le sacó bastante sangre de la nariz. Por esta razón los olotes son siempre rojos, hasta nuestros días, porque la mujer se limpió con ellos la nariz.

El hombre volvió a salir al monte. Ella se quedó llorando en la casa, con sus dos hijos. Les dijo:

—Miren mis hijos, me regreso a casa de mi padre, porque el papá de ustedes me pegó. Cuando llegue, le dicen que ustedes no saben a dónde me fui.

—Mamá, ¿cómo vamos a comer si te vas a la casa de mi abuelo? Mejor vamos contigo.

—No, aquí se quedan acompañando a su padre.

—No, nos vamos contigo o nos moriremos de hambre.

—Les diré cómo conseguir alimentos: van a golpear tres veces el *tol* y allí tendrán tortillas. También les dejaré una ollita de frijoles; tocarán tres veces allí para tener alimentos. Pero no vayan a decírselo a su padre.

—Está bien, haremos lo que nos mandas.

De esta manera obtenían sus alimentos los dos niños, tocando en la ollita de frijoles y en el tol de las tortillas.

En las tardes su padre llegaba de pasear y se preguntaba de dónde sacarían sus alimentos.

—¿Por qué no se han muerto? Ya llevan muchos días sin comer —les decía este mal hombre a sus hijos.

—No, no nos morimos porque Nuestro Señor Dios nos está dando la vida.

—¿Y dónde está su mamá?

—¡Quién sabe! Como le pegaste, dejó dicho que se iba a la casa de nuestro abuelo.

—Está bien. Voy a trabajar nuevamente, ahí ustedes ven cómo hacen para vivir.

Y así se quedaban los dos niños en la casa, porque el hombre malo tenía otra mujer, esa era la razón por la que golpeaba a su legítima mujer. Cuando regresaba a donde estaban sus hijos les preguntaba:

—¿Dónde encuentran comida?

—En ninguna parte, estamos aguantándonos el hambre.

Otra vez los dejó el hombre malo, se fue a donde le daban de comer a él. Los pobres niños tenían también los alimentos necesarios.

—¿Hasta cuándo van a morir? Ya no los soporto, me estorban; ¿qué clase de comida tienen? A ver, ¿dónde la tienen escondida?

El mal hombre empezó a registrar la ollita de los frijoles y el tol de las tortillas, pues sabía dónde los guardaba su mujer. Encontró la ollita llena de frijoles cocidos y el tol lleno de tortillas. Los quebró. Así los niños ya no comerían, se morirían de hambre.

El hombre sí tenía alimentos, comenzó a batir su pozol.

Los niños pepenaban las migajas del pozol que se le caían a su padre, porque ya no aguantaban el hambre.

—No pepenen, déjenlo —les ordenó—, que lo recojan las hormigas.

—Pero mi señor padre, tenemos hambre. ¿Por qué nos quebró nuestro tol y nuestra ollita de frijoles? Nos moriremos de hambre, ¿cómo cree que podremos aguantar tantos días sin comer? Estamos sufriendo.

El hombre malo salió, se fue. Los niños quedaron otra vez solos en la casa. Tenían mucha hambre, comenzaron a llorar muy tristes.

Estaban sentados en el patio de la casa cuando vieron un zopilote volar por el cielo.

—Primo, primo —lo llamaron—, ven. Estamos muriéndonos de hambre, llevamos muchos días sin comer. Por favor, consíguenos alimentos.

—¿A dónde está su mamá? ¿Qué no viven con sus padres? ¿Por qué tienen tanta hambre? —les preguntó el zopilote.

—Se pelearon, ella nos dejó con nuestro papá y se fue con nuestro abuelo. Por eso tenemos hambre, por eso este sufrimiento, no sabemos a dónde ir.

—Pues yo sé dónde está su madre. Si quieren ir con ella puedo llevarlos, pero les advierto que solamente los dejaré cerca, pues si los llevo hasta donde está ella se enojará. Está tejiendo en el patio grande que tiene su abuelo.

Les explicó que los llevaría y les ordenó que pusieran trampas para cazar ratones:

—Mañana vendré a comer esos ratones —les dijo el zopilote.

—Está bien, haremos las trampas para ratones; pero con la condición de que vengas por nosotros y nos lleves a donde vive nuestra madre. Con gusto te daremos los ratones que nos encargaste.

—Bueno, entonces mañana me esperan, vendré a comer los ratones que harán el favor de conseguirme.

Los dos niños hicieron las trampas que el zopilote había pedido y lograron atrapar muchos ratones.

Al día siguiente vino el zopilote que les había recomendado hacer las trampas para atrapar ratones.

—Primos, ¿hicieron lo que les pedí?

—Sí, lo hicimos.

—¡Qué bueno! Pásenmelos, traigo mucha hambre y necesito comer. A ver, ¿cuántos atraparon?

El zopilote comenzó a comer ratones hasta quedar satisfecho, hasta tener el buche lleno.

—Ya terminé de comerme sus ratones, súbanse a mis alas.

—Está bien, si va usted a hacernos el favor de llevarnos a donde está nuestra madre.

—Tú que eres el más grande súbete en mi ala derecha, como eres el mayor pesas más. Ahora tú, que eres el más chico, subirás a mi ala izquierda, pues no pesas mucho.

—Está bien primo, usted manda, se hará como usted dice.

Por esta razón el zopilote vuela balanceando las alas hasta la fecha: la que se baja es por el niño mayor que se montó allí, y la que sube es la del niño pequeño, que aún no pesaba mucho.

El zopilote voló y así es como los niños se fueron montados en sus alas. Los llevó hasta donde estaba tejiendo su madre, pero no llegó hasta donde estaba la mujer, los dejó cerca de donde tejía pues tenía miedo de que lo viera cargando a sus hijos y además, nadie podía entrar a la casa y ver a la madre de los niños.

—Aquí nada más se van a quedar —les dijo el zopilote— porque ya está cerca el lugar donde está su madre. No le vayan a decir quién los trajo, porque si le dicen mi nombre, me va a regañar.

—No le diremos nada, gracias por traernos hasta acá.

El zopilote se regresó a buscar su sustento en las montañas, como es su costumbre. Los niños llegaron donde estaba su madre y le dijeron:

—Madre, llegamos hasta acá porque estamos sufriendo muchísimo.

—Ay, ¿qué buscan aquí? ¿Cómo supieron dónde estaba, quién se los dijo?.

—Nadie, venimos acá por nuestra propia voluntad, queremos estar con usted.

—No, no pueden quedarse en casa de mi padre, va a regañarlos su abuelo. Tienen que ir a vivir con su padre. ¿Por qué vinieron? Les advertí que se quedaran y, además les dejé su tol de tortillas y su ollita de frijoles para que se mantuvieran solos.

—Nuestro padre nos quebró el tol y la olla.

—Está bien, no importa, les daré otra cosa para mantenerse. Le daré una mazorca a cada uno, no la vayan a perder, y no vayan a voltear para atrás.

—Ah bueno, no voltearemos.

¡Cómo no! Se voltearon a ver, pues ya estaban lejos de donde vivía su madre. El menor volteó y por eso perdieron sus mazorcas.

Ya no regresaron a donde vivía su madre, mejor se fueron a vivir en el monte.

—No tenemos donde conseguir nuestros alimentos —dijo el hermano mayor—, mejor viviremos en el monte; así, lograremos conseguir comida.

—Yo no puedo conseguir nada, soy muy pequeño. Tú ya sabes, pero yo aquí nomás me quedo y ni modo, moriré de hambre.

—No, yo te enseñaré a conseguir tu comida, aprenderás.

Empezaron a trepar en un árbol y sus brazos se convirtieron en patas de animal. Después les salieron pelos en todo el cuerpo y quedaron definitivamente convertidos en ardillas. Empezaron a comer frutas y todo lo que crece en las milpas de los campesinos.

Por esta razón hay personas en Tenejapa que tienen los apellidos Girón Chuch, pues tomaron el nombre de esta ardilla. También existe el apellido Girón Ts'ej porque el hermano menor, igual que el otro, se convirtió en esta ardilla que abunda en Tenejapa. Así termina la leyenda de estos dos animales, que fueron dos hermanos abandonados por sus padres; uno fue Girón Chuch y el otro fue Girón Ts'ej. (*tzeltal*)¹⁷⁶

Se pierde el maíz al cocerlo o prepararlo; se pierde también al cosecharlo:

SEGÚN CUENTAN LOS ANTIGUOS, el rey Condoy vivía con su esposa y con su hermana, de nombre María.

El rey Condoy se dedicaba al campo, tenía su parcela y cultivaba maíz, frijol y papa. Una vez mandó a su hermana María a cortar elotes. Le dijo:

—Ve a pizcar los elotes, pero ten cuidado. No los cortes todos, pizca sólo unos pocos. María se fue con su ayate y no tardó mucho. Regresó y le dijo a su hermano:

—Ya pizque los elotes—. Traía muchos.

—¿Por qué cortaste todos los elotes? —le dijo su hermano—. Te dije que pizcaras sólo unos pocos y ya pizcaste toda la milpa. Voy a ver la parcela y si es cierto que pizcaste todo, te voy a cortar un brazo.

El rey Condoy fue a la milpa y, al llegar, vio sorprendido que todos los elotes que su hermana había cortado eran de una sola mata. Se regresó.

Cuando llegó a su casa, María ya no estaba. Había huido, temerosa de que Condoy le cortara el brazo. Al salir de la casa, se llevó la mano del metate.

Condoy regresó y le preguntó a su esposa: —¿Dónde está María? ¿Por qué me engañó? La voy a regañar.

—Corrió, tenía miedo de que le cortaras el brazo.

—María, María —la llamó—, espérame, espérame. (*mixe*)¹⁷⁷

No hubo mazorcas desde un principio —pero los instrumentos trabajaban solos y los antiguos tenía la capacidad de transformar partes del cuerpo en ayudantes como narran los coras, alguna versión de Sentiopil, o en Chiapas, donde el kox, araba con he-

ramientas portentosas, columpiándose. Se pierde para siempre la virtud inicial de las mazorcas y los granos: ser del mismo tamaño que la necesidad o el hambre.

Los primeros sembradores inauguran y ordenan los trabajos y los rituales que deben acompañar al maíz. Además de mitos o ceremonias en todas las lenguas, en México hay una cultura cotidiana y universal, construida alrededor del maíz que nos acompaña hace milenios: nos singulariza, nos distingue y nos marca día a día: desde la materia con la que fue hecha el primer hombre hasta el bastimento que acompaña a los difuntos al otro mundo.

Los mitos sobre el maíz son los más abundantes; hay otros más donde se explica cómo llegaron al mundo el frijol, el camote o las papas; el tomate y el chile.

El tabaco cimarrón o macuche, el toloache, el peyote, la datura; el sahuaro y la biznaga, quelites y verdolagas, al ser productos silvestres, se explican como restos de la sangre, sudor, orines, uñas o partes del cuerpo desperdigado —cabello, tripas— que los dioses o primeros creadores dejan en el monte.

DIVERSAS DESGRACIAS

EL DILUVIO

Nada hay, en el terreno de los mitos, tan universal como el diluvio. Es por eso que se avienen tan bien las versiones bíblicas importadas por los primeros evangelistas con los relatos de una gran inundación, originados en nuestro continente.

El diluvio marca el quiebre definitivo entre los seres divinos y las criaturas mundanas; también es el momento en el cual la manera de ser de cada cual se fija definitivamente: los hombres dejan de entender el lenguaje de los animales y éstos pierden la potestad del habla humana. De aquí arrancan las diferencias e inequidades entre los seres humanos, los privilegios y las injusticias. El entorno queda también fijo: “En Quitovac el agua alcanzó la mitad de la aldea. Por esta razón la parte baja de la aldea es la mitad negra y la parte alta es *la* mitad de espuma”.¹⁷⁸ Los relatos etiológicos que explican por qué las cosas, los paisajes, los seres y los hombres son como son se vuelven muy escasos después de este segundo ciclo de regeneración del hombre sobre la tierra: las cosas son por fin —casi— lo que son y también el mito como explicación del mundo está por terminar.

Si bien algunos relatos del diluvio son casi idénticos a los de la Biblia,¹⁷⁹ sin ningún elemento o con apenas algún toque autóctono, otros son bastante diferentes, aunque también acá la tierra se inunda o solamente algún elegido se salva del cataclismo.

El mito inicia con señales que advierten al elegido sobre algo inusitado que sucederá pronto; o con el aviso de alguna divinidad o ser extraordinario que le informa que terminará el mundo y le da instrucciones precisas para salvarse. Es motivo frecuente que lo ya desmontado vuelva a crecer, como sucedía en Chiapas en la milpa del k'ox, cuando vivía en la tierra —y en el *Popol Vuh*— cuando se usaron las mismas palabras para incitar la rebelión a los caídos: “levántense árboles, únanse bejucos”. Cuando el agraviado agricultor reclama por el perjuicio a su trabajo, el mensajero o el dios mismo explica lo que sucederá.

DICEN QUE SE EMBARAZÓ una mula y tuvo su cría. También una perra sarnosa ayudaba a cocinar a un señor viudo, porque se le murió su esposa y no tenía quien le diera de comer. Otro señor que desmontaba para su milpa de temporal, diariamente acudía a su trabajo pero siempre que llegaba encontraba todo igual, como si no hubiera desmontado. Cierta día encontró un zopilote arriba de un árbol llamado huarumbo y el señor empezó a trabajar, pero el zopilote les dijo a los montes: —Levántense y párense.

* * *

—Dentro de quince días será el diluvio; dicen que construyas tu arca, pero muy grande, para que quepan todos tus compadres, tus familiares, animales y todo lo que se ocupa en la vida diaria. Es mejor que regreses a tu casa y descanses. El señor obedeció y se lo contó a toda la gente del pueblo: que habría un diluvio. No le creyeron, decían que el señor estaba loco, ni que fuera Dios para que le creyeran. (*mixe*)¹⁸⁰

NUESTRO DIOS quiso ayudar a sus criaturas. Entonces se decidió a fertilizar la tierra por un diluvio universal. Por eso, aquel conejo que descansa en la luna vino hasta aquí a la tierra para explicarles cómo habría un diluvio. Empezó a llover día y noche. Se inundaba por todas partes, sólo una familia se salvó: un padre, una madre, un hijo y dos hijas. (*náhuatl*)¹⁸¹

En el diluvio de los huicholes de Santa Catarina, el protagonista es aquel primer sembrador de quien ya tenemos noticias: *Watákame*.

Nakawé —Madre Crecimiento, traduce Lumholtz— que tiene un doble aspecto nutricional y fecundo o terrible y caníbal le avisa a *Watákame* lo que debe hacer y llevar.

NAKAWÉ, la Madre tierra, apareció en la Barranca Colorada. Andaba por las peñas y se comía a las personas que pasaban por allí, a nuestros ancestros animales. Vivía en medio de la enorme barranca.

La gente desaparecía y era ella quien se las robaba; las llevaba a su cueva y allí se las comía. Los ancianos se preguntaban qué animal sería aquel que se comía a tanta gente; dormían con la intención de verla y agarrarla en sueños, pero no se les revelaba. Nakawé era una anciana jorobada que andaba por el monte apoyada en su bordón.

Un señor llamado Watákame, el coamilero, empezó a desmontar su coamil. El primer día desmontó y por la tarde se fue a su casa. Al día siguiente regresó y encontró el coamil como si no hubiera trabajado. Así le sucedía todos los días. Al quinto día se le ocurrió espiar para saber qué sucedía y se escondió a la orilla de la milpa.

La anciana jorobada salió del oriente, se paró en medio del terreno y señaló con su bordón hacia el sur, el norte, el oriente y el poniente. Los árboles empezaron a levantarse y se formó otra vez el monte. El señor Watákame se enojó y corrió hacia ella amenazándola con su machete.

—¡Eres tú quien está perjudicando mi milpa! —le dijo—; trabajo diariamente y al regresar encuentro mi coamil enmontado de nuevo. Tú eres la que me hace esto, ¿por qué? ¿Te estás burlando de mí?

Le reclamó y le reclamó, amenazándola con el machete.

—No me mates —le dijo Nakawé—, perdóname y olvídate de eso: voy a platicarte una cosa.

Y Nakawé empezó a contarle a Watákame: —La gente va a desaparecer, pero tú te vas a salvar. El agua acabará con el mundo; dentro de cinco días subirá el mar. Tienes que hacer una canoa de salate y cubrirla bien. Busca una perrita de color negro y súbete con ella en la canoa. Junta semillas de maíz y de frijol y te las llevas. Busca además cinco cabezas de calabaza para que las enciendas, como velas.

Tal y como se le ordenó, Watákame empezó a hacer su canoa; en cinco días la terminó. Juntó las semillas, las cinco cabezas de calabaza y la perrita, como le había dicho Nakawé.

Al quinto día se presentó la vieja y le ordenó subir a la canoa. Antes de subir con su perrita y todas las cosas a la canoa, Watákame le preguntó a la anciana:

—¿Tú no vas a venir?

—Yo me voy arriba de la canoa, para taparlos bien.

Watákame subió a la canoa y Nakawé se montó encima.

El día que ella lo había anunciado el mar empezó a subir y la canoa a flotar. Subieron con el agua que ascendía, hasta toparon el azul del mar y el azul del cielo. La canoa

se dirigió hacia el norte y el señor Watákame prendió una de las cabezas de calabaza, pues así lo había ordenado Nakawé. Un año duró prendida esa calabaza antes de que toparan con el norte.

De allí se regresaron, dirigiéndose hacia el sur. Tardaron otro año en llegar. De allí se fueron al poniente, luego hacia el oriente. Nakawé lo guiaba diciéndole, cada vez que llegaban a un lugar, que prendiera una cabeza de calabaza. Así se acabaron las calabazas.

Del oriente se vinieron hacia el centro y allí se quedó flotando la canoa. Ya habían pasado cinco años y el agua comenzaba a descender.

Por fin se detuvieron, pero la tierra estaba todavía muy tierna. Se quedaron sin bajar dos días. Al tercer día, Nakawé tocó la tierra con su bordón para ver si podían bajar, pero todavía estaba muy blanda. Poco a poco la tierra se secó, pasaron cinco días, y al sexto día bajaron. La canoa se quedó en el lodo y, al endurecerse éste, la canoa se transformó en cerro. (*huichol*)¹⁸²

Resultan clarísimos aquí los lugares a donde viaja la canoa, la duración del viaje y lo que sucede cuando bajan las aguas. Lumholtz anota también los detalles del viaje indicados por Nakawé, que corresponden con el territorio sagrado de los wirrárica y el número cinco.

—VA A CAER un gran diluvio antes de cinco días. Vendrá un viento muy fuerte que olerá a chile y te causará tos. Haz con el tronco de un salate una caja de tu tamaño; ponle una buena tapa para encerrarte dentro, y lleva contigo cinco granos de maíz de cada color y cinco semillas de frijol, también de cada color; toma asimismo lumbré y cinco sarmientos de calabaza para alimentar el fuego, y llévate una perra prieta. El indio hizo lo que le mandaron. A los cinco días tenía lista la caja y puestas en ella todas las cosas que le habían dicho. Se encerró con la perra negra, y la viejecita puso la tapa, cubriendo todas las aberturas con pegamento. Entonces se sentó encima con una guacamaya en el hombro. La caja anduvo sobre el agua durante un año con dirección al sur, otro hacia el norte, un tercero hacia el poniente y el cuarto al oriente. El quinto año fue levantada muy alto, pues todo el mundo se había llenado de agua, y hasta el sexto comenzó a descender y se detuvo sobre una montaña, cerca de Santa Catarina, donde puede verse todavía. El indio levantó la tapa y vio que aún estaba la tierra llena de agua. Pero las guacamayas y los loros abrieron barrancas y separaron los cinco mares. Entonces se comenzó a secar la tierra y nacieron los árboles y la yerba. (*huichol*)¹⁸³

Los sobrevivientes llevan con ellos maíz, otras semillas, alimentos, animales. El elegido cuenta lo que le han dicho los dioses y nadie cree en el aviso; suele ser tomado por loco.

—Y AHORA lo que tienes que hacer es una caja donde vas a entrar, porque va a venir la lluvia; va a deshacer el pueblo —dijo el señor.

Entonces este viejito regresó otra vez a su misión. Fue a dar la vuelta al pueblo y muchos lo creyeron y bastantes, casi todo el pueblo, no le creían. Muy poca gente le creyó al señor grande.

Entonces ya el viejito comenzó a su trabajo. Comenzó a hacer su caja donde le había recomendado que el día cuando ya va a venir la lluvia, ahí va a entrar. Esa recomendación tenía. Y que si es que alguien venía a querer escaparse en su caja, que no lo permitiera. Esa recomendación tenía ese viejito. (*mixe*)¹⁸⁴

ENTRÓ CON SU FAMILIA todo y las cosas que tenía en su casa. Y sus hijos también entraron. Y también el cacalote y un zorro y una palomita. (*mixe*)¹⁸⁵

ÉSTE ERA UN HOMBRE de treinta años que quizá no tenía pecados. Su divertimento era trabajar. Dicen que se divertía desmontando, y un día tumbó un desmonte muy grande, al otro día ya estaban los palos otra vez parados. Así estuvo trabajando y siempre los palos se levantaban, parados. Y así estuvo trabajando hasta que pensó que iría a espiar quién levantaba los palos, y entonces vio a un viejito que iba levantando los palos con un bordón y le dijo que por qué le levantaba los palos, que ya había trabajado haciendo un desmonte. Entonces respondió ese viejito: —No, ya no es tiempo para que trabajes. Si quieres trabajar entonces trabaja en otra cosa.

Le dijo: —Tumbas un salate y le haces un agujero. Lo vacías, te voy a poner plazo para que en ese tiempo lo has de acabar.

Entonces cuando vino el viejito ya había acabado de hacer el arca. Entonces dijo: —Pues ahora ve agarrando cuantos perros hay en el mundo y animales, hembra y macho, y tantito maíz para que estés comiendo, y agua. Media fanega de maíz que no se acabe, un pozo de agua que no se acabe, y lo metes dentro del arca.

Y entonces se cumplió el tiempo, el plazo que puso, y ya estaba listo para encerrarlo. Y ya cuando comenzó el diluvio, cuarenta días estuvo lloviendo. A los cuarenta días ya andaba sobre el agua el arca y ellos adentro encerrados. Andaban nadando sobre el agua. El primer tope que dio en el suelo fue para el oriente, y luego se fue para el norte, y luego al poniente; luego al sur; y luego se fue otra vez hasta el oriente, y luego subió al cielo otra vez de vuelta. Así se ajustó los cinco golpes que dio en el cielo, y se apeó en el oriente. A los siete días que el hombre

andaba dentro del arca, el viejo fue a verlo y le dijo: —Sal a ver—. Salió y vio que todavía no podía salir, porque el mundo estaba tiernito, y lo dejó otra vez por allí. (*tepehuano*)¹⁸⁶

El tiempo que pasan los hombres en las aguas es muy variable: pueden ser cinco años o tres días, o un lapso indefinido pero suficiente para arrasarlo al mundo y secarse, para llegar al borde del mundo en cada dirección o para alcanzar a cubrir algún cerro. El lugar donde se posa el cajón, arca o canoa será siempre una montaña señalada como sagrada en las geografías míticas.

ENTONCES ALGUNOS se subían al techo de la casa y otros a los árboles, pero de nada les servía, porque el agua seguía subiendo exageradamente y llegó hasta el cielo. El arca flotaba encima del agua, cuando rozó el cielo, sonó buguummmm. El agua duró tres días en secarse. (*mixe*)¹⁸⁷

El conejo, aprovechando la cercanía del cielo, trepó a la luna y allá quedó resguardado.

UN HOMBRE siempre trabajaba pero nunca aumentaba su milpa. Día y día trabajaba y no salía nada. Cada vez, cuando amanecía, había monte en su milpa. En la noche la dejaba limpia y en la mañana era monte de vuelta. Un día el hombre cortó el monte pero no se fue a su casa. Se quedó en su milpa para ver cómo se volvía cada vez monte. Durante la noche llegó el conejo, le habló al monte, levantando la mano: —¡Monte, vuélvete a levantar! —y el monte empezó a levantarse de vuelta. El hombre vio quién era el que hablaba así y le dijo al conejo: —¿Por qué haces eso?

El conejo le dijo al hombre: —Porque ya no rinde tu milpa, ya no te va a dar de comer tu trabajo, el tiempo ya se va a acabar, ya se acerca la destrucción, se va a ahogar la tierra. Haz un arca para que te salves, ya viene el diluvio, el aguacero, mete adentro tu leña y cosas para comer, y junta zacate encima del cajón, ahora me voy.

El hombre siguió el consejo del conejo porque ya se acercaba el agua. Le tomó cien años de trabajo hacer el arca. Todos los animales tienen que entrar en el arca, de dos en dos. El hombre hizo el cajón y puso zacate encima para el conejo, tal como le dijo. Vino el diluvio, llegó el aguacero, empezó a llover muy fuerte. Se llenó la tierra de agua y empezó a correr el cajón encima del agua, con el conejo encima. Cuarenta días duró la catarata. El castigo vino porque Dios quiere que toda la gente bajo el cielo conozca a Dios y sus mandamientos, para que se acabe la gente mala, los que no son creyentes. La iglesia es como el arca. La gente mala son los espíritus malignos, no son como nosotros. Esos se escondieron en la tierra. Por eso hay luga-

res malos donde se puede caer. Los buenos se fueron al cielo y los malos a los cerros y dentro de la tierra. Cuando vino el diluvio se levanta el agua y el arca llegó hasta el cielo. Cuando llegó al cielo, al conejo le dio frío y buscó lumbre para calentarse. Fue a las estrellas y no lo recibieron, fue al sol y no lo recibió, no lo dejaron calentarse. La luna tampoco quiso recibirlo pero el conejo se metía por la fuerza en la luna, sin orden, para calentarse. Tres veces salía de allá para ver si el cajón todavía estaba y un día se olvidó de salir y ya se había bajado el arca. Así se queda en la luna. Cuando está llena la luna, se ve el conejo; tiene orejas muy largas. Por eso se dice que cuando muere el conejo su alma se va a la luna, porque la luna es la patrona del conejo. Cuando la luna brilla el conejo sale a jugar. (*teenek*)¹⁸⁸

El viaje y el retorno a la tierra marcan para siempre el carácter de los sobrevivientes o los acompañantes, sean semillas, animales o herramientas. Aquello que data de un mundo anterior —hombres, maíz, lenguas— tiene un carácter sagrado; sin embargo, también hay resabios aterradores de seres de tiempos anteriores.

ANTES EXISTÍAN GIGANTES que se comían entre ellos, pero a los dioses no les gustaba que hicieran eso, entonces mandaron humo negro y se murieron. Después inundaron el mundo, pero antes pusieron en un barco hecho de chalate semillas de todo, un par de cada animal, un hombre y una perra. Ya después que se fue el agua, salieron todos de la barca —hacia el oriente se encuentra el lugar donde está la barca y las huellas del hombre y la perra, ya hechas piedras de tepetate. El mundo estaba planito y todo mojado, como pantano, pero ya cuando se secó un poco, estando buena la tierra para sembrar, el hombre sembró todo el mundo —que antes era más chiquito— y así quedaron los montes y los árboles y todo. El hombre hizo su casa y en las mañanas se iba a trabajar; al regresar se encontraba todo arreglado y comida hecha. El hombre no sabía quién preparaba todo, pues sólo estaban él y la perra, así es que un día se quedó a espiar y vio que la perra se quitaba la piel y se convertía en mujer. Cuando la perra no se dio cuenta, el hombre cogió el cuero y lo quemó. Llegó la mujer chillando y le dijo que por qué quemó su piel y el hombre le dijo que para que se quedara con él y que se acompañaran. Ellos tuvieron muchos hijos y todos somos hijos del hombre y de la perra. (*cora*)¹⁸⁹

CUANDO EL MUNDO se llenó de agua, una muchachita y un muchachito subieron a una montaña llamada Lavachi (guaje), situada al sur de Panalachic, de la que descendieron cuando el agua hubo bajado, llevando consigo tres granos de maíz y tres frijoles. (*tarahumara*)¹⁹⁰

ES LA HISTORIA *ndiligueay* mundo, que significa cambiarse el mundo, voltearse al revés, hacerse otro.

Había un señor, pero no tenía esposa; sólo tenía dos perros: una hembra y un macho. El señor era campesino. Había mucha gente en el mundo. El señor soñó que el mundo se iba a voltear, se iba a hacer otro. Un día soñó que le venían a avisar que se acabaría el mundo. Él es de suerte, porque el mismo Dios le vino a avisar; pero él no sabía si era Dios quien le decía que iba a empezar a subir el mar. No creyó: tres veces soñó, a la tercera Dios le dijo:

—¿Ya está listo lo que te encargué? Si no quieres hacerlo, tú sabes, pero yo ya te avisé. Y creyó a la tercera vez y empezó a hacer lo que Dios le dijo: se puso a torcer mucho mecate de palma. La gente le preguntaba que para qué quería tanto mecate y él les decía que el mundo se iba a transformar y les contaba su sueño. Y la gente le decía que si ya se estaba volviendo loco.

—Pues crean, o no crean, así soñé.

Al poco tiempo tuvo bastante mecate y empezó a subir la mar viva. Cuando vio que comenzó a levantarse el agua, se metió en su canoa con sus perritos y con sus alimentos: maíz, calabaza y frijol —el maíz, la calabaza y el frijol, son los únicos alimentos que vienen de antes del diluvio. El hombre pudo comer todo ese tiempo del diluvio porque todavía no se había perdido el maíz; con un solo grano alcanzaba para tortillas y con un solo grano alcanzaba para pozol. Amarró un metate a su canoa, para que quedara como ancla y que él pudiera regresar a su tierra. Subió el agua, se llevó la canoa para arriba, abajo quedó el metate amarrado con el mecate de palma. Varios días estuvo flotando hasta que poco a poco el agua fue bajando. Cuando empezó a bajar el agua, él iba recogiendo todo el mecate, hasta que regresó al lugar de donde había salido.

Él había llevado alimentos, pero cuando regresó a la tierra ya le quedaban pocos. En la tierra no había gente, todos se murieron. Pues él, ¿qué cosa va a hacer? Pensó en trabajar otra vez; empezó a trabajar en el campo porque sus alimentos ya eran pocos y tenían que comer él y sus perros; y así siguió trabajando en el campo.

Un día regresó de trabajar del campo y en un de repente, vio que ya están hechas las tortillas; pero, ¿de dónde sale esto? Llegó al otro día de su trabajo; igual, están las tortillas recién hechas. ¿Y de dónde salen tortillas recién hechas si no hay gente? Y entonces pensó investigar lo que sucedía. Al otro día se fue a trabajar, pero a medio camino se regresó; se vino a esconder cerca de la casa para ver quién está haciendo sus tortillas y vio el lugar donde estaban los perritos, estaban jugando y oyó que estaban hablando:

—A mí me toca moler hoy y a ti te toca echar las tortillas.

Y el otro le contestaba:

—Quítate la piel y ponte este pedazo de tela como ropa.

Y se quitaron la piel y la dejaron a un lado los dos. El hombre estaba viendo; de lejos, pero estaba viendo. Se cubrieron con los trapos, empezaron a trabajar.

Y se regresó a su milpa y trabajó. En la tarde regresó a su casa como siempre y vio que ya están hechas las tortillas; las hicieron los perritos. Cuando llegó, brincando lo recibieron los perritos, al modo de los perritos. Y empezó el hombre a comer las tortillas con los perritos.

Tres días los espió. Al tercer día se fue otra vez a su trabajo pero llevando un poquito de sal. A medio camino se regresó para atrás y se escondió cerca del lugar donde vive. Vio que los perritos se quitaron la piel y se transformaron en gente; los perritos se quedaron como niños. El hombre se levantó entonces y corriendo les echó sal a las pieles de los perritos; y al echarles sal ya no se pudieron acercar los perritos, porque la sal es bendita y así se quedaron como gente. El hombre escondió las pieles lejos; los chamaquitos pedían sus pieles llorando, pedían perdón a su dueño; pero el hombre ya no quiso devolverles las pieles, las escondió de una vez.

Y de una vez se quedaron transformados en gente. De ahí crecieron los perritos y se casaron, vivieron y durmieron; así tuvieron hijos, ahí empezó otra vez a multiplicarse el mundo. Por eso la gente de San Mateo cree que ellos son hijos de los perros; por eso no se puede matar un perro por matar. Así dicen, creen que el mundo se fundó de los perros, así es la creencia. (*huave*)¹⁹¹

En distintas culturas y muy distantes lenguas, el acompañante es un perro: pueden ser varios perros o puede ser sola una hembra, como en la conclusión del mito huichol, donde *Watákame* debe reiniciar su vida solitaria.

NAKAWÉ LE DIJO a Watákame:

—Ahora sí, te vas a quedar aquí con tu perrita. Siembra la semilla que traes, empieza como se empezó antes. Yo te voy a estar viendo, por aquí voy a andar. Tú mismo vas a ser como semilla, pues ya se murieron todos tus hermanos, todos se perdieron.

Nakawé cavó canales con su bastón, uniéndolos hasta llegar al mar, para que el agua secara pronto. Así formó los ríos y arroyos que hasta ahora existen en todo el mundo.

Watákame sembró donde estaba húmedo; no había monte, así nada más sembró. Dos años anduvo de un lugar a otro. Al tercer año ya había un poco de maleza, así que hizo su casita y empezó a coamilear.

Él mismo hacía su comida y sus tortillas y se iba a trabajar. Al regresar por la tarde, su perrita salía a encontrarlo en el camino.

Un día la perrita caminó delante y a señas le mostró el lugar donde se guardaban las tortillas. Watákame revisó y encontró tortillas calientes. Pensó: “¿Quién vino, quien torteó?”

Le preguntó a la perrita:

—¿Quién vino a tortear?

Como la perrita no podía contestarle, solamente lo miraba moviendo la cola. Watákame empezó a cenar.

Diariamente encontraba lo mismo al regresar de su trabajo. Se fue a coamilear otra vez y allá se encontró con Nakawé quien le preguntó:

—¿No notas algo raro en tu casa cuando regresas por la tarde? ¿No encuentras algo extraño?

—Sí, cuando llego por la tarde encuentro tortillas; no sé quién las hace.

—Esas tortillas las echa tu perrita. Espíala y si sale de la casa con otra forma, te vas rápidamente y echas su piel, que por ahí debe estar, al fuego o las brasas calientes. Antes de esto haces *jatumari* (maíz crudo molido y disuelto en agua) y cuando regrese la bañas con esta agua, para que se convierta en una persona, como tú.

Watákame se fue pensando en lo que Nakawé le había dicho. Al otro día salió a trabajar. Se escondió a cierta distancia de la casa, para ver qué hacía la perrita. Estaba echada en el patio. Pasó un rato y la perrita se levantó y entró a la casa. Salió transformada en persona. Iba desnuda, llevando unos bules al arroyito donde su dueño acostumbraba ir a acarrear agua.

Watákame entró corriendo a la casa: allí estaba la piel de la perrita; la echó al fuego, la tapó con las brasas y preparó el *jatumari*.

En el río, la perrita aullaba; lloraba la perrita: —Ai, ai, ai, ai, ai.

Regresó corriendo, con los bules a rastras. Entró en la casa. Rápidamente Watákame la bañó con el *jatumari*.

—Ahora sí; vas a andar como mujer y podrás hacer lo que quieras; vas a hacer las tortillas, serás una verdadera persona.

Watákame se casó con su perrita. Ésta no sabía hablar, pero con el tiempo aprendió. Tuvieron familia y dentro de la misma familia se fueron casando. De allí nacieron todos, la gente se hizo mucha, tal y como sucede ahora, que somos muchos. (*huichol*)¹⁹²

La perra que se transforma en mujer y hace tortillas, a escondidas, es tan frecuente que a veces aparece como relato independiente, sin diluvio de por medio —solamente las palomas aparecen con tanta frecuencia a lo largo de la narrativa indígena y tienen

la misma virtud: convertirse en mujeres al quitarse las plumas, sin que se trate de nahualismo o brujería.

Los métodos utilizados por los hombres para que la perra conserve su forma humana varían: a veces basta con descubrirla, confrontarla o esconderle la piel. En otras ocasiones, debe hacerse algo que tiene que ver con un procedimiento culinario: se echa sal o cal sobre la piel, se avienta al fuego; o se le echa a la perra desollada pinole o nixtamal, se le baña con agua de maíz.¹⁹³

...VIO QUE LA PERRA se quitaba la piel y la colgaba, quedando convertida en una mujer que se arrodilló a moler. Entonces se acercó poco a poco por detrás, cogió el cuero y lo echó a la lumbre. —Me has quemado mi ropa— gritó ella poniéndose a aullar como perro. El indio le lavó la cabeza con el agua del nixtamal que ella misma había preparado; la refresco así y desde entonces ha seguido siendo mujer. (*huichol*)¹⁹⁴

Los pájaros son exploradores idóneos para ver si la tierra está seca. De su proceder en ese momento dependen su color, canto, alimentación y destino. La paloma, el zopilote y el colibrí son quienes aparecen con más frecuencia.

DIOS YA SABÍA de ese diluvio y allá arriba guardó a los pájaros. Cuando bajó el agua, mandó a los zopilotes para ver quién está vivo, quiénes murieron: para ver qué cosa hay en el mundo. Salieron a indagar y al ver a los muertos se pusieron a comer y ya no regresaron. Entonces Dios mandó al quebrantahuesos. Y los zopilotes lo invitaron a comer y también se quedó. Finalmente Dios mandó al gavilán de mar y al gavilán de campo. Los zopilotes y los quebrantahuesos los invitaron para que se quedaran a comer con ellos, pero no quisieron. Regresaron a donde estaba Dios para avisarle lo que habían visto.

Dios castigó al zopilote y al quebrantahuesos: de allí en adelante sólo podrían comer cosas muertas; los gavilanes, en cambio, iban a comer carne viva: al gavilán de campo le dio la paloma y al gavilán de mar le dio un pescado. Y por eso hasta ahora esa es la comida de cada uno. (*huave*)¹⁹⁵

Y CUANDO LLEGÓ a la tierra, aquella muchacha se convirtió en un pájaro el cual se llama chiltota, porque se puso a gritar, porque se sorprendió cuando vio a su hermano comiendo carne podrida.

Entonces aquel padre que estaba arriba mandó a su hija pequeña, la cual al llegar a la tierra vio lo que hacía su hermano, y le invitó a volver con su padre. Pero su hermano no quiso. Entonces aquel gran padre convirtió a su hijita en colibrí y a su

hijo que no quiso verle, lo transformó en zopilote, el cual nos engendró a los huastecos. (*náhuatl*)¹⁹⁶

A veces, tras el diluvio, los sobrevivientes tienen que pasar por algunas metamorfosis antes de alcanzar su rango de humanos —no siempre lo logran.

ALLÍ VAMOS A PONER a un hombre chiquito, un niño y a una mujer chiquita, una niña. Hicieron un cajón grande y metieron ahí a un niño y una niña. Y les pusieron calzón y camisa para el niño y huipil y enaguas para la niña. Les echaron también tortillas y los fueron a dejar en la cumbre del cerro más alto. Después siguió lloviendo y todos se acabaron. Todos se murieron. Todo Copala tenía mucha agua. Había una laguna nomás. Hasta que dejó de llover. El agua empezó a bajar, a bajar. Se comenzaron a ver los cerros de nuevo. Otra vez las tierras empezaron a salir. La caja donde estaban los niños se paró en el cerro de Copala (Cerro de Dios). Los niños se salieron y se vinieron a vivir otra vez a Copala. Pero se volvieron ratones y no sabían hablar palabras. Después se volvieron changos y tampoco sabían hablar palabras. Después se volvieron hombres y ya podían hablar palabras. (*triqui*)¹⁹⁷

Algunos animales quedan marcados durante la travesía: el loro topa con el techo del mundo y por eso camina ladeándose; otros se transformaron por irritar a los creadores.

EMPEZÓ A LLOVER y el agua crecía más y más hasta que llegó al cielo. Como el agua hacía olas, la caja pegaba en el cielo y el loro gritaba y se agachaba, por eso ahora anda así, caminando agachado porque se pegó en el cielo.

Más tarde empezó a disminuir el agua, y por fin la caja quedó sobre la superficie de la tierra. Aquel hombre la abrió y no pudo salir luego, porque la tierra estaba bien húmeda, blandita. Esperó que se secara y más tarde tentó para ver si ya estaba dura porque tenía ganas de salir, hacer fuego y cocer todos aquellos pescadotes que habían quedado sobre la superficie de la tierra. Aquel hombre salió, hizo fuego y empezó a cocer los pescados. En ese tiempo la tierra era plana, no había cerros y el cielo era azul claro, sin ninguna nube que apareciera a lo lejos. Había hombres que querían pintar el cielo y, al ver aquel humo que se levantaba a lo lejos mandaron a un ayudante a ver quién lo estaba haciendo, y traerlo si era gente. Aquel hombre se fue derecho hacia donde se elevaba el humo y al llegar lo que hizo fue sentarse y empezar a comer los pescados cocidos en compañía de aquel hombre, y también iban juntos a levantar más pescado y algunos los desperdiciaban.

El ayudante dilató mucho, no llegaba. Entonces mandaron otro y lo que hizo fue bajar derecho a donde estaba el hombre que había hecho el fuego, lo mordió y se lo llevó prendido colgándole la cabeza. El otro compañero le siguió y ambos llegaron al lugar de donde habían salido para entregar a aquella persona. Preguntaron al primer ayudante: —Bueno, ¿tú por qué dilataste?

—Yo dilaté por esto: llegué ahí y vi a aquel hombre cociendo los pescados, como había muchos muertos y algunos se estaban echando a perder, mejor le acompañé y comimos muchos pescados y estaban re sabrosos.

Le dijeron: —Bueno, tú por haber desobedecido las órdenes, de aquí en adelante te alimentarás de cosas frías y desperdicios. Y tú que has cumplido con las órdenes te alimentarás calentito en toda tu vida.

Desde entonces el hombre desobediente se convirtió en zopilote y se alimenta de desperdicios, y el otro se convirtió en águila y se alimenta con animales vivos. Al hombre le quitaron la cabeza, se la pusieron en el ano. Es el castigo que recibió por haber ahumado el cielo, que ya no se pudo pintar y lo dejaron como está hasta ahora, y el hombre aquel quedó convertido en mono. (*tepehua*)¹⁹⁸

Lo más común es que estos seres primigenios se conviertan no en hombres, sino en monos o en otras criaturas —animales de cinco dedos, emparentadas por esto con los humanos. Intervienen, nuevamente, el fuego y el humo que secarán la tierra blanda y los hábitos de diversos animales se fijan.

MIENTRAS LA CARA DEL MUNDO se llenaba de agua, los antepasados se refugiaron en los cerros y los hicieron crecer. Dizque los cerros empezaron a crecer. Están creciendo los montes. Crecieron y crecieron. En vez de esconderse bajo el agua, crecieron. Ya está llena de agua la cara del mundo. Ni así los alcanza: suben, se van. Nuestro Dueño se dio cuenta de que no desaparecían, que ésa no era la manera. Fue entonces cuando envió ceniza caliente para terminarlos. Y ahí acabaron. Ahí los acabó. Ahí.

Los montes detuvieron su crecimiento. Ahí quedaron. Ahí. Ya no crecieron más. Bueno, según lo he escuchado, al caer la ceniza caliente, algunos de estos cristianos se enterraron en la cueva para salvarse. No desaparecieron; pero quedaron convertidos en animales: como el mapache —eso se dice de él—, como el tejón... Como todos los animales que antes habían sido humanos.

Sí, cuando llovió la ceniza caliente, los viejos antiguos pensaron que entrando en la cueva no se acabarían. Y claro que no se acabaron, aunque el antepasado se volteó: como animales salieron. Ya no son cristianos como siempre. (*tojolabal*)¹⁹⁹

CUANDO LLEGARON al cielo, el conejo brincó a la luna y allí se quedó. Después, empezó a bajar el gran río, otra vez vinieron a quedar en la tierra. Dicen que cuando abrieron la casa vieron muchos animales que murieron ahogados: venados, ganado y conejos. Como traían cerillos, hicieron lumbré. Las gentes que estaban adentro de la casa salieron, comieron, se llenaron. Dicen que Dios mandó unos animales para ver lo que pasaba. Vinieron el zopilote, el *catatajti* y el *chojma*. Estos animales vinieron. Comieron mucho. Ya no pudieron volar, pesaron mucho por lo que comieron. Lo que hizo Dios era que mandó un colibrí. El colibrí vino y vio muchos animales muertos. Y los demás que vinieron comieron mucho y por eso ya no regresaron. El colibrí sólo vino a ver qué había. En seguida fue a informar de lo que pasaba.

—Vive gente, han hecho humo.

Por eso, cuando Dios vio el humo llegar al cielo, se preguntó: “¿De dónde viene este humo, si ya maté a mis hijos?”

Entonces bajó Dios, vino a ver a las gentes. Lo que hizo Dios fue irlos sacando, uno por uno, de las orejas y convertirlos en monos. Ya no fueron gentes, porque Dios sabe que ya los hizo desaparecer. Y cuando él vino existían unos. Aquí se acaba el cuento del buen conejito. (*náhuatl*)²⁰⁰

CUANDO BAJARON, el hombre tuvo mucha hambre y encendió un fuego para cocinar. El Señor Dios estaba allá arriba en el Cielo y empezó a sentir el humo que subía. Y que le dice al zopilote: —Ve y dile que apague el fuego para que ya no se esté ahumando el cielo.

El zopilote bajó pero se quedó comiendo con el hombre. Luego Dios le dijo al zopilote: —De ahora en adelante te quedas a comer carne podrida—. Y entonces le dijo Dios a San Miguel Arcángel: —Baja y dile que ya no haga humo—. San Miguel Arcángel bajó y agarró un tizón y, perdóneme usted la grosería, se lo metió en el culo al hombre. Entonces le agarró la cara y se la volvió a las partes traseras y se volvió mono. Por eso los monos se parecen a los hombres. Eso cuentan. Sólo Dios sabe si será cierto. (*totonaco*)²⁰¹

Entre los tojolabales hay otra versión, diferente, del cataclismo: el mundo termina con fuego y ceniza, además de anegarse por completo. El mito se une al de la búsqueda del maíz y la creación de una compañera para el hombre. Como este mito fue recreado por escritores tojolabales contemporáneos, su lógica, orden y forma narrativa son distintos a los que norman la transmisión oral.

ANTES DE NOSOTROS hubo otro mundo: el de los antiguos, el primero creado.

Cuando el *Ajwalaltik Dyos* hizo a los primeros hombres y cosas a todos les dio corazón: a las piedras, a los árboles, e incluso a las montañas.

En un principio el hombre se puso a trabajar las piedras hasta que poco a poco alcanzó en ello gran perfección. Sus conocimientos llegaron a tal grado que colocaba por ejemplo el hacha frente a los árboles y le ordenaba: “¡tala!”, y ésta comenzaba a cortar; o ponía el bastón plantador frente al surco y le mandaba: “¡siembra!” y éste se encargaba de sembrar. Esto podía hacerlo porque las cosas también tenían corazón.

Entonces el hombre se dedicó a descansar. Únicamente se entretenía criando a los árboles, a las piedras y a las montañas; criando sus corazones. Éstos empezaron a crecer, a crecer de gran tamaño, pues el hombre deseaba formar un enorme cerro que le permitiera llegar hasta el techo del mundo y mirar lo que había en el rostro del cielo.

Todas estas cosas terminaron por enojar a Dios, porque ¿acaso le había dado al hombre la inteligencia para no trabajar?, y ¿cómo es que quería mirar adentro del cielo? Mandó entonces a los volcanes que comenzaran a escupir ceniza, ¡bastante ceniza!, para cubrir la tierra. Algunos de los hombres que habitaban este primer mundo, tratando de salvarse, se metieron a las cuevas. Mientras, la tierra siguió llenándose de ceniza, hasta que todo estuvo cubierto.

Empezó después a llover. Día y noche llovía. Algunos dicen que llovió tanto que se cubrieron aun las montañas más altas, que todo quedó bajo el agua; pero otros, en cambio, aseguran que sólo llovió lo suficiente para lavar la ceniza y dejar limpio el mundo otra vez, y que aquel que fue el primer mundo creado es este mismo que ahora habitamos.

Cuando los antiguos que no se refugiaron en las cuevas, ni fueron muertos por la ceniza, vieron que llovía noche y día, que se anegaba el mundo, que se cubría la tierra y que el agua corría por todas partes, trataron de salvarse. Algunos subieron a las montañas más altas, mientras que otros construían a toda prisa cayucos para no perecer. Éstos vieron cómo los demás iban ahogándose mientras ellos subían y subían hasta el cielo. Algunos lograron llegar hasta el techo del mundo y, cuando se creían ya salvados, chocaron contra él, pereciendo.

Los otros, al descender el nivel de las aguas, fueron arrastrados, junto con éstas, por un gran sumidero.

Envío Dios entonces a una paloma para ver cómo había quedado el mundo, y el animalito, cuando vio las piedrecitas que dejó la corriente a la orilla de los ríos, confundíéndolas con alimento, se puso a comerlas, y creció y pesó tanto su buche, que le impidió volar.

Fue enviado después el zopilote José quien al bajar, olvidándose de su encargo, vio los cuerpos descompuestos y se puso a comer en forma tan desmedida que tampoco pudo regresar.

Nuevamente mandó Dios a un mensajero, tocándole el turno al colibrí. Éste, al ver las flores se puso a chuparlas, pero pensó: “Mejor voy a guardar su palabra de mi patrón”, sacó entonces su tecomatillo y empezó a guardar las flores para chuparlas después.

Alzó el vuelo y llegó hasta el Sol, donde vive Dios, al mismo tiempo que la paloma y el zopilote.

Dios regañó a la paloma y al zopilote diciéndoles que no les había enviado a comer y entonces José, grosero, replicó que el mundo estaba muy lejos y, la verdad, a él le había dado mucha hambre.

Ambos fueron castigados; a la paloma se le hizo pasar por brasas, quemándosele las patas, por eso las tiene rojas desde entonces. Al zopilote se le aplicó el mismo castigo, pero como las brasas eran ya sólo cenizas, le quedaron las patas grises, entonces Dios se las volteó, por eso camina como pato. Además, por haber comido carroña, Dios le volteó la cabeza, sacándosela por el ano; por eso la tiene como hasta ahora. Al colibrí, en cambio, se le concedió seguir alimentándose de flores, por eso es tan limpio este animalito.

Una vez que el nuevo mundo se hubo secado, los antiguos que se habían refugiado en las cuevas salieron de ellas, pero ya no como humanos sino convertidos en animales. Así nacieron el tepezcuintle, el armadillo, el pizote, la ardilla, los monos araña y saraguato y el conejo. Una viejecita de pelo entrecano salió convertida en mapache. Todos estos animales, como recuerdo de su antigua condición humana, guardaron la forma de sus manos.

De nuevo fueron formadas las cosas, esta vez sin corazón y enseguida decidió Dios crear a un nuevo hombre. Le dio a probar todas las cosas, pero nada quería su carne, únicamente las frutas le agradaron. Pero éstas pronto se volvían líquido, no podían sustentarle.

Pensó Dios darle entonces a probar el maíz, y el maíz agradó al corazón del hombre, entró a formar su carne. Por eso el maíz es nuestro alimento, porque de maíz es la carne del hombre.

Pero el alimento formador no se encontraba, parecía haberse agotado, el hombre penaba buscándolo. Un día vio a una hormiga arriera que transportaba algunos granos, y, al caerle uno, el hombre observó que germinaba el maíz. Preguntó a la hormiga de dónde los obtenía, pero la egoísta no quiso decirlo. El hombre le amarró entonces la cintura con un pelo de cola de burro y comenzó a apretarla hasta que, no pudiendo resistir más, el animalito confesó que los sacaba por la hendidura de

un peñasco. Es por eso que la hormiga tiene la cintura tan delgada.

El hombre trató de sacar el maíz del lugar indicado, pero el hueco era demasiado estrecho, no le permitía pasar. Llamó en su ayuda al pájaro carpintero, que intentó taladrar la piedra sin lograrlo; entonces el hombre invocó al Rayo y éste accedió a ayudarlo. Solicitó al pájaro que se retirara, pero el necio siguió picando. Al lanzarse el Rayo contra la piedra fue ya demasiado tarde, el carpintero sólo pudo agachar la cabeza que, desde entonces, le quedó roja por la quemada.

Al atravesar el Rayo la piedra, cayó sobre algunos granos que quedaron negros; otros, que únicamente recibieron el fuego se volvieron rojos; los que tocó la luz se tornaron amarillos, y los que estaban en el fondo siguieron siendo blancos. Es por eso que el maíz tiene varios colores y diversas tonalidades.

El hombre pudo al fin comer, pero sus problemas no habían terminado. La soledad empezó a cercarle. Ciertamente tenía los animales por compañía, pero éstos no hablaban, no le comprendían, no eran sus semejantes.

Un día, no pudiendo más, se puso a llorar, y su tristeza fue tanta que partió su cuerpo en dos. Había nacido la mujer. El nuevo mundo, el nuestro, estaba al fin completo. (*tojolabal*)²⁰²

Entre los pimas, aunque los acontecimientos sean los mismos, se narran de otra forma. Así fue la primera destrucción del mundo:

CHAMÁN DE LA TIERRA dijo: —Uniré al cielo y la tierra; la tierra será la hembra y el cielo el macho, y de su unión nacerá aquel que será mi ayudante. Que el Sol se una a la Luna, así como el hombre se une a la mujer, y su hijo será mi ayudante.

Después metió el gancho de su bastón en el cielo, jalándolo hasta que se aplastó y mató a toda la gente y todo ser vivo. Metió su bastón a la tierra, pasó por el agujero y salió al otro lado; llamó al Sol y a la Luna para que dejaran atrás el cataclismo, y así lo hicieron. Pero ya no tenían cielo en donde viajar, ni estrellas, ni Vía Láctea, así que lo creó de nuevo todo. Entonces llamó a los hijos del cielo y la tierra, pero no obtuvo respuesta; y creó una raza de hombres, como lo había hecho antes; ellos fueron los *Rsâsanatc*. (*pima*)²⁰³

La segunda destrucción del mundo, más cercana a las aventuras o contiendas de los héroes u hombres-dioses, fue así:

EN UN LUGAR que está hacia el oeste, Luna parió a Coyote detrás de unos arbustos y luego se ocultó. Coyote creció rápidamente, y cuando estuvo grande y fuerte llegó

a donde vivían los pimas. Tiempo después, la Tierra dio a luz al Hermano Mayor, quien más tarde sería conocido como *Itany* o *Siuuhú*.

Hermano Mayor trató con grosería a Chamán de la Tierra, quien tembló al ver qué tan poderoso era. Los hombres aumentaban en número, pero Hermano Mayor acortaba sus vidas, de modo que ya no podían recorrer la Tierra como hacían antes. Ni siquiera entonces así estuvo conforme Hermano Mayor. Anunció al Chamán de la Tierra que acabaría con todos los hombres, y fue así como se llevó a cabo la segunda destrucción del mundo.

* * *

Hermano Mayor creó a un joven muy guapo y le ordenó ir con los pimas, donde podría casarse con quien él quisiera. Debería vivir con cada mujer hasta el nacimiento del primer hijo, después debía abandonarla para irse con otra. Y así, una tras otra.

La primera esposa dio a luz un hijo a los cuatro meses de casados y de la concepción. El joven fue y tomó una segunda esposa, y el hijo nació aún más rápido que el primero. El lapso fue todavía más corto en el caso de la tercera esposa, y con las siguientes se acortó tanto que al fin el hijo nacía al momento del acoplamiento.

Ese niño fue quien ocasionó la inundación que destruyó a los hombres y cumplió los propósitos del Hermano Mayor.

Tomó varios años lograr todo esto; mientras tanto, la gente veía con asombro y temor las muestras de poder de Hermano Mayor y las hazañas de su heredero. Mientras sucedían cosas tan extrañas, Hermano Mayor comenzó a fabricar una olla con goma y carrizos; cuando estuviera terminada vendría la inundación. ¿Pero cómo ocurriría?

Fue así como llegó: el apuesto joven aque Hermano Mayor envió para casarse y procrear niños tan rápido como fuera posible llegó a la casa de Chamán del Sur, quien tenía tanto poder como Hermano Mayor. Chamán del Sur era reconocido por su sabiduría y su habilidad para descifrar señales: había dicho que podría detener a Hermano Mayor. Un día, Chamán del Sur le preguntó a su hermosa hija por qué lloraba todo el tiempo. Ella contestó que tenía miedo de aquel joven guapo que se casaba con las jóvenes y tenía hijos con ellas. El padre le dijo que era su deber casarse con el joven para cumplir los planes divinos. Como la joven seguía llorando, su padre le dijo que fuera por algunas espinas de la punta de una cholla. Cuando cumplió la orden, su padre le colocó encima las espinas, diciéndole que ya no tuviera miedo del joven; que cuando llegara, guardara bien el arco, flechas, escudo, mazo de guerra, lanza o cualquier otra arma que él trajera. Al momento la doncella secó

sus lágrimas y esperó contenta al novio. Cuando llegó el joven, ella tomó el arco y las flechas, y los guardó cuidadosamente en un lugar seguro. Después de corteses saludos, fueron a la casa que ya les tenían preparada. Pronto el llanto del niño despertó a Chamán del Sur y a su esposa, que corrieron a conocer al nieto. La anciana levantó al bebé y trató de mostrárselo a su hija, pero ella se negó diciendo: —Yo no soy su madre. El niño nació de él. Dénselo a él.

De esta manera, el joven se fue con el niño a ver a Hermano Mayor, pero como tenía vergüenza, no llevó al bebé: lo dejó a un lado del camino.

Hermano Mayor sabía lo que estaba pasando y ya estaba a punto de terminar su olla. Al acercarse el joven lo regañó: —¿Por que te presentas solo, por qué no traes al niño que te nació? Tráelo para acá y lo cuidaremos. Han sido más listos que nosotros y nuestro plan fracasó, pero haremos lo que podamos hacer.

El joven fue a buscar al niño; sus gritos hacían sacudirse la Tierra y se oían desde muy lejos. Chamán de la Tierra llamó a su pueblo y les avisó que venía una gran inundación. Tras describirla cantó así:

¡Llora, mi pueblo infortunado!,
verán lo que sucederá.
¡Llora, mi pueblo infortunado!,
porque las aguas anegarán la tierra.
¡Lloren, mi parentela infeliz!,
ya se enterarán de todo.
¡Lloren, mi parentela infeliz!,
Las aguas anegarán las montañas.

Metiendo su bastón en la tierra, cavó un agujero que atravesaba hasta el otro lado de la tierra. Algunos pudieron entrar por el agujero, mientras otros iban con Hermano Mayor, pero sus llamados de auxilio no fueron escuchados. Coyote pidió ayuda y Hermano Mayor le dijo que se sentara sobre un tronco grande para mantenerse a flote sin ser arrastrado por la corriente. Hermano Mayor se metió en su olla y la cerró desde adentro, cantando mientras lo hacía:

¡Casa negra!, ¡casa negra!, manténme seguro,
¡casa negra!, ¡casa negra!, manténme seguro.
Mientras viajo de un lado a otro, de un lado a otro.

Iba a la deriva y cantó:

Agua corriente, agua corriente, que vas retumbando;
como las nubes, soy llevado al cielo.
Agua corriente, agua corriente, que vas rugiendo;
como las nubes, soy llevado al cielo.

Cuando finalmente salió de la olla, cantó así:

¡Aquí llego!, ¡aquí llego! Con poderes mágicos emerjo.
¡Aquí llego!, ¡aquí llego! Con poderes mágicos emerjo.
¡Estoy solo!, ¡solo! ¡Quién me acompañará?
Mi bastón y mi cristal; ellos se quedarán conmigo.

El hermoso guapo fue a donde había dejado al niño y lo halló derramando tal torrente de lágrimas que ante él ya se abría un barranco. Se inclinó para levantarlo, y en ese momento ambos se convirtieron en pájaros y volaron sobre la Tierra, que en ese instante se inundaba. [...]

Cuando se retiró el niño, Chamán del Sur llamó a su gente y anunció que la inundación destruiría la tierra y cuanto había en ella. Entonces cantó:

Las aguas disuelven la Tierra,
las aguas disuelven la Tierra.
El poderoso mago prueba su fuerza.
Las aguas disuelven la montaña,
las aguas disuelven la montaña.
Ya puede adivinarse el porvenir.

Algunos hombres se fueron con Chamán del Sur y se salvaron de la inundación, pasando al otro lado de la tierra a través del agujero que había hecho con su bastón. A los que no pasaron, les dijo que fueran con Chamán de la Tierra, para ver qué les decía él. Les dijo que habían llegado muy tarde, que ya había salvado a todos los que pudo, llevándolos al otro extremo del mundo. Pero aún tenían esperanza si subían a la cima de la Montaña Torcida. Concedió poder a Chamán del Sur para que llevara a la gente a la cima de la Montaña Torcida, y cuando se alejaron Chamán de la Tierra cantó:

¡Haiya!, ¡haiya! ¡inundación!, ¡inundación!,
¡haiya! Miren la condena que los espera.

¡Haiya!, ¡haiya! ¡inundación!, ¡inundación!,
¡haiya! Ante mí está mi pueblo, condenado.

Cuando la inundación alcanzó la cima de la montaña, Chamán del Sur entonó una canción para que la montaña se elevara por encima de las aguas, que subían nuevamente para tapar la montaña. Éstas son las palabras que la elevaron:

De pie en la Montaña Torcida,
tratando de dispersar las aguas.
De pie en la Montaña Torcida,
tratando de dispersar las aguas.

Cuando dejó de cantar, trazó una línea alrededor de la montaña para marcar el límite de las aguas, pero muy pronto la inundación avanzó, amenazando con sobrepasar la cima. De nuevo, Chamán del Sur cantó:

Estoy de pie en la cima de la Montaña Torcida,
tratando de dispersar las aguas.
Estoy de pie en la cima de la Montaña Torcida,
tratando de dispersar las aguas.

Cantó así cuatro veces y la montaña volvió a subir. Entonces declaró que ya no podía hacer nada más, que su poder se había gastado. Lo último que pudo hacer fue tomar su cristal mágico en la mano izquierda y cantar:

¡Impotente!, ¡impotente!
¡impotente es mi cristal mágico!
¡impotente!, ¡impotente!
Me convertiré en piedra.

Entonces gesticuló con su mano derecha y el trueno sonó en todas las direcciones. Lanzó el bastón dentro del agua provocando un fuerte crujido, y al darse la vuelta allí estaba un perro a quien mandó a ver qué tanto había subido la marea. El perro se dirigió a la gente de esta manera: —Está muy cerca de la cima—. Al escuchar su voz, los angustiados sobrevivientes se convirtieron en piedra. Hoy día los vemos como si estuvieran reunidos en grupos, algunos hablando, algunas mujeres cocinando, y otros llorando. (*pima*)²⁰⁴

Además del diluvio, la humanidad confrontó muchas tragedias y pérdidas en los tiempos primordiales: vimos ya cómo se pierden las virtudes de alimentos y herramientas, como corolario al mito de la aparición del maíz y las primeras siembras. Puede aparecer también como subrelato completamente independiente.

Antes el maíz y el frijol alcanzaban bien: un solo grano era igual al hambre. Por equivocación, por descuido o por arbitrariedad pura —rasgo por excelencia mítico y divino— se terminó aquella virtud. Muchas veces, la pérdida de las cualidades del maíz se atribuye a la torpeza de jóvenes que se convierten en ayudantes del rayo —cuyas hazañas se verán en el siguiente volumen de la colección.

Antes, también, una sola lengua era compartida por dioses, hombres, animales y hasta objetos. Los malos entendidos, la maledicencia o el desacato hacen que aquel primer entendimiento se pierda; hablar ahora con los dioses o entender el lenguaje de los animales sólo es posible en casos extraordinarios y siempre entraña un peligro; el don particular de quien escucha o entiende a aquellos que no son de su misma especie —como en los cuentos donde el personaje es Salomón o donde aparecen niños saurinos que entienden el lenguaje de los animales—son muy frecuentes en los cuentos indoeuropeos, donde se descubren innumerables secretos.²⁰⁵

Igual pasa con otras cualidades que se compartían con las divinidades, no sólo la capacidad de hablar como ellas, sino también la de ver como ellas, la de sacar riqueza de las cuevas —y que se conserven como tales al verse a la luz del día—, la de controlar el clima y la lluvia, la de ser inmortales.

CUANDO NOS LEVANTÓ, *Hachäkyum* le dijo al lacandón:

—Mira a lo lejos, ¿hasta dónde te alcanza la vista?

—De acuerdo—. Miró a lo lejos—. Mi vista alcanza muy lejos.

—Está bien. Voy con mi señora —le dijo *Hachäkyum*.

—Está bien. Vete, señor.

Se fue. El lacandón los veía. Llegó, se fue hasta media legua con Nuestra Señora. Volteó. Regresó hasta donde estaba el lacandón.

—¿Es cierto que me viste, cuando estuve con Nuestra Señora?

—Los vi. Vi lo que le hiciste.

—¿De verdad lo viste? Préstame tus ojos.

Les sacó a todos los ojos, puso un comal encima del fuego y cuando estaba muy caliente, tostó los ojos. Esperó a que se enfriaran y volvió a ponérselos. Le dijo otra vez. —Fíjate cómo me voy.

Y Hachäkyum entró a la selva.

Al regresar, le preguntó al lacandón: —¿Viste de dónde venía? ¿Viste dónde me quedaba?

—Ya no vi nada, no alcancé a ver nada.

—Platicame, para que te oiga —le dijo Hachäkyum.

—Mis ojos ya no alcanzan a ver tanto. (*lacandón*)²⁰⁶

CUANDO EL UNIVERSO fue creado, los hombres podían ver cosas que nosotros ya no vemos. Vivían también muchísimos años y nunca quedaban ciegos. ¿Saben ustedes por qué los hombres nacen ahora con los ojos cocidos? Yo se los contaré.

Nuestros antepasados, los primeros habitantes de la tierra recibieron de Nuestro Dios Creador salud, bondad y todo lo hermoso que había en este mundo. También recibieron una vista muy aguda para poder contemplar la hermosura del lugar donde les había tocado vivir. [...]

Aquellos hombres podían ver más allá de la oscuridad, más allá de las nubes. Caminaban a oscuras sin necesidad de luz. Cuando había tempestades veían lo que ocurría en las nubes, por eso sabían cómo se producen los rayos y truenos. Decían que esto ocurría cuando *Mamlab*, el Señor que hace llover, estaba contento.

Mamlab vestía una túnica blanca, salía a caminar sobre las nubes llevando su machete, su bastón y su hacha. [...]

Hubo en la tierra en aquel entonces un hombre a quien le gustaba decir groserías y maldecir. En una ocasión se desató una tempestad y el hombre vio al Gran Señor salir a pasear entre las nubes, como siempre. Entre risas dijo:

—Miren, miren: al Mamlab le van colgando los testículos bajo la túnica, no lleva nada abajo. Seguramente está contento, por eso los va enseñando.

Cuando terminó de decir aquello se desató una terrible tempestad. Pero en vez de caer agua fría, cayó agua caliente. Al momento comenzaron a dolerles los ojos a los hombres. Cesó la lluvia y cesó el dolor que los hombres sentían en los ojos. Para entonces, ya no podían ver lo que ocurría tras las nubes.

Los que nacieron después de aquella lluvia heredaron la maldición. Por eso, hasta ahora, no podemos caminar en la oscuridad ni podemos ver nada entre las nubes cuando llueve. Por eso dicen que nosotros nacimos con los ojos cocidos. (*huasteco*)²⁰⁷

La jerarquización del mundo en estratos es arbitraria, no obedece a causas precisas y comienza en aquellos tiempos; más tarde, se encontrarán distintas razones para estas diferencias en relatos o testimonios anclados en esferas mundanas: lo distintivo del mito es que las distintas explicaciones no se anulan unas a otras y pueden coexistir

respuestas muy diversas al por qué hay seres diferentes en distintos estratos del universo, por qué distintos grupos ocupan territorios diversos —con distintas lenguas y costumbres—, por qué las mujeres no son como los hombres, por qué los indios no son como los ladinos y por qué tienen distinto acceso a los privilegios.

LA LUNA ES EL DIABLO, por eso los hombres se matan por culpa de las mujeres: porque van, pertenecen a la Luna. La Luna, sobre todo la nueva, también las castiga, dándoles una cosa cada mes. La Luna se alimenta de pura sangre, por eso donde matan a una persona dicen que ahí anda el diablo. (*tepehua*)²⁰⁸

LA GENTE DE ANTES se llamaba *aatslaabtsik*. [...] Tenían tres pies y como no podían cagar, no comían. Se alimentaban de puros olores, nada más del vapor que salía de la comida y después la tiraban. Cuando llegó el sol, los *aatslaabtsik* pensaron que venía la destrucción, que el mundo iba a quemarse. Quisieron hacer desaparecer al sol, tapándolo, pero no pudieron impedir que viniese. Se dijeron, “¿qué haremos, a dónde iremos? que ya viene la lumbre, está muy colorado el cielo porque la luz ya está, enciende el mundo, las llamas se acercan, ahora mandará el Sol”. El sol vino del oriente y la gente no sabía hacia donde iría. El sol siguió el camino al oeste, al poniente donde se pone el sol. Fue entonces que los antepasados se metieron en la tierra, de cabeza, porque no querían ver al sol, no querían la luz para no ver la destrucción: “llegó el fuego, todos vamos a morir”. [...]

Cuando nació el sol a pesar de todo, los que no rechazaron la luz se quedaron sobre la tierra y no intentaron luchar ya más contra él. Vieron al sol y les pegó la luz. Ya no intentaron entrar en la tierra. Los que murieron entrando en la tierra son los *baatsik'*. Eran muy tímidos. Desde entonces están dentro de la tierra haciendo mucho daño. Estos *baatsik'* eran gente como nosotros, antes, hace mucho tiempo ya. Hoy en día, estamos bautizados y confirmados, estamos con la luz. Los *baatsik'* están enojados porque se quedaron escondidos mientras que los otros están sobre la tierra. Entonces dijeron:

—¡No está bien, no estamos conformes estando aquí abajo mientras los otros se quedaron arriba. Debemos traerlos! [...]

Ahora sólo se llevan nuestro *ch'ichiin* (el alma del pensamiento o energía vital) para espantarnos. Cuando alguien se cae al caminar o tropieza, se espanta y es presa de ellos. Cuando nosotros vamos a orinar por un lado ¿quién lo recibe? La tierra. Cuando vamos a ensuciar un rato por un lado ¿quién lo recibe? La tierra. Por eso la tierra está enojada con nosotros, porque la llenamos con muchas suciedades. Por eso la tierra quiere que se le eche un tantito de aguardiente, hay que hablarle, decirle

que vivimos aquí sólo un rato, que entienda la suciedad, porque nuestros abuelos siempre vivieron aquí, por eso andamos aquí y siempre estaremos por aquí.

Los baatsik' están ahora en los *dhakil*, es allí que viven los espíritus de la tierra. Tienen sus propios caminos y casas. Sus casas están en los cerros, allá están sus edificios, pero no en cualquier cerro. Están también donde hay mojoneras grandes. Hay caminos donde andan ellos y otros donde no andan. Allí donde hay muchas piedras amontonadas, allí están sus caminos. Son muy corajudos y no les gusta que uno ande en sus caminos, por eso espantan a los que pasan allá. Si uno ve un baatsik' puede darle un ataque. Uno puede enfermar a causa de estos espíritus, uno puede perder su ch'ichiin, el espíritu se lo lleva.

El interior de la tierra está poblado por malos, porque los de dentro de la tierra están en contra de nosotros, porque así pasó. Pero cuando hay que buscar el ch'ichiin vamos a hablar con los que se debe. Los espíritus nos escuchan, están con nosotros. La tierra también es un espíritu maligno, son malos amigos, malos hermanos, malos antepasados; ahí están, debajo de la tierra, por eso hay que hablar también con la tierra, porque bajo la tierra están vivos, allí están los difuntos que fueron bajo tierra. Los espíritus de esos muertos están allí debajo, allí quedó su vida, en la tierra. Es por ello que debemos ir a ver a nuestros espíritus cuando necesitamos pedirles perdón.

Los baatsik' murieron porque tuvieron miedo del nacimiento del sol, es por eso que quedaron bajo tierra y que están enojados porque nosotros estamos aquí, y que no todos se metieron bajo tierra. Por eso vienen a robar, pero [...] los baatsik' no salen a robar, ya no se llevan animales ni gente. (*teenek*)²⁰⁹

La manera más simple de explicar la división entre seres diferentes es que hay aliados de Dios o del Diablo —históricamente esta moralización ha permeado hasta los últimos rincones de todas las culturas mexicanas— pero las respuestas no son tan categóricas como las justificaciones religiosas. La realidad es más compleja, aunque se reviste de nombres cristianos. Los creadores y los demonios entran en otra dinámica. Los demonios, como veremos, suelen vestir al modo occidental y tienen costumbres atribuidas a los españoles —los primeros europeos definían el demonio a la inversa. El demonio es el otro. Asimismo, los atributos de ayudantes mágicos, benefactores o protectores serán los de los santos y vírgenes cristianos: la iconografía y retórica clerical impregnan los relatos —y tal vez han desviado la lectura que se hace de mitos y cuentos, desde fuera, pues algunos personajes son mucho más complejos que el nombre que portan: un Ángel es el dueño del rayo; los sombrerones son seres oscuros de las cuevas y el inframundo; la culebra de siete cabezas que mata el héroe del cuento europeo es también la nativa, que forma torrentes y barrancos; hay gigantes que tienen

el alma o el corazón fuera del cuerpo —que nunca se consideran nahuales ni brujos, y un largo etcétera.

DE ESTE MODO dicen los tarahumares; tal como les dijeron los ancianos que habitaban antes: a los blancos dicen que los hizo el que vive abajo; a los tarahumares en cambio los hizo el que vive arriba; a las serpientes dicen que las hizo el que vive abajo, a los marranos el de abajo también; los venados dicen que proceden de arriba; y los conejos, de arriba son también. Los caballos también de abajo; los asnos de abajo también; las reses son de arriba. Los blancos se dice que son de abajo, porque son muy abusadores con los tarahumares; hacen sufrir mucho a los tarahumares. Por eso se dice esto; que el que vive abajo es excesivo. Por ello se dice que los blancos son hijos del que vive abajo. Pero como el que vive abajo no fue capaz de darles la respiración, se las dio el Padre. El que vive abajo de ningún modo fue capaz de darles aliento. Los tarahumares dicen esto porque siempre bailan *rutuburi*, los blancos en cambio no. También dicen que nunca se baila el *rutuburi* matando a un marrano; las liebres, jamás se baila *rutuburi* cuando se les mata; los asnos, tampoco. Los conejos sí, se baila el *rutuburi* cuando se les mata para ofrecerlos al Padre; por ejemplo con los perros, jamás se danza *rutuburi* cuando se les mata; los otros animales como las cabras, las reses, esas sí se ofrecen a Dios y las gallinas también.

De tal modo, cuanto animal es bueno se dice que lo hizo el Padre; por ejemplo, por el monte anda una culebrita preciosa llamada *no'pi*, se le llama animalito del sol. Porque dicen que pertenece a Dios. Así viven creyendo los tarahumares.

En el saber algunos son diferentes, no somos iguales; algunos somos desmandados. No todos sabemos igualmente proceder bien. Los hombres, los tarahumares que son así, se dice que no entrarán abajo al infierno, porque siempre andan haciendo ofrendas a Dios; el maíz también lo comen ofreciéndolo a Dios, cuando van a empezar a comer. El frijol también lo ofrendan cuando van a empezar a comer. Toditas las cosas, cuando van a comenzar a comer, cuando nuevamente vienen con ellas a casa, por ejemplo en las cosechas, todas las cosas son ofrecidas a Dios, las que Él les dio a los primeros pobladores en tiempos antiguos, de este modo le es ofrecido ya, entonces lo comen los tarahumares. Esta es la fe de los tarahumares; y la danza del *rutuburi* se la danzan a Dios, la danza del *rutuburi* es hablarle a Dios. Los blancos en cambio, jamás bailan *rutuburi*; se dice que nunca ofrendan a Dios cuando quieren comer alguna cosa, las cabras las comen sin ofrendar a Dios; las reses también [...] las comen [...]; nada ofrendan a Dios los blancos. Por eso se dice que los blancos proceden de abajo, porque comen sin hacer ofrenda a Dios. Cuando beben hacen primero ofrenda a Dios los tarahumares. Así habitan los tarahumares que aquí sobre

la tierra moran [...] no sé yo si en todo lugar del mundo, o sólo los habitantes de aquí. (*tarahumara*)²¹⁰

En aquel momento mítico se determinaron las relaciones desiguales con otros grupos: los más cercanos son parientes o compadres; hay otros de lugares más alejados pero aún semejantes, son vecinos, indios; y, por fin, están aquellos que resultan absolutamente ajenos y lejanos: son los blancos, extranjeros, ladinos.

Muchas veces la división o conflicto ocurre también entre santos cristianos, patronos de los distintos pueblos que deciden protegerlos o desampararlos. Hay contiendas entre santos o nahuales protectores por conservar privilegios y objetos emblemáticos que los representan —campanas, figuras, manantiales, iglesias.

La existencia de jerarquías, razas y el reparto de riquezas —a quién le toca fierro, armas, ganado o dinero; quiénes viven en las tierras altas o en las más fértiles; cuáles ejercen su poder sobre los otros— es arbitraria y accidental; a ratos, de un racismo aberrante.

HACHÄKYUM, dios de los lacandones, y *Äkyantho'*, dios de los extranjeros, hicieron animales domésticos para su gente. *Äkyantho'* hizo además el dinero, la enfermedad y la medicina. Entregaron los animales domésticos a su gente, con indicaciones para su cuidado. La gente de *Äkyantho'* fue obediente y cuidó a sus animales, pero los lacandones los dejaron escapar y tornarse salvajes: su caballo se convirtió en tapir; su ganado, en venados; sus puercos, en *jahalínes*; sus aves, en faisanes, el cojolito y la perdiz; sus perros, en coyotes.

Por su desobediencia, *Hachäkyum* ya no les da armas, acero ni dinero a su gente. Los condena a usar armas e implementos de piedra, cenizas de palmera en vez de sal, y así. Sin embargo, *Äkyantho'*, en su función de dios del comercio, interviene en favor de los lacandones para que puedan disfrutar los bienes de los extranjeros por medio del comercio. (*lacandón*)²¹¹

ALLÍ HACE MUCHOS AÑOS, cuando Jesucristo murió, se reunieron a velarlo todos los mestizos —vecinos—, y todos los indígenas coras: los coras se quedaron dormidos. Al resucitar Jesucristo para elevarse al cielo, les heredó a los mestizos todos los bienes materiales: tierras, aguas, bosques, animales, etcétera. Pero ya cuando Jesús iba elevándose, un anciano indígena cora despertó y le gritó diciéndole que ¡ay! de ellos, ¿qué les iba a dejar? Entonces Jesucristo les arrojó el agua sagrada, las plumas sagradas, la pipa y el tabaco, diciéndoles que con ellas se sirvieran para protegerse, curarse de sus males y resolver sus distintas necesidades; les indicó que el agua sa-

grada les serviría para purificar sus almas; con las plumas sagradas, acercándoselas al oído derecho, recibirían las palabras de Dios Nuestro Señor, pero en realidad, las escucharían con el izquierdo; finalmente, la pipa con el tabaco les serviría para la unción del cuerpo, mediante el humo que marea y mata las enfermedades para poder ser arrojadas del paciente. (*cora*)²¹²

Taxonomías, jerarquías y diferencias; conquista y luchas interétnicas tienen, asimismo, explicaciones míticas. Aquí volvemos al relato mixe de San Lucas Ocotlán, de cuando se perdió el maíz, donde también se reparten herencias y se explica por qué los mixes se quedaron en tierras altas y bajas. Condoy persigue a su hermana María, asustada porque amenazó con cortarle un brazo:

—MARÍA, MARÍA —la llamó—, espérame, espérame—. María corría más rápido. Hasta que se cansó y tiró la mano del metate a un lado del camino, para que no la alcanzara su hermano. Siguió corriendo un buen rato, hasta que llegó al mar. Cuando su hermano iba a alcanzarla se acostó dentro del agua y el mar comenzó a crecer y crecer.

Empezó a tapar los cerros y las montañas. El agua seguía creciendo y creciendo cada vez más.

El rey Condoy no podía detener el agua, ya faltaba poco para que tapara todo el cerro del Zempoaltépetl. María se levantó y el agua se detuvo, poco a poco volvió a bajar hasta llegar al nivel que tenía originalmente.

Por eso dicen las personas que el agua se llevó la tierra buena de la zona alta a la zona baja, dejando allá puros árboles y piedras; por eso, hasta la fecha no se dan bien las cosechas. En cambio, en la zona baja se quedaron las tierras buenas que dan cosechas muy variadas.

Después de esto, el rey Condoy siguió buscando a su hermana. La encontró a la orilla del mar, por donde se había acostado. Le dijo muy enojado:

—¿Por qué me hiciste esto? Ya me destruiste el maíz y el frijol. ¿Qué va a comer mi pueblo? ¡Ya destruiste todo!

—Yo no sé —dijo María—, tienes maíz, tienes frijol, tienes papa, tienes todo. A ver cómo te arreglas; eres el rey, eres el Zempoaltépetl, eres el que me quería cortar el brazo.

—No, hermana, no me hagas eso, dame un poco de tierra.

—No, no puedo darte ni un poquito.

El rey Condoy agarró un puñado de tierra y se lo echó en la muela. María se dio cuenta de que su hermano tenía hinchada la cara y le preguntó:

—¿Por qué tienes hinchada la cara?

—Me duele la muela.

El rey Condoy regresó al cerro Zempoaltépetl. Todos los que se encontraba en el camino le preguntaban:

—¿Qué tienes en la cara? ¿Por qué estás hinchado?

—Me duele la muela —les contestaba.

Por fin llegó al cerro Zempoaltépetl, se sacó la tierra de la muela, la revolvió con agua, se la echó en la boca y sopló fuerte. Según cuentan, lo que sopló el rey Condoy sobre las montañas es lo que la gente cultiva hasta la fecha.

Por eso los mayores recomiendan nunca maltratar el maíz, ni el frijol, ni las papas, porque de eso vivimos y hasta la fecha sufrimos por el maltrato que le dio el rey Condoy a su hermana María. (*mixe*)²¹³

Tras el diluvio, el sobreviviente y su perrita siguieron así:

Y AL OTRO DÍA halló tres gorditas; se comió dos y dejó una a la perrita. Y hasta que ajustaron los cinco días se esperó a ver quién echaba las gordas. Y entonces vio a una niña tirar el agua de nixtamal. Y entonces corrió el indio y vio el pellejo de la perra. Y le quemó su camisa. Entonces ya no se volvió perra; fue cristiana. Amparó a la perrita, la curó: la roció con pinole de maíz. Y ya siguieron viviendo y siguió trabajando el hombre y la mujer echando tortillas. Duraron siete años sin pecar hasta que la mujer creció. Y entonces el mismo Dios les impuso que pecaran. Y tuvieron mucha familia para que poblaran el mundo. Cuando tuvieron veinticuatro hijos, doce llevó el indio con Dios Nuestro Señor porque andaban encuerados, y los otros doce se quedaron en la casa y no se los presentó. Y los ricos son a los que dio Nuestro Señor los vestidos, y nosotros nos quedamos desnudos. Entonces le dijo Dios Nuestro Señor al indio que los que se había quedado, que trabajaran con los que habían recibido vestido, para que se cubrieran también. Y por eso nosotros los pobres trabajamos con los ricos para que nos protejan. ¡Y ya! (*tepecano*)²¹⁴

Aquí, el fuego se consigue después de traer la tierra que desapareció con el diluvio. Los castigos y recompensa por haber visto a su padre desnudo son adoptados directamente de la Biblia; no así el destino de los hijos, ya que la primogenitura de nada vale.

Y CUANDO VIO EL VIEJITO, ya se puso así, a abrir su caja. Todos salieron y divisaron que todo el lugar ya era llano —puro pedregal— que no había tierra ni nada. Entonces el viejito estuvo pensando qué cosa va a hacer. No había tierra donde cultivar sus cosas y sembrar algo que comer.

Entonces salió el cacalote y dice:

—Pues, en tal punto no llegó el juicio, sino que está cerca nada más de donde pasó este diluvio. Yo voy a ver. Yo ya me fijé por dónde hay tierra. La voy a traer.

Entonces el cacalote voló hacia donde sabía que había tierra. Al infierno, donde no llegó el juicio, donde es eterna la tierra y no se acaba, aunque venga el juicio.

Ya fue el cacalote a bañarse con tierra, como hacen ellos. Y se levantó, llegó otra vez donde estaba el viejito y ya le preguntó:

—¿Por dónde les voy a dejar la tierra?

Y el viejito, como creía que el cacalote iba a traer tierra varias veces así, para que poquito a poquito se amontonara, lo mandó a un lugarcito que le parecía mejor. Allí fue a sacudirse el cacalote.

De allí volvió otra vez. Ya llegó otra vez allá donde había la tierra. Pues ya los diablos o demonios, los que dicen que son dueños del infierno, se dieron cuenta de que el cacalote se estaba llevando algo de tierra. Entonces ya lo sacudieron y trajo muy poca tierra en el plumaje. Pero siempre algo fue a derramar, otro tanto, allí donde se había puesto el primer viaje que había hecho. Y después voló hacia donde traía la tierra y fue a traer un poco. Entonces ya le quitaron toda la tierra —ya no trajo casi nada. Cuando cumplió los tres viajes de tierra el cacalote, cuando cumplió los tres días, fue creciendo, creciendo así como una cosa que está creciendo rápido.

Entonces el viejito quedó ya a gusto. Y así otra vez estaban contentos ellos de que ya tenían todo, ya estaban arreglado. Pero la única cosa que faltaba era la lumbré. Pero también logró ahí un zorro y este zorro decía: —Yo voy a traer lumbré.

Y fue; llegó allí donde había ido el cacalote a traer tierra, allí volvió el zorro a traer lumbré. Porque allí había lumbré. Entonces este zorro llegó pidiendo permiso para calentarse un poquito. Se sentó un rato el zorro allí y ya conforme que se iba a despedir, metió su cola entre la lumbré y corrió. Por esa razón ahora, dicen, que este animal tiene medio negra la punta de su cola.

Así fue que ese señor encontró la lumbré y todos estaban ya muy contentos. Entonces el viejito quedó ya de gusto y quedó pensando qué podía cultivar primero. Y después pensó que el maguey era bueno para sacar algo de mezcal. Y sembró, y luego se dio su maguey y ya le sacaron algo de mezcal. Y ahí el viejito tomó contento porque había encontrado otra vez tierra donde vivir. (*mixe*)²¹⁵

Aparecen también las enfermedades, producto de algún malentendido durante la creación. En las comunidades indígenas se considera que existen enfermedades naturales, que se curan con remedios, hierbas o medicinas, muy diferentes de las enfermedades debidas a causas no naturales que requieren rituales y ceremonias donde los especia-

listas—curanderos, *marakate*, rezadores, chamanes— piden a quienes provocan la enfermedad devuelvan al enfermo su equilibrio para que recupere la salud.

Los huicholes son más explícitos acerca del origen de las enfermedades que otros indígenas —o se ha recopilado entre ellos con más minuciosidad. Siempre son enviadas por los dioses, causadas por los hechiceros o provocadas por la pérdida accidental del alma. La transgresión o la falta de diligencia ante las obligaciones rituales enferma a los pacientes y los *marakate* son quienes deben comunicarse con los dioses, sacar aquello que se ha introducido al cuerpo del enfermo, deshacer la acción de los brujos o rescatar al alma que abandonó el cuerpo. A través de rezos, succiones y plegarias; con plumas, cristales, jícara sagrada y peyote, los *marakate* intentan eliminar todo aquel elemento externo que ha entrado en el cuerpo del paciente y restituirle todo aquello que le ha sido sustraído. Tras la curación, el enfermo o la comunidad prometen cumplir puntualmente *el costumbre*, para conservar el favor de los dioses.

Entre las enfermedades que padecen los huicholes y quienes las provocan tenemos el mal de la flecha, tuberculosis, que es el dardo lanzado por el sol; se cura extrayendo un trozo de cristal del pecho. La enfermedad de las nubes ataca el vientre, se cura al extraer con maíz la humedad. El dios del fuego produce cierta forma de parálisis facial que se cura extrayendo del paciente un trozo de carbón; si su flecha entra al abdomen, produce gastritis y males intestinales. El mal de la calabaza se cura extrayendo las semillas que provocan cefalea. La enfermedad del venado provoca locura y no se cura sino sacrificando un animal y extrayendo del enfermo pelos o fragmentos de cuerno de venado o espinas y pelusa de peyote. Las nubes también provocan problemas gastrointestinales y se curan succionando un guijarro. Las fiebres palúdicas y la diarrea son causadas por el viento; la pleuresía por las dueñas de los peces, la bronquitis y males de garganta son provocados por pelos de venado. La saliva divina se cristaliza en el cuerpo de los enfermos y produce reumatismo; debe succionarse, ya solidificada, como resina de árbol. Esta es la curiosa explicación del origen de la tosferina:

IRICARIYA (TOSFERINA) apareció en Upayakiha, un lugar pedregoso cerca del río Chapalagana. Estaban reunidos allí los antiguos. Invitaron al zorrillo, al armadillo y al ratón de campo a la fiesta del Tambor, que iba a celebrarse pronto —se realiza generalmente en octubre. Sus esposas apenas estaban tejiendo las camisas que cada uno de ellos llevaría a la fiesta, y ellos estaban apurándolas para que las terminaran, pues ya se les hacía tarde para ir a la fiesta. Por las prisas, sus camisas no salieron bien y se las pusieron tal como estaban, sin terminar. Es por eso que el zorrillo trae el traje nada más rayado y el armadillo una camisa muy chica. En la fiesta había una hermosa muchacha llamada Amaima, que era cuñada del zorrillo y estaba ena-

morada de él. Ella se preguntaba: “¿Cómo haré para enamorar al zorrillo? Está muy bonito, me gusta mucho ese zorrillo. Yo creo que voy a bailar con él en la noche”.

Llegando la hora del baile, la muchacha invitó a bailar al zorrillo. Cuando estaba bailando le dio de comer pinole al mismo tiempo que le hacía cosquillas, por lo que el zorrillo se estaba asfixiando. No podía respirar y comenzó a lanzar orines a todos los que estaban en la fiesta. Entonces los invitados comenzaron a toser, pues ya tenían la tosferina.

Entonces los curanderos se reunieron para ver qué se podía hacer, pues ya toda la gente estaba enferma. Por eso es que antes, cuando había mucha tosferina, cuando ya venía de Tepic, se reunían los cantadores y llevaban ofrendas hasta Upayakiha, donde nació esta enfermedad, a fin de que no afectara a los huicholes. (*huichol*)²¹⁶

La posibilidad de tener una relación directa con lo divino se ha perdido, así como la capacidad de cambiar las características de los seres que habitan este mundo. Accidentes diversos, o seres sobrenaturales pueden marcar aún el paisaje, pero los diálogos fluidos con animales, viejitos que aparecen como dioses, o seres que van al inframundo son ya, reconocidamente, asunto de ficción y materia de cuentos.

HACHÄKYUM mandó a su yerno *Äk'inchob* que hiciera un barco. Entonces se metieron en el barco todo género de animales y semillas de todos los árboles. Al atardecer llegó *Chäk Ik'al*, el Señor Rojo de los Vientos, y arrancó todos los árboles, luego vino la lluvia. Se inundó la tierra, y la gente que corría a sus canoas, encontraba que éstas se habían convertido en lagartos. Así murieran en el diluvio.

Después de seis años las aguas empezaban a bajar. A los siete años bajaron las aguas, y a las diez años parecía seca la tierra.

Äk'inchob sembraba los bosques y cuidaba a la gente y a los animales. Hizo que todos crecieran y procrearan rápidamente.

Hachäkyum mandaba cuidarlos a todos, porque eran los procreadores. *A'k'inchob* curaba a los enfermos y nadie se moría, se construyeron los primeros incensarios. Se advirtió que el trato entre los hombres y sus dioses ya sería indirecto, por medio de los incensarios. (*lacandón*)²¹⁷

Queda por explicar solamente por qué existe la muerte; su origen puede rastrearse en otros mitos o ser un relato autónomo. Los primeros hombres, miembros de intentos fallidos de humanidad, fueron destruidos o se transformaron en ídolos, rocas o restos arqueológicos; en seres subterráneos, animales o plantas cuando aparece por primera vez el sol o después del diluvio.

LA MUERTE

Para terminar con una humanidad que no les respeta o halaga como lo desean, los incomoda o simplemente encombrea el mundo, los dioses envían toda clase de desgracias: quitan a los instrumentos su potestad de trabajar solos, confunden las lenguas, separan a sus hijos unos de otros, velan las miradas, provocan enfermedades, envían el diluvio, se alejan de ellos. Como nada parece bastar para contenerlos, los convierten en mortales. A veces, la muerte aparece sin el menor preámbulo, aviso o causa aparente. No es consecuencia de ningún acto, pero hay que lidiar con ella de alguna forma:

MURIÓ EL HOMBRE-DE-LA-TIERRA. Lo hizo por esta gente, para que fueran mortales. Murió y quedó echado allí. La gente no podía con el cadáver. Llegaron los vientos de los cuatro rumbos. Se metieron debajo del cuerpo. El ruiseñor se metió debajo de él. Le goteó sangre en la sien. Todavía se le ve la mancha. Había muerto el dios, ahí estaba tendido. El pájaro gritón estaba cantando una oración, llegó el pájaro del sauzal, el pinto, y junto con el gritón se pusieron a rezar. Iba saliendo el sol, llegó hasta el cielo mediano; luego calló, todo quedó en silencio. (*kiliwa*)²¹⁸

CUANDO LA TIERRA estuvo lista para ser habitada, Chamán de la Tierra creó toda clase de aves y seres que reptan. Enseguida formó figuras de arcilla, a quienes ordenó convertirse en seres humanos animados, y ellos obedecieron. Por un tiempo, se multiplicaron y poblaron la Tierra hasta que se volvieron tantos que el alimento escaseó y el agua no era suficiente para colmar su sed. No conocían la muerte ni las enfermedades y su número aumentaba desmesuradamente. Hambrientos, comenzaron a matarse unos a otros y a comer la carne humana. Chamán de la Tierra se compadeció de ellos, pero no podía poner remedio a sus pesares, y se vio forzado a destruirlos a todos. (*pima*)²¹⁹

LA GENTE BROTABA del suelo cuando la tierra era tan plana como un campo que está listo para sembrarse, pero en aquellos días, los hombres sólo vivían un año y morían como las flores. (*tarahumara*)²²⁰

Se perdió también la capacidad de regresar a la vida, y esta tragedia se relaciona en muchas ocasiones, como ya hemos visto, con lagartijas, reptiles u otros mensajeros que equivocan las instrucciones que hubieran permitido el retorno a los difuntos —o por la transgresión de los tabúes que se imponen sobre los muertos.

En el ciclo del niño-maíz, al volver el muchachito con los huesos o restos de su padre, se le impone alguna restricción que transgrede.

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO había dicho que los que murieran volverían al otro día, y así era, volvían de nuevo, y en el mundo abundaba la gente. Un día la lagartija le pidió al señor Jesucristo que todas las personas que murieran ya no volvieran porque la gente seguía naciendo más y más y ella ya no encontraba dónde poner la cola. Entonces nuestro señor Jesucristo dijo: —Todos mis hijos que se mueran ya no volverán porque la gente va naciendo más y más, y el mundo va reduciéndose. (*tepehua*)²²¹

A las lagartijas y chintetes se les concede que la cola vuelva a crecerles, porque los hombres se la pisaban o se la arrancaban y son por eso símbolos de renacimiento; suelen ser mensajeros o recaderos; si cumplen bien, reciben como premio coronas, copetes y bellos colores.

LOS RARÁMURI atribuyen la existencia de la muerte al camaleón. Tiempo atrás, el camaleón era flojo, panzón y caminaba muy lento. La gente, por aquel entonces, no moría; este asunto preocupaba mucho al camaleón. Con tanta gente en el mundo —y él que se movía tan despacio— la gente lo pisaría. Pidió a Dios que se llevara las almas de la gente para que se murieran y hubiera más espacio. Luego se convirtió en animal y dejó de ser persona, pero aún camina lentamente, todavía es panzón. (*tarahumara*)²²²

NUESTRO PADRE SOL reflexionó: “¿qué pasará aquí, en la tierra?”

Aquí habló con los pensadores así: —¿Qué piensan ustedes que debemos hacer con los nacidos?

Algunos de nuestros ancianos dijeron: —Tienen que andar arriba en el cielo—. Otros dijeron: —Tienen que volar cuando llegan a una edad avanzada—. Otros dijeron: —Tienen que desaparecer en el agua de la vida en el poniente. Otros dijeron: —Tienen que disolverse en nada—. Otros dijeron: —Tienen que desaparecerse en la montaña.

No encontraron ninguna manera, no la encontraban. Entonces vino la lagartija que andaba allí lejos. La escuchó el sol, nuestro padre, y dijo: —Pues, pregunten a la lagartija qué opina ella.

La llamaron. Entonces llegó y le preguntaron: —¿Qué piensas? ¿Qué es lo mejor que se puede hacer con los nacidos?

Contestó inmediatamente: —Tienen que morir. Nacen y tienen que desaparecer aquí abajo dentro de la tierra. Ésta se va a alimentar de ellos. Estando en la tierra los nacidos tienen que alimentarse de la tierra y, por su parte, la tierra los va a consumir a ellos. (*cora*)²²³

En muchos pueblos indígenas se cree que el alma de los muertos regresa; entre los huicholes queda guardada en los cristales de cuarzo para luego volver a albergarse en algún humano. También vienen el Día de Difuntos a los altares hechos en su honor. Cualquier otra incursión de las ánimas de los muertos entre los vivos o de éstos en el inframundo es perniciosa para ambos, y aunque a veces sucede, suele evitarse a toda costa. De manera docta —como se estilaba en las primeras décadas del siglo xx, Zingg explica la primera muerte:

EL PRIMER HUICHOL que murió era una mujer a quien su marido golpeó hasta causarle la muerte porque, estando borracha, sin saberlo, rompió su promesa a los dioses de abstenerse, durante cinco años, de cometer adulterio. Cuando esta mujer murió, el único cambio que se operó en ella respecto de cuando estaba viva, fue que huyó por el camino; su cara se había vuelto de color negro. Puesto que el héroe cultural huichol *Kauymali* estaba enamorado de ella, deseaba vehementemente volverla a la vida; es decir, al contacto social normal. Como no podía darle alcance, se le indicó que para reintegrarla a la vida debía dispararle al talón una espina de cactus. Cuando la espina le atravesó el talón, la mujer se transformó en una mosca; Kauyumali la metió dentro de un tubo hueco y luego lo tapó con borlas de algodón que le dio *Nakawé*.

Aun en su nueva forma de mosca, la mujer muerta conservaba suficientes atributos de personalidad para poder hablar. Tienta a Kauymali diciéndole que si la deja salir del tubo podrá asumir forma humana y así el podrá tener un contacto más íntimo con ella. Esta apelación a la debilidad sexual que caracterizaba al semimalo Kauymali, resultó irresistible. Pero al abrir el tubo, la mujer se alejó volando hacia la muerte permanente, que desde entonces fue el destino de los huicholes. (*huichol*)²²⁴

La decisión de qué hacer con los cuerpos de los difuntos no es simple. Muchos reyes legendarios o héroes culturales piden ser conservados de alguna manera especial, durante un lapso determinado, para poder renacer. Los muertos revivirían si eran guardados en una caja, olla o jarrón durante ese lapso. Los jóvenes guardianes abren el resguardo y se pierde esa virtud, debido a su impaciencia.

Tras su decadencia debían de florecer, como una alegoría del maíz o las demás semillas que renacen tras ser plantados, signos de inmortalidad y regeneración vegetal, muerte fértil y pasajera.

La primera muerte, entre los pápagos, ocurre después del diluvio.

CUANDO EL AGUA desapareció, Hermano Mayor y Coyote se encontraron cuatro veces durante su caminata. En la cuarta ocasión Hermano Mayor se dirigió a Coyote llamándolo Hermano Menor.

Pero Coyote no estuvo de acuerdo y le respondía: —Yo fui el primero, soy el mayor. —¿Cuánta agua quedaba en la Tierra cuando saliste del bambú?— preguntaba el Hermano Mayor.

—Cerca de cuatro pulgadas— respondía Coyote. El Hermano Mayor replicó que cuando él salió, el agua le llegaba hasta el pecho, por lo que él había sido el primer sobreviviente.

Tiempo después, Hermano Mayor, Chamán de la Tierra y Coyote iniciaron el trabajo de la creación; cada quien creó una cosa diferente: Hermano Mayor crea los espíritus de los hombres y los dota del atardecer rojizo, que representa una de las visiones más hermosas para los pápagos.

Chamán de la Tierra era malhumorado y las cosas que creó fueron criticadas por los otros, lo cual le molestó mucho. Entonces comenzó a hundirse en la Tierra y Hermano Mayor trató de detenerlo. Al hacerlo, quedó con la causa de las enfermedades y las difundió a toda la Tierra al sacudir sus manos.

Hermano Mayor tenía un rival llamado Buitre Moreno, cuyos poderes eran tan grandes que podía hacer hervir el agua del pozo cercano a su casa. Buitre Moreno alegaba que mataría a Hermano Mayor, pero que éste reviviría y se producirían peores acontecimientos. En cuatro ocasiones trataron de matar a Hermano Mayor, pero siempre volvía a la vida al cabo de cuatro días. El cuarto intento de dar muerte a Hermano Mayor parecía ser exitoso: Buitre Moreno lo mató y dijo que no destruiría lo que había sido creado por Hermano Mayor, pero que utilizaría el viento y las nubes en beneficio de la gente. Hermano Mayor permanecía muerto, hasta que un día los niños del pueblo vieron que en su lugar había un hombre sentado fabricando una cantimplora de barro. Todos sintieron miedo.

Hermano Mayor dijo que regresaría como lo había predicho y que partiría, pero que regresaría pronto. Hermano Mayor intentó caminar pero titubea un momento y emprende el camino hacia el cielo para encontrar a Buitre Moreno, quien lo había matado. Hermano Mayor se levantó hacia el cielo. En la mitad del cielo había un árbol parlante; cuando lo alcanzó, quebró cuatro ramas y se las llevó consigo. Estas

ramas del árbol parlante le daban poderes en cualquier lugar del mundo. Hermano Mayor viajó durante cuatro días hasta llegar al Sol. Atravesó el cielo, llevando el Sol, y trató de encontrar un ayudante para asesinar a Buitre Moreno. Fue a la Colina de las Cenizas y encontró a Chamán de la Tierra acostado en una cama. Hermano Mayor esperó, hasta que el hombre se levantó y se acercó al fuego. Hermano Mayor traía tabaco y se sentaron para hablar. Hermano Mayor permaneció en la morada de Chamán de la Tierra durante dieciséis días, e hicieron planes para el viaje, cuyo fin era encontrar al hombre que lo había matado. Chamán de la Tierra preparó a sus sirvientes para el viaje, y fabricaron sólidos arcos y flechas y llevaron las provisiones que necesitarían. Se hicieron acompañar por los sirvientes y emprendieron el camino hacia el lugar de donde emergerían de la Colina de las Cenizas.

Posteriormente seleccionaron a cuatro jóvenes puros, quienes fueron los primeros en acercarse al mundo; después siguieron los otros. Cuando salieron de la montaña, vieron un mundo hermoso, cubierto de verdes pastos y muchas flores. El pueblo emergió en el este y viajó hacia el norte; después al oeste, y al sur, completando un gran círculo y regresando al este. En este viaje, lucharon permanentemente con los antiguos habitantes de la Tierra.

Durante el viaje, Hermano Mayor le daba nombre a las montañas, de acuerdo a las particularidades de cada una. De tiempo en tiempo, algunos grupos de este pueblo se separaron del resto y se establecieron por su cuenta. Los pápagos permanecieron en el Valle de Zacatón, cerca de la Montana Torcida. (*pápago*)²²⁵

Hay varias explicaciones al por qué del veneno de los animales: los huicholes dicen que la culebra de cascabel y el alacrán son aliados del sol; su veneno es calor concentrado que les concedió el sol para defenderse. Aquí, en cambio, hay una explicación de por qué son cremados los cadáveres —asociada al nacimiento del fuego y a la víbora de cascabel.

Las cuatro tribus de hombres y animales estuvieron encerradas juntas en una gran casa. Víbora de cascabel vivía ahí y se le conocía como *Mâ'ik Sol'ate* o Niño blando. A todos les gustaba cómo sonaba su cascabel y lo rascaban y zarandeaban continuamente: no tenía paz ni reposo. Un día ya no soportó más y fue a pedirle ayuda a Hermano Mayor. Hermano Mayor se compadeció de él y arrancó un cabello de su propio labio, lo cortó en pedazos para que sirviera de dientes a Niño blando: —Ahora, si alguien te molesta, muérdelo— le dijo.

Esa noche, *Tâ-âpi*, el Conejo, fue a rascar a Niño blando, como acostumbraba hacerlo. Niño blando levantó la cabeza y mordió a quien lo molestaba, tal como había

dicho Hermano Mayor. Al sentir el piquete, Conejo volvió a rascarlo y otra vez lo mordió. Corrió por todas partes contando que Niño blando estaba enojado y lo había mordido. Regresó, volvió a rascarlo y lo mordió dos veces más. Esa noche, Conejo se hinchó y tuvo fiebre. Toda la noche y todo el día siguiente sufrió. Llamaba a los otros con frecuencia, pidiéndoles que prepararan un lugar donde pudiera descansar. En ningún lugar encontraba reposo para su terrible condición. Pidió arena de mar para acostarse sobre ella y refrescar así su cuerpo afiebrado. Mandaron a Coyote por la arena pero no lo alivió. Conejo pidió estar a la sombra de unos arbustos para que la brisa lo refrescara pero tampoco mejoró. Pusieron una sombra encima de él pero tampoco lo alivió. Así aumentó su agonía, solamente la muerte le brindó paz. La gente acusó a Hermano Mayor de esta primera muerte, ya que le había dado a Niño blando los dientes que lo convertían en una amenaza para todos los que se le acercaran. El destino que debían dar al cadáver de Conejo era un problema serio para las tribus, temerosas de la interferencia de Coyote.

Dijo uno: —Si lo sepultamos, seguro que Coyote lo desentierra.

—Si lo escondemos —dijo otro— seguro que Coyote lo encuentra.

—Si lo ponemos en un árbol —dijo un tercero—, seguro que Coyote se trepa.

Finalmente, los maricopa propusieron que fuera quemado.

Para mantener a raya a Coyote durante la ceremonia, fue enviado con el Sol a conseguir fuego, porque él siempre tiene una flama encendida en su casa.

No bien se marchó Coyote, la gente llamó a Mosca Azul, para que les ayudara y así fue como aprendieron a hacer el fuego: tomando una vara como flecha, la hizo girar entre sus manos, quedando la punta inferior en un orificio al costado de un madero plano que estaba sobre el suelo. Rápidamente, el humo ascendió y comenzó a arder el primer fuego. Reunieron combustible y procedieron a cremar el cadáver.

Coyote desconfiaba de los otros desde que se marchó: “creo que me quieren alejar a propósito”. Mientras caminaba, volteaba a cada rato. Vio el humo que ascendía. Regresó corriendo lo más rápido que pudo, con el corazón agitado. Cuando llegó, la gente formó una barrera alrededor del cuerpo encendido.

—¡Déjenme ver a mi hermano! ¡Déjenme verlo aunque sea con un solo ojo!— gritaba mientras se revolcaba por el suelo. Nadie le hacía caso y corría y corría alrededor del círculo buscando un hueco. Lo encontró donde había dos hombres chaparros; saltó sobre ellos, arrancó el corazón del cuerpo en llamas de un mordisco y huyó con él.

La gente lo persiguió, pero Coyote les sacó ventaja. Al sur de la Sierra Estrella, Coyote se detuvo y colocó el corazón en un arbusto, pero la gente se aproximaba y huyó de nuevo. Este lugar se conoce hasta ahora como *Lugar del arbusto desarraigado*.

Cerca de Kihdtoak se detuvo de nuevo para comerse el corazón, pero se dio cuenta que estaba cubierto de cenizas y lo sacudió: las cenizas cayeron y cubrieron la montaña. Por esa razón, es de color blancuzco y se llama la *Montaña gris*.

Nuevamente la gente se acercó a Coyote, pero éste huyó hacia el norte cruzando el río Gila, donde comió el corazón e hizo caer la grasa sobre todas las piedras de la montaña, que hasta ahora se llama *Montaña grasosa*. De allí, Coyote se fue a vivir al mar que está en el sur. (*pima*)²²⁶

Tampoco Meltí podía morir, porque nadie sabía cómo cantarle la plegaria de los muertos. No les había enseñado a los hombres a hablar, por descuidado, y tampoco les enseñó a cantar la ceremonia necesaria para morir, por no ser previsor. Después de muchas penurias Meltí puede subir al cielo, donde se transforma en Luna.

NACIÓ EL SOL, la deidad segunda y principal, la que llamamos *Ma'ay kuyak*, la deidad que está en el cielo.

Desde ese momento, la Tierra dejó de estar oscura para estar permanentemente iluminada. Pero resultó que el esfuerzo que había hecho *Meltí ipá jalá*, la deidad Coyote-gente-luna, había sido tan grande y tan agotador, que se enfermó. Viendo que su fin se acercaba y que pronto moriría, este gran señor edificó una casa, una residencia que era la copia del mundo, en pequeño.

Teniendo ya la casa, la excavó para sentirse dentro de una tierra que no estuviera desfondada, y luego puso sobre el piso un montón de ramas. Sobre este montón, el gran señor dormitó un poco, pero pronto se dio cuenta de que empeoraba. Para curarse, tiró esa rama y recogió un mazo de rama santa, la que cura todo; con ella hizo una cama.

Volvió a recostarse el gran señor sobre aquella cama y pensó: “si la primera cama no me curó, es porque mi mal se agrava, pero esta sí me curará”. Al fin de cuentas, Meltí ipá jalá quedó dormido, sin vida, porque su mal era incurable. Fue así como murió en su casa cóncava, en su pequeño mundo, el gran señor que fue el padre de todos los kiliwa y del propio Ma'ay kuyak.

Meltí ipá jalá estaba ahí muerto, esperando que sus cuatro hijos le vinieran a cantar sus mensajes mortuorios, pero esto no era posible, porque Meltí ipá jalá les había enseñado muchas cosas, pero se le había olvidado decirles cómo se cantaba cuando alguien moría; y esto era un grave problema, porque el gran señor difunto, sin canciones mortuorias, no podía regresar a su antigua casa, al sur, a donde todo es cóncavo y amarillo.

Y ahí estaba Meltí ipá jalá muerto, muerto de tanto trabajar. Había muerto de agotamiento.

Meltí ipá jalá estaba muerto ahí en su cama, con una gran preocupación porque no tenía quién le cantara sus canciones mortuorias. Consternado por esto, hizo ¡mfffff!, tres veces consecutivas, luego se convirtió en un pajarito y voló. Anduvo por muchas partes, buscando quién le cantara las cuatro canciones de la muerte, pero no encontró a nadie.

Meltí ipá jalá se molestó mucho y dijo: —¿No hay quién me cante las cuatro canciones de la muerte? ¡Ahora verán quién es Meltí ipá jalá, ahora verán quién es el guerrero! Entonces se puso a pensar cómo castigar a sus hijos, pero no encontraba algo que fuera tan importante como para obligarlos a que fueran más responsables en la vida. En eso estaba pensando, cuando pasó por ahí el cuervo.

—¡Cuervo!— le dijo— ve a la casa, a *uka wa' wey*, a la montaña *Amát' kniámkaskal wey ke-mei* y recoge tu color el negro.

El cuervo fue a su casa y recogió su color, luego lo metió en una bolsa de cuero rojo y con ella hizo un paquete. Fue entonces cuando Meltí ipá jalá dijo: —Ahora tengo a la oscuridad en un paquete, ahora ya no tienen oscuridad, sigan viviendo en la pura luz. Fue entonces cuando se dieron cuenta los hijos de la deidad, que también la noche era buena para el mundo y que estar sin ella era un castigo.

Meltí ipá jalá tomó el paquete de cuero rojo y se lo dio nuevamente al cuervo. —Toma este paquete y llévaselo al león —le dijo, y el cuervo tomó el paquete y se lo llevó a el león, al gato de las patas grandes. Cuando llegó con el león, le dijo: —Aquí te traigo este paquete que te manda Meltí ipá jalá; dice que lo cuides, y que por ningún motivo lo abras. El león tomó entre sus garras el paquete y contestó: —Muy bien, cuervo, yo cuidaré el paquete y no lo abriré.

Luego el cuervo regresó con Meltí ipá jalá y le informó. El cuervo se fue a descansar. El león cuidó durante mucho tiempo aquel paquete, pero como tenía que ir a cazar, fue con la serpiente y le dijo: —Aquí te envía este paquete Meltí ipá, cuidalo, pero por ningún motivo lo vayas abrir.

Luego el león se fue a cazar. La serpiente cuidó durante algún tiempo el paquete, pero tuvo necesidad de ir a cazar. Fue con el águila y le dijo lo mismo, luego el águila fue con el oso y le dijo lo mismo, luego el oso fue con el caballo y le dijo lo mismo, luego el caballo fue con el conejo y le dijo lo mismo, luego el conejo fue con el zorro y le dijo: —¡Oye zorro, aquí te manda Meltí ipá este paquete para que lo cuides, pero de ninguna manera vayas a abrirlo.

El zorro, muy curioso le preguntó al conejo: —¿Qué es?

Y el conejo le dijo: —No sé, es un paquete que me dio el caballo.

El zorro fue a la casa del coyote y le dijo: —Aquí te encargo este paquete de cuero rojo de Meltí ipá jalá, no lo debes abrir.

El zorro le dejó el paquete al coyote y se fue a cazar. El coyote guardó un ratito el paquete, pero como tenía mucha curiosidad y no podía aguantar, vio el paquete de cuero rojo y dijo: —Quizá si me asomo por un agujerito y veo lo que tiene el paquete, nadie se dará cuenta.

El coyote entonces abrió un agujerito en el paquete, pero por más que se asomaba no podía ver nada. Luego hizo el agujerito un poco más grande, pero no podía ver nada; abrió un poco más grande el agujero, pero por más que se asomaba no podía ver nada. Desesperado, porque no podía ver nada —y no podía porque todo aquello que estaba dentro del paquete estaba oscuro— con sus garras le dio un jalón al paquete y le abrió un boquete. Al desbaratarse el paquete, la oscuridad salió rápida y se desparramó por todo el mundo. La noche se esparció de nuevo por el mundo y se acabó la luz.

Asustado, el coyote, corrió a buscar al zorro y le dijo lo que había pasado; el zorro se lo contó al conejo, el conejo al caballo, el caballo al oso, el oso al águila, el águila a la serpiente, la serpiente al león. El león se preocupó mucho porque Meltí ipá jalá le había encomendado a él este paquete. Fue a buscar a Meltí ipá. Lo encontró tirado en su camastro, muerto.

Frente al gran señor, el león le pidió consejo para volver a la normalidad de la luz y de la noche al mundo. Ahí en su pequeña casa cóncava, le dijo que los hombres estaban muy tristes porque se había disgustado, que ellos, sus hijos, deseaban pedir perdón por no saberse las canciones de la muerte, pero que no era culpa de ellos, porque el propio Meltí ipá jalá, que era el único que las conocía no se las había enseñado. Meltí ipá jalá estuvo pensando mucho, luego reconoció que era su culpa que sus hijos no supieran cantar.

Muy preocupado le dijo al león: —¡Mira, te voy a enseñar las canciones de la muerte, que son cuatro, para que tú se las enseñes a los cuatro hijos y a mis nietos.

El león quedó muy complacido cuando aprendió a cantar las cuatro canciones de la muerte. Luego Meltí ipá jalá le dijo al león: —Manda al coyote por el arco y la flecha de *Joá kuñmát'*, mientras tú buscas al pájaro y le arrancas seis plumas. A cada flecha de *Joá kuñmát'*, le amarras una pluma y luego que el coyote las tire con el arco rumbo a cada color del universo.

Como el león y el coyote hicieron esto, volvió el día y se normalizó la noche, por eso, los hijos de Meltí ipá jalá llamaron a este episodio: “cuando el coyote hizo el día y la noche”, y por eso, el pájaro *tel poo*, tiene muchos colores.

Normalizado el día y la noche, los hijos de Meltí fueron a la pequeña casa cóncava de su padre. Ahí entonaron las cuatro canciones de la muerte que habían aprendido del león. Primero cantó uno, luego el otro, y así hasta el cuarto hijo.

Meltí ipá jalá, la deidad Coyote-gente-luna, quedó muy satisfecho, se despidió de

ellos y les anunció que los estaría vigilando y cuidando desde el ombligo de arriba, desde el centro. Así Meltí ipá jalá, se convirtió en la luna, y anda en el cielo, de día y de noche, vigilando a los kolew. Desde ese momento, hubo luna nueva, y por esto, desde ese instante, se empezó a contar el tiempo. Desde esa fecha, también identifican el cielo, donde está la luna, como la casa donde vive el muerto. (*kiliwa*)²²⁷

El tiempo mundano comienza a contarse a partir de la salida del sol, del retorno de los sobrevivientes tras el diluvio o, en este caso, de la subida de Meltí al cielo. El tiempo mítico termina aquí.

Temida y evitada, la muerte será anunciada por aves o animales mensajeros y agoreros: tecolote y búhos o menos frecuentemente, el colibrí. Cuando nació, Nuestro Padre quiso quedarse con él; por eso los coras creen que el colibrí, si está volando cerca de la puerta de una casa, avisa la muerte de alguno de sus habitantes.

CUANDO VIO que podía caminar muy rápido, pensó: “Que sea mi mensajero”.

—Démele.

—Ahí está.

Llegó y se lo dio. Entonces Nuestro Padre se lo llevó. Allí se quedó, y le encargaba los mandados: —Ve y mira allí abajo qué están haciendo y si están bien.

Así siguió. Le dijo: —Cuídate, que no te agarren.

Entonces anduvo caminando lejos, en la tierra. Llevaba las noticias. Le avisó a su padre:

—Allí están los ancianos y están reflexionando qué van a hacer. Piensan en los dioses y dijeron que traiga a los dioses de la lluvia para acá, desde allá donde habitan.

—Avísale al propietario de la choza para que sepa que va a morir.

Caminó, llegó y gorjeó. Lo escucharon los que vivían allí y ordenaron:

—Agarren esa cosa para que no esté gorjeando.

No lo alcanzaron. Se fue con su padre y le dijo:

—Por poquito y me hubieran agarrado. (*cora*)²²⁸

Quedarán aún resabios de seres y lugares primigenios, de contiendas y rivalidades, de dones y castigos heredados de los primeros tiempos, que aún siguen presentes en este mundo, sobre la superficie ya sólida y definida de la tierra. Si bien aún hay contacto con el mundo inferior o superior, el libre flujo de todas las criaturas y las consecuencias de tal contacto se han perdido para el común de los mortales.

NOTAS

- ¹ Frank Russell, *The Pima Indians*, p. 272. Siempre que no se indique otro traductor, las versiones en español son mías.
- ² H.R. Kroeber, en *Mitos cosmogónicos*, pp. 274-276. Selección y traducción de Eugenia Olagarria.
- ³ Frank Russell, *The Pima Indians*, pp. 206-207.
- ⁴ Konrad Preuss (1908), en *Flechadores de estrellas*, p. 296-298. Narrado por Leocadio Enríquez en Jesús María, Nayarit. Así se hacen los *tsikuri*, mal llamados en español “ojos de Dios”.
- ⁵ Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, pp. 216-217. Recopilado en Loma Larga, Tantoyuca, Veracruz. La manera de escribir el nombre de las etnias y la ortografía en lenguas indígenas es la utilizada por los autores.
- ⁶ Konrad Preuss (1931), en *Flechadores de estrellas*, p. 298.
- ⁷ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. 1, pp. 291-292.
- ⁸ María Ana Portal, *Cuentos y mitos en una zona mazateca*, p. 45. Narrado por Amadeo Calleja en Nueva Patria, Soyaltepec, Oaxaca.
- ⁹ Comunicación personal de Pedro Pérez Conde, en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1982.
- ¹⁰ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. 1, p. 500. Por eso los murciélagos vuelan rasando y emparejando el paisaje.
- ¹¹ La forma del mito corresponde a la que le dio el antropólogo-literato, no a la del chamán *kiliwa* que la cantó a lo largo de varias noches; su contenido, en cambio, coincide con otros textos recopilados por investigadores que han trabajado con los *ko'lew* de México, o los *diegueños* y *luiseños* de Estados Unidos.
- ¹² Ochoa escribe Meltí ?ipá jalá(u). La primera ?i corresponde a un saltillo oclusivo y la á(u) a una glotal oclusiva. Como no existen en español semejantes vocales, opté por una ortografía simplificada.
- ¹³ Los colores no son consistentes a lo largo del relato. Los rumbos se consideran dando la espalda al oriente y son enfrente, detrás, a la derecha, a la izquierda, arriba y abajo (nota de Ochoa Zazueta).
- ¹⁴ Ángel Ochoa Zazueta, *Los kiliwa*, pp. 19-29. Recopilado en Arroyo de León, Ensenada, Baja California.

- ¹⁵ El *posh* es un licor de caña de azúcar sin refinar que destilan los chamulas. Se hace de diferentes gradaciones, puede ser suave (frío), fuerte (caliente) o muy fuerte (la flor del posh). Acompaña casi todas las transacciones seculares y religiosas de Chamula. (Nota de Gossen).
- ¹⁶ Gary Gossen, en *Tlalocan*, vol. VII, 1968, pp. 131-165. Narrado por Manuel López Calixto de Paraje Peteh y Salvador López Castellanos de Paraje Milpoleta, ambos en San Juan Chamula, Chiapas.
- ¹⁷ Robert D. Bruce, *El libro de Chan Kin*, p. 17-24. Recopilado en Najá, Chiapas.
- ¹⁸ Robert D. Bruce *et al.*, *Los lacandones. Cosmovisión maya*, pp. 10-15. Narrado por Chan Kin en Najá, Chiapas.
- ¹⁹ Nuevamente hablamos de kiliwas y lacandones.
- ²⁰ Ángel Ochoa Zazueta, *Los kiliwa*, pp. 29-34. Recopilado en Arroyo de León, Ensenada, Baja California.
- ²¹ Richard Stephen Felger y Mary Beck Moser, *People of the Desert and Sea*, pp. 100-101. Recopilado por Edward Moser.
- ²² Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. 1, pp. 291-292.
- ²³ Roberto Williams García, *Mitos tepahuas*, pp. 75-76. Recopilado en Pisaflores, Veracruz.
- ²⁴ Ángel Ochoa Zazueta, *Los kiliwa*, pp. 34-35. Recopilado en Arroyo de León, Ensenada, Baja California.
- ²⁵ Robert D. Bruce, *Los lacandones. Cosmovisión maya*, pp. 15-16. Narrado por Chan Kin en Najá, Chiapas.
- ²⁶ H.R. Kroeber, en *Mitos cosmogónicos*, pp. 268-269. Selección y traducción de Eugenia Olagarriá.
- ²⁷ Elisa Ramírez Castañeda *et al.*, *Cuentos mixes. Ap ayuuk*, pp. 114-119. Recopilación y traducción de Daniel Martínez.
- ²⁸ Elsie Parsons, *Mitla, Town of the Souls*, pp. 349-350. Narrado por Miguel Méndez en Mitla, Oaxaca.
- ²⁹ Carlos Incháustegui, *Relatos del mundo mágico mazateco*, pp. 54-56. Narrado por Pablo Guerrero en Huautla de Jiménez, Oaxaca.
- ³⁰ Miranda *et al.*, en *Flechadores de estrellas*, pp. 299-303. Narrado por Jova Cánare y Casiano de la Cruz, en Jesús María, Nayarit. En esta versión, el nacimiento del sol es anterior a la aparición del fuego.
- ³¹ Konrad Preuss (1931), en *Flechadores de estrellas*, pp. 303-304.
- ³² Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, pp. 232-233. Recopilado en Loma Larga, Tantoyuca, Veracruz.
- ³³ Eckart Boege, *Los mazatecos ante la nación*, p. 99. Narrado por Amadeo Calleja y don Sabino de Tenango, Oaxaca.
- ³⁴ Miguel Ángel Tepole y Elisa Ramírez, *Cuentos nahuas. Uejkauitl nauauajtlatjoli*, pp. 25-27. Narrado por Margarito Ajactle Tequiliquihua en Los Reyes, Veracruz. El hombrecito persi-

gue al tlacuache, que le hace todas las maldades propias de los cuentos de tlacuache y tigre o de conejo y coyote. Termina por incendiarlo en un carrizal.

- ³⁵ Para entender la complejidad de este personaje, recomendamos la lectura del libro de Alfredo López Austin, *Los mitos del tlacuache*.
- ³⁶ Miguel Alberto Bartolomé, *Narrativa y etnicidad entre los chatinos de Oaxaca*, pp. 202-203. Recopilado en Yolotepec, Oaxaca.
- ³⁷ Adriana Guzmán, *Mitote y universo cora*, pp. 155-156. Narrado por Don Tadeo, en Mesa del Nayar, Nayarit.
- ³⁸ Ana María Portal, *Cuentos y mitos en una zona mazateca*, p. 45. Narrado por Amadeo Calleja en Nueva Patria, Soyaltepec, Oaxaca.
- ³⁹ Eckart Boege, *Los mazatecos ante la nación*, p. 99. Narrado por Amadeo Calleja y don Sabino de Tenango, Oaxaca.
- ⁴⁰ Richard Stephen Felger y Mary Beck Moser, *People of the Desert and Sea*, p. 123. Recopilado por Kroeber.
- ⁴¹ Elisa Ramírez Castañeda y Guadalupe Valdés, *Canciones, mitos y fiestas huicholes. Wirrarika irratsikayari*, pp. 21-25. Recopilado por René Núñez, narrado por Antonio López Rentería en Santa Catarina, Jalisco.
- ⁴² Robert M. Zingg, *Mitología de los huicholes*, pp. 185-187. Recopilado en Santa Catarina Cuexcomatitán, Jalisco.
- ⁴³ Ruth Warner Giddings, *Yaqui Myths and Legends*, p. 159. Narrado por Lucas Chávez, originario de Tórim, Sonora, en Pascua, Arizona.
- ⁴⁴ Roberto Williams García, *Mitos tepehuas*, pp. 67-68. Recopilado en Pisaflores, Veracruz.
- ⁴⁵ Robert D. Bruce, *El libro de Chan Kin*, pp. 178-182. Recopilado en Najá, Chiapas.
- ⁴⁶ Elisa Ramírez Castañeda y Guadalupe Valdés, *Canciones, mitos y fiestas huicholes. Wirrarika irratsikayari*, pp. 26-30. Narrado por Antonio López Rentería en Santa Catarina, Jalisco. Recopilación de René Núñez.
- ⁴⁷ Arturo Gutiérrez, en *Flechadores de estrellas*, pp. 306-308. Recopilado en Tateikie, San Andrés Cohamiata, Jalisco.
- ⁴⁸ Adriana Guzmán, *Mitote y universo cora*, p. 142-143. Narrado por don Nacho en Mesa del Nayar, Nayarit.
- ⁴⁹ Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, pp. 222-223. Recopilado en Loma Larga, Tantoyuca, Veracruz.
- ⁵⁰ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. 1, p. 292.
- ⁵¹ *Ibidem*, vol. 2, pp. 106-107.
- ⁵² Bruce, Robert D., *Los lacandones. Cosmovisión maya*, pp. 22-24. Narrado por Chan Kin en Najá, Chiapas.
- ⁵³ Nefi Hernández, manuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1982.

- ⁵⁴ Elisa Ramírez Castañeda y Guadalupe Valdés, *Canciones, mitos y fiestas huicholes. Wirrarika irratsikayari*, pp. 31-35. Narrado por Antonio López Rentería en Santa Catarina, Jalisco. Recopilación de René Núñez.
- ⁵⁵ Konrad T. Preuss, *Mitos y cuentos nahuas de la Sierra Madre Occidental*, pp. 159-165. Narrado por Doroteo Jesús en San Pedro Jícora, Durango.
- ⁵⁶ Montoya Briones, en *Mitos cosmogónicos*, pp. 299-300. Selección y traducción de María Eugenia Olavarría. Recopilado en Xoconostle, Durango.
- ⁵⁷ Ruth Warner Giddings, *Yaqui Myths and Legends*, p. 34. Narrado por Ambrosio Castro en La Palma, Sonora.
- ⁵⁸ Arturo Gutiérrez, en *Flechadores de estrellas*, pp. 306-308. Recopilado en Tateikie, San Andrés Cohamiata, Jalisco.
- ⁵⁹ Adriana Guzmán, *Mitote y universo cora*, p. 142-143. Narrado por Don Nacho en Mesa del Nayar, Nayarit.
- ⁶⁰ Jacques Galinier, *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, pp. 693-699. Recopilado en San Pablito, Puebla.
- ⁶¹ Miguel Alberto Bartolomé y Alicia M. Barabas, *Tierra de palabras*, pp. 195-199. Recopilado en Tepenixtlahuaca, Juquila, Oaxaca.
- ⁶² Walter S. Miller, *Cuentos mixes*, pp. 86-97. Narrado por José Trinidad en San Lucas Camotlán, Oaxaca.
- ⁶³ Fernando Horcasitas y Gabriel de Cicco, en *Tlalocan*, vol. IV, núm. 1, pp. 74-79. Recopilado en San Juan Quiahije, Coatlán, Oaxaca.
- ⁶⁴ Elena E. Hollenbach, en *Tlalocan*, vol. VIII, pp. 463-468. Recopilado en San Juan Copala, Oaxaca.
- ⁶⁵ Versión mecanuscrita del profesor Alfonso Martínez, en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1981-1982.
- ⁶⁶ Miguel Alberto Bartolomé y Alicia M. Barabas, en *Guchachi' reza*, núm. 17, pp. 10-21. Narrado por Nicolás Zaragoza, de Ejido Ideal, Ojitlán, Oaxaca.
- ⁶⁷ María Ana Portal, *Cuentos y mitos en una zona mazateca*, pp. 49-54. Recopilado en Ojitlán, Oaxaca.
- ⁶⁸ Elena Hollenbach, en *Tlalocan*, vol. VIII, pp. 463-468. Recopilado en San Juan Copala, Oaxaca.
- ⁶⁹ Agustín García Alcaraz, *Tinujei. Los triques de Copala*, pp. 454-458.
- ⁷⁰ Alonso Solano y Elisa Ramírez, *Cuentos de la Montaña de Guerrero*, pp. 161-165. Narrado por Gabino Cabrera en Ocoapa, Guerrero.
- ⁷¹ María Ana Portal, *Cuentos y mitos en una zona mazateca*, pp. 49-54. Recopilado en Ojitlán, Oaxaca.
- ⁷² Agustín García Alcaraz, *Tinujei. Los triques de Copala*, pp. 454-458.

- ⁷³ Elena Hollenbach, en *Tlalocan*, vol. VIII, pp. 463-468. Recopilado en San Juan Copala, Oaxaca.
- ⁷⁴ Robert H. Barlow, en *Tlalocan*, vol. IV, núm. 1, pp. 55-61. Narrado por Valentín Ramírez en San José Miahuatlán, Puebla.
- ⁷⁵ Elena Hollenbach, en *Tlalocan*, vol. VIII, pp. 463-468. Recopilado en San Juan Copala, Oaxaca.
- ⁷⁶ Agustín García Alcaraz, *Tinujei. Los triquis de Copala*, pp. 454-458.
- ⁷⁷ Roberto J. Weitlaner, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, pp. 56-62.
- ⁷⁸ Elena Hollenbach, en *Tlalocan*, vol. VII, pp. 463-468. Recopilado en San Juan Copala, Oaxaca.
- ⁷⁹ Paulina Juana Matías López, manuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1982.
- ⁸⁰ Roberto J. Weitlaner, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, pp. 52-55. Narrado por Francisco Méndez en Ozumacín, Oaxaca.
- ⁸¹ *Ibidem*, pp. 56-62.
- ⁸² Elena Hollenbach, en *Tlalocan*, vol. VII, pp. 463-468. Recopilado en San Juan Copala, Oaxaca.
- ⁸³ Paulina Juana Matías López, manuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1982.
- ⁸⁴ Roberto J. Weitlaner, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, pp. 56-62.
- ⁸⁵ *Ibidem*, pp. 52-55. Narrado por Francisco Méndez en Ozumacín, Oaxaca.
- ⁸⁶ Miguel Ángel Tepole y Elisa Ramírez, *Cuentos nahuas. Uejkauitl nauauajtlatjoli*, pp. 65-67. Narrado por Clara Colohua en Tequila, Veracruz.
- ⁸⁷ Fernando Horcasitas y Gabriel de Cicco, en *Tlalocan*, vol. IV, núm.1, pp. 74-79. Recopilado en San Juan Quiahije, Coatlán, Oaxaca.
- ⁸⁸ María Ana Portal, *Cuentos y mitos en una zona mazateca*, pp. 49-54. Recopilado en Ojitlán, Oaxaca.
- ⁸⁹ Roberto J. Weitlaner, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, pp. 52-55. Narrado por Francisco Méndez en Ozumacín, Oaxaca.
- ⁹⁰ Fernando Horcasitas y Gabriel de Cicco, en *Tlalocan*, vol. IV, núm.1, pp. 74-79. Recopilado en San Juan Quiahije, Coatlán, Oaxaca.
- ⁹¹ Robert H. Barlow, en *Tlalocan*, vol. IV, núm. 1, pp. 55-61. Narrado por Valentín Ramírez en San José Miahuatlán, Puebla.
- ⁹² Carlos Incháustegui, *Relatos del mundo mágico mazateco*, pp. 54-56.
- ⁹³ Miguel Alberto Bartolomé y Alicia M. Barabas, en *Guchachi' reza*, núm. 17, pp.10-12. Narrado por Nicolás Zaragoza de Ejido Ideal, Ojitlán, Oaxaca.
- ⁹⁴ Fernando Horcasitas y Gabriel de Cicco, en *Tlalocan*, vol. IV, núm. 1, pp. 74-79. Recopilado en San Juan Quiahije, Coatlán, Oaxaca.
- ⁹⁵ Paulina Juana Matías López, manuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1980-1981. Narrado por Marcelino López Ortega en San Pedro Jicayán, Oaxaca.

- ⁹⁶ María Ana Portal, *Cuentos y mitos en una zona mazateca*, pp. 49-54. Recopilado en Ojitlán, Oaxaca.
- ⁹⁷ Elena Hollenbach, en *Tlalocan*, vol. VIII, pp. 463-468. Recopilado en San Juan Copala, Oaxaca.
- ⁹⁸ María Ana Portal, *Cuentos y mitos en una zona mazateca*, pp. 49-54. Recopilado en Ojitlán, Oaxaca.
- ⁹⁹ Paulina Juana Matías López, manuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1980-1981.
- ¹⁰⁰ Miguel Alberto Bartolomé y Alicia M. Barabas, en *Guchachi' reza*, núm. 17, pp. 10-21. Narrado por Nicolás Zaragoza, de Ejido Ideal, Ojitlán, Oaxaca.
- ¹⁰¹ Miguel Alberto Bartolomé y Alicia M. Barabas, *Tierra de Palabras*, pp. 195-199. Recopilado en Tepenixtlahuaca, Juquila, Oaxaca.
- ¹⁰² María Ana Portal, *Cuentos y mitos en una zona mazateca*, pp. 49-54. Recopilado en Ojitlán, Oaxaca.
- ¹⁰³ Fernando Horcasitas y Gabriel de Cicco, en *Tlalocan*, vol. IV, núm. 1, pp. 74-79. Recopilado en San Juan Quiahije, Coatlán, Oaxaca.
- ¹⁰⁴ Ingrid Geist, *Comunión y disensión*, p. 229. Narrado por un hombre de Tlalixtac, Oaxaca, quien escuchó el relato de un tal Juan Mejías.
- ¹⁰⁵ Roberto J. Weitlaner, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, pp. 56-62. Narrado por Francisco Méndez en Ozumacín, Oaxaca.
- ¹⁰⁶ Paulina Juana Matías López, manuscrito inédito de la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1980-1981.
- ¹⁰⁷ Walter S. Miller, *Cuentos mixes*, pp. 86-97. Narrado por José Trinidad en San Lucas Camotlán, Oaxaca.
- ¹⁰⁸ Elsie Parsons, *Mitla, Town of the Souls*, pp. 324-327. Narrado por Miguel Méndez en Mitla, Oaxaca.
- ¹⁰⁹ Mi versión fue escrita a partir de los relatos en tzeltal y tzotzil reunidos en los Talleres de la Palabra de los Altos de Chiapas, en 1998, y de diversas versiones publicadas o escuchadas a lo largo de los años, por lo cual no indico etnia ni fuente sino cuando cito textualmente. Otras versiones más de este mito han aparecido en la revista *Arqueología Mexicana* y en la antología *No siempre fueron así*.
- ¹¹⁰ Pedro Pérez Conde y Elisa Ramírez Castañeda, *Leyendas y cuentos tzeltales*, pp. 125-158. Recopilada en Tenejapa, Chiapas. Una versión algo distinta del mismo mito, dictada por Pérez Conde, fue publicada en *Guchachi' reza* por el Dr. Víctor de la Cruz, quien respeta con exactitud la barroca narrativa del autor.
- ¹¹¹ Enrique Pérez López, *El k'ox. El niño que se transformó en el sol*, pp. 2-24. Versión de Chamula, Chiapas.

- ¹¹² Pérez Conde y Ramírez, *op. cit.*
- ¹¹³ Pedro Pérez Conde, en *Guchachi' reza*, núm. 16, pp. 28-31. Recopilación del Dr. Víctor de la Cruz.
- ¹¹⁴ Pérez López, *op. cit.*
- ¹¹⁵ Pérez Conde y de la Cruz, *op. cit.*
- ¹¹⁶ Versión de Elisa Ramírez Castañeda (ERC).
- ¹¹⁷ Pérez Conde y Ramírez, *op. cit.*
- ¹¹⁸ Pérez Conde y de la Cruz, *op. cit.*
- ¹¹⁹ Pérez López, *op. cit.*
- ¹²⁰ Calixta Guiteras, *Los peligros del alma*, pp. 158-160. Narrado por Manuel Arias en San Pedro Chenalhó, Chiapas.
- ¹²¹ Versión ERC.
- ¹²² Guiteras, *op. cit.*
- ¹²³ Pérez Conde y de la Cruz, *op. cit.*
- ¹²⁴ Guiteras, *op. cit.*
- ¹²⁵ Roberto Williams García, *Mitos tepehuas*, p. 93. Recopilado en Pisaflores, Veracruz.
- ¹²⁶ *Ibidem.*
- ¹²⁷ Talleres de la palabra impartidos por CONAFE/PAEPI. Benito Gutiérrez Girón, Tojolabal, Sede Ocosingo, 2000.
- ¹²⁸ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. 1, p. 244.
- ¹²⁹ Didier Boremanse, *Contes et Mythologie des Indiens Lacandons*, pp. 291-292.
- ¹³⁰ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, pp. 49-50. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar, Oaxaca.
- ¹³¹ Pedro Pérez Conde, manuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP. 1980-81. Recopilado en Mazapa Frontera, Chiapas.
- ¹³² Fernando Olmos Cañedo es autor de esta versión, publicada en la revista *hojas* de los Talleres de Literatura de la Universidad Autónoma de Baja California en 1990. Historiador de la etnia pai-pai, trabajó la tradición oral como literatura, más que como etnología. Su quehacer como traductor, recopilador e intérprete, si bien escaso, es notable. Toma el relato de Jesús Ángel Ochoa Zazueta.
- ¹³³ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. 1, pp. 425.
- ¹³⁴ Jesús Ángel Ochoa Zazueta, *Los kiliwa*, pp. 91-92. Recopilado en Arroyo de León, Ensenada, Baja California.
- ¹³⁵ Konrad Preuss, en *Flechadores de estrellas*, pp. 310 y 314.
- ¹³⁶ Ochoa Zazueta, *Los kiliwa*, pp. 91-99. Recopilado en Arroyo de León, Ensenada, Baja California.
- ¹³⁷ Frank Russell, *The Pima Indians*, pp. 207-208. Selección de Eugenia Olagarria.

- ¹³⁸ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. 1, p. 293.
- ¹³⁹ Robert J. Weitlaner, *Relatos, mitos y cuentos de la Chinantla*, p. 86. Narrado por María Gregoria en Río Hondo, Teotilalpan, Oaxaca.
- ¹⁴⁰ Robert D. Bruce, *El libro de Chan Kin*, p. 35-42. Recopilado en Najá, Chiapas.
- ¹⁴¹ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. 1, 291-292.
- ¹⁴² Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, pp. 487-488. Recopilado en Loma Larga, Tantoyuca, Veracruz.
- ¹⁴³ Miguel Alberto Bartolomé y Alicia M. Barabas, *Tierra de palabras*, pp. 202-203. Recopilado en San Miguel Panixtlahuaca, Oaxaca.
- ¹⁴⁴ Paul R. Turner, *The Highland Chontal*, pp. 46-47. Recopilado en San Matías, Yautepec, Oaxaca.
- ¹⁴⁵ Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, pp. 493-494. Recopilado en Loma Larga, Tantoyuca, Veracruz.
- ¹⁴⁶ Robert Weitlaner, *Relatos, mitos y cuentos de la Chinantla*, pp. 87-88. Narrado en cuicateco por Tomás N. de Chiquihuitlan, Oaxaca.
- ¹⁴⁷ Eckart Boege, *Los mazatecos ante la nación*, p. 100. Narrado por don Sabino, de Tenango, Oaxaca.
- ¹⁴⁸ Miguel Alberto Bartolomé y Alicia M. Barabas, *Tierra de palabras*, pp. 199-200. Recopilado en Santos Reyes Nopala, Oaxaca.
- ¹⁴⁹ Allan F. Burns y Paulino Yamá, *An Epoch of Miracles*, pp. 43-44. Recopilado en Señor, Quintana Roo. El formato es del autor; corresponde a un intento por reintegrar la textura oral a los relatos escritos, como proponen los etnopoetas, mediante cambios tipográficos que aquí no se reproducen.
- ¹⁵⁰ George M. Foster, *Sierra Popoluca Folklore and Beliefs*, pp. 191-196. Narrado por Leandro Pérez en Soteapan, Veracruz.
- ¹⁵¹ Marcelino López Arias, en *Agua, mundo y montaña*, pp. 19-26. Narrado por Benjamín Pascual G. de Soteapan, Veracruz.
- ¹⁵² Taller de Tradición Oral de la Sociedad Agropecuaria del CEPEC, *Lo que oímos contar a nuestros abuelos*, pp. 59-73.
- ¹⁵³ *Ibidem.*
- ¹⁵⁴ Genaro González Cruz, *Nueva narrativa náhuatl*, pp. 23-37.
- ¹⁵⁵ María Antonia Vicente García, “El niño granito de maíz”, en *Maíz*, pp. 69-73. Trabajo premiado en el concurso Los Hacedores de Palabras de CONAFE. Escrito en totonaco y traducido por esta niña de 11 años del Rancho los Jiménez, Papantla, Veracruz.
- ¹⁵⁶ Genaro González Cruz, *Nueva narrativa náhuatl*, pp. 23-37.
- ¹⁵⁷ Enzo Segre, *Metamorfosis de lo sagrado y de lo profano*, pp. 173-174. Narrado por Pedro Santos Castañeda en San Miguel Tzinacapan, Puebla.
- ¹⁵⁸ Por *clavito* se entiende la pequeña mazorca de maíz apenas espigando; por *dobladito* se en-

tiende la pequeña vaina del frijol apenas brotada. Ambos frutos, juntos en la milpa, se parecen en las etapas iniciales de su formación. (Nota de Marcelino López Arias).

¹⁵⁹ Marcelino López Arias, en *Agua, mundo y montaña*, pp. 19-26. Narrado por Benjamín Pascual G. de Sotepan, Veracruz.

¹⁶⁰ Genaro González, *Nueva narrativa náhuatl*, pp. 23-37.

¹⁶¹ Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, pp. 491-492. Recopilado en Loma Larga, Tantoyuca, Veracruz.

¹⁶² Roberto Williams García, *Mitos tepehuas*, pp. 87-92. Recopilado en Pisaflores, Veracruz.

¹⁶³ Elisa Ramírez Castañeda, Guadalupe Valdés et al., *Canciones, mitos y fiestas huicholas. Wirra-rika irratsikayari*, pp. 43-48. Recopilación de René Núñez. Narrado por Antonio Rentería.

¹⁶⁴ Konrad Preuss, en *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit*, pp. 159-161.

¹⁶⁵ Konrad Preuss, *La expedición a Nayarit*, mecanuscrito inédito traducido por Ingrid Geist, pp. 488-497. Narrado por Haciano Felipe en Jesús María, Nayarit.

¹⁶⁶ Pérez Conde Pedro y Elisa Ramírez, *Leyendas y cuentos de Tenejapa*, pp. 125-158. En la versión tzotzil recopilada por Guiteras, no hay vínculo entre la Madre del Maíz, casada con un haragán, y el mito del nacimiento del sol y la luna.

¹⁶⁷ Roberto J. Weitlaner, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, pp. 85-86. Narrado por Luciano Pérez en Tepinapa, Oaxaca.

¹⁶⁸ Konrad Preuss, *La expedición a Nayarit*, pp. 470-487. Traducción de Mariana Frenk para el álbum *Toledo/Guchachi*. Narrado por Haciano Felipe, en Jesús María, Nayarit.

¹⁶⁹ *Ibidem*. Fragmento traducido por Ingrid Geist.

¹⁷⁰ Alonso Solano y Elisa Ramírez Castañeda, *Cuentos de la Montaña de Guerrero*, pp. 147-159. Narrado por Virginia Solano Aguirre en Ocoapa, Copanatoyac, Guerrero.

¹⁷¹ Neville Stiles, en *Tlalocan*, vol. X, pp. 18-21. Narrado por Ildefonso Maya Hernández en Chililico, Huejutla de Reyes, Hidalgo.

¹⁷² Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, p. 63. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar, Oaxaca.

¹⁷³ Elena E. Hollenbach, en *Tlaocan*, vol. VIII, pp. 462-463. Recopilado en San Juan Copala, Oaxaca.

¹⁷⁴ Pedro Pérez Conde, mecanuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1982.

¹⁷⁵ Pedro Pérez Conde y Elisa Ramírez, *Leyendas y cuentos de Tenejapa*; Calixta Guiteras, *Los peligros del alma*.

¹⁷⁶ Pérez Conde y Ramírez, *ibidem*.

¹⁷⁷ Elisa Ramírez et al., *Cuentos mixes. Ap ayuuk*, pp. 106-110. Recopilado por Daniel Martínez.

¹⁷⁸ Jacques Galinier, en *De hombres y de dioses*, pp. 262-263.

¹⁷⁹ Ver Segre, Foster, Giddings.

- ¹⁸⁰ Lilian Scheffler, *Seis versiones del diluvio*, pp. 41-43. Narrado por Guadalupe Pedro en Aca-yucan, Veracruz.
- ¹⁸¹ Neville Stiles, en *Tlalocan*, vol. IX, pp. 18-21. Narrado por Ildfonso Maya Hernández en Chililico, Huejutla de Reyes, Hidalgo.
- ¹⁸² Elisa Ramírez Castañeda, Guadalupe Valdés *et al.*, *Canciones, mitos y fiestas huicholas. Wirrarika irratsikayari*, pp. 55-60. Recopilación de René Núñez.
- ¹⁸³ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. 2, pp. 189-191.
- ¹⁸⁴ Lilian Scheffler, *Seis versiones del diluvio*, pp. 41-43. Narrado por Guadalupe Pedro en Aca-yucan, Veracruz.
- ¹⁸⁵ Walter Miller, *Cuentos mixes*, pp. 100-104. Narrado por Maximiano Olivera en San Lucas Camotlán, Oaxaca.
- ¹⁸⁶ John Alden Mason, en *Mitos cosmogónicos*, pp. 230-231. Selección y traducción de María Eugenia Olavarría. Narrado por Eleno Aguirre en Azqueltán, Jalisco.
- ¹⁸⁷ Lilian Scheffler, *Seis versiones del diluvio*, pp. 41-43. Narrado por Guadalupe Pedro en Aca-yucan, Veracruz.
- ¹⁸⁸ Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, p. 221. Recopilado en Loma Larga, Tanto-yuca, Veracruz.
- ¹⁸⁹ Adriana Guzmán, *Mitote y universo cora*, p. 54. Narrado por Don Nacho, Mesa del Nayar, Nayarit.
- ¹⁹⁰ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. 1, p. 293.
- ¹⁹¹ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, pp. 47-49. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar, Oaxaca.
- ¹⁹² Elisa Ramírez Castañeda y Guadalupe Valdés, *Canciones, mitos y fiestas huicholas. Wirrarika irratsikayari*, pp. 55-60. Recopilación de René Núñez.
- ¹⁹³ Totonaco, popoluca, triqui, cora, huave.
- ¹⁹⁴ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. 2, pp. 189-192.
- ¹⁹⁵ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, pp. 47-49. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar.
- ¹⁹⁶ Neville Stiles, en *Tlalocan*, vol. IX, pp. 18-21. Narrado por Ildfonso Maya Hernández de Chililico, Huejutla de Reyes, Hidalgo.
- ¹⁹⁷ Agustín García Alcaraz, *Tinujei. Los triques de Copala*, pp. 449-450.
- ¹⁹⁸ Roberto Williams García, *Mitos tepahuas*, pp. 79-80. Recopilado en Pisaflores, Veracruz.
- ¹⁹⁹ Antonio Gómez Hernández *et al.*, *Palabras de nuestro corazón*, pp. 135-139. Narrado por Antonio Vázquez Vázquez, recreado por Antonio Gómez.
- ²⁰⁰ Neville Stiles, en *Tlalocan*, vol. IX, pp. 22-25. Narrado por Ildfonso Maya Hernández de Huejutla, Hidalgo.

- ²⁰¹ Fernando Horcasitas, en *Tlalocan*, vol. IV, pp. 53-54. Narrado por Leandro Lamur en Papantla, Veracruz.
- ²⁰² Antonio Gómez *et al.*, *Palabras de nuestro corazón*, pp. 125-134. Recreado por Victoriano Cruz, Juan Hernández y Sebastián Gómez, recopilado por M. H. Ruz y Otto Schumann en Las Margaritas, Chiapas.
- ²⁰³ Frank Russell, *The Pima Indians*, p. 208. Selección de Eugenia Olagarria.
- ²⁰⁴ *Ibidem*, p. 209-212.
- ²⁰⁵ Saurino, malformación de la palabra *zahorí*: adivino, mago, nigromántico que puede sanar, entender el lenguaje de los animales, engañar. En general se trata de pícaros semejantes a los de los cuentos europeos. Aparecerán en el cuarto volumen de esta serie.
- ²⁰⁶ Robert Bruce, *El libro de Chan Kin*, pp. 128-132. Recopilado en Najá, Chiapas. También en el *Popol Vuh*, los padres/madres empañan la vista de sus criaturas para que no atisben en su intimidad.
- ²⁰⁷ Nefi Hernández, manuscrito inédito en la Dirección de Educación Idígena, SEP, 1982.
- ²⁰⁸ Roberto Williams García, *Mitos tepehua*, pp. 75-76. Recopilado en Pisaflores, Veracruz.
- ²⁰⁹ Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, pp. 216-217; 360-361. Recopilado en Loma Larga, Tantoyuca, Veracruz.
- ²¹⁰ Fructuoso Irigoyen Rascón, en *El sabio de la fiesta*, pp. 57-59.
- ²¹¹ Robert D. Bruce *et al.*, *Los lacandones. Cosmovisión maya*, pp. 17. Narrado por Chan Kin en Najá, Chiapas.
- ²¹² González Ramos, en *Mitote y universo cora*, pp. 166-167.
- ²¹³ Elisa Ramírez *et al.*, *Cuentos mixes. Ap ayuuk*, pp. 106-110. Recopilación de Daniel Martínez.
- ²¹⁴ John Alden Mason, en *Flechadores de estrellas*, pp. 320-321.
- ²¹⁵ Walter Miller, *Cuentos mixes*, pp. 100-104. Narrado por Maximiano Olivera en San Lucas Camotlán, Oaxaca.
- ²¹⁶ Armando Casillas Romo, *Medicina tradicional. Nosología mítica de un pueblo*, pp. 117-118. Recopilado en San Andrés Cohamiata, Jalisco.
- ²¹⁷ Robert D. Bruce *et al.*, *Los lacandones. Cosmovisión maya*, pp. 20-21. Narrado por Chan Kin en Najá, Chiapas.
- ²¹⁸ Mauricio Mixco, en *Tlalocan X*, p. 361. Narrado por Rufino Ochurte en Baja California Norte.
- ²¹⁹ Frank Russell, *The Pima Indians*, pp. 215.
- ²²⁰ Carl Lumholtz, *El México Desconocido*, vol. 1, p. 292. Recopilado en Guachóchic, Chihuahua.
- ²²¹ Roberto Williams García, *Mitos tepehuas*, p. 95. Recopilado en Pisaflores, Veracruz.
- ²²² William L. Merrill, *Raramuri Souls*, p. 154. Recopilado en Guachóchic, Chihuahua.
- ²²³ Konrad Preuss, *La expedición a Nayarit*, mecanuscrito inédito traducido por Ingrid Geist, pp. 434-435. Narrado por Santiago Altamirano en Jesús María, Nayarit.

²²⁴ Robert M. Zingg, *Los huicholes. Una tribu de artistas*, vol. 1, pp. 306-307.

²²⁵ Frances Densmore, en *Mitos cosmogónicos*, pp. 279-281. Seleccionado y traducido por Eugenia Olavarría.

²²⁶ Frank Russell, *The Pima Indians*, pp. 215-217.

²²⁷ Jesús Ángel Ochoa Zazueta, *Los kiliwa*, pp. 41-45. Narrado por Gerónimo Espinosa Higuerras en Arroyo de León, Ensenada, Baja California.

²²⁸ Konrad Preuss, *La expedición a Nayarit*, mecanuscrito inédito traducido por Ingrid Geist, pp. 504-506. Narrado por Santiago Altamirano en Jesús María, Nayarit.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIEL DE VIDAS, Anath, *El trueno ya no vive aquí. Representación de la marginalidad y construcción de la identidad teenek (Huasteca veracruzana)*, México, CIESAS/Colegio de San Luis/CFEMCA/IID, 2003.
- BARLOW, Robert H., “El sol y la luna”, *Tlalocan*, vol. IV, núm. 1, pp. 55-61, México, INAH, 1962.
- BARTOLOMÉ, Miguel Alberto, *Narrativa y etnicidad entre los chatinos de Oaxaca*, México, SEP/INAH, 1979, (Cuadernos de los Centros Regionales).
- BARTOLOMÉ, Miguel Alberto y Alicia M. Barabas, “El ciclo de los gemelos”, *Guchachi’ reza*, núm. 17, 2ª época, pp. 10-12, 1983.
- BARTOLOMÉ, Miguel Alberto y Alicia M. Barabas, *Tierra de Palabras: historia y etnografía de los chatinos de Oaxaca*, México, IOC/FECAIOC/INAH/FONCAO, 1996.
- BOEGE, Eckart, *Los mazatecos ante la nación. Contradicciones de la identidad étnica en el México actual*, México, Siglo XXI, 1988.
- BOREMANSE, Didier, *Contes et Mythologie des Indiens Lacandons*, París, Editions L’Harmattan, 1986.
- BRUCE, Robert, Carlos Robles y Enriqueta Ramos, *Los lacandones. Cosmovisión maya*, México, INAH, 1971.
- BRUCE, Robert, *El libro de Chan Kin*, México, INAH, 1974.
- BURNES, Allan F. y Paulino Yamá, *An Epoch of Miracles. Oral Literature of the Yucatec Maya*, Austin, University of Texas Press, 1983.
- CASILLAS ROMO, Armando, *Medicina tradicional huichola. Nosología mítica de un pueblo*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1990.
- CONAFE, Maíz, Elisa Ramírez Castañeda (edición y versiones), México, Tipografía Blanca/SEP, 2001, (Hacedores de Palabras de PAEPI).
- FELGER, Richard Stephen y Mary Beck Moser, *People of the Desert and Sea. Ethnobotany of the Seri Indians*, Albuquerque, University of Arizona Press, 1985.
- FOSTER, George M., *Sierra Popoluca Folklore and Beliefs*, Berkeley & Los Angeles, University of California, 1945.

- GALINIER, Jacques, *La mitad del mundo. Cuerpo y cosmos en los rituales otomíes*, México, UNAM/CESMEC/INI, 1990.
- GALINIER, Jacques, “De Montezuma a San Francisco: El ritual *wi:gita* en la religión de los pápagos (Tohono O’odham)”, en *De hombres y de dioses*, Noguez, Xavier y Alfredo López Austin (coords.), México, El Colegio de Michoacán/El Colegio Mexiquense, 1997.
- GARCÍA ALCARAZ, Agustín, *Tinujei. Los triques de Copala*, México, Comisión del río Balsas, 1973.
- GEIST, Ingrid, *Comunión y disensión. Prácticas rituales en una aldea cuicateca*, Oaxaca, IOC/INAH/FECA, 1997.
- GIDDINGS, Ruth Warner, *Yaqui Myths and Legends*, Tucson, University of Arizona, 1959.
- GÓMEZ HERNÁNDEZ, Antonio, María Rosa Palazón y Mario Humberto Ruz (coord.), *Palabras de nuestro corazón. Mitos, fábulas y cuentos maravillosos de la narrativa tojolabal*, México, UNAM-III/UACh, 1999.
- GOSSEN, Gary, “Two Creation Texts from Chamula”, *Tlalocan*, vol. VII, pp. 131-165, México, INAH, 1968.
- GUITERAS HOLMES, Calixta, *Perils of the Soul: The World View of a Tsotsil Indian*, Glencoe, The Free Press of Glencoe Inc., 1961.
- GUZMÁN, Adriana, *Mitote y universo cora*, México, CNCA/INAH, 2003.
- HERNÁNDEZ, Delfino (coord.), *Nueva narrativa náhuatl*, México, UNAM/IIH, 1985.
- HOLLENBACH, Elena, “El mundo animal en el folklore de los triques de Copala”, *Tlalocan*, vol. VIII, pp. 463-468, México, UNAM: IIH/IIA, 1980.
- HORCASITAS, Fernando y Gabriel de Cicco, “Los Cuates”, *Tlalocan*, vol. VI, núm. 1, pp. 74-79, México, INAH, 1962.
- HORCASITAS, Fernando, “Dos versiones totonacas. El hombre que se volvió mono, El hombre y la perra”, *Tlalocan*, vol. IV, núm. 1, pp. 53-54, México, INAH, 1962.
- INCHÁUSTEGUI, Carlos, *Relatos del mundo mágico mazateco*, México, SEP/INAH, 1977.
- JÁUREGUI, Jesús y Johannes Neurath (eds.), *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos de Konrad Theodor Preuss*, México, INI/CEMCA, 1998.
- LUMHOLTZ, Carl, *El México desconocido*, trad. Balbino Dávalos, México, INI, 1981, (facsimilar de la edición de 1904).
- MASON, John Alden y Aurelio M. Espinoza (ed.), “Folktales of the Tepecanos”, *Journal of American Folklore*, núm. 27, 1914.
- MERRILL, William L., *Rarámuri Souls*, Washington D.C., Smithsonian Institution Press, 1988.

- MILLER, Walter S., *Cuentos mixes*, México, INI, 1956.
- MIXCO, Mauricio, “El primer velorio”, *Tlalocan*, vol. X, pp. 339-362, México, UNAM: IIH/IIA, 1985.
- NEURATH, Johannes y Arturo Gutiérrez, “Mitología y literatura del Gran Nayar (coras y huicholes)”, en Jesús Jáuregui y Neurath (coords.), *Flechadores de estrellas. Nuevas aportaciones a la etnología de coras y huicholes*, pp. 259-341, México, CNCA/INAH, 2003.
- NOGUEZ, Xavier y Alfredo López Austin (coords.), *De hombres y de dioses*, México, El Colegio de Michoacán/El Colegio Mexiquense, 1997.
- OCHOA ZAZUETA, Ángel, *Los kiliwa. Y el mundo se hizo así*, México, INI, 1978.
- OLMOS, Miguel, *El sabio de la fiesta*, México, INAH, 1998.
- OLMOS CAÑEDO, Fernando, *hojas de los Talleres de Literatura de la Universidad Autónoma de Baja California*, núm. 11, Tijuana, 1990.
- PARSONS, Elsie, *Mitla, Town of the Souls*, Chicago, The University of Chicago Press, 1936.
- PÉREZ CONDE, Pedro, “El sol y la luna”, *Guchachi’ reza*, núm. 16, 2ª época, pp. 28-31, 1983, recopilación de Víctor de la Cruz.
- PÉREZ CONDE, Pedro y Elisa Ramírez Castañeda, *Leyendas y cuentos tzeltales. Namey’ Ayejetik sok namej kopetik Tabatsilk’op*, México, SEP/DGPB/DEI, 1983.
- PÉREZ LÓPEZ, Enrique, *El k’ox. El niño que se transformó en el sol*, México, UNAM/CIMECH, 1995.
- PORTAL, Ana María, *Cuentos y mitos en una zona mazateca*, México, INAH, 1986.
- PREUSS, Konrad T., *Mitos y cuentos nahuas de la Sierra Madre Occidental*, trad. Mariana Frenk Westheim, México, INI, 1982.
- PREUSS, Konrad T., *La expedición a Nayarit*, manuscrito inédito traducido del alemán por Ingrid Geist, 1994.
- PREUSS, Konrad T., “Acerca del carácter de los mitos y cantos huicholes que he registrado”, en Jesús Jáuregui y Neurath (coords.), *Flechadores de estrellas. Nuevas aportaciones a la etnología de coras y huicholes*, México, CNCA/INAH, 2003.
- PREUSS, Konrad T., “Resultados etnográficos de un viaje a la sierra Madre Occidental, c. 1908”, en Jesús Jáuregui y Neurath (coords.), *Flechadores de estrellas. Nuevas aportaciones a la etnología de coras y huicholes*, México, CNCA/INAH, 2003.
- RAMÍREZ CASTAÑEDA, Elisa, Adolfo Juárez Bailón et al., *Cuentos mixes. Ap ayuuk*, México, SEP/DGPB/DEI, 1982.
- RAMÍREZ CASTAÑEDA, Elisa, Guadalupe Valdés et al., *Canciones, mitos y fiestas huicholes. Wirrarika irratsikayar*, México, SEP/DGPB/DEI, 1982.
- RAMÍREZ CASTAÑEDA, Elisa, *El fin de los montioc. Tradición oral de los huaves de San Mateo*, México, INAH, 1987.

- RUIZ MONJARÁS, Jesús (coord.), *Mitos cosmogónicos*, María Eugenia Olagarría, selección de los fragmentos Norte y Occidente, México, UNAM, 1987.
- RUSSELL, Frank, *The Pima Indians. 26^o Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, Washington D.C., Secretary of the Smithsonian Institution, 1904-1905.
- SCHEFFLER, Lillian, *Seis versiones del diluvio*, México, SEP/DGCP, 1982.
- SCHEFFLER, Lillian, *La literatura oral tradicional de los indígenas de México. Antología*, México, PREMIA/DGCP, 1983.
- SEGRE, Enzo y Taller de Tradición Oral de la Sociedad Agropecuaria del CEPEC, *Metamorfosis de lo sagrado y de lo profano. Narrativa náhuatl de la Sierra Norte de Puebla*, México, INAH, 1990.
- SOLANO, Alonso y Elisa Ramírez, *Cuentos de la Montaña de Guerrero. Tu'un savi, ña ndatno'on xa'a ña kuu xina'an*, México, SEP/DGPB/DEI, 1984.
- STILES, Neville, "El diluvio y otros relatos nahuas de la huasteca hidalguense", *Tlalocan*, vol. X, México, UNAM: IIH/IIA, 1985.
- TALLER DE TRADICIÓN ORAL DE LA SOCIEDAD AGROPECUARIA DEL CEPEC, *Lo que oímos contar a nuestros abuelos*, México, INAH, 1994.
- TÉCNICOS BILINGÜES DE LA UNIDAD REGIONAL DE ACAYUCAN, *Seis versiones del diluvio*, México, SEP/PREMIA/DGCP, 1982.
- TÉCNICOS BILINGÜES DE LA UNIDAD REGIONAL DE ACAYUCAN, *Agua, mundo, montaña. Narrativa nahua, mixe, popoloca del Sur de Veracruz*, México, PREMIA/DGCP, 1985.
- TEPOLE, Miguel Ángel y Elisa Ramírez, *Cuentos nahuas. Uejkauitl nauauajtlatjoli*, México, SEP/ DGPB/DEI, 1982.
- TOLEDO/GUCHACHI', álbum de grabados de Francisco Toledo con textos indígenas antiguos, coloniales y contemporáneos referentes a las iguanas, selección de Elisa Ramírez Castañeda, México, Ediciones Arvil Gráfica, 1976.
- TURNER, Paul R., *The Highland Chontal*, New York, Holt, Reinhart and Winston/University of Arizona, 1972.
- WEITLANER, Roberto J., *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, México, INI, 1977.
- WILLIAMS GARCÍA, Roberto, *Mitos tepehuas*, México, SEP, 1972 (SepSetentas).
- ZINGG, Robert M., *Los huicholes. Una tribu de artistas*, traducción de Celia Pacheco, México, INI, 1982.
- ZINGG, Robert M., *Mitología de los huicholes*, México, El Colegio de Jalisco/SCEJ/El Colegio de Michoacán, 1998.

GLOSARIO

- ACAHUAL: zacatal; hierba alta y de tallo algo grueso que suelen cubrir los barbechos.
- ACAMAYA O CAMAYA: langostino, langosta o camarón de agua dulce.
- ACOCOTE: calabazo seco y alargado con orificios en ambos extremos que sirve para extraer el aguamiel de los magueyes por succión.
- ACUYO: hierbasanta, planta aromática comestible y medicinal.
- AGUAMIEL: jugo del maguey que se fermenta para hacer el pulque.
- AGUZADO, *ABUSADO*: en realidad, puntiagudo. Se usa para calificar a alguien de listo, agudo, perspicaz.
- AHUATES, AGUATE, AHUATOSO: espinas finísimas de cactáceas, maíz, caña y carrizos.
- ALMUD: medida antigua de capacidad, que puede ser desde cuatro hasta veinte litros; caja o cilindro para medir semillas.
- AMATE: árbol de la familia de las moráceas o *ficus*; puede ser blanco o negro. La corteza se usa para hacer papel.
- AMUINARSE*; DE MOHÍN: enojarse, causar mohín.
- ANTEBURRO: danta, tapir.
- APERSONAR*: aparecer, presentarse, comparecer.
- ARQUILLA: horquilla, huacal.
- ASQUEL, ESQUEL, ESQUELÍN: hormigas muy pequeñas, negras o rojas cuya picadura es irritante.
- AURA: zopilote, buitres.
- AXOCOPA, AXOCOPAQUE: arbusto con flores aromáticas y medicinales; se usa para perfumar el chocolate en Oaxaca y Veracruz.
- AYATE: tela de ixtle, o fibra de palma o henequén usada para costales o para acarrear.
- BAJIAL: tierra baja y anegable.
- BANKIL*: mozo, ayudante.
- BARBACOA: carne aderezada cocinada en un pozo precalentado con piedras.
- BATEA: recipiente plano, circular, grande y con orilla; generalmente de madera, usado para lavar, amasar, contener frutas o granos.
- BORDÓN: bastón.
- BULE: pequeño calabazo o jícara entera, usada para contener y acarrear líquidos; tecomate.
- CACALOTE: zanate, cuervo.
- CACHO: cuerno.
- CACLES O CAITES: huaraches cerrados, con talón; zapatos toscos.
- CALDERETA: cacerola poco honda con asas.
- CALIHUE*: casa sagrada donde hacen sus ceremonias los huicholes.

CAMA DE PENCA: varas de otates unidos y montados sobre una base, para dormir.

CATRÍN: petimetre, elegante.

CAYUCO: embarcación de una pieza, más chica que la canoa, de fondo plano.

CENOTE: pequeña laguna formada cuando un río subterráneo asoma a la superficie, en una caverna o a gran profundidad.

CH'IB: palma o bejuco para tejer canastos.

CHACA: pájaro carpintero.

CHACHALACA: pájaro comestible, vocinglera.

CHACHAPAL: vasija de barro.

chalate o salate: árbol de la familia del *figus*; laurel o higuera de río.

CHAPARREAR (CHAPARREROS), CHAPEAR, CHACALEAR, CHAPONEAR: rozar, limpiar con machete de maleza un campo para hacer milpa.

CHATANATE: canasto cilíndrico, tenate.

CHELÓN, CHELONERA: llorón, lagañoso; que padece conjuntivitis.

CHICAL: ración de comida, vasija a modo de jícara grande.

CHICAYOTA: cucurbitácea, chilacayote.

CHICHARRAS: cigarras, insecto que produce un zumbido agudo y salta.

CHICHINA: pichancha, colador de barro cocido.

CHICHINAL: conjunto de chichis o tetas de un animal.

CHICHIS, CHICHES: pechos de mujer.

CHICOLEAR: golpear muy fuerte con chicol, vara con gancho para tumbar fruta.

CHILICOTE: variedad de colorín, coralina que se emplea en collares, juegos o como veneno.

CHILTOTA, CHILTOTE: ave canora amarilla, chorchá.

CHIMOLERA: vasija de barro para moler con una mano, mortero de barro o de piedra.

CHININI, CHINÍN: fruta de Tabasco, semejante al aguacate aunque más pequeño y de piel suave.

CHINTETE: reptil mal llamado camaleón, lagartija gorda y espinuda.

CHIQUIHUIITE: canasto cilíndrico sin asas.

CHUINA: masa y carne cocinada como atole espeso; venado, para los tarahumaras.

CHUPAMIRTO: chuparrosa, colibrí.

CHUZO: gancho, flecha, instrumento con punta. En el relato, sinónimo de puntas de flecha antiguas.

CINCO ARROBAS: sesenta y dos kilos y medio.

COA: instrumento de labranza, palo para sembrar.

COAMIL, COAMILEAR: milpa, sementera, terreno pequeño para la siembra con coa, sin usar arado. Hacer coamil.

COCHIMONTE: cerdo salvaje, jabalí.

COCHITOS: cerditos.

COJOLITO, COJOLITE O COCOLITE: pájaro silvestre grande, faisán de tierras tropicales de patas rojas, ojos desnudos de color azul, pico negro brillante.

COYOL: coquito de aceite, corozo, guayacol; forma vulgar de llamar a los testículos.

CUAJILOTE: palo elefante, árbol grande con tronco espinoso y bayas comestibles,

CUSCOMATE, COSCOMATE, CUEXCOMATE: depósito cerrado de barro para guardar el grano del maíz, parecido a una olla. Tapanco en los relatos mixes.

DILATAR: tardar.

EQUIPAL: sillón de varas tejidas con asiento y respaldo de cuero. Asiento de autoridades huicholas.

ESQUITES: granos de maíz tostados antes de molerse para hacer pinole.

FRIJOL PICHUACA, PICHOCO: semillas como cuentas, zompanctle o colorín.

GARABATO: un machete curvo; palo que sirve para sujetar la yerba que se corta con el machete.

GEÑO: genio, criatura maligna.

GOBERNADORA: planta desértica; chamizo o creosota.

GUANO: palma usada para techar.

GUÁSIMA: árbol de hasta veinte metros con frutas comestibles, flores fragantes amarillas.

GUAYA: palma muy dura y filosa, fruta de esta palma.

HALLARSE: sentirse a gusto en un lugar, estar cómodo.

HUARUMBO O GUARUMBO: palo de hormiga, árbol con hojas lechosas. Los troncos huecos sirven de nido a hormigas muy agresivas y medicinales.

HUAUTE, GUAUTE, HUAUTLI: amaranto.

HUCUXTLES, COCUXTLES O JUCUXTLES: maguey pequeño, muy espinudo que da fruto azucarado.

HUILOTA: tórtola.

IXTLE: fibra procedente del agave que se usa para cuerdas y canastos.

JAA, JUELA: Onomatopeya de asombro, ¡ah abuela! Tabasco.

JATUMARI: maíz crudo molido y disuelto en agua.

JICALPESTLE O JICAPEXTLE: jícara o calabazo; a veces tiene tapa. Es ancho y sirve para guardar comida. Puede ser pintado o liso.

JICOTES: abejorros.

JILOTE: elote tierno.

JIQUEMILLA: animal; tubérculo comestible y medicinal.

JUNCIA: en Chiapas, agujas de pino que cubren el camino, el suelo o altares para adornar, perfumar y sacralizarlos.

JUSTICIA: juez, autoridad.

LECHPAT: jacal pobre.

LEGUA: medida definida por lo que se camina más o menos una hora; 5,572.7 metros.

LUK: palo o bastón que se usa para doblar la maleza con el fin de cortarla con el machete.

MACUCHE: tabaco cimarrón o silvestre.

MAESTRO DE LA CAPILLA: cargo religioso, el que sabe la liturgia de las fiestas.

MAJAHUA O MAJAGUA: árbol de madera correosa, de sus vástagos se hacen sogas.

MALACATE: huso para hilar algodón, rueda con la cual se hace girar la hebra.

MANGA: impermeable.

MANTONIS O TATAMANDÓN: autoridad, padres que mandan.

MAR VIVA: así llaman los huaves al mar abierto, para distinguirlo de las lagunas costeras, donde pescan.

MARAKAME, MARAKATE (PLURAL): cantador, chamán, sacerdote, hombre sabio huichol.

MATAYAHUALE, MATAYAGUAL: red con aro, naza.

MAZATE: venado macho.

MECAPAL: tira de mecate para cargar bultos sujetos de la frente.

MECATE: cuerda de ixtle.

MECO, MECA: de color bermejo; pálido y manchado.

MITOTE: fiesta con música, baile y ofrendas celebrada entre coras, tepehuanos y mexicanos.

NANA, TATA, NANABUELA: abuela.

NANCES O NANCHES: fruto del árbol del mismo nombre, parecido al capulín, de color amarillo, al que se le atribuyen cualidades narcóticas o mágicas.

NIGUAS: insecto parecido a la pulga que anida en los pies, causando picazón y úlceras.

NIXCÓN, NISCÓMIL: olla donde se remoja y cuece el nixtamal.

OCOTE: pino aromático muy combustible y madera que proviene de estos árboles.

OTATE: especie de carrizo con caña macizo, no hueca.

PAILA: recipiente circular hondo de boca muy ancha, utilizado para fabricar azúcar.

PALANCA: culebra venenosa de la zona mazateca.

PALOTADAS: palos o ramas y troncos derribados.

PASCOLAS: participantes o danzantes en la fiesta de Pascua.

PASIONES: personajes con cargo de representar la Pasión de Cristo en Semana Santa en los Altos de Chiapas.

PAXTLE, PASTLE: heno gris.

PEPE: ave parecida al cuervo llamada también papán, pájaro ayudante de Huracán.

PEPENCHI O PECHENCHE: consentido, chiquiado. También arrimado.

PEPESCAS: pequeños peces de río.

PICHO: zanate, pájaro ayudante de Huracán.

PINOLE: harina de maíz tostado y molido; bebida hecha de esta harina. Dejar hecho pinole (polvo).

PITO: flauta de carrizo.

PIZCAR, PISCAR, PIXCAR: cosechar la mazorca o elotes, el café, el algodón.

PIZOTE: coatí de nariz blanca, tejón.

POPAL: humedales de agua dulce; vegetación herbácea que se desarrolla en lugares pantanosos con agua permanente.

POSH: aguardiente de caña destilado en Chiapas.

POZOL O POSOL: bebida refrescante hecha de maíz cocido y molido bastante, disuelto en agua fría.

PRIVADO: desmayado.

PULSAR: sentir el pulso para curar.

PUMPU, PUMPO: calabazo, guaje, bule ancho, sirve para guardar tortillas y otra comida.

QUEBRANTAHUESOS: la mayor de las aves de rapiña que existe en México, come cadáveres o seres vivos y recibe este nombre porque eleva a sus víctimas y las despeña para romperle los huesos antes de comerla.

QUELITES: nombre de varias yerbas silvestres comestibles.

QUIPISCA: ave de cola negra.

RASTROJO: resto de la planta del maíz, tras ser cosechada la mazorca.

RECORDAR: despertar.

RESUELLO: aliento.

ROZA: desmonte o limpia, acción de tumbar árboles y maleza que luego serán quemados. La ceniza sirve para fertilizar la tierra donde se sembrará más tarde.

ROZAR, DESMONTAR: quitar la vegetación de un terreno, la basura se deja secar; limpiar de hierbas y matorrales un terreno, para cultivarlo.

SAHUMAR: echar humo de incienso o copal con un sahumerio para bendecir un lugar.

SANCHO: animal criado por hembra que no es su madre. Hombre con quien la mujer casada comete adulterio.

SARTENEJA: en Yucatán, aguaje; huella que dejan las patas de los animales en el lodo y que luego se resquebraja.

SAURINO; DE ZAHORÍ: nigromántico o hechicero en lengua árabe de España.

SEÑOR ÁNGEL, *ÁNJEL*: personificación del rayo en Chiapas.

SERETE, SEREQUE: roedor, jabalí pequeño o rata grande de cabeza alargada, hocico truncado y pelaje rojizo pinto de negro en el dorso y rabadilla.

SICUAQUES: bufones de Semana Santa entre los coras y huicholes.

SOTOL: bebida obtenida del maguey de este nombre.

SURAL: flor blanca parecida al lirio, aunque más pequeña.

TALSAHUATE, SALSAHUATES: pinollillo, garrapatas.

TAMO: polvo del maíz

TANTEAR: calcular, engañar.

TANTZI: tamal grande, entre los tepehuas.

TAPEXTLE: cama de penca o plataforma de varas o de otate que se usa como tapanco.

TAREA: medida de tierra.

TARIMA: tronco ahuecado en la forma de una caja, sobre el cual zapatean en un mismo lugar, un hombre y una mujer, que miran al frente. La danza se ejecuta al compás de un violín. En Oaxaca, se llama artesa y solía ser una canoa invertida.

TATOÁN: de tlatoani, principal, autoridad.

TECOMATE: depósito para el maíz, troje. Calabaza o jícara más angosta al centro, que sirve para contener líquidos.

TECONTE: calabazo, jícara.

TEMASCAL, TEMAZCAL, TEMAXCALLI: baño de vapor.

TENAMASTE: tres piedras para poner lumbre enmedio, sostienen el recipiente en el que se cocina.

TENANCHE (DE TONANTZIN): cargo de las mujeres en la iglesia, aseando el templo y las imágenes. Cargo en las fiestas religiosas, mayordomía.

TENATE O TANATE: canasto cilíndrico de palma.

TENCUACHE, TENCUA: que tiene hocico o boca hendida, labio leporino.

TEPEJILOTE, TEPEPILOTE: palmera que produce fruto comestible, guayita.

TEPEZCUINTLE, TEPESCUINTLE, TEPECHICHI: roedor del tamaño de un conejo de color amarillo rojizo con pintas y sin rabo.

TEPOCATE: renacuajo.

TEPONAZTLI, TEPONAZTLE: tambor de madera de origen prehispánico, que se coloca de forma horizontal.

TERREGAR: aplanar el terreno.

TESGÜINO: bebida fermentada de granos de maíz germinado.

TIMBRE: cáscara del árbol del timbre, que sirve para fermentar al pulque para emborracharse.

TIRAHULE: resortera, horquilla con goma para lanzar piedras.

TLACHIQUERO: el encargado de extraer con acocotes el aguamiel, de los plantíos de maguey.

TLACOLELE: extensión de tierra para sembrar.

TLALPANHUEHUE, TLALTEPONAZTLI: tamborcillo horizontal de barro.

TOCHE: armadillo.

TOL: tecomate, bule, calabazo; recipiente para almacenar agua o alimentos; jícara grande.

TONAL: tonalli: entidad anímica del interior del cuerpo; animal compañero.

TOPIL: oficial de justicia menor, policía, mensajero de la autoridad.

TOPOL: tigrillo, pantera en yaqui.

TOROTE: árbol grande del desierto también llamado copalquín, copal rojo o copal elefante.

TOTOMOSTLE, TOTOMOXTLE: hoja seca del maíz que se usa como forraje o para envolver tamales.

TRES ARROBAS: treinta y siete kilos .

TUKIPA: casa de gobierno huichol.

TULE: planta de tallo largo con la cual se tejen petates, asientos de silla, canastos.

TUNCUL O TUNKUL: tambor de madera, instrumento de percusión prehispánico que se llama así en la zona maya.

TZITZIME, CHICHIMA: ser fantástico del monte, espanta.

WOM: juego yaqui en el que debe patearse una pelota por delante de la carrera.

XAME, XAMIL: tortilla triangular tostada hecha de elote.

XURAVÉT O XURAWÉT: mitote entre los mexicaneros. Fiesta.

XUT: hijo menor, xocoyote, Benjamín.

YÚMARI: baile ceremonial y ritual de tarahumaras y pimas.

ZACALOSÚCHIL, JACALASÚCHIL, CACALASÚCIL: flor del cuervo; árbol pequeño que da flores muy olorosas. Plumeria, Flor de Mayo.

ZACATAL: lugar donde abunda el pasto o zacate.

ZACUA: ave parda o negruzca que anda en bandadas y perjudica la siembra, infla el cuello y canta con sonido semejante al agua que se derrama, pájaro ayudante de Huracán.

ZAPUPE: nombre genérico de magueyes que producen fibra.

ZENZONTLE O CENZONTLE: calandria, ave canora de las cuatrocientas voces.



mitos

de Elisa Ramírez Castañeda, se imprimió
en los talleres de Leo Impresora y Encuadernadora,
Playa Eréndira N° 8, Col. Santiago Sur, Del. Iztacalco,
C.P. 08800, México, D.F., durante el mes de agosto de
2014. El cuidado de la impresión estuvo a cargo
de Héctor Martínez Rojas. El tiraje
fue de 1,500 ejemplares.